LOS GATOS GUERREROS

LA ELECCIÓN DE UN GUERRERO

INCLUYE:
EL JUICIO DE PATAS NEGRAS ✦ LA FAMILIA DE DALIA
LA REBELIÓN DE PELAJE MANCHADO

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LA ELECCIÓN DE UN GUERRERO

INCLUYE:

El Juicio de Patas Negras
La Familia de Dalia
La Rebelión de Pelaje Manchado

CRÉDITOS

Libro original: “Warriors: A Warrior’s Spirit” *por* ***Erin Hunter***
Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducciones: ***Pichu06***, ***Woofzie***, ***Hawkstar*** *y* ***Gonzalo Firestar***.
Edición de portada: ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio

Publicado: 13/9/24
Última actualización: 13/9/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Rebelión de Pelaje Manchado.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
El Juicio de Corvino Plumoso.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
Un Ladrón en el Clan del Trueno.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche Más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*
2. *Cielo.*

CONTENIDO

Créditos…… 3

El Juicio de Patas Negras

Filiaciones…… 9

Capítulo 1……

Capítulo 2……

Capítulo 3……

Capítulo 4……

Capítulo 5……

Capítulo 6……

Capítulo 7……

Capítulo 8……

Capítulo 9……

Capítulo 10……...

La Familia de Dalia

Filiaciones……

Capítulo 1……

Capítulo 2……

Capítulo 3……

Capítulo 4……

Capítulo 5……

Capítulo 6……

Capítulo 7……

Capítulo 8……

Capítulo 9……

La Rebelión de Pelaje Manchado
Filiaciones…….
Capítulo 1…….
Capítulo 2…….
Capítulo 3…….
Capítulo 4…….
Capítulo 5…….
Capítulo 6…….
Capítulo 7…….
Capítulo 8…….
Capítulo 9…….
Capítulo 10……...

LOS GATOS GUERREROS

EL JUICIO DE PATAS NEGRAS

DEDICATORIA

Gracias especiales a Clarissa Hutton.

Título original: "Blackfoot's Reckoning"

Traducción: ***Pichu06***, ***Woofzie***,
Hawkstar *y* ***Gonzalo Firestar***.

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER — **ESTRELLA DE FUEGO —** gato naranja con un manto del color de las llamas.

APRENDIZ, ZARZO (atigrado marrón oscuro de ojos ámbar)

LUGAR-TENIENTE — **TORMENTA BLANCA —** gran gato blanco.

CURANDERA — **CARBONILLA —** gata gris oscuro.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

RABO LARGO — gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras.

APRENDIZA, FRONDINA (gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro).

MUSARAÑA — pequeña gata marrón oscuro.

FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.

MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.

APRENDIZ, CENICIENTO (gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro).

TORMENTA DE ARENA — gata color melado claro.

LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.

ESCARCHA — dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

FLOR DORADA — de pelaje rojizo claro.

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

ESPINARDO — atigrado marrón claro.

REINAS
(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

SAUCE — gata gris muy claro, de ojos azules poco comunes.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

TUERTA — gata gris claro; prácticamente ciega y sorda.

OREJITAS — gato gris con las orejas muy pequeñas; el macho más viejo del Clan del Trueno.

COLA MOTEADA — en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

COLA PINTADA — atigrada clara.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA DE TIGRE — enorme gato atigrado marrón oscuro, con garras inusualmente largas; antiguo miembro del Clan del Trueno.

LUGAR-TENIENTE

PATAS NEGRAS — gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache; anteriormente fue un gato proscrito.

CURANDERO

NARIZ INQUIETA — pequeño gato blanco y gris.

APRENDIZ, CIRRO (atigrado muy pequeño).

GUERREROS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

GUIJARRO — gato atigrado plateado; anteriormente, un proscrito.

BERMEJA — gata de color rojizo oscuro; anteriormente, una proscrita.

APRENDIZ, ZARPA CEDRINA (gato gris oscuro).

COLMILLO ROTO — gato carey.

SERBAL — gato rojizo.

REINAS

AMAPOLA — atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA ALTA —** gato blanco y negro de cola muy larga.

LUGAR-TENIENTE — **RENGO —** gato negro con una pata torcida.

CURANDERO — **CASCARÓN —** gato marrón de cola corta.

GUERREROS

ENLODADO — gato marrón oscuro con manchas.
MANTO TRENZADO — gato atigrado gris oscuro.
OREJA PARTIDA — macho atigrado.
BIGOTES — joven atigrado marrón.
CORRIENTE VELOZ — atigrada gris claro.

REINAS

PERLADA — gata gris.
FLOR MATINAL — reina color carey.
COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

LÍDER

ESTRELLA LEOPARDINA — gata atigrada con insólitas manchas doradas.

LUGAR-TENIENTE

PEDRIZO — gato gris con las orejas marcadas con cicatrices de peleas.

APRENDIZ, BORRASQUINO (gato gris oscuro de ojos ámbar).

CURANDERO

ARCILLOSO — gato marrón claro de pelo largo.

GUERREROS

PRIETO — macho negro grisáceo.

PASO POTENTE — corpulento gato atigrado.

APRENDIZ, ZARPA ALBINA (gata gris muy claro).

SOMBRA OSCURA — gata gris muy oscuro.

VAHARINA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, PLUMILLA (gata gris claro de ojos azules).

TRIPÓN — gato marrón oscuro.

REINAS

MUSGOSA — gata parda.

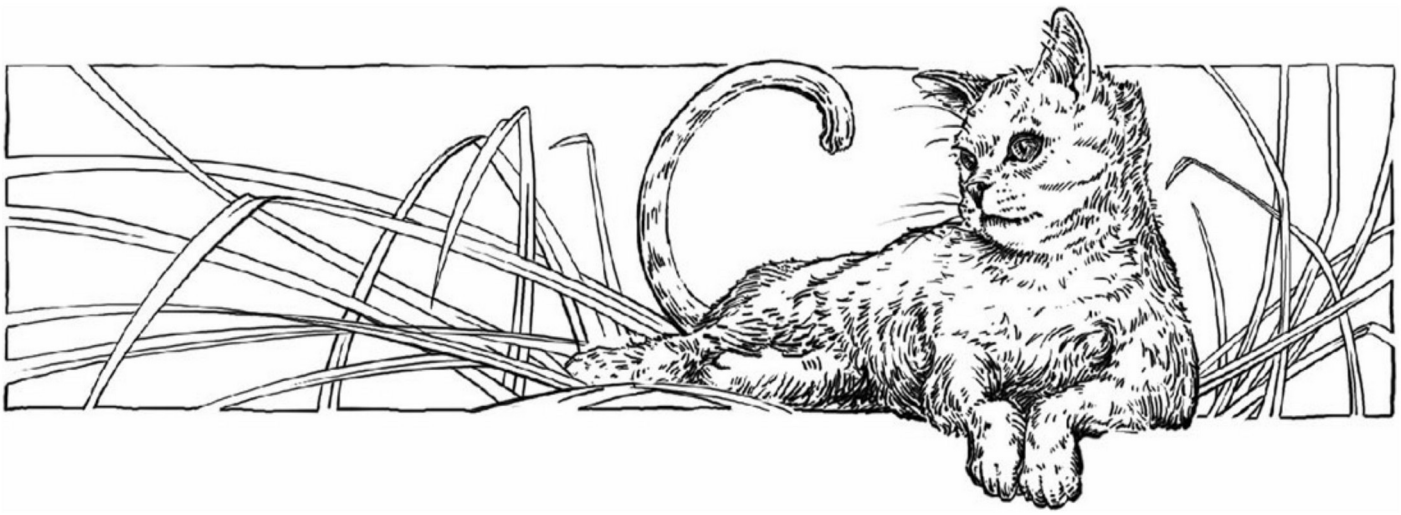
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

CENTENO — gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

CUERVO — lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

PRINCESA — atigrada marrón claro, con el pecho y las patas de color blanco; es una gata doméstica

TIZNADO — rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque. Es un gato doméstico.



CAPÍTULO 1

—¡Azote! ¡Azote ha muerto!

Mientras el grito resonaba desde algún lugar detrás de él, Patas Negras clavaba sus dientes en el enmarañado pelaje de una gata atigrada del Clan de la Sangre con la que estaba luchando. Su oponente no pareció escuchar el grito, y continuó gruñendo y luchando contra él. Sus patas arañaban sus flancos, pero él ignoró los arañazos que lo escocían y le mordió la garganta con más fuerza. «*¿Puede ser cierto?*».

—¡Azote ha muerto! —otro gato del Clan de la Sangre aulló horrorizado.

La gata atigrada si lo escuchó esta vez. Se echó hacia atrás en estado de shock cuando el gemido resonó de nuevo; Patas Negras perdió su agarre sobre ella. Ambos se dieron la vuelta y vieron el pequeño cuerpo de Azote, tendido sin vida con la parte delantera de su cuerpo cubierta de sangre. «*Es cierto*». Por un momento, Patas Negras y la gata atigrada se miraron el uno al otro. Luego, con los ojos muy abiertos, la gata se dio la vuelta y echó a correr. Con un gruñido, Patas Negras la siguió. *Todos* los gatos del Clan de la Sangre estaban corriendo. Sin su líder, estaban abandonando su ataque al territorio de los Clanes. En pánico, salieron de los Cuatro Árboles tan rápido como pudieron, mientras huían, los gatos de los Clanes los estaban persiguiendo. Patas Negras corrió tras ellos. Estrella Alta del Clan del Viento corrió a su lado, gruñendo a los invasores que huían, mientras que, a su otro lado, la compañera de Clan de Estrella Alta, Flor Matinal, les enseñó los colmillos con ferocidad. Todos los gatos de los cuatro Clanes se unieron a la persecución, motivados por una feroz alegría vengativa.

Con un último zarpazo, Patas Negras arañó las patas traseras de la gata atigrada mientras alcanzaban el límite del territorio de los Clanes, bufando hacia el bosque. Ella y los otros invasores del Clan de la Sangre se fueron corriendo de regreso al Poblado de los Dos Patas de donde habían venido. Patas Negras no creyó que fuesen a volver. Sin Azote, el pequeño líder sediento de sangre que había querido el territorio de los Clanes para él, no eran más que solitarios. «*¿Y qué es el Clan de la Sombra sin Estrella de Tigre?*». El líder de Patas Negras había sido asesinado por Azote, después de que intentó hacer un trato con el líder del Clan de la Sangre para luchar contra sus propios enemigos dentro de los Clanes. Estrella de Tigre estaba decidido a liderar a todos los gatos del bosque. Él había planeado cada movimiento que el Clan del Tigre, —el Clan que había formado con la combinación del Clan de la Sombra y del Clan del Río— había hecho. «*¿Qué haremos sin él?*». Patas Negras se erizó ante su propia pregunta, luego sacudió su pelaje para deshacerse de la idea. Podía sentir la sangre caliente atravesando su pelaje y miró su hombro que estaba cubierto de arañazos «*El Clan de la Sombra hará lo que siempre hizo* —se dijo a sí mismo—, *sobrevivir*».

Volviéndose hacia los Cuatro Árboles, vio que los gatos se estaban reuniendo en pequeños grupos, centrados alrededor de los curanderos o de sus líderes. Algunos cuerpos, tanto guerreros como proscritos, estaban desparramados en el suelo, y Patas Negras se erizó cuando pasó junto al cadáver de Cebrado que estaba tendido en la tierra. La cara del gato atigrado gris con rayas negras todavía estaba retorcida en un bufido. Cebrado había dejado al Clan del Trueno, siguiendo a Estrella de Tigre al Clan de la Sombra, pero una vez que Estrella de Tigre había muerto, se había puesto en contra de los Clanes y había luchado junto a los solitarios. «*Traidor*». No había nada peor que un gato que abandonaba a su Clan y Cebrado lo había hecho dos veces. Patas Negras le gruñó al cadáver por un momento antes de continuar. Dejarían a Cebrado ahí por ahora; el Clan de la Sombra ciertamente no le debía la vigilia que le darían a un guerrero. Sin mirar atrás, cruzó el claro hacia dónde estaba Nariz Inquieta, el curandero del Clan de la Sombra, quien estaba rodeado por sus compañeros de Clan.

—Si mantienes este rasguño limpio, no debería dejarte una cicatriz —le dijo el pequeño gato gris y blanco a Robledo, quien tenía una larga herida ensangrentada que atravesaba su pecho—. Ven a mi guarida por la mañana y te pondré más caléndula.

El guerrero asintió.

—Gracias, Nariz Inquieta.

Patas Negras miró a los guerreros del Clan de la Sombra a su alrededor. Cirro, el aprendiz de Nariz Inquieta, estaba limpiando con su lengua un corte en el flanco de Amapola. Las patas traseras de Bermeja estaban arañadas, pero parecía que el sangrado ya se había detenido. Esas eran las peores heridas que había visto. «*Gracias al Clan Estelar*».

—¿Todos están bien? —preguntó, solo para asegurarse.

—Tuvimos suerte —maulló Serbal, mirando los cuerpos que estaban esparcidos en la hierba.

—Luchamos bien —Bermeja lo corrigió, levantando la cabeza con orgullo. Patas Negras ronroneó con aprobación.

Zarpa Trigueña, la aprendiza de Robledo, estaba junto a su hermano Zarzo, sus cabezas estaban juntas mientras conversaban. Los ojos de Patas Negras se entrecerraron mientras los veía. «*¿Debería echar a Zarzo?*». Ambos aprendices eran los hijos de Estrella de Tigre, pero el joven gato era aprendiz del Clan del Trueno, mientras que Zarpa Trigueña había elegido unirse a su padre en el Clan de la Sombra cuando los entrometidos del Clan del Trueno cuestionaron su lealtad. Con la muerte de Estrella de Tigre, el Clan de la Sombra necesitaba ser más fuerte y estar más unido que nunca. Pero hoy los Clanes habían luchado codo a codo. Y Zarzo y Zarpa Trigueña eran hijos de Estrella de Tigre. Patas Negras no quería evitar que compartieran su dolor; no quería darle a Zarpa Trigueña cualquier motivo para reconsiderar su lealtad hacia el Clan de la Sombra. Y con Estrella de Tigre muerto, Patas Negras reflexionó sobre que era hora de que comenzara a verse como un líder. Había sido lugarteniente de Estrella Rota antes de ocupar la misma posición con Estrella de Tigre. «*Si el Clan Estelar está de acuerdo… El Clan de la Sombra es mío para que lo lidere*».

Pero en lugar de hacerlo sentir poderoso, ese pensamiento le daba dudas. «*¿Tengo lo necesario para liderar?*». Se sentía como si de repente estuviera cargando con todo el peso del Clan sobre sus hombros. Él era el que tendría que tomar todas las decisiones de su Clan a partir de ahora. «*Siempre he tenido a otro gato para que me muestre el camino*». Brusca y repentinamente echaba de menos a Estrella de Tigre. El enorme gato atigrado de color marrón oscuro siempre sabía qué hacer. Un movimiento captó su atención, y miró hacia arriba para ver a los gatos del Clan del Río siguiendo a Estrella Leopardina fuera del claro. La gata atigrada de color dorado con motas miraba al frente mientras conducía a su Clan, con su cabeza alta en orgullo. Ni siquiera miró a Patas Negras. «*Ya veo su plan*»,

pensó Patas Negras, moviendo la cola con irritación. Estrella Leopardina había elegido seguir a Estrella de Tigre. Ella había unido voluntariamente al Clan del Río al Clan de la Sombra, formando así el Clan del Tigre, porque pensó que eso la haría más fuerte. Había hecho todo lo que Estrella de Tigre le había dicho, porque había creído que juntos, los dos Clanes podrían dominar a los demás y a todo el territorio. Pero ahora Estrella de Tigre estaba muerto, derrotado por las garras de Azote, y ella y sus guerreros estaban abandonando al Clan de la Sombra. Si los otros Clanes querían venganza por lo que había hecho Estrella de Tigre, seguramente ella prefería que no recordasen que el Clan del Río había sido su aliado, y que, por un tiempo, ella y Patas Negras se habían parado orgullosos a ambos lados de Estrella de Tigre… Hubo un suave bufido detrás de él. Patas Negras se dio la vuelta para ver a Bermeja mirando con desdén a la líder del Clan del Río.

—Corazón de zorro —murmuró la guerra de color rojizo oscuro, y Patas Negras asintió.

—Estrella de Tigre nunca debió haber confiado en ella —gruñó.

Otro gato, un gran macho de color rojizo, cojeaba lentamente hacia ellos y Patas Negras se puso rígido. «*¿Qué quiere Estrella de Fuego?*». Levantó su cabeza mientras el líder del Clan del Trueno se acercaba.

—Estrella de Fuego —maulló a modo de saludo—. Así que, después de todo, hemos ganado la batalla. —Su pelaje le ardía. Este gato había sido durante mucho tiempo una espina en la pata de Estrella de Tigre. Estrella de Fuego había sido un minino casero antes de unirse al Clan del Trueno, pero había ascendido dentro de su Clan hasta que finalmente había expulsado a Estrella de Tigre y había ocupado su lugar como lugarteniente

—Sí, así es —asintió Estrella de Fuego—. ¿Qué vas a hacer ahora, Patas Negras?

Los ojos de Patas Negras se entrecerraron. ¿No era obvio? «*¿Estrella de Fuego duda que yo pueda ser líder?*». En realidad, nunca se había imaginado liderando al Clan de la Sombra, pero estaba en su derecho.

—Llevarme a casa a mi Clan y prepararme para el viaje a las Rocas Altas. Ahora soy líder. Tenemos mucho que hacer para recuperarnos, pero la vida en el bosque seguirá como de costumbre.

—Entonces nos veremos en la próxima Asamblea.

A Patas Negras le irritaba la sensación de alivio que lo recorría. La opinión de Estrella de Fuego no debería de importarle. Pero la vida sería más fácil si el Clan del Trueno y el Clan del Viento lo aceptaran, el líder del Clan del Viento seguiría a Estrella de Fuego. Estaba seguro de que

Estrella Leopardina no querría buscar pelea, ella estaría demasiado ocupada tratando de lidiar con lo ocurrido con el Clan del Tigre como para buscar nuevos problemas. Estrella de Fuego lo estaba mirando.

—Y, Patas Negras, harás bien en aprender de los errores de tus predecesores —prosiguió con frialdad—. Vi lo que le hiciste a Pedrizo en la Colina de Huesos.

El alivio de Patas Negras se convirtió en vergüenza, su pecho se sintió pesado y caliente. «*Yo fui un lugarteniente leal. Estaba siguiendo las órdenes de mi líder* —se dijo a sí mismo—. *Eso es lo que hace un buen lugarteniente*». Pero el peso en su pecho todavía seguía allí. Con un movimiento rápido por parte de Estrella de Fuego, Zarzo se levantó, presionó su hocico brevemente contra el flanco de su hermana, y se colocó al lado de Estrella de Fuego. Zarpa Trigueña lo miró con nostalgia por un momento, luego miró de nuevo a Patas Negras, esperando sus órdenes. Patas Negras sintió una pequeña ráfaga de alivio. «*Hice bien en no separarlos. Ella sigue siendo una de los nuestros*». Patas Negras asintió con la cabeza hacia sus propios gatos, quienes se levantaron y se reunieron alrededor de él.

—Vamos —maulló. Lo siguieron fuera del claro, con Nariz Inquieta siguiéndolo desde la parte de atrás.

A la mañana siguiente, Patas Negras se estiró y se estremeció mientras emergía de la guarida de los guerreros. Un pálido sol apenas se estaba vislumbrando a través de las nubes, y el aire estaba frío. Echó un vistazo a la entrada a la guarida del líder debajo del gran roble y sintió que algo se revolvía en su pecho. No había sentido correcto el dormir ahí la noche anterior… «*Pero mañana será mía*». Todavía le era difícil de creer. Nariz Inquieta lo estaba esperando en el claro.

—¿Listo? —el curandero le preguntó—. Dormiste poco y hoy el viento es fuerte. Eso puede hacer que vayamos más lento. Deberíamos empezar nuestro camino hacia las Rocas Altas.

—Solo vámonos. —Patas Negras miró el montón de carne fresca, del cual no tenía permitido tomar nada antes de viajar a las Rocas Altas. De alguna manera se sentía hambriento y al mismo tiempo demasiado inquieto como para comer. Nunca se lo admitiría a Nariz Inquieta, pero estaba nervioso con respecto a compartir lenguas con el Clan Estelar. Sabía que había sido un lugarteniente perfecto… pero quizás no siempre sea un gato

perfecto. «*¿El Clan Estelar juzgará si soy digno de ser líder?*». Tenía que creer que lo harían, pero pensar en cómo se vería su ceremonia le hizo sentir heladas garras de pánico arañando su pelaje. Nariz Inquieta lo miró duramente.

—¿Estás listo? —le preguntó.

Patas Negras no estaba seguro de lo que quería decir el curandero. «*¿Estoy listo para hacer el viaje a las Rocas Altas? ¿O estoy listo para liderar?*».

—¿Por qué no lo estaría? —respondió brevemente, igualando la expresión aguda de Nariz Inquieta.

Nariz Inquieta se volvió, sin responder a su pregunta.

—Vamos, entonces —dijo, alejándose antes de que Patas Negras pudiera responder. Patas Negras alisó su pelaje y lo siguió.

En la entrada del campamento, Bermeja estaba de guardia, se veía cansada, pero estaba alerta. Ella bajó su cabeza respetuosamente mientras se acercaban.

—Buena suerte en tu viaje.

Él parpadeó cariñosamente hacía ella. Durante un largo rato la noche anterior, mientras esperaba para poder dormirse, Patas Negras tuvo un pensamiento que se repetía en su cabeza: «*Si voy a ser líder, necesitaré un lugarteniente fuerte*». Y finalmente, un nombre vino a su mente. Ahora, al encontrarse con la mirada sincera de Bermeja, supo que la decisión que había tomado era la correcta. La gata de color rojizo oscuro podría haber comenzado su vida como una solitaria, pero no había ningún guerrero más leal al Clan de la Sombra que ella.

—Gracias —le dijo—. Mientras estoy fuera, me gustaría que elijas a algunos guerreros y que los envíes a las patrullas de hoy.

Los ojos de Bermeja se agrandaron sorprendidos.

—De acuerdo.

—Confío en que velarás por Clan de la Sombra hasta que regrese —Patas Negras continuó.

Con las orejas erguidas, Bermeja maulló lentamente:

—¿Quieres decir que...?

—Sí —Patas Negras ronroneó—. Cuando regrese de la Piedra Lunar, te nombraré lugarteniente del Clan de la Sombra. No puedo imaginar una mejor opción.

Una repentina alegría iluminó los ojos de la gata, y Patas Negras sintió como su pelaje le ardía durante el camino. «*Tal vez sea un líder fuerte* —pensó—. *Por lo menos mi primera decisión fue la correcta*». Ese

sentimiento de satisfacción ayudó a Patas Negras a mantener un ritmo constante durante el largo viaje hacia las Rocas Altas, a pesar del hambre que carcomía su estómago y el dolor en su hombro herido. Nariz Inquieta había tratado sus heridas con raíz de consuelda y había vendado su hombro con telarañas, pero todavía le dolía. El sol se estaba poniendo, proyectando largas sombras en el suelo, cuando finalmente llegaron a las Rocas Altas; la tierra estaba fría debajo de las zarpas de Patas Negras, y miró hacia el sendero inclinado, con nerviosismo, adentrándose en el enorme agujero oscuro que era la Boca Materna.

—¿Estás listo? —Nariz Inquieta le preguntó de nuevo.

La aparición de la Boca Materna hizo que todo se sintiera demasiado real. De nuevo, Patas Negras se preguntó si habría escuchado un dejo de duda en el maullido de Nariz Inquieta. Quería desafiar al curandero, aullando "*¡por supuesto que estoy listo!*", pero en cambio Patas Negras solo asintió, su pecho se sentía apretado por la ansiedad. No podía fingir sentir confianza en Nariz Inquieta cuando su propia mente estaba revuelta por las dudas. «*¿Cómo me recibirá el Clan Estelar?*». Él había acompañado a otros gatos a las Rocas Altas antes, pero nunca había entrado en la Boca Materna, y nunca había visto la Piedra Lunar. Nunca había sido lo suficientemente valiente como para preguntarle a Estrella de Tigre o a Estrella Rota cómo se veía; sentía que habría sobrepasado su rol de lugarteniente. Era un conocimiento sagrado reservado únicamente a líderes y curanderos. El siguió subiendo la pendiente rocosa, su corazón latía con fuerza, luego se detuvo un momento en la entrada de la cueva, mirando hacia la oscuridad.

—Sígueme —Nariz Inquieta le tocó ligeramente la espalda a Patas Negras con su cola—. Es hora de que sepamos qué es lo que nos espera en la Piedra Lunar.

Cuando entraron, la tenue luz de la entrada se apagó rápidamente, devorada por la oscuridad. Patas Negras se puso detrás de Nariz Inquieta, alertado por el olor del curandero y el sonido de sus silenciosas pisadas, lo guiaron en la oscuridad. El túnel se inclinaba hacia abajo y el aire se volvió viciado, pero Patas Negras respiró alegremente, sus dudas se volvieron pequeñas mientras su pecho se llenaba de orgullo. «*Esto realmente está sucediendo. ¡Voy a liderar al Clan de la Sombra!*». Todavía estaban afligidos por la pérdida de Estrella de Tigre. Pero eran feroces y leales los unos a los otros. Si los dirigía sabiamente, Patas Negras podría convertirlos en el Clan más fuerte del bosque una vez más. «*¿Seré*

suficiente?». Sintió el mismo escalofrío por la duda, pero lo hizo a un lado. «*Tendré que serlo*».

La oscuridad se hizo más y más fría a medida que el túnel descendía. La piedra helada era áspera bajo las patas de Patas Negras, y las paredes del túnel se estrecharon, de modo que sus bigotes rozaban las paredes mientras seguían. Por fin, captó el olor de una presa en la distancia. «*Debe haber una abertura en la roca más arriba*», pensó Patas Negras. Delante de él, Nariz Inquieta se detuvo.

—Estamos aquí —le dijo el curandero en voz baja—. Ahora esperamos a que la luna esté en su punto más alto.

Su pelaje rozó el de Patas Negras mientras se sentaba, Patas Negras dobló sus patas debajo de sí mismo para sentarse también. Mientras esperaban, la boca de Patas Negras se secó y podía sentir sus propios latidos cada vez más fuertes. «*Seré un buen líder*», se dijo a sí mismo. Pero los rostros de gatos fallecidos pasaban ante sus ojos: el joven Zarpa de Tejón, tan ansioso por demostrarse a sí mismo; Estrella Rota, con su mirada fría y feroz; Estrella de Tigre, lleno de ira y determinación; Pedrizo, sus ojos abiertos se mostraban horrorizados e incrédulos. Patas Negras tragó saliva. No había salvado a ninguno de esos gatos. «*Pero seguí a mis líderes. Seguí el código. Fui un lugarteniente leal. Hice lo que se suponía que debía hacer*». Pero no pudo apartar el cosquilleo de la inquietud.

«¿Qué dirá el Clan Estelar sobre todo lo que he hecho?». De repente, una luz cegadora inundó la cueva. Sobresaltado, Patas Negras saltó hacia atrás. Justo delante, una enorme piedra se elevaba ante ellos, era lo suficientemente grande como para aplastarlos a ambos como si se tratasen de hormigas. Patas Negras de repente se sintió diminuto, insignificante. La piedra parecía brillar con un poder propio, como si estuviera hecha por miles de fragmentos de hielo. Por mucho que se hubiera preguntado acerca de ese lugar, nada lo había preparado para ese momento.

—La Piedra Lunar —Nariz Inquieta maulló de forma reverencial—. Acuéstate a su lado y tócala con tu nariz, y tu futuro se aclarará. Voy a velar por ti mientras compartes lenguas con el Clan Estelar.

Vacilante, Patas Negras se acercó lentamente. Miró hacia atrás a esperando a que Nariz Inquieta lo alentase, pero el gato solo asintió con la cabeza. Era difícil saber qué estaba pensando el curandero. Patas Negras finalmente se sentó junto a la piedra, sus ojos ardían por su brillo. Respiró hondo, se inclinó hacia adelante, cerró los ojos, y tocó su nariz contra la Piedra Lunar. Un golpe de frío lo atravesó. Su cuerpo se sacudió con un

dolor repentino, y luego sus patas y cola se volvieron pesadas. Tenía miedo de intentar moverse, aunque estaba seguro de que no podría hacerlo. Se sentía como si estuviera muriendo. Nunca había sentido tanto frío, ni siquiera durante la más dura estación sin hojas. Se sacudió aterrorizado.

«*¿Por qué Nariz Inquieta no me advirtió sobre esto? ¿El Clan Estelar ha decidido castigarme?*».

El tiempo parecía fluir, pero no sintió nada más que frío y dolor, no escuchó nada más que los latidos de su corazón acelerándose. Se preguntó si sobreviviría. Entonces, tan repentinamente como todo había comenzado, el sonido y el dolor desaparecieron. Ahora no podía escuchar nada, ni siquiera la respiración de Nariz Inquieta. Tímidamente, abrió sus ojos. La cueva se había ido. La Piedra Lunar se había ido. Una brisa cálida alborotó su pelaje. Inclinó su cabeza hacia atrás y abrió las sus fauces para tomar una profunda bocanada de aire fresco. Estaba en los Cuatro Árboles, cerca de la Gran Roca, pero los Cuatro Árboles no se veían como el día anterior. No había señales de batalla, y los aromas eran los de los inicios de la estación de la hoja nueva (las presas, la cálida tierra y las plantas creciendo). Los robles que estaban sobre él eran frondosos y el Manto Plateado brillaba en lo alto del cielo despejado.

«*Espera… ¿El Manto Plateado?*». Patas Negras parpadeó y miró hacia arriba. «*¿Se supone que en el Clan Estelar la luna también esté en su punto más alto? ¿Y en dónde están los gatos para recibirme?*».

Mientras se levantaba, el Manto Plateado parecía acercarse cada vez más y más, cada vez más claro, y de repente con un estremecimiento de miedo, se dio cuenta que estas no eran solo estrellas, sino gatos. El Clan Estelar venía hacia él. Su corazón latía con fuerza y jadeaba del miedo, su respiración entrecortada. Los ojos de los gatos centellaban a medida que se acercaban, y sentía como si pudieran ver directamente a través de su pelaje, su mente y su corazón. Lo sabían todo. Todas sus dudas y miedos fueron expuestos. Patas Negras apretó los dientes para evitar dejar salir el quejido que quería escapar de su garganta. «*No mostraré miedo*». Los gatos de Clan Estelar se reunieron a su alrededor, tanto extraños, como gatos que conocía. Había tantos de ellos que no podía ver donde terminaba la multitud, solo figuras estrelladas que lo rodeaban a él por todos lados. Estrella Nocturna estaba allí, levantando la cola a modo de saludo, y Cuello Blanco, quién había muerto en el Sendero Atronador, movió sus orejas con un gesto amistoso. Pero otros gatos miraban a Patas Negras con frialdad.

Una gata blanca como la nieve se adelantó entre la multitud. Patas Negras la reconoció: Bigotes de Salvia, quien había sido curandera del Clan de la Sombra cuando él era aprendiz. Bajó la cabeza.

—Bigotes de Salvia.

Diminutas estrellas brillaron en el pelaje de la curandera cuando ella lo saludó solemnemente.

—Patas Negras, sé que te sientes inseguro.

—Yo… —Patas Negras vaciló. Quería negarlo, pero sabía que no podía mentirle—. Lo estoy. Pero soy leal. Pondría a mi Clan antes que a cualquier cosa.

Un suave bufido provino de la multitud de gatos a su alrededor, y él se estremeció, tratando de ver qué gato lo había hecho. Pero no pudo: Ardientes ojos y estrellados pelajes lo rodeaban. Cualquiera de ellos parecía lo suficientemente furioso como para haberle siseado. Se sintió pequeño.

—El Clan de la Sombra ha sufrido —la gata le dijo—. Pero también *todos* los Clanes, y parte de eso es culpa del Clan de la Sombra. El próximo líder del Clan debe ser fuerte y honorable, o nuestro Clan caerá en el olvido.

Patas Negras sintió que sus ojos se abrían de par en par. ¿Realmente había pasado el peligro? Azote estaba muerto. Estrella de Tigre también. Los Clanes estarían en paz de nuevo. Entonces su estómago se retorció, los Clanes no estaban enfrentados ahora mismo, pero no había confianza entre ellos. Recordó como Estrella Leopardina se había apartado de él, y las frías y hostiles palabras de Estrella de Fuego.

—Si el Clan de la Sombra cae —prosiguió Bigotes de Salvia—, los otros Clanes caerán también, incluso el Clan Estelar. Debe haber un equilibrio en el bosque. ¿De verdad crees que estás a la altura de la misión? ¿Puedes ser el fuerte y honorable líder que el Clan de la Sombra necesita?

Patas Negras tragó.

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió con voz ronca—. Como dije, haría cualquier cosa por el Clan de la Sombra. Todo lo que yo he *hecho* ha sido por mi Clan.

Bigotes de Salvia asintió.

—Muy bien. Los próximos momentos serán una prueba, entonces. Cada gato te hará un regalo. El regalo puede ser un recuerdo, y no todos estos recuerdos serán gratos.

Patas Negras sintió que se le secaba la boca. Había tanto que no quería recordar. Luchó para tragar.

—Estoy listo —dijo, esperando que fuese cierto.

Bigotes de Salvia lo miró a los ojos.

—Si en algún momento es demasiado —dijo—, puedes decirnos que paremos. Puedes irte y vivir como siempre lo has hecho, y habrá un nuevo líder para el Clan de la Sombra. ¿Comprendes?

Patas Negras la miró fijamente. Estaba deseoso por saber si así era la ceremonia de cada líder, o si lo estaban probando a él específicamente. Recordó lo que había dicho Nariz Inquieta:

«*Tu futuro se aclarará*».

Así que dependía de él.

—Entiendo —dijo Patas Negras.

Bigotes de Salvia movió su oreja.

—Bien. Empecemos.

La reluciente multitud del Clan Estelar se separó y dos gatos se acercaron. Patas Negras parpadeó.

—Flor de Acebo —suspiró, encontrando la mirada de la gata gris y blanca. «*Mi madre*»—. Te he extrañado.

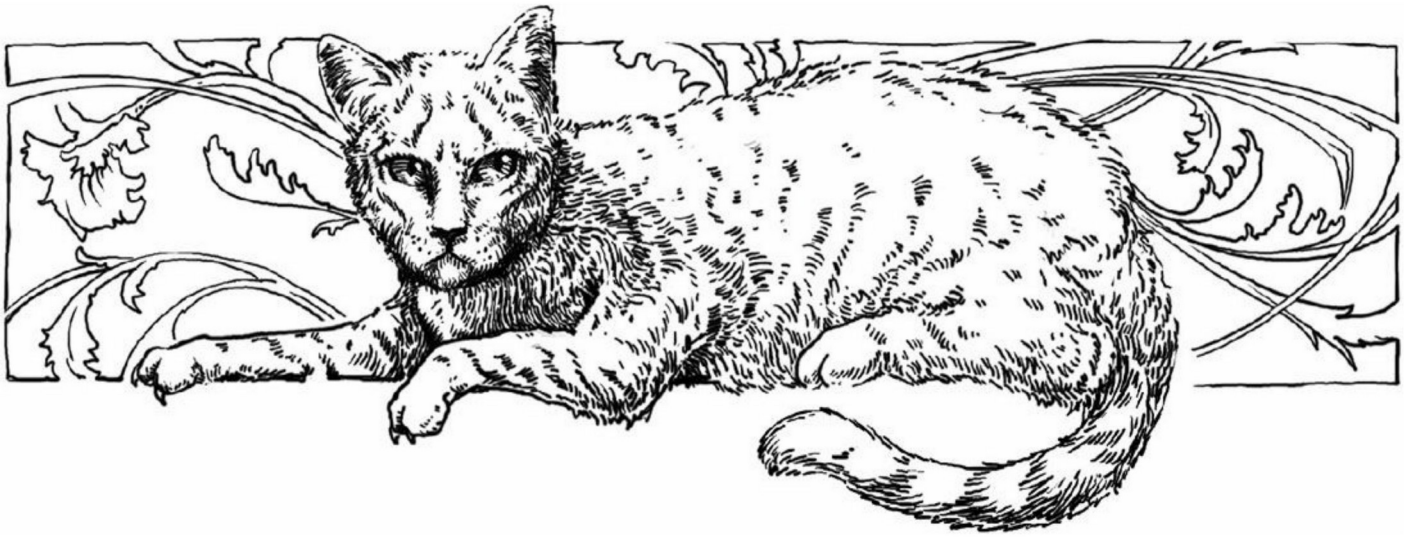
Sus ojos azules eran cálidos.

—Mi hijo —ronroneó ella con orgullo—. El siguiente líder del Clan de la Sombra. —Pero luego su cola cayó mientras miraba al gato a su lado, mirando de vuelta a Patas Negras—. Hay algo que deberías saber —maulló.

Patas Negras se volvió hacia el gato blanco con manchas que estaba junto a su madre.

—Está bien —le dijo—. Lo sé desde hace mucho tiempo. Hola, Ala de Ventisca.

Casi al instante, sintió que los gatos a su alrededor se alejaban, mientras los recuerdos de su infancia lo rodeaban…



CAPÍTULO 2

La guarida de las curanderas estaba helada. Zarpa Negra se acurrucó más contra su propio cuerpo y cerró los ojos, su vientre le dolía horriblemente. «*Nunca debería haber escuchado a Zarpa de Fronde*». Él y su hermana habían encontrado una rana muerta cerca del borde del campamento, ¡y había tenido tanta hambre!

—Seguro que no pasa nada —le había dicho Zarpa de Fronde mientras pinchaba la rana con una delgada pata tricolor—. No puede haber estado muerta durante mucho tiempo, o la habríamos visto antes.

—Tal vez… —Zarpa Negra había maullado, inseguro. Olfateó. La rana *parecía* estar bien. Su estómago había rugido, recordándole cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había comido. Por fin, había dado un mordisco, hundiendo los dientes en la gomosa carne de la rana.

«*¡Gran error!*», pensaba ahora, recordando. Se instaló más profundamente en su lecho en la guarida de las curanderas. Esa era su segunda noche aquí. Se sentía *un poco* mejor. Tal vez por la mañana Bigotes de Salvia diría que estaba listo para volver a la guarida de los aprendices. Y entonces tendría algo que decirle a Zarpa de Fronde sobre su terrible consejo. Su madre, Flor de Acebo, se había quedado cerca mientras él había estado enfermo, y, sin abrir los ojos, olfateó el aire, inhalando su reconfortante olor. «*Sí, todavía sigue aquí*».

También había otro gato, se dio cuenta. El nuevo olor no era el de Bigotes de Salvia, ni el de su aprendiza, Fauces Amarillas. Era un macho… ¿quién *era*?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Flor de Acebo en voz baja. Había una nota extraña e infeliz en su voz, y Zarpa Negra levantó sus orejas.

—Estaba preocupado. —La voz baja le era familiar.

«*¿Ala de Ventisca?*». ¿Por qué el guerrero estaba visitando la guarida de las curanderas en medio de la noche? ¿Qué le preocupaba? Sin moverse, Zarpa Negra abrió los ojos apenas en una rendija.

Flor de Acebo y Ala de Ventisca eran apenas más que sombras, frente a la entrada de la guarida. Pero cada línea del cuerpo de su madre estaba tensa, como si estuviera preparada para luchar. «*¿Por qué querría Flor de Acebo pelear con Ala de Ventisca?*», se preguntó Zarpa Negra. No conocía bien al guerrero, pero siempre le había parecido bastante agradable.

—No tienes que preocuparte. —El maullido de Flor de Acebo fue frío —. ¿No te importa que alguien te vea aquí? No querrías que se hicieran ideas, ¿verdad?

Ala de Ventisca suspiró.

—Sea lo que sea que pienses, sí me importan los cachorros. También son míos, ¿sabes?

Zarpa Negra sintió como si le hubieran dado una patada en el pecho. Jadeó, y luego rápidamente amortiguó el sonido presionando su hocico contra su costado. «*¿Los hijos de Ala de Ventisca?*». Pero… Ala de Ventisca no tenía cachorros. Tenía una pareja, Tormenta de Plumas. Una pareja que no era Flor de Acebo. Su madre siseó.

—Zarpa Negra, Zarpa de Fronde y Zarpa de Pedernal son *míos*. Me dejaste para que los criara sola porque no querías decirle a Tormenta de Plumas la verdad. No necesito ayuda de ningún gato, y especialmente no de ti.

El shock recorrió el cuerpo de Zarpa Negra, y cerró los ojos con más fuerza. No quería que supieran que estaba despierto. Siempre se había preguntado quién era su padre. Zarpa de Fronde, Zarpa de Pedernal y él habían hablado de ello todo el tiempo, incluso cuando eran pequeños cachorros.

—El padre de Pequeño Nocturno y Pequeño Cortado es Salto de Sapo —había razonado Pequeña Fronde, y su pequeña cara se torció mientras lo pensaba—. Viene a la maternidad todo el tiempo. *Nosotros* también debemos tener un padre.

—*Tenemos* que tenerlo —había asentido Pequeño Negro—. Pero, ¿quién?

Pequeño Pedernal le había preguntado a Flor de Acebo, pero ella solo había sacudido la cabeza, y lamiendo tranquilamente el pelaje de su espalda, les había dicho:

—No necesitan un padre, todo lo que tienen que saber es que son parte del Clan de la Sombra. —Algo en la forma en que lo había dicho les había impedido preguntar de nuevo.

Ahora sabía que era *Ala de Ventisca*. El dolor en el estómago de Zarpa Negra se intensificó, haciéndole sentir aún más náuseas. Ala de Ventisca había sabido que él era el padre de Zarpa Negra y sus hermanos, y no se los había dicho; no se lo había dicho a ningún gato, porque temía que su pareja lo descubriera. No le habían importado lo suficiente.

Una ardiente ira inundó a Zarpa Negra. Quería saltar sobre sus patas y atacar a Ala de Ventisca, desgarrar la piel del gato con sus garras. Y, confusamente, una parte de él también quería precipitarse y presionar su hocico contra el de Ala de Ventisca, para pedirle que se quedara. Siempre había querido conocer a su padre. Abrió los ojos, queriendo ver cómo reaccionaba el gato a los furiosos siseos de Flor de Acebo.

—No necesitamos nada de ti —la voz de Flor de Acebo era fría, y Zarpa Negra vio que la forma fantasmal de su padre se alejaba. Metió la cara bajo su pata, fingiendo dormir, y escuchó a su madre cruzar la guarida y acostarse a su lado.

«*¿Cómo voy a ignorar esto la próxima vez que hable con Flor de Acebo? Debería decirles a Zarpa de Fronde y Zarpa de Pedernal*». Pero no quería que sus compañeros de camada tuvieran que sentirse así. «*No puedo decírselos*». Pensó en lo que había dicho Flor de Acebo en la maternidad. «*No necesito un padre. Todo lo que necesito saber es que soy parte del Clan de la Sombra*».

Tres amaneceres después, el estómago de Zarpa Negra se sentía mejor. Toda la mañana, había estado tratando de no pensar en la conversación que había sucedido entre Flor de Acebo y Ala de Ventisca. A veces podía convencerse de que todo había sido probablemente un mal sueño provocado por la presa putrefacta. Pero más tarde esa noche, en su lecho en la guarida de los aprendices, sabía que era verdad. Ala de Ventisca era su padre. Y había tenido cuidado de que nadie lo descubriera. Zarpa Negra no se lo había dicho a ningún gato. Ya había pasado el punto donde el sol estaba en lo más alto y los aprendices estaban jugando a

pelear cerca del borde del campamento. Cerca de allí, Pequeño Roto estaba golpeando un fajo de musgo, con la cola doblada que le daba su nombre sobresaliendo detrás de él.

«*Pequeño Roto siempre está jugando solo*», se dio cuenta Zarpa Negra. ¿Se sentiría solo? Su padre, Manto Mellado, estaba orgulloso del gatito, pero la identidad de su madre era un secreto y a su madre adoptiva, Raya de Lagartija, no le gustaba mucho. Dejaba que sus propios cachorros se metieran con él y lo culpaba si se quejaba. Todos los gatos sabían que la gata estaba impaciente por volver a la guarida de los guerreros, sin tener que criar a un cachorro más que a los suyos, pero al menos parecía un poco orgullosa de sus propios hijos. Zarpa Negra no culpaba a Pequeño Roto por mantenerse alejado de ellos.

—¡Atrás, podrido corazón de zorro del Clan del Trueno! ¡Sal de nuestro territorio! —aulló Zarpa Cortada, lanzándose contra Zarpa de Pedernal, que esquivó y lanzó un golpe contra el gato marrón. Con un parpadeo de sorpresa, Zarpa Negra se volvió al juego de los aprendices.

—¡Emboscada! —Zarpa de Fronde saltó sobre la espalda de Zarpa Cortada, derribándolo hacia abajo. Zarpa Cortada se volteó y la empujó con sus patas traseras.

Con un siseo juguetón, Zarpa Negra se abalanzó sobre Zarpa Nocturna por detrás, inmovilizando al gato negro en el suelo junto a su hermano.

—¡Nosotros te derrotamos, malvado invasor!

Sujetando a Zarpa Nocturna con ambas patas delanteras, maulló:

—¿Te rindes?

Zarpa Nocturna lo miró, sacudiendo la cola, y tosió antes de recuperar el aliento.

—¡Nunca!

—Puedo estar aquí todo el día —le dijo Zarpa Negra, pinchando a Zarpa Nocturna ligeramente con sus garras. Era más pesado que el aprendiz de pelaje negro, y Zarpa Nocturna se retorcía inútilmente bajo sus garras.

Levantó la vista de la cara de enfado del otro aprendiz justo cuando Ala de Ventisca cruzó el claro hacia el montón de carne fresca. Los ojos del gato mayor se encontraron con los suyos por un momento, y a Zarpa Negra se le cortó la respiración en la garganta. Zarpa Nocturna se retorció de repente debajo de él, y, sobresaltado, Zarpa Negra cayó pesadamente al suelo. Levantándose sobre sus patas, vio que Ala de Ventisca se había alejado y le estaba llevando un campañol a Tormenta de Plumas.

—¡Ja! —maulló Zarpa Nocturna, tosiendo—. ¡Te he ganado!

—Supongo que debería haber prestado más atención —respondió Zarpa Negra, apagado.

—¡Tienes que estar alerta! —le regañó Zarpa de Pedernal—. ¿Y si esto hubiera sido una batalla real?

Zarpa Cortada agitó la cola, con cara de suficiencia.

—Tal vez ser mestizo significa que ustedes tres solo pueden ser medio-guerreros.

—¡Vamos a ser grandes guerreros! —maulló Zarpa de Fronde indignada.

—¡Y *no* somos mestizos! —gruñó Zarpa Negra, mientras erizaba su pelaje—. ¡Somos completamente del Clan de la Sombra!

Zarpa de Pedernal y Zarpa de Fronde intercambiaron una mirada.

—Bueno, eso no lo *sabemos* —Zarpa de Pedernal maulló dudoso—. Pero ningún gato podría ser más leal al Clan de la Sombra que nosotros.

—¡*Sí* lo sabemos! —insistió Zarpa Negra. Quería desgarrar a los otros aprendices con sus garras, incluso a sus hermanos. ¡Si tan solo pudiera decirles la verdad!—. ¡Cada parte de mí es del Clan de la Sombra!

Zarpa Cortada olfateó.

—¿Quién es tu padre, entonces? —preguntó—. Probablemente era alguna mascota. Me sorprende que Estrella de Cedro no los haya echado.

—Sabe que seremos el doble de guerreros que tú y Zarpa Nocturna —siseó Zarpa de Fronde—. No importa quién sea nuestro padre.

«¡Sí *importa! ¡Es un guerrero del Clan de la Sombra!*». Zarpa Negra quería gritar en la cara de Zarpa Cortada. ¿Pero qué pasaría si todos los gatos lo supieran? Ala de Ventisca estaría avergonzado; avergonzado de que Zarpa Negra y sus hermanos existieran. Su pareja, Tormenta de Plumas, se sentiría herida y avergonzada. ¿Y qué pasaría con Flor de Acebo? ¿Se enfadarían los otros gatos con ella? ¿Había un castigo por tener hijos con la pareja de otro gato? ¿Y si la *expulsaban* del Clan de la Sombra? Tragándose su ira, Zarpa Negra dio la espalda a los otros aprendices.

—No quiero jugar más —murmuró. Se alejó y se sentó solo cerca de la guarida de los aprendices.

Pequeño Roto seguía jugando con el musgo cerca. Cuando Zarpa Negra se sentó, se detuvo.

—¿Por qué te importa lo que *ellos* piensen? —preguntó, mirando a Zarpa Negra con sus penetrantes ojos naranjas—. Zarpa Cortada es un cerebro de ratón.

—Es un cerebro de ratón —convino Zarpa Negra, con una repentina oleada de afecto por el gatito—. Y se está burlando de mí por algo de lo que no sabe nada.

Pequeño Roto movió la cola.

—¿A quién le importa? —maulló—. Los otros gatos no importan. Solo tienes que saber lo que quieres, y averiguar cómo puedes hacer que te ayuden a conseguirlo. —Siguió jugando con su bola de musgo.

«*Eso es un poco espeluznante*». No era de extrañar que Pequeño Roto estuviera siempre solo, si creía que los otros gatos no importaban. Pero con Raya de Lagartija siempre dejando que sus propios hijos se metieran con Pequeño Roto, Zarpa Negra entendía por qué se sentía así. Probablemente se sentía solo. «*Es como yo. Tiene un solo padre que se preocupe por él*».

—Es que sé que está equivocado —trató de explicar Zarpa Negra.

Pequeño Roto levantó la vista.

—¿Sabes quién es tu padre? ¿Es un gato del Clan de la Sombra? Deberías haberles dicho quién era. Eso haría que Zarpa Cortada se callase.

Zarpa Negra se congeló. No podía decirle la verdad a ningún gato. No debería haberle dicho siquiera a Pequeño Roto que lo sabía.

—Es un secreto —le dijo al fin.

—¿Tu padre está en el Clan, pero no quiere que ningún gato sepa quién es? —Pequeño Roto pareció tomar el silencio del aprendiz como una afirmación. Sus ojos se estrecharon—. Tal vez un día seas un gran guerrero, y entonces podrás darle una lección a tu padre.

Zarpa Negra se imaginó escupiendo la verdad en la cara de Ala de Ventisca. No lo necesitaba, Pequeño Roto tenía razón en eso, de todos modos, pero tal vez un día sería mejor que su padre. Y este extraño gatito podría ser el único que entendiera cómo se sentía al respecto. Rozó con su cola el lomo de Pequeño Roto.

—Quizá tengas razón.

Ala de Ventisca y Flor de Acebo miraron a Patas Negras con tristeza, con sus colas estrelladas caídas, mientras las visiones de su infancia se desvanecían.

—¿Qué has visto? —preguntó Ala de Ventisca.

Patas Negras sacudió la cabeza, esperando despejarla.

—El momento en que te escuché en la guarida de las curanderas —explicó—. El momento en que supe que eras mi padre.

—No puedo creer que lo supieras durante tanto tiempo —la voz de Flor de Acebo era suave.

—Siento mucho haberte hecho daño —maulló el guerrero—. Pero gracias por guardar nuestro secreto. ¿Quieres esta vida?

Patas Negras miró fijamente a su padre. «*¿La quiero?*». El recuerdo había sido doloroso, pero no cambiaba nada. Y Patas Negros no sería el primer líder de Clan en tener un parentesco inusual.

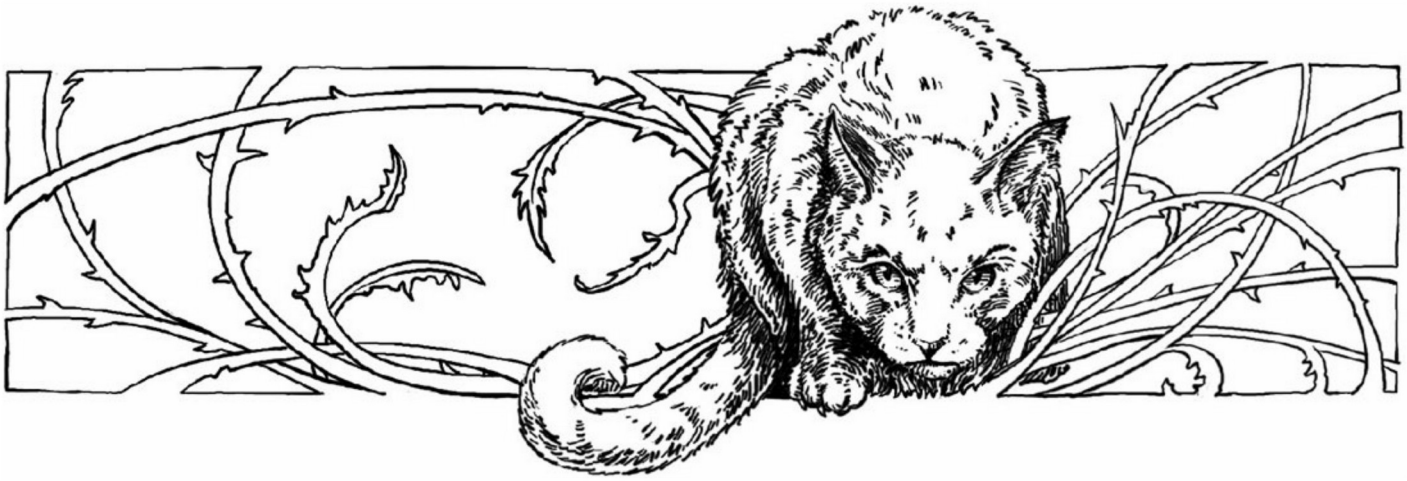
—La quiero —dijo.

Ala de Ventisca dio un paso adelante, las débiles estrellas en su pelaje parecieron brillar más, y tocó con su nariz la frente de Patas Negras. El contacto ardió como un fuego frío, y Patas Negras contuvo un grito.

—Con esta vida, te doy aceptación. Acepta tu pasado para que puedas dejarlo atrás mientras tú y tu Clan avanzan.

El calor inundó el cuerpo de Patas Negras. Sintió como si se le hubiera quitado un peso de encima. El futuro estaba ante él, separado de su pasado. Una brisa fresca le agitó los bigotes. Podía dar un paso adelante y saber, sin ninguna duda, que sus compañeros de Clan estarían con él, esperando sus órdenes.

«*Me están dando nueve vidas* —pensó—, *y puedo manejarlo. El Clan Estelar sabe que todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi Clan. Tal vez no tenga nada de qué avergonzarme después de todo*».



CAPÍTULO 3

Ala de Ventisca y Flor de Acebo se alejaron, ella con una última mirada cariñosa por encima del hombro. Cuando se reunieron con el resto del Clan Estelar, otro gato se levantó y caminó hacia él. Patas Negras lo reconoció de inmediato.

—Estrella Mellada —lo saludó con respeto, bajando la cabeza.

Él había sido el lugarteniente del Clan y luego líder, antes de Estrella Rota. Patas Negras siempre lo había admirado.

—Hola, Patas Negras —lo saludó calurosamente el antiguo líder. Se inclinó para tocar con su nariz cicatrizada la frente del gato blanco. Patas Negras se las arregló para no retroceder esta vez, anticipando el ardiente y frío contacto del gato del Clan Estelar.

Casi inmediatamente, los gatos del Clan Estelar se desvanecieron, y el pasado tomó forma a su alrededor.

—Ni siquiera un tufillo del Clan del Viento hoy —maulló Patas Negras alegremente a su patrulla mientras dirigía el camino de vuelta al campamento.

—Saben que no deben venir a nuestro territorio —respondió Baya de Serbal, moviendo su cola marrón y crema. A su lado, Bigotes de Nuez ronroneó su aprobación.

El pecho de Patas Negras se hinchó de orgullo cuando pasaron por el estrecho túnel entre las zarzas hacia el campamento del Clan de la Sombra. Al patrullar, ayudaba a mantener al campamento, y a todos los gatos en él

protegidos. Y ahí estaba el Clan, ocupado y seguro. «*Esto es lo que significa ser un guerrero*».

En el centro del campamento, Zarpa Inquieta, el aprendiz de curandero, estaba colocando hierbas para que se secaran al sol. Ojo Rayado y Cola de Cuervo estaban compartiendo lenguas y cotilleando frente a la guarida de los veteranos. Ratón Alado y Guijarro estaban sentados uno al lado del otro, engullendo presas. ¡Estaba todo tan tranquilo! Bigotes de Nuez le dio un toque alegre a Patas Negras con su hombro cuando él y Baya de Serbal pasaron de camino al montón de carne fresca, y Patas Negras les hizo un gesto con las orejas.

—¡Si te *vuelvo* a ver haciendo eso, me aseguraré de que te pases la próxima luna buscándole garrapatas a los veteranos!

El áspero aullido rompió la calma del claro, y Patas Negras se volvió para ver a Corazón de Cenizas regañando a Zarpa Rota en el borde del campamento. La gata parecía que apenas estaba conteniéndose para no cargar contra él. El musculoso aprendiz le devolvía la mirada, con la cola azotando de un lado a otro de rabia. Detrás de ellos, Zarpa de Venado se movía ansiosamente de pata en pata. Tenía un largo, y sangriento arañazo en el hombro.

—¡No puedes decirme qué hacer! —gruñó Zarpa Rota desafiante.

La cara de Corazón de Cenizas se retorció de furia y levantó una pata en señal de amenaza, con las garras extendidas.

—¡Espera! —Sin detenerse a pensar, Patas Negras se apresuró hacia ellos.

Se puso delante de Zarpa Rota, bloqueando a la gata.

—No puedes atacar a un aprendiz.

—No necesito de tu protección —maulló el aprendiz con indignación.

—El castigo se ajusta al crimen. Estaba desgarrando a Zarpa de Venado con las garras desenvainadas —dijo Corazón de Cenizas a Patas Negras—. Él sabe que no debe sacar las garras en el entrenamiento.

Zarpa Rota gruñó.

—¿Cómo vamos a luchar contra otros Clanes si tenemos miedo de mancharnos las patas de sangre?

«*Va a ser un guerrero feroz*», pensó Patas Negras con admiración. Pero se suponía que todos los guerreros debían ser un buen ejemplo para los aprendices, así que maulló:

—No nos manchamos las patas con la sangre de nuestros propios compañeros de Clan, Zarpa Rota. Ya conoces las reglas.

Miró al aprendiz más pequeño.

—¿Por qué no vas a la guarida de los curanderos, Zarpa de Venado? Fauces Amarillas puede ponerte algo en ese rasguño.

El aprendiz asintió y se apresuró a irse, pareciendo aliviado de alejarse del conflicto.

—Las reglas son estúpidas —murmuró Zarpa Rota—. Tenemos que hacernos fuertes. Solo los cobardes no están dispuestos a ser heridos.

Sus ojos anaranjados brillaron significativamente hacia Corazón de Cenizas. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la guarida de los aprendices, moviendo su cola doblada. La guerrera siseó, pareciendo dispuesta a arremeter contra el aprendiz.

—Vamos. —Patas Negras se puso delante de ella para bloquear su camino y dijo lo primero que se le ocurrió—: No querrás golpear al hijo de nuestro lugarteniente. Ya sabes lo protector que es Manto Mellado con él.

—No iba a lastimarlo —maulló Corazón de Cenizas—. Solo quería asustarlo para que se comportara mejor.

Patas Negras no estaba seguro de que la gata no hubiese lastimado a Zarpa Rota. Había parecido muy enojada. Y había habido algo escalofriantemente desafiante en la fría mirada del aprendiz. A Patas Negras no le habría sorprendido que cualquiera de ellos hubiera atacado al otro, y era su deber no dejar que las cosas llegaran a la violencia. Los guerreros del Clan de la Sombra no deberían atacarse unos a otros.

—Los aprendices siempre se meten en problemas —le dijo, incómodo —. No podemos tomarlo demasiado en serio.

Corazón de Cenizas se burló.

—No crees realmente que Zarpa Rota sea un aprendiz *normal*, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el guerrero.

La cola de la gata se movió.

—Hay algo… *raro* en ese aprendiz.

—No seas estúpida —le dijo Patas Negras. El recuerdo de la fría furia en los ojos de Zarpa Rota pasó por su mente, pero lo descartó. Solo estaba enfadado por haber sido regañado—. Es un poco solitario, pero no hay nada malo en ello. Y los otros aprendices lo admiran porque es el más grande y el mejor luchador.

—Esa es una de las cosas que me preocupan —respondió la guerrera rotundamente—. Lo último que necesita el Clan de la Sombra es que otros gatos empiecen a seguir a Zarpa Rota.

Con un movimiento de cabeza, retrocedió.

—Voy a buscar a Nocturno y decirle lo que su aprendiz ha estado haciendo.

«*Zarpa Rota no escuchará a Nocturno*». La culpa se agitó en el vientre de Patas Negras por lo seguro que estaba de eso, y lo poco que culpaba al aprendiz por el desprecio que mostraba abiertamente a su mentor. Pero, ¿*por qué* Estrella de Cedro había dado el aprendiz más prometedor a un guerrero tan enfermizo y de temperamento tan blando? Cuando Patas Negras y sus hermanos hubieron pasado sus propias lunas de aprendices, la tos y la falta de aliento de Nocturno habían empeorado cada vez más. «*Yo podría haber sido un mejor mentor para él*». Pero Estrella de Cedro había elegido a Nocturno.

Zarpa Rota estaba agazapado junto a la guarida de los aprendices, observando al resto del campamento. Patas Negras se acercó y se sentó a su lado. Por un momento, pensó en darle un empujón amistoso al gato más joven, pero cambió de opinión. A Zarpa Rota no le gustaba que lo tocaran, excepto durante el entrenamiento de batalla.

—¿Estás bien? —preguntó—. Corazón de Cenizas fue bastante dura contigo.

La oreja de Zarpa Rota se movió mientras su fría mirada naranja recorría a los otros gatos.

—No me importa lo que ella piense.

Incluso cuando estaba entrenando o formando parte de una patrulla, Zarpa Rota seguía manteniendo su distancia de los otros aprendices.

—¿Quieres hablar de lo que pasó con Zarpa de Venado? —preguntó Patas Negras.

—No pasó nada —maulló el aprendiz—. Necesita entrenar más duro.

—Sin embargo, estaba sangrando mucho. —Un rasguño tan profundo no había sido un simple accidente—. ¿Estabas enfadado con él? ¿No es uno de tus amigos? —Los gatos jóvenes que se habían burlado de Zarpa Rota cuando eran cachorros, ahora lo admiraban.

El aprendiz resopló, curvando el labio.

—Yo no tengo amigos. Tengo compañeros de Clan.

—Los compañeros de Clan son mejores que los amigos —respondió Patas Negras automáticamente. Él nunca había tenido amigos que no fueran compañeros de Clan, aunque sabía que algunos gatos los tenían. Patas Negras no le veía sentido. ¿Por qué perder el tiempo con gatos con los que no podías contar para cubrir tu espalda en batalla?

Zarpa Rota se encogió de hombros.

—Un amigo es un gato con el que te juntas porque te hace *feliz* —su voz era despectiva—. Un compañero de Clan lucha junto a ti para proteger el territorio, y caza para que todos tengan comida. Si tu compañero de Clan no puede cazar o no puede luchar, entonces es inútil.

Patas Negras sintió que jadeaba y trató de disimularlo respirando profundamente. «*¡Eso va en contra del código guerrero!*». Pero, aun así, el corazón de Patas Negras le dolía por el joven gato. Tenía tanta *ira*. Parecía un cachorro tan solitario, y ahora era como si odiara a todos los gatos, pero eso no podía ser verdad. Debía ser difícil para Zarpa Rota confiar en sus compañeros de Clan, después de que su madre adoptiva y sus hermanos adoptivos lo rechazaran cuando era tan joven. Él solo necesitaba que alguien lo entendiera. Patas Negras pasó su cola por el lomo del aprendiz. El gato más joven se puso rígido, pero no dijo nada, y Patas Negras retiró su cola.

—Cuando seas un guerrero, verás que no hay nada mejor que trabajar con tus compañeros de Clan —le dijo el gato blanco—. En un Clan, todos nos cuidamos unos a otros.

Zarpa Rota no respondió. Pero Patas Negras esperaba que pudiera ver que lo que decía era cierto. Lo más cierto que existía.

«*¿Dije lo correcto?*». Patas Negras seguía reflexionando sobre el momento que había tenido con el aprendiz más tarde ese día, mientras regresaba al campamento desde el lugar donde hacían sus necesidades. De repente oyó la voz de Manto Mellado detrás de él.

—Oye, Patas Negras, ¿puedo hablar contigo?

El guerrero se giró para parpadear ante el gato atigrado marrón.

—Por supuesto.

Manto Mellado señaló con su cola un lugar bajo un pino cercano, y Patas Negras lo siguió.

—¿Qué pasa?

Trató de pensar en una razón por la que el lugarteniente del Clan de la Sombra necesitara hablar con él a solas. «*¿Estoy en problemas?*».

—Escuché que defendiste a Zarpa Rota —maulló Manto Mellado, con su mirada ámbar llena de calidez.

—Oh, claro. —Avergonzado, Patas Negras se dio un rápido lametón en el pecho—. No hice gran cosa. Corazón de Cenizas solo estaba exagerando con los aprendices dejándose llevar en el entrenamiento.

—Zarpa Rota va a ser un gran guerrero —le dijo Manto Mellado—. Es fuerte, valiente e inteligente. Pero no le gusta a todos los gatos. Ha sido difícil para él —el maullido del lugarteniente adquirió un tinte de amargura—. Ambos sabemos lo difícil que es para un gato joven no ser aceptado por sus dos padres. Creo que cuando era más joven, eso era lo que lo separaba de los otros cachorros. Esperaba que nunca se sintiera indeseado.

«*Exactamente*». Con un pequeño escalofrío, Patas Negras recordó que ningún gato sabía quién había sido el padre de Manto Mellado, aunque algunos sospechaban que debía de ser un minino casero del Poblado de los Dos Patas. «*Es igual que yo. Y se ha convertido en lugarteniente*». Patas Negras y Manto Mellado habían sido rechazados por sus padres. La madre de Zarpa Rota, quienquiera que sea, no lo había querido tampoco. «*Los tres somos iguales*».

—Lo entiendo —le dijo al lugarteniente; su maullido salió más áspero de lo que pretendía.

—Me alegro de que haya gatos como tú, que le den a Zarpa Rota la oportunidad de probarse a sí mismo —maulló Manto Mellado.

—Cuidaré de él —maulló Patas Negras—. Confío en Zarpa Rota. Él va a ser un gran guerrero del Clan de la Sombra.

La cálida brisa de los Cuatro Árboles del Clan Estelar sopló a través de los bigotes de Patas Negras. Cuando su visión terminó, los hombros del gato cayeron. La confianza que ambos habían compartido en Zarpa Rota no había sido sabia. La muerte de Estrella Mellada había sido sangrienta y terrible, y Cola Rota había sido el único testigo. En ese momento, había culpado al Clan del Viento, pero mucho más tarde, varios gatos dijeron que Estrella Rota había confesado el asesinato de su padre. Patas Negras no lo había escuchado con sus propios oídos, así que había fingido que era una mentira difundida por los enemigos de Estrella Rota. No había querido aceptarlo. Pero ahora, viendo a ese aprendiz hosco y enojado a través de ojos nuevos, se sentía como una verdad innegable. «*Estrella Rota mató a Estrella Mellada para poder convertirse en líder*». Patas Negras tragó, sintiendo frío a pesar de que el Clan Estelar estaba en la estación de la hoja verde a su alrededor. Había seguido a Estrella Rota de todo corazón. Si el gato en el que había creído había tenido un corazón de serpiente, ¿qué significaba eso sobre las otras elecciones de Patas Negras?

—Puedo imaginar lo que has visto —maulló el antiguo líder—. Poner nuestra fe en el gato equivocado ha sido un desafío para ambos. ¿Estás seguro de que quieres esta vida?

Patas Negras miró a Estrella Mellada. Era difícil enfrentarse a las verdades del pasado, pero aun así se sentía preparado.

—Sí quiero —dijo.

—Entonces con esta vida, te doy confianza —maulló Estrella Mellada —. Ten fe en tus compañeros de Clan como en ti mismo.

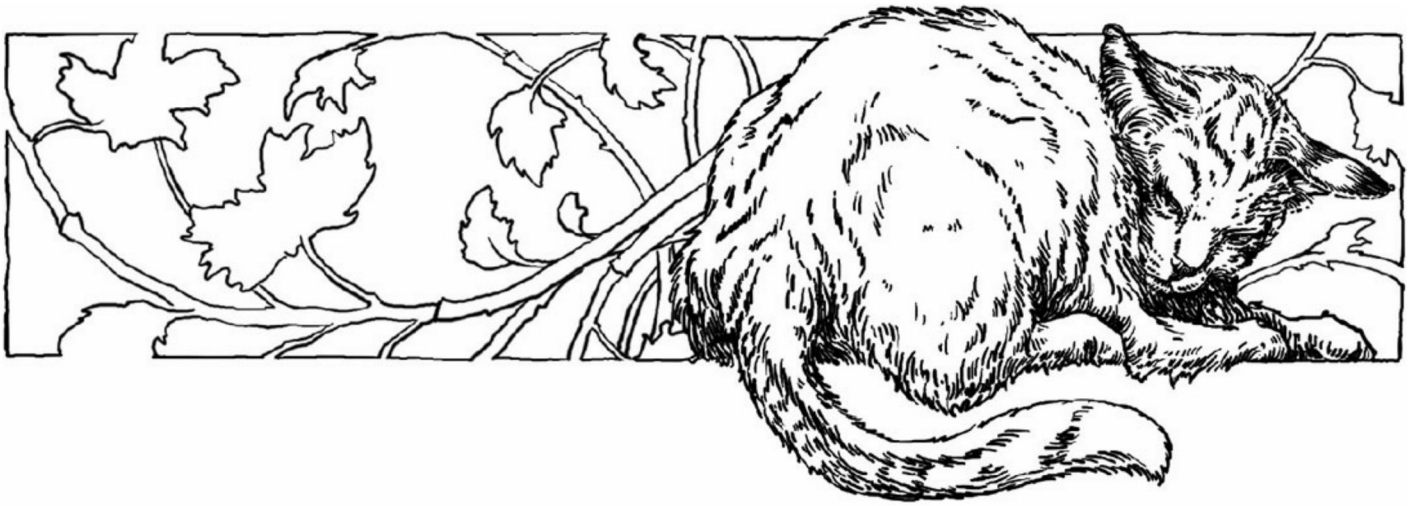
Una sacudida recorrió a Patas Negras, y se agachó cuando un espasmo doloroso lo golpeó. Podía sentir a los gatos del Clan de la Sombra, pasados y presentes, a su alrededor: gatos que velaban por el Clan mientras él dormía, que cazaban y patrullaban y entraban en la batalla a su lado. Quería confiar en ellos. Él *confiaría* en ellos. Sus ojos se encontraron con los de Estrella Mellada mientras asentía con un movimiento de la barbilla. Pudo ver una sombra en la mirada del otro gato. La confianza podía ser una fuerza o una debilidad.

—Ambos confiamos en Cola Rota —le dijo a Estrella Mellada, y el antiguo líder lo miró con cansancio—. Pero fue un error, ¿no? Y eso fue el comienzo de la caída del Clan de la Sombra.

Estrella Mellada inclinó la cabeza.

—Nos equivocamos al poner nuestra fe en en él. Él me mató al final. Y seguirlo te cambió. Pero lo hecho, hecho está —maulló—. Si el Clan de la Sombra va a sobrevivir, tendrás que confiar en tus guerreros. Y ellos tendrán que confiar en ti.

Patas Negras tragó con fuerza. «*Quiero confiar, y necesito hacerlo. Pero, ¿qué pasa si me equivoco de nuevo?*».



CAPÍTULO 4

Un gato mucho más pequeño (un gatito blanco y negro) se abrió paso entre la multitud de gatos del Clan Estelar.

—Fauces de Tejón —exhaló Patas Negras, con un nudo en el pecho. «*Es mi pariente. El único cachorro de Fronde Sombrío*».

—¡Patas Negras! —Fauces de Tejón chilló felizmente, corriendo hacia él, con su cola estrellada agitándose por la emoción. Al llegar junto a él, se levantó y Patas Negras se agachó para que el gatito pudiera tocar con su nariz la cara del gato más grande.

El olor de Fauces de Tejón había cambiado, se dio cuenta con una punzada: el dulce aroma a cachorro había desaparecido y había sido sustituido por un fresco matiz nocturno, como el olor de las estrellas. Al tocar su nariz, Patas Negras se sintió caer en el pasado.

Patas Negras bostezó y se envolvió en su cola con más fuerza, ahuecando su pelaje contra el viento frío. Había vigilado el campamento la noche anterior, y tenía sueño a pesar del frío.

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Roca del Clan, para una reunión.

El aullido de Estrella Rota resonó en el campamento, y Patas Negras aguzó las orejas, y su cansancio desapareció. El líder estaba de pie en la Roca del Clan, con la cabeza alta y los ojos brillantes de placer. El orgullo calentó a Patas Negras mientras se ponía de pie y se apresuraba para

ponerse debajo de la Roca del Clan. Desde la muerte de Estrella Mellada en las patas de los gatos del Clan del Viento, Estrella Rota y su Clan se habían centrado en vengarse de los gatos que habían asesinado al líder. Estrella Rota había llevado al Clan de la Sombra de una victoria en la batalla a otra, y había elegido a Patas Negras como su lugarteniente. Fuerte y feroz, era un líder que cualquier gato admiraría. Zarpa del Alba, la aprendiza de Patas Negras, lo rozó, y él la miró.

—¿Sabes qué es lo que está pasando? —susurró ella.

—Shh —le dijo él—. Escucha a Estrella Rota y lo descubrirás.

Mientras los gatos se reunían debajo de él, Estrella Rota los miraba con aprobación.

—Gatos del Clan de la Sombra —maulló—, son guerreros feroces y valientes. Con cada batalla, nos vengamos del Clan del Viento, y demostramos que nuestro Clan no puede ser amenazado. Todos los gatos del bosque nos temen. Los otros Clanes saben que no deben desafiarnos, o incluso poner una pata dentro de nuestro territorio, y eso es debido a nuestra valentía y habilidad en la batalla.

—¡Clan de la Sombra! ¡Clan de la Sombra! —Patas Negras echó la cabeza hacia atrás y aulló con entusiasmo junto con el resto del Clan. Los gatos a su alrededor estaban delgados y llenos de cicatrices a causa de las batallas, Estrella Rota había decretado que las luchas y el entrenamiento para la batalla eran sus principales prioridades, y que los gatos debían cazar por sí mismos cuando encontraran tiempo, pero los ojos de los guerreros brillaban de emoción. El asesinato de Estrella Mellada había puesto una garra en el corazón de cada gato del Clan, y cada golpe que daban contra el Clan del Viento hacía que ese dolor fuera un poco menos agudo.

—Los miembros más jóvenes del Clan de la Sombra han demostrado estar entre nuestros más honorables guerreros —anunció Estrella Rota, y las orejas de Zarpa del Alba se agitaron con emoción—. ¡Hemos empezado con el entrenamiento de nuestros aprendices a edades más jóvenes, y han mostrado a los otros Clanes lo fuerte que es el futuro del Clan de la Sombra!

—¡Clan de la Sombra! —el joven Zarpa Mojada, uno de los aprendices, habló en voz alta de repente, y un murmullo de risas recorrió el claro.

Estrella Rota asintió en señal de aprobación. Fauces Amarillas y Nariz Inquieta, los curanderos del Clan, estaban cerca, y Patas Negras los vio intercambiar una mirada de preocupación. Sintió un destello de fastidio,

pero lo alejó. «*Es natural que se preocupen* —pensó el lugarteniente—. *Los curanderos no ven todos los ángulos*». Los nuevos aprendices del Clan de la Sombra podrían ser más jóvenes que los aprendices de los otros Clanes, pero eso solo significaba que serían guerreros completamente entrenados antes. No había razón para mantener gatos que querían aprender a luchar atrapados esperando en la maternidad.

Sin embargo, era cierto que los hermanos de Zarpa del Alba habían muerto. Los curanderos luchaban contra la muerte de sus compañeros de Clan, y él sabía que las pérdidas eran aún más difíciles de aceptar cuando morían a tan temprana edad. «*Pero los guerreros también lloran por sus compañeros de Clan*». Patas Negras se sentía mal cada vez que pensaba en Zarpa de Musgo, con el cuello roto en un accidente de entrenamiento, o en Zarpa de Campañol, que había muerto por una infección de una mordedura de rata. Pero esas muertes no habían ocurrido por la juventud de los aprendices; podrían haberle ocurrido a cualquier gato.

—Y ahora otro de nuestros cachorros está listo para convertirse en aprendiz —dijo Estrella Rota al Clan—. Pequeño Tejón, da un paso adelante.

El cachorro chilló de alegría y se apresuró hacia la Roca del Clan, antes de frenar repentinamente a una caminata más digna, con la cabeza en alto inconscientemente. A Patas Negras le dolió el pecho al ver que Pequeño Tejón se detenía ante la Roca del Clan. El gatito parecía tan pequeño. A pesar de no querer hacerlo, Patas Negras miró a su hermana y a la pareja de ésta. Fronde Sombrío parecía afectada, con los ojos muy abiertos, y Paso de Lobo se apretaba con fuerza contra su lado. «*Realmente no lo entienden*». Podía ser difícil para los padres, ver a sus cachorros convertirse en aprendices, pero era un honor empezar a entrenar tan joven.

—Pequeño Tejón, es hora de que seas aprendiz —maulló Estrella Rota—. Desde este día, hasta que recibas tu nombre de guerrero, serás conocido como Zarpa de Tejón. Tu mentor será Fauces de Pedernal, quien espero te transmita todo lo que sabe.

Estrella Rota miró a Fauces de Pedernal, indicándole con la cabeza que se acercara. El poderoso gato gris se acercó lentamente, con un rostro ilegible, y rozó con su cola el lomo de Pequeño Tejón.

—Fauces de Pedernal, estás listo para tomar un aprendiz. Has demostrado ser feroz y audaz, y sé que entrenarás a Zarpa de Tejón para ser igual que tú.

Cuando su hermano bajó la cabeza para tocar el hocico de Zarpa de Tejón, Patas Negras soltó el aliento que había estado conteniendo. Podía

confiar en que Fauces de Pedernal cuidaría del cachorro de la hermana de ambos. «*Todo va a estar bien*».

—¿Están locos los dos? —Mientras Zarpa de Tejón estaba rodeando a los otros guerreros, aceptando las felicitaciones, Fronde Sombrío tiró de Fauces de Pedernal a un lado y se enfrentó a sus hermanos. Su pelaje estaba erizado de ira, pero mantuvo su voz baja, llevándolos a ambos al borde del campamento, donde no serían escuchados.

Fauces de Pedernal movió las patas con nerviosismo y miró a Patas Negras en busca de ayuda.

—Cuidaré de él, lo prometo.

—¡Esa no es la cuestión! —maulló Fronde Sombrío—. Apenas tiene tres lunas; ¡es demasiado joven para esto! No sé qué está pensando Estrella Rota, pero está poniendo a los cachorros en peligro al hacerlos aprendices tan jóvenes.

Patas Negras se enderezó, levantando la cabeza con orgullo.

—Está pensando en el bien del Clan —le dijo—. Estrella Rota dice que nuestros guerreros serán más fuertes si comienzan su entrenamiento antes. Deberías estar *orgullosa*. Zarpa de Tejón no tiene miedo. Está emocionado de empezar a entrenar.

—Por supuesto que está emocionado —siseó la gata—. Es un *cachorro*. Todo lo que puede imaginar es ser el mejor guerrero jamás nacido y derribar a los otros Clanes con una sola pata. No es lo suficientemente mayor para darse cuenta de que debería de tener miedo.

Fauces de Pedernal miró sus patas cubiertas de grueso pelo.

—No podemos hacer nada para cambiar esto. Estrella Rota es nuestro líder. Hacemos lo que él dice.

Fronde Sombrío los miró a ambos, con sus ojos amarillos encendidos.

—Al menos díganme que no están de acuerdo con él. Incluso si no hacen nada para detenerlo, admitan que saben que esto está mal. Son mis hermanos. Sé que se preocupan por Pequeño Tejón.

Fauces de Pedernal negó con la cabeza en silencio. Patas Negras se sintió un poco enfermo ante la mirada de miedo en el rostro de su hermana, pero le devolvió la mirada sin pestañear.

—El Clan Estelar le concedió nueve vidas a Estrella Rota —maulló él—. Lo que él decida es lo correcto para el Clan de la Sombra. El Clan Estelar quiere que Zarpa de Tejón sea un aprendiz.

Fronde Sombrío no respondió durante varios latidos, sus orejas estaban aplastadas hacia atrás con rabia. Luego suspiró, bajando la cola. Su voz era un gruñido bajo.

—Estoy muy orgullosa de él. Es un cachorro valiente. Pero todo lo que puedo hacer es esperar que todos los gatos no lleguen a lamentar las decisiones de Estrella Rota.

Gruñidos de furia y chillidos de dolor llenaron el aire mientras la batalla se extendía en el campamento del Clan del Viento. Patas Negras se abalanzó sobre Oreja Partida, con el pecho rebosante de alegría cuando el enjuto atigrado gris cayó pesadamente al suelo.

—¡Corazones de zorro! —gruñó para sí mismo, y desgarró sus garras a través del pelaje y la carne del otro gato. Oreja Partida chilló de dolor.

El Clan del Viento había asesinado a Estrella Mellada en la estación de la caída de la hoja, y el Clan de la Sombra había luchado contra el Clan del Viento una y otra vez durante la estación sin hojas y en la hoja nueva, a veces asaltando su campamento y a veces simplemente persiguiendo patrullas. Patas Negras y sus compañeros de Clan no dejarían de atacar hasta que el Clan del Viento fuera destruido. Estrella Rota les había dicho que el Clan de la Sombra necesitaba infundir miedo en los corazones de los otros Clanes, y ahora que no pensaban en nada más que en la batalla, era fácil hacerlo. «*Los expulsaremos del bosque* —pensó triunfalmente Patas Negras—. *Vamos a destruir al Clan del Viento para siempre. Es lo que se merecen por intentar dañar al Clan de la Sombra*».

El olor a sangre era espeso en el claro, y el líder de la patrulla del Clan del Viento estaba aullando una retirada. Patas Negras dejó que Oreja Partida se deslizara debajo de sus garras y observó cómo el gato se alejaba, luego se volvió para mirar a su propia patrulla. Estrella Rota estaba ahuyentando a los últimos gatos del Clan del Viento, con la cola en alto y el pelaje esponjado por la excitación. Zarpa Menuda se apoyaba en su mentor, Cara Cortada, y sostenía una pata delantera en alto, con la sangre goteando de uno de sus dedos donde le habían arrancado una garra. Ráfaga Abrasadora estaba lamiéndose su hombro herido, y la oreja de Guijarro estaba desgarrada. Por lo demás, la patrulla no parecía estar herida. ¿Pero dónde estaban Fauces de Pedernal y Zarpa de Tejón? Patas Negras miró alrededor con esperanza. Zarpa de Tejón había estado muy emocionado por su primera batalla. Quería usar el nuevo ataque de dos patas que

Fauces de Pedernal le había enseñado. Estaría extasiado si lograba realizarlo correctamente.

Entonces Patas Negras vio el pelaje gris de su hermano. Comenzó a correr hacia él, cuando de repente se dio cuenta de la postura del guerrero gris. El guerrero estaba acurrucado sobre algo, y parecía… «*Oh, no*». Cuando Patas Negras vio la mirada de Fauces de Pedernal, su estómago se sacudió de forma enfermiza. Entonces vio algo pequeño tirado en el suelo debajo del horrorizado gato. Zarpa de Tejón. El pelaje blanco y negro del gatito estaba enmarañado de sangre. Patas Negras dio unos pasos lentos hacia ellos, con el corazón latiendo fuertemente. «*Estaba muy emocionado. Fronde Sombrío le dijo que estaba orgullosa*». Ahora podía oírlos, a medida que se acercaba. El maullido de Zarpa de Tejón era débil.

—Me gustaría que me llamaran Fauces de Tejón. Como tú, porque fuiste un gran mentor.

Fauces de Pedernal apoyó suavemente su hocico en la cabeza del aprendiz. Su voz era áspera por el dolor.

—Es un gran honor. Fauces de Tejón es un muy buen nombre para un guerrero. —Hubo una larga pausa, y Patas Negras se acercó. Podía oír a Zarpa de Tejón luchando por respirar—. Velarás por nosotros desde el Clan Estelar durante todas las lunas por venir.

Todo estaba en silencio. El viento había dejado de azotar el claro, y las hojas de los árboles cercanos parecían detenerse en su lugar.

El silencio era ensordecedor. Patas Negras ya no podía oír la respiración del aprendiz. «*Por favor*», pensó, en un aullido silencioso al Clan Estelar. Pero sabía que era demasiado tarde. Fauces de Pedernal estaba susurrando, su voz era demasiado baja para que Patas Negras pudiera oírla. Cuando el lugarteniente se acercó lentamente, Fauces de Pedernal levantó la cabeza y miró fijamente a los ojos de su hermano, con la cara llena de dolor y horror. Patas Negras supo que Zarpa de Tejón estaba muerto. El cuerpo del gatito estaba inerte en las patas de su mentor. Patas Negras sintió como si una fuerte pata trasera le hubiera dado una patada en el estómago. Jadeó y la cabeza le dio vueltas. «*Fronde Sombrío tenía razón. No estaba preparado*». Pensar en su hermana hizo que todo fuera peor. ¿Cómo le dirían que su único hijo estaba muerto?

«*¿Debía haber discutido esto con Estrella Rota? Tal vez se equivoca al entrenar a los cachorros tan jóvenes*». El pensamiento era aterrador, y Patas Negras sacudió su cabeza, ahuyentándolo. Estrella Rota era su líder. Su palabra *era* el código guerrero. El Clan Estelar lo había elegido. De

alguna manera, la muerte de Zarpa de Tejón debía ser la voluntad del Clan Estelar.

«*No lo entiendo. Lo odio. Pero así deben ser las cosas*».

CAPÍTULO 5

Una cálida brisa recorrió el pelaje de Patas Negras y abrió los ojos para encontrarse de nuevo rodeado por el Clan Estelar. El gato blanco trató de recuperar el aliento. Ver a Fauces de Tejón y recordar su muerte hizo que su dolor por el cachorro se sintiera tan agudo como aquel día en el campo de batalla. El pecho le dolía de pena.

—¿Debería haber intentado convencer a Estrella Rota de que no entrenara a cachorros tan jóvenes? —preguntó en voz baja.

Zarpa de Tejón no había sido el primer cachorro en sufrir a causa de un aprendizaje temprano. Tal vez Patas Negras debería haber sabido en cuanto murió Zarpa de Musgo que los cachorros eran demasiado jóvenes para entrenar. Tal vez debería haberlo sabido tan pronto como Estrella Rota nombró al primer cachorro de tres lunas como aprendiz. Ellos debían estar en la maternidad. Pero Estrella Rota *había estado* tan seguro de que el único propósito de un gato de Clan era la batalla.

—Tuve que escuchar a mi líder —dijo Patas Negras a los gatos reunidos del Clan Estelar—. Eso es lo que nos diferencia de los proscritos.

Fauces de Tejón observó a Patas Negras solemnemente.

—Puedes parar esto cuando quieras, sabes —le recordó—. No tengo que darte esta vida.

Patas Negras tomó aire. «*Cada vez me duele más. Pero puedo continuar*».

—No quiero parar —dijo—. Por favor, Fauces de Tejón, dame la vida que pretendías.

Fauces de Tejón asintió y dio un paso adelante.

—Con esta vida, te doy perspectiva —maulló—. Busca siempre todos los puntos de vista que puedas, sabiendo que un líder debe, al final, pensar por sí mismo.

Los músculos de Patas Negras se tensaron dolorosamente cuando la nueva vida se impuso. Recuerdos que no eran suyos pasaron ante él: Robledo observaba con aprobación cómo Zarpa Trigueña saltaba a por un campañol; Bermeja y Guijarro murmuraban en voz baja entre ellos mientras patrullaban la frontera; Nariz Inquieta inspeccionaba una herida que tenía Amapola, con su pata recargada suavemente en el costado de la gata, y sabía que estaba viendo a través de los ojos de sus compañeros de Clan. Se mareó por un momento cuando los diferentes puntos de vista cambiaron y luego sus ojos se aclararon. Fauces de Tejón rozó su cola afectuosamente contra el costado de Patas Negras mientras se daba la vuelta y se dirigía a los gatos reunidos del Clan Estelar. Una dolorosa punzada atravesó a Patas Negras cuando el hijo de su hermana se alejó. «*No te vayas*».

«*¿Podría haber evitado que Fauces de Tejón muriera? ¿Debería haber intentado salvarle?*». Patas Negras sacudió su pelaje, tratando de alejar los pensamientos. «*No tenía otra opción*».

Los guerreros estrellados a su alrededor guardaron silencio. Patas Negras imaginó que todos estaban luchando con sus acciones pasadas, al igual que él. Algunos de ellos parecían acusarlo en su silencio, otros parecían comprensivos. El Clan Estelar había elegido a Estrella Rota. El Clan Estelar estaba eligiendo a Patas Negras. «*¿Puede el Clan Estelar equivocarse alguna vez?*».

Un elegante gato de color gris oscuro se adelantó.

—No te conozco —maulló Patas Negras con recelo.

Los ojos dorados del gato estaban llenos de compasión cuando se acercó. Algo se desató en el pecho de Patas Negras. Este gato creía que Patas Negras era el adecuado para liderar al Clan de la Sombra.

—Soy Ala Gris —le dijo el gato gris—. Fui uno de los primeros gatos de los Clanes en el bosque. Creamos los Clanes para estar separados, pero también entendimos que los Clanes deben trabajar juntos para mantenerse seguros y fuertes.

Patas Negros cerró los ojos, preparándose al sentir regresar el pasado…

—Llega tarde —refunfuñó Patas Negras, mirando de arriba a abajo los lados del Sendero Atronador que marcaba la frontera entre el Clan del Viento y el Clan de la Sombra.

—Estrella Alta vendrá —maulló Estrella Rota con confianza—. No tiene otra opción.

Durante toda la hoja nueva, el Clan de la Sombra había aumentado sus ataques en el territorio de del Clan vecino. Era raro que una patrulla de caza o de frontera del Clan del Viento no se vieran obligados a retirarse hacia su campamento gracias a los furiosos gatos del Clan de la Sombra. Los guerreros del Clan de la Sombra eran más fuertes y más feroces que cualquier gato del Clan del Viento, y Patas Negras sabía que los gatos del Clan del Viento estaban asustados.

Sintió una emoción mezquina y satisfactoria cuando Estrella Alta y Rengo se escabulleron entre en la hierba alta al otro lado del Sendero Atronador, con pasos vacilantes y miradas cautelosas. A pesar de su pata retorcida, Rengo siguió al ritmo de su líder. Se detuvieron en el borde del Sendero Atronador y se miraron entre sí antes de mirar a Patas Negras y a Estrella Rota con desconfianza. El líder del Clan del Viento y su lugarteniente se sentían claramente amenazados. «*Se merecen tener miedo* —pensó Patas Negras—. *Han matado a nuestro líder*».

A pesar de todo, sin embargo, sintió un dejo de respeto cuando Estrella Alta levantó la cabeza con orgullo, sin ninguna señal de miedo, y dijo con una voz fría e insolente:

—Querías vernos, Estrella Rota. ¿Qué tienes que decirnos?

Estrella Rota miró a los gatos del Clan del Viento durante un largo momento. Con una ráfaga de viento, un monstruo pasó por el Sendero Atronador entre ellos, haciendo que sus orejas y bigotes se agitaran, pero ninguno de los líderes se inmutó. Por fin, Estrella Rota maulló de manera uniforme:

—Quiero la paz entre nuestros Clanes.

Patas Negras apenas pudo evitar volverse hacia Estrella Rota con incredulidad. «*¡No es por eso que estamos aquí!*». Estrella Alta parecía aún más cauteloso mientras respondía:

—A nosotros también nos gustaría la paz.

A su lado, Rengo estaba temblando, sus ojos revoloteaban entre su propio líder y Estrella Rota. «*Están esperando el hueso escondido dentro de la presa*», pensó Patas Negras. El líder y el lugarteniente del Clan del Viento no eran tontos del todo, fueran lo que fueran.

—La paz no puede venir sin sacrificio —maulló Estrella Rota solemnemente.

—¿Sacrificio? —preguntó Estrella Alta, intercambiando una mirada preocupada con Rengo—. Todo lo que queremos es vivir en nuestro propio

territorio sin que el Clan de la Sombra nos ataque. ¿Por qué deberíamos sacrificarnos? No les hemos hecho nada a ustedes.

«*¿Nada?*». El rencoroso respeto de Patas Negras se desvaneció. Deslizando sus garras, las clavó salvajemente en el suelo. Otro monstruo pasó corriendo, el viento de su paso fue momentáneamente ensordecedor, y Patas Negras tomó aire para no gruñir a los gatos del Clan del Viento. Esperaba que Estrella Rota se enfrentara a Estrella Alta y a Rengo sobre la forma en que su Clan había asesinado a Estrella Mellada; se merecían sufrir *cualquier* tipo de venganza que se le ocurriera al Clan de la Sombra después de eso. En cambio, el gato de cara plana se limitó a parpadear con calma.

—Lo que sea que hayas hecho o no hecho —maulló—, ha sido una estación dura. Los cachorros han muerto en el Clan del Viento, pero la maternidad del Clan de la Sombra ha crecido.

Estrella Alta se estremeció un poco ante el recordatorio, pero no respondió.

—El Clan de la Sombra está creciendo —continuó el líder del Clan de la Sombra—. Y nuestro territorio no es suficiente para mantenernos a todos. No queremos la guerra, pero si va a haber paz entre nosotros, tendrás que permitir al Clan de la Sombra derechos de caza en el territorio del Clan del Viento.

Otro monstruo pasó rugiendo, levantando ráfagas de viento que golpearon contra ellos; su rugido ahogó los aullidos de protesta de Estrella Alta y Rengo. Tan pronto como los rugidos del monstruo se calmaron en la distancia, Estrella Alta habló.

—De ninguna manera. —Su larga cola se agitó rápidamente, pero eso fue el único signo visible de su enfado—. Las fronteras entre los Clanes han estado ahí durante más tiempo del que cualquier gato puede recordar. Nosotros necesitamos todo nuestro territorio y no estamos dispuestos a renunciar a él. Ningún gato puede cambiar los límites de los Clanes.

—No sin luchar —la voz de Estrella Rota fue lo suficientemente fría como para que incluso Patas Negras sintiera un escalofrío por su columna vertebral.

Las orejas de Rengo se movieron ansiosamente, pero Estrella Alta solo entrecerró sus ojos ámbar. Parecía como si quisiera cargar a través del Sendero Atronador y saltar a la garganta de Estrella Rota.

—Esta conversación se acabó —escupió—. Aléjate de nuestro territorio.

—Espera —maulló Patas Negras cuando Estrella Alta comenzó a alejarse—. Deberíamos…

Pero los dos gatos del Clan del Viento ya estaban desapareciendo entre la hierba alta detrás de ellos. Ninguno miró hacia atrás. Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído, Patas Negras miró a Estrella Rota.

—¿Crees que los hemos entretenido lo suficiente?

La mirada de Estrella Rota era pensativa.

—Lo averiguaremos, ¿no?

La excitación se agitó en el pecho de Patas Negras y sintió que su cola se enroscaba de placer. «*Esto podría ser el final* —pensó—. *Venganza por la muerte de Estrella Mellada por fin. La vida volverá a ser buena, cuando el Clan del Viento haya sido destruido*». ¿Podría el Clan de la Sombra ser capaz de ser menos belicoso, ser capaz de cazar por sus compañeros de Clan y dar de nuevo la bienvenida a sus veteranos (a quienes Estrella Rota había exiliado a otra parte del territorio), una vez que se hubieran vengado del Clan del Viento?

Comprobando que el Sendero Atronador estaba libre de monstruos, siguió a Estrella Rota rápidamente. Dieron una vuelta para mantenerse fuera de la vista y del olor de Estrella Alta y Rengo, pero podían ver a los dos gatos del Clan del Viento, que estaban conversando. La larga cola de Estrella Alta se movía furiosamente, y él y Rengo parecían estar discutiendo en voz baja. No importaba la frecuencia con la que Patas Negras cruzara la frontera, el territorio del Clan del Viento lo hacía sentir incómodo. Su pelaje se erizó al sentir el cielo abierto sobre él, tan diferente de la reconfortante protección de los pinos del Clan de la Sombra. Su nariz se agitó ante el olor seco y terroso, nada que ver con el cálido olor a turba del Clan de la Sombra; y el suelo rocoso no era tan suave y húmedo como en el de su territorio, se sentía mal bajo sus patas. Se sentía vulnerable aquí. Un pájaro se abalanzó sobre él, y se estremeció instintivamente, deseando que hubiera algo entre él y el cielo.

Estrella Alta se dio media vuelta, con las orejas aguzadas, y Patas Negras y Estrella Rota se agacharon, dejando que la larga hierba los ocultara. Pero Estrella Alta no miraba hacia ellos. Había oído algo. Con una palabra rápida a su lugarteniente, comenzó a correr hacia el campamento del Clan del Viento, con Rengo corriendo tras él.

—¡Ahora! —siseó Estrella Rota, y él y Patas Negras corrieron tras los gatos del Clan del Viento. En solo unas pocas zancadas pudieron oír lo que Estrella Alta había oído: los gruñidos y aullidos de la batalla. Patas Negras ya podía oler la sangre. Sus bigotes se movieron con avidez.

Alcanzaron al líder del Clan del Viento y a su lugarteniente en el límite del campamento enemigo. Estrella Alta había vacilado solo un instante, viendo la batalla que tenía ante sí. Cascarón, el curandero del Clan del Viento, estaba intentando defender su guarida, pero Rescoldo y Rabón lo acosaban por cada lado. Perlada y Flor Matinal, dos reinas del Clan del Viento, estaban bloqueando la entrada a la maternidad, pero la sangre ya corría por el pecho de Flor Matinal mientras Cara Cortada le siseaba para que se apartara. Patas Negras podía oír los lamentos de los cachorros. Aunque sabía que el Clan del Viento se lo merecía, su pelaje se levantó ansiosamente ante el sonido. En todas partes, los guerreros estaban enzarzados en un combate, y el Clan de la Sombra tenía claramente la ventaja sobre sus enemigos.

Mientras Estrella Alta y Rengo miraban la escena congelados por la consternación, Estrella Rota aprovechó su oportunidad. Con un poderoso salto, se abalanzó sobre Estrella Alta por detrás, tirando al líder del Clan del Viento al suelo. Rengo se dio la vuelta, asustado, pero Patas Negras se lanzó hacia él, y rápidamente inmovilizó al gato más pequeño debajo de él.

—¡Corazón de serpiente! —gruñó Rengo, luchando por debajo de él —. ¿Por qué no nos dejan en paz?

La furia subió por la garganta de Patas Negras, casi ahogándolo. Rengo era el lugarteniente del Clan del Viento. Debía saber exactamente por qué el Clan de la Sombra no se detendría hasta que el Clan del Viento se fuera. ¿Cómo se atrevía a fingir que no sabía nada del asesinato de Estrella Mellada? Patas Negras empujó sus patas traseras contra el estómago de Rengo, ferozmente complacido cuando el otro gato se estremeció y jadeó de dolor.

—Sabes que no pararemos mientras quede un solo gato del Clan del Viento en el bosque —gruñó Patas Negras.

Podía oír a Estrella Alta respirar en cortos y duros jadeos mientras luchaba bajo Estrella Rota. En el campamento del Clan del Viento, un gato gritó un aullido de dolor. Estrella Rota levantó su pata justo por encima de los ojos de Estrella Alta, con sus afiladas garras desenfundadas.

—Podría cegarte ahora —siseó Estrella Rota—. Intenta liderar a tu Clan sin vista, Estrella Alta.

El líder del Clan del Viento se quedó quieto.

—Llama a tus guerreros —maulló—. Podemos hablar de nuestras fronteras —su voz no temblaba, pero su aroma era agrio a causa del pánico.

—El Clan de la Sombra necesita este territorio —le dijo Estrella Rota, mirando a los ojos de Estrella Alta—. Te dimos la oportunidad de compartir tus territorios de caza, pero ya es demasiado tarde. Esta es tu única advertencia. Si un solo gato del Clan del Viento está aquí mañana, los mataremos a todos. Ustedes saben que no son lo suficientemente fuertes para defender a su Clan contra nosotros.

Estrella Alta lo miró fijamente, asustado y furioso.

—¿Dejar el bosque? —preguntó—. Pero este es nuestro hogar. ¿A dónde vamos a ir?

Estrella Rota parpadeó tranquilamente.

—Ese no es mi problema —maulló, con la voz tranquila—. Esta es tu única advertencia, la única oportunidad que tiene el Clan del Viento de vivir. Tómala.

Las miradas de los dos líderes se cruzaron durante un latido. Los ojos de Estrella Rota estaban fríos de odio. Entonces dio un paso atrás, liberando a Estrella Alta, y llamó:

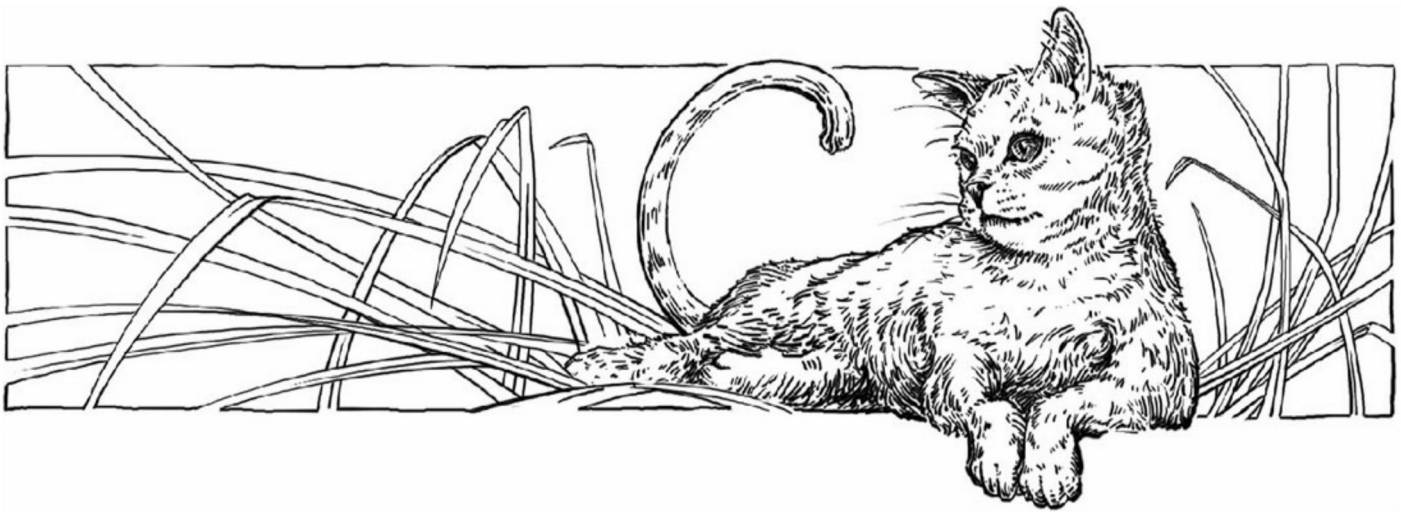
—¡Clan de la Sombra, a mí!

A la llamada de Estrella Rota, Patas Negras soltó a Rengo, dejando que sus garras traseras arañaran el suave vientre del lugarteniente del Clan del Viento, y siguió a su líder. Detrás de él, podía oír a los guerreros del Clan de la Sombra saliendo del campamento del Clan enemigo, aullando en triunfo. El olor a sangre flotaba en el aire. Alcanzó a Estrella Rota. La cola de su líder estaba en alto y su pelaje estaba esponjado de placer.

—¿Realmente crees que dejarán el bosque? —le preguntó Patas Negras.

El Clan de la Sombra había causado una impresión en el Clan del Viento, estaba seguro de eso. Esos gatos verían a los guerreros del Clan de la Sombra en sus pesadillas durante muchas lunas. Pero, ¿el ataque y las amenazas de Estrella Rota serían suficientes para hacerlos huir de su hogar en el páramo? El Clan del Viento había vivido allí durante muchas generaciones, más de lo que cualquier gato pudiera recordar. Los bigotes de Estrella Rota se movieron con diversión mientras miraba a Patas Negras.

—Se irán —maulló—. El territorio del Clan del Viento es nuestro.



CAPÍTULO 6

Cuando el recuerdo se desvaneció, Patas Negras movió las patas con inquietud, temiendo mirar a los guerreros del Clan Estelar que lo rodeaban. Si el Clan del Viento no hubiese matado a Estrella Mellada (y no lo habían hecho; había sido Estrella Rota quien lo había hecho, como Patas Negras sabía ahora) entonces el ataque que había exiliado al Clan del Viento era claramente menos que justificable. Peor que injustificable, en realidad. Había sido cobarde. De corazón de zorro. Villano. Hizo que Patas Negras pareciera el corazón de serpiente que Rengo le había llamado.

—Necesitábamos el territorio —maulló débilmente, mirando sus propias patas grandes y negras—. Había más de nosotros que de los gatos del Clan del Viento, y no teníamos suficientes presas.

Podía sentir los gatos del Clan Estelar a su alrededor, los suaves sonidos de su respiración, su fresco aroma nocturno. Pero ninguno dijo nada en respuesta.

—Ustedes no lo entienden —continuó, de pronto enojado—. Teníamos que *sobrevivir*.

Era cierto, pero sintió la garra de la culpa tirando del pelaje de su vientre. ¿Realmente necesitaban destruir al Clan del Viento para sobrevivir? «*¿Acaso el Clan Estelar piensa que he hecho el mal?*». Por un instante, quiso negar lo que había hecho: «*Todas fueron decisiones de Estrella Rota. Solo estaba siguiendo órdenes*». Pero él había estado al lado de Estrella Rota todo el tiempo, ¿no era así? Había estado más que feliz de llevar a cabo sus planes. El Clan Estelar lo sabía. Ala Gris miró a Patas Negras a través de sus amplios ojos dorados.

—Sé que puede ser difícil revivir el pasado —dijo—. Como hemos dicho todo el tiempo, esta es tu elección. ¿Quieres la vida que te ofrezco?

Patas Negras miró al suelo. «*Fui un buen lugarteniente. Puedo ser un buen líder. ¡Sí puedo!*». Pero cada vez más, se preguntaba si los dos talentos eran comparables.

—Quiero la vida —dijo. Pero las palabras salieron como un graznido.

Inclinando la cabeza, Ala Gris tocó su nariz con la de Patas Negras. Su aliento era fresco, pero el suave empujón hizo que otra punzada de dolor se disparara a través de Patas Negras. Era como si sintiera la agonía de cien gatos heridos en la batalla.

—Con esta vida, te otorgo unidad —maulló Ala Gris—. Haz todo lo que puedas para asegurarte de que todos los Clanes sean fuertes. Porque si un Clan cae, todos los Clanes estarán perdidos.

Patas Negras cerró los ojos, tratando de asimilar el consejo del gato gris en su corazón. Cuando los abrió, echó una mirada a los otros gatos del Clan Estelar, y se congeló, sintiendo como si una garra de culpa le hubiera abierto de un tajo el vientre.

—Rosal —susurró.

La gata atigrada gris le devolvió la mirada en silencio, con su tupida cola rosa anaranjada agitándose lentamente. Después de un latido horrorizado, Patas Negras apartó la mirada, incapaz de encontrarse con sus ojos.

—Otro gato que no es del Clan de la Sombra —gruñó, sonando acusador incluso para sus propios oídos—. ¿Por qué estos gatos me dan vidas?

Bigotes de Salvia habló de entre los gatos reunidos.

—En el Clan Estelar, todos somos un Clan. —La antigua curandera lo observaba con calma, su mirada no lo juzgaba.

Patas Negras tragó saliva y miró a Rosal con el rabillo del ojo. Su rostro era inexpresivo y frío, y sus orejas estaban achatadas. No parecía que quisiera darle una vida, ni parecía que pensara que él debía ser el líder del Clan de la Sombra. Y no la culpaba por ello. Cerró los ojos y se dejó llevar por el pasado.

—¿Entienden el plan? —preguntó Patas Negras en voz baja—. ¿Todos saben lo que tienen que hacer? —Dudaba que los gatos del Clan del Trueno pudieran oír su voz desde su campamento al otro lado del muro

de zarzas, pero era importante no arriesgarse. Ellos necesitaban el elemento sorpresa para ese ataque.

—Estamos listos —respondió Lomo Rajado, flexionando sus garras. A su lado, Rabón y Cara Cortada asintieron, moviendo sus colas con entusiasmo.

—Bien, ustedes tres vienen conmigo. Vamos a ir directamente a través del muro del campamento. Hay zarzas y aulagas, pero todos tenemos pelajes gruesos, y no esperarán una invasión desde esta dirección. Aquí deberíamos estar cerca de la maternidad.

Patas Negras se tomó un momento para mirar a su patrulla. Raya de Lagartija, Patas de Venado, Bermeja, y Guijarro agudizaron sus oídos, esperando sus órdenes. Más guerreros se reunieron detrás de ellos. Esta era la mayor patrulla que jamás había dirigido.

—El resto de ustedes puede entrar por el túnel. Probablemente habrá un guardia, pero no debería haber muchos guerreros en el campamento. Derríbenlos tan rápido como puedan.

Era un poco después del amanecer, y Patas Negras no esperaba encontrar encontrar mucha oposición en el campamento. Estrella Azul, la líder del Clan del Trueno, había sido vista ayer dirigiéndose a la Piedra Lunar con varios de sus guerreros, y era poco probable que volviera antes del anochecer. La mayoría de los otros guerreros del Clan del Trueno estarían cazando o patrullando a esta hora del día, justo después del amanecer. Era un buen momento para asaltar su campamento. Estaría lleno de veteranos y reinas lactantes. A Patas Negras le picaba el pellejo. Él seguiría las órdenes, por supuesto lo haría, pero algo en esta invasión parecía... *incorrecto*.

—Debemos hacer todo lo que podamos para mantener fuerte al Clan de la Sombra —maulló, tanto para sí mismo como para los guerreros que dirigía—. Nuestros enemigos siempre están trabajando contra nosotros.

—¿Crees que Fauces Amarillas podría estar con el Clan del Trueno? —preguntó Raya de Lagartija, con sus ojos amarillos rasgados con desconfianza.

—Lo dudo —contestó Patas Negras, con el asco rizándose en su vientre—. ¿Por qué el Clan del Trueno la acogería a *ella*?

—Nunca habría imaginado que Fauces Amarillas pudiera hacerle daño a un cachorro —Bermeja maulló con tristeza, sacudiendo la cabeza.

Patas Negras movió las orejas en señal de acuerdo. La curandera siempre había sido malhumorada, y con el tiempo había apoyado cada vez menos a su Clan, desafiando cada decisión de Estrella Rota. Pero había un

largo camino desde sus traicioneras quejas hasta el asesinato de cachorros. ¡Ella había sido su *curandera*, por el amor del Clan Estelar! Estrella Rota la había encontrado con los cuerpos de los cachorros que había matado, sus propios hermanastros, y fue expulsada del Clan, se le ordenó abandonar el bosque para siempre. Ella había dicho que solo los había encontrado, ya muertos, pero su olor había estado sobre ellos.

—Ningún Clan la albergaría —Patas Negras dijo a los otros—. No después de que Estrella Rota contara a todos los gatos de la Asamblea lo que hizo.

—Debe haber desaparecido hace tiempo —coincidió Guijarro.

El recuerdo de los pobres cachorros asesinados de Flor Radiante le dio a Patas Negras un nuevo sentido de justicia. El Clan de la Sombra había perdido demasiados cachorros. Harían lo que fuera necesario para mantener a su Clan fuerte. La debilidad del Clan del Trueno sería la fortaleza del Clan de la Sombra.

—Esperen un poco fuera del túnel de aulagas —maulló, indicando con la cabeza a Raya de Lagartija para que guiara a los demás—. Estén preparados para atacar cuando nosotros lo hagamos.

Ella bajó la cabeza, luego guió a los demás con un movimiento decisivo de su cola.

—Muy bien. —Patas Negras hizo un gesto a Lomo Rajado, Rabón y a Cara Cortada para que se acercaran al muro del campamento junto a él—. En silencio, al principio. Una vez que hayamos pasado las zarzas, podemos cargar a través del resto del sotobosque y entrar en el campamento.

Levantó una pata y arañó las zarzas, apresurándose a hacer un agujero lo suficientemente grande para que su cuerpo pasara a través de él. «*Tenemos que ser rápidos*». Los guerreros del Clan del Trueno lucharían hasta la muerte si se daban cuenta de lo que buscaba el Clan de la Sombra. Su patrulla tendría que entrar y salir antes de que se dieran cuenta. Con cuatro guerreros del Clan de la Sombra trabajando juntos, pronto hicieron un camino a través de las zarzas. Patas Negras movió la cola hacia los otros tres, haciendo un gesto de silencio, y escuchó lo que podía desde el campamento al otro lado de la maleza. Dos reinas murmuraban entre sí, pero no podía entender exactamente lo que decían. La voz alta y brillante de un aprendiz o de un cachorro mayor irrumpió en su conversación, seguida de carcajadas. La culpa se agitó en el vientre de Patas Negras, pero se la tragó. «*El Clan de la Sombra debe sobrevivir*», se dijo a sí mismo.

—¡Ahora! —dijo a los demás, y se lanzó a través de la maleza, con Cara Cortada, Lomo Rajado, y Rabón justo detrás de él.

Palos y espinas le arañaron el pelaje, pero en un abrir y cerrar de ojos habían atravesado el muro del campamento, al mismo tiempo que los otros guerreros del Clan de la Sombra comenzaron a pulular por el túnel de entrada. Raya de Lagartija abordó a la guerrera que custodiaba el túnel, haciéndola caer al suelo con un gruñido. Los gatos del Clan del Trueno se levantaron de un salto con aullidos de sorpresa, sorprendidos por completo.

—¡Defiendan el campamento! —aulló un atigrado de pelo dorado. Patas Negras reconoció al lugarteniente del Clan del Trueno, Corazón de León, con una punzada de consternación, esperaba que el formidable guerrero estuviera fuera del campamento. Cara Cortada se apresuró a atacar a Corazón de León al mismo tiempo que Ráfaga Abrasadora lo atacaba desde el otro lado.

Los otros guerreros del Clan de la Sombra se extendieron por el campamento para luchar contra los gatos del Clan del Trueno, alejándolos de Patas Negras, que se volvió hacia la maternidad. Había dos reinas entre Patas Negras y la entrada: La pareja de pelo blanco de Corazón de León, Escarcha, y una atigrada en estado muy avanzado de embarazo que no conocía. Con una mirada de Patas Negras, Bermeja y Guijarro atacaron, alejando a las reinas. Solo por un instante, Patas Negras dudó. «*Estoy haciendo esto por el Clan de la Sombra*», se recordó a sí mismo, y se movió hacia la maternidad momentáneamente desprotegida. Los gatos del Clan del Trueno estaban dando una buena pelea, habían más de ellos en el campamento de lo que esperaba, y tenía que darse prisa. Agachándose, miró bajo las espesas zarzas del arbusto que ocultaba la entrada. Varios rostros pequeños le devolvieron la mirada. Los cachorros del Clan del Trueno chillaron asustados cuando lo vieron; podía oírlos incluso por encima de los sonidos de la batalla que se libraba en todo el campamento. «*No voy a hacerles daño* —se recordó a sí mismo—. *Cualquier cachorro debería estar orgulloso de convertirse en un guerrero del Clan de la Sombra*». Esos cachorros eran lo suficientemente jóvenes como para olvidar pronto su lealtad hacia el Clan del Trueno.

Estrella Rota había sido claro cuando dio la orden: Los cachorros se convertirían en miembros de pleno derecho del Clan de la Sombra, sin importar cuál hubiese sido su Clan de nacimiento. «*Al final será un honor para ellos*». Hubo una conmoción detrás de él, y Patas Negras miró hacia atrás para ver a los refuerzos del Clan del Trueno cargando a través del túnel de aulagas hacia el campamento. Estrella Azul, el gran guerrero Garra de Tigre, y varios aprendices casi adultos se lanzaron a la batalla.

Patas Negras gruñó para sí mismo; había esperado que se fueran por mucho más tiempo. La patrulla del Clan de la Sombra estaba en inferioridad numérica ahora. Tenía que apresurarse.

Agazapado, metió una pata por la entrada de la maternidad. Los cachorros se retorcieron, maullando, y la metió más profundamente, ignorando las zarzas que le arañaban sus hombros demasiado anchos. De repente, un gato le golpeó con fuerza en el costado, haciéndole caer y dejando al descubierto su vientre. Asustado, Patas Negras dio una fuerte patada con sus patas traseras, despistando a su atacante. Al ponerse de pie, vio a una veterana atigrada gris con una cola anaranjada. «*Rosal*», recordó, sacando su nombre de algún rincón de su memoria. Ella le siseó.

—Aléjate de los cachorros.

Patas Negras la golpeó con su pata, dejando un largo rasguño en su garganta. Debía haber sido una guerrera fuerte una vez, pero sus reflejos se habían ralentizado por la edad y por las temporadas que había pasado sentada al sol fuera de la guarida de los veteranos. Ahora no era rival para él.

—Quítate de mi camino —siseó.

Rosal cuadró sus hombros y lo miró, bloqueando la entrada de la maternidad. La sangre goteaba lentamente de su herida.

—Jamás.

—No tienes ninguna posibilidad contra mí —le dijo Patas Negras. Se movió más cerca, buscando una manera de pasar entre ella—. Corre, vieja. Me llevaré a los cachorros, pero no les haré daño.

—Son parte del Clan del Trueno —le escupió ella, con su pelaje erizado—. Mientras pueda luchar, no te dejaré llevártelos.

«*Tengo que hacer esto*». El Clan de la Sombra lo necesitaba. Y necesitaban cachorros si su Clan iba a sobrevivir. Con un gruñido de frustración y furia, Patas Negras se abalanzó sobre la gata mayor, arañándola y mordiéndola con saña. Ella se defendió, negándose a ceder. Detrás de él, podía oír los aullidos de la batalla. Por los chillidos de dolor y rabia, parecía que el Clan de la Sombra estaba perdiendo. Su tiempo se estaba agotando. Con un golpe desesperado, Patas Negras dibujó sus garras en la garganta de la veterana. Ella dio un grito ahogado y cayó de rodillas, la sangre roja se extendía rápidamente por su pecho. Detrás de ella, los cachorros en la maternidad chillaban aterrorizados. «*El Clan de la Sombra necesita esto*». Sintiéndose enfermo pero decidido, Patas Negras arrastró a la veterana lejos de la entrada de la maternidad. Ella todavía

estaba respirando, con respiraciones cortas y dificultosas, pero sus ojos estaban vidriosos. Estaba moribunda.

—Que el Clan Estelar te lleve —murmuró Patas Negras y dibujó sus garras a través de su garganta una vez más, terminando su sufrimiento en lugar de dejar que se prolongara.

Volviéndose hacia la maternidad, metió una pata delantera ensangrentada para alcanzar a los cachorros, que se acobardaron contra la pared de zarzas, gimiendo. Sus ojos estaban enormes de terror.

—No les haré daño —murmuró—. Lo juro.

Agarró a la primera, una gatita gris oscura, y la guió hacia afuera. Era demasiado pequeña para hacer algo más que tratar de escabullirse, y él volvió a meter la pata para sacar otro gatito, un atigrado marrón dorado. Estaba estirando la pata hacia una tercera, una gatita blanca con manchas pelirrojas, cuando unas garras punzantes le rastrillaron el costado. Una voz familiar gruñó:

—Aléjate de ellos.

Patas Negras se giró, olvidando temporalmente a los cachorros.

—¡Fauces Amarillas! —jadeó. No podía creer que el Clan del Trueno la hubiera acogido. ¿Eran completamente idiotas?

La antigua curandera del Clan de la Sombra lo miró con desprecio. Su rostro ancho y lleno de cicatrices de batalla había significado consuelo durante mucho tiempo, durante las muchas temporadas en las que había curado sus heridas y le había dado hierbas para sus enfermedades. Pero ahora solo había hostilidad en sus ojos anaranjados.

—Quita tus patas de esos cachorros —gruñó.

Patas Negras se puso rígido de indignación.

—No voy a hacerles daño —siseó—. Si el Clan del Trueno te deja vagar por este campamento, entonces probablemente los estoy salvando. Sé lo que hiciste, asesina.

Con un aullido de rabia, Fauces Amarillas cargó contra él. Patas Negras fue consciente de los cachorros arrastrándose hacia la entrada de la maternidad, pero no había tiempo para ir tras ellos. Cayó hacia atrás, forcejeando con la furiosa curandera. Ella había sido una guerrera antes, y todavía era fuerte y feroz. Sus garras rastrillaron su vientre, y él se retorció para clavarle los dientes en el hombro. Ella gruñó y se apartó, y él le lanzó sus garras a la cara, y una de ellas se clavó en el rabillo de su ojo. La gata aulló y retrocedió un par de pasos, su ojo ya comenzaba a hincharse, y se rodearon el uno al otro, ambos buscando una apertura.

—Eres un cerebro de ratón, Patas Negras —gruñó la gata—. Siempre lo has sido.

Patas Negras siseó.

—No escucho a traidoras, asesina.

—Nunca maté a esos cachorros —la voz de Fauces Amarillas estaba quebrada por el dolor—. Y nunca habría dejado el Clan de la Sombra si no me hubieran expulsado.

—Mentirosa.

Patas Negras no sabía por qué Fauces Amarillas se había vuelto contra su Clan, pero había visto los pequeños cuerpos que ella había dejado atrás. Con un chillido de rabia, Fauces Amarillas saltó hacia él, más feroz que antes. Patas Negras se enfrentó a ella zarpa a zarpa, pero la gata era imparable, obligándolo a retroceder. Un aullido de dolor vino de detrás de él… «*Raya de Lagartija*», se dio cuenta, reconociendo su voz; atacó con sus garras a Fauces Amarillas, y luego echó una mirada al resto del campamento mientras ella se alejaba. Vio los cuartos traseros de Raya de Lagartija desaparecer en el túnel de aulagas mientras corría fuera del campamento. Se dio cuenta de que casi todos los guerreros del Clan de la Sombra ya se habían ido. Tuvo una sensación de terror al darse cuenta de que habían fracasado.

Todavía podía oír la respiración agitada de Rosal, y el silencio de cuando él le había clavado las garras en la garganta. «*Todo para nada*». Sus patas comenzaron a temblar. Con un último gruñido a Fauces Amarillas, se dio la vuelta y corrió. No tenía sentido quedarse para ser capturado, no una vez que lo superaban en número. La maleza crepitaba bajo sus patas mientras corría hacia el territorio del Clan de la Sombra, preguntándose qué diría Estrella Rota, qué haría cuando Patas Negras le informara de su derrota. Patas Negras recordaba los ojos de Rosal brillando aún después de la muerte. Recordó a los cachorros llorando de terror. «*Todo para nada* —pensó—. *¿Qué hicimos?*».

Cuando la visión se desvaneció, Patas Negras inclinó la cabeza. La vergüenza roía sus entrañas como pequeños dientes afilados. ¿Por qué nunca se había detenido a *pensar*? Su intento de robar los cachorros del Clan del Trueno. Los demasiados jóvenes aprendices del Clan de la Sombra, cuyas muertes habían disminuido sus números, lo había hecho lo suficientemente desesperados como para considerarlo. No hubiera sido un

honor que los cachorros robados se unieran a su Clan; habría sido una sentencia de muerte. Y tal vez fue Estrella Rota quien lo ordenó, pero Patas Negras nunca había hablado en contra de sus órdenes, ni siquiera había pensado en ello. Él también tenía la culpa.

—Fauces Amarillas no mató a esos cachorros, ¿verdad? —preguntó en voz baja, pero ningún gato respondió.

Cuando levantó la cabeza para mirar el círculo de gatos que lo rodeaban, Rosal seguía mirándolo, con una expresión pétrea.

—¿Quieres continuar? —preguntó. A diferencia de los gatos anteriores, su voz no contenía ningún indicio de simpatía.

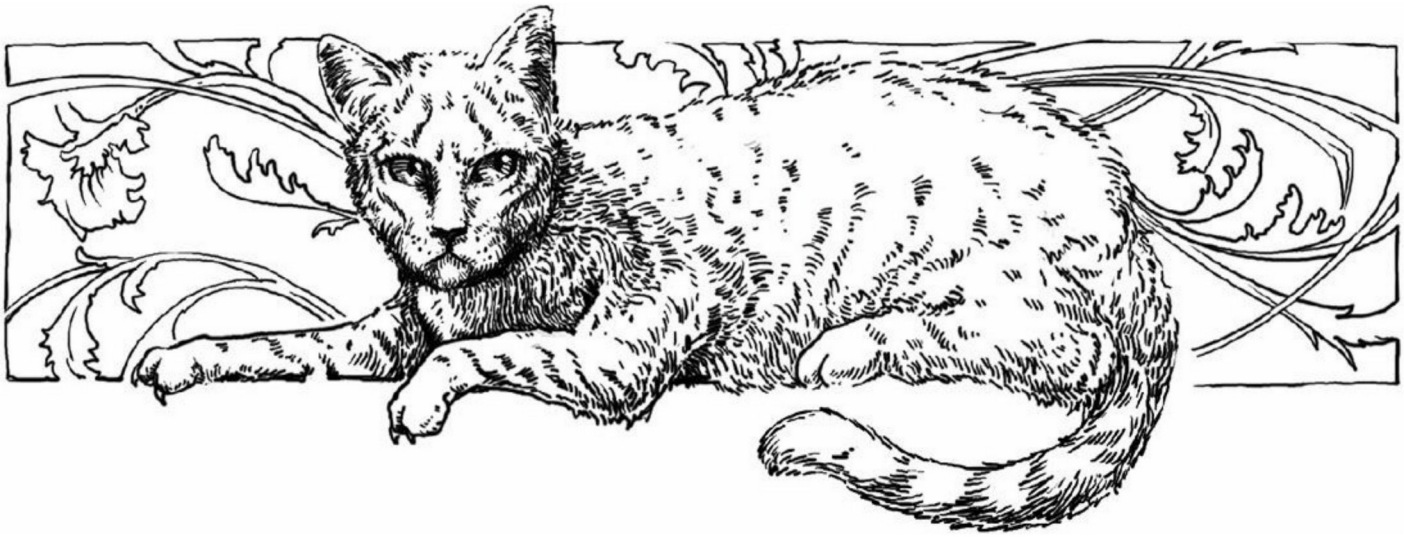
Patas Negras la miró fijamente. El tiempo pareció dilatarse, y se preguntó por primera vez si esa noche terminaría alguna vez. Podría hacer que terminara, supuso. «*Pero no puedo. He llegado hasta aquí. Puedo llegar hasta el final.*».

—Sí quiero —dijo con voz ronca.

Ella se acercó a él lentamente y apenas rozó su hocico contra su mandíbula, retirándose inmediatamente.

—Con esta vida, te doy compasión —maulló rotundamente—. Haz lo que puedas para entender las esperanzas y los sueños de otros gatos en el bosque, aunque no sean de tu Clan.

El dolor se disparó a través del cuerpo de Patas Negras cuando otro torrente de recuerdos y sentimientos inundaron su mente. Sintió el miedo de Rosal al caer bajo sus patas. Sintió el terror de un cachorro separado de su madre. La rabia, el amor, el hambre, la pena… Se tragó un aullido mientras las emociones de otros gatos corrían a través de él, y luego se iban, dejándolo agotado y jadeando.



CAPÍTULO 7

«*¿Qué clase de ceremonia de líder es esta?*», Patas Negras pensó desmotivado mientras veía a Rosal alejarse. Esto se sentía como un castigo, no como una recompensa. «*Si soy así de terrible, ¿por qué me dan la oportunidad de ser líder?*». ¿Pero qué otro gato había? Después de las batallas de los reinados de Estrella Rota y Estrella de Tigre, y la enfermedad que había devastado al Clan, el Clan de la Sombra solo era un eco de su antigua forma. Alguien debía mantener al Clan unido mientras se recuperaba. Si él se rendía, ¿permitiría acaso el Clan Estelar que otro gato liderara? Estrella Nocturna se había hecho con el mando luego de que Estrella Rota hubiese sido expulsado, pero el Clan Estelar nunca le había dado nueve vidas, no mientras Estrella Rota siguiera con vida. El enfermizo y amable gato había muerto una vez y jamás había regresado. Mientras Patas Negras pensaba abrumado sobre la muerte de Estrella Nocturna y de qué otro gato, si lo había, el Clan Estelar podría encontrar digno de liderar al Clan de la Sombra, otro gato avanzó desde la multitud. Una gata con largo pelaje gris azulado y ojos azules como el hielo.

—Hola, Patas Negras —maulló calmada.

—Hola, Estrella Azul. —Después de revivir tan vívidamente el ataque que había liderado al campamento del Clan del Trueno era un alivio no ver hostilidad en la mirada de la exlíder.

Estrella Rota había odiado al Clan del Viento, y Estrella de Tigre había detestado a Estrella de Fuego con cada pelo de su manto. El conflicto entre el Clan de la Sombra y el Clan del Trueno se había vuelto… personal. Pero quizá Estrella Azul realmente no tenía razones para odiar a Patas Negras. «*Excepto por la vez que intenté robar a los*

cachorros de su Clan. Demandar derechos de caza en el territorio del Clan del Trueno. Las veces que ataqué su campamento. Todas las demás batallas entre nuestros Clanes. Y cuando ayudé a Garra de Tigre a intentar matarla». Hizo una mueca mientras la gata se acercaba, pero ella simplemente le tocó la nariz con la suya. Mientras los gatos a su alrededor se desvanecían otra vez, Patas Negras recordó la misma decisión que ambos, él y Estrella Azul, habían hecho en diferentes momentos, y cuánto le había costado a todos los Clanes. «*Estrella de Tigre*». Había sido el lugarteniente de Estrella Azul. Y luego el líder de Patas Negras.

—Casi lo teníamos de vuelta —gruñó Patas Negras. Habían estado tan cerca de rescatar a Estrella Rota del campamento del Clan del Trueno. «*Entonces todo habría vuelto a la normalidad*».

El Clan de la Sombra había expulsado a Estrella Rota por la mentira que el Clan del Trueno les había hecho creer, que Estrella Rota había matado a su propio padre. Patas Negras no podía creer como cualquier gato del Clan de la Sombra podía creer eso, después de haber seguido a Estrella Rota a través de tantas batallas, pero lo habían hecho. Y el Clan del Trueno había tomado a Estrella Rota como prisionero. Patas Negras estaba seguro de que cuando Estrella Rota estuviera libre, podría explicar todo. El Clan de la Sombra los dejaría volver, a todos. Durante las lunas en las que el resto de los guerreros más leales al Clan de la Sombra estaban en el exilio, obligados a ser proscritos, aunque hubiesen sido los únicos gatos en defender a su líder, el recuerdo del Clan de la Sombra le generaba un dolor de anhelo en el pecho a Patas Negras. Solo quería ir a casa.

—Si tan solo esos guerreros del Clan del Río no hubiesen aparecido —Espinas Enredadas maulló con tristeza. Estaba lamiendo su pelaje marrón y gris, tratando de calmar una mordida desagradable en su costado —. Estábamos venciendo a esos corazones de serpientes del Clan del Trueno fácilmente.

Tenía razón. La batalla de ayer iba muy bien, antes de que los guerreros del Clan del Río cargaran hacia el campamento. Pero ahora estaban ahí, acurrucados en un arbusto espinoso al borde del Poblado de Dos Patas, expulsados por completo del territorio de los Clanes. Solo había algunos de ellos, casi todos los proscritos que Garra de Tigre los había ayudado a reclutar habían huido durante la batalla. «*Cobardes*». Solo los gatos de Clan eran de fiar. Patas Negras tomó un respiro profundo.

—No importa. Solo tenemos que intentarlo otra vez.

—¿Por qué? —Tocón, el único proscrito aún con ellos, sacudió su espeso manto naranja con irritación—. Ahora está ciego. No puede liderar a su Clan.

—¡Sí puede! —El pelaje en el lomo de Patas Negras se erizó. Por el rabillo del ojo, vio a Espinas Enredadas y a Rabón intercambiar miradas dudosas—. Aún es fuerte. Peleó bien ayer, aún sin ser capaz de ver.

—Quizá si volvemos al Clan de la Sombra por nuestra cuenta… —comenzó Rabón, pero su voz se desvaneció cuando Patas Negras lo fulminó con la mirada.

—No abandonaremos a Estrella Rota —les dijo—. Quizá Garra de Tigre nos ayudará otra vez, si su Clan no se ha dado cuenta de que nos condujo a su campamento.

Luego de la captura de Estrella Rota, el lugarteniente del Clan del Trueno había encontrado a Patas Negras y le propuso unir fuerzas. Garra de Tigre traería a los exiliados del Clan de la Sombra y algunos proscritos cuidadosamente reclutados al campamento del Clan del Trueno, y usaría la batalla para rescatar a Estrella Rota y a la vez cubrir su propio ataque a la líder del Clan del Trueno, Estrella Azul. El manto de Patas Negras le había picado con incomodidad sobre la idea de un lugarteniente atacando a su líder, pero Garra de Tigre había explicado; Estrella Azul había sido muy influenciada por un minino casero a quien ella permitió unírseles. Corazón de Fuego lastimaría al Clan del Trueno si un fuerte gato de Clan no tomaba el control. No quería expulsar a Estrella Azul, pero tenía que salvar a su Clan. Además, ¿qué le importaba a Patas Negras lo que pasara en otros Clanes? Su lealtad era al Clan de la Sombra, y siempre lo sería. Su lealtad era a un Clan de la Sombra liderado por un líder fuerte como Estrella Rota.

Espinas Enredadas irguió las orejas.

—Si Garra de Tigre hubiese asesinado a Estrella Azul, ¿no nos habría dado a Estrella Rota ya? Creo que probablemente está muerto.

—Quizá. —Patas Negras apoyó su cabeza sobre sus patas. El Clan del Trueno tendría razones de sobra para matar a Garra de Tigre, si su plan de deshacerse de Estrella Azul había fracasado. Espinas Enredadas sin duda tenía razón. Todo le dolía por la batalla de ayer. «*¿Qué vamos a hacer ahora?*».

De pronto, hubo un sonido de zarzas crujiendo cerca, de alguien que se abría paso por la protección de los arbustos que los rodeaban.

—Quédense quietos. Alguien se acerca —advirtió Patas Negras, poniéndose de pie. Estaban en mala forma, pero lucharían si tenían que hacerlo. Olfateó el aire. Olor a Clan del Trueno, se dio cuenta.

Espinas Enredadas lo había captado también. Sus ojos se agrandaron por el pánico. Eran tan pocos, y estaban muy heridos para la batalla.

—No podemos quedarnos y que nos atrapen como conejos —gruñó.

No había tiempo. Se pusieron de pie y desenvainaron las garras, tensándose para una batalla más. Luego, con un crujido de ramas, un gran gato marrón oscuro atigrado de anchos omóplatos apareció en su refugio. Estaba solo y sangrando.

—Garra de Tigre. Sobreviviste —le tomó a Patas Negras un momento reconocer al lugarteniente del Clan del Trueno, que estaba herido y se tambaleaba inestable sobre sus patas.

Un corte profundo le recorría el vientre, su pelaje estaba enmarañado con barro y sangre, y tenía innumerables rasguños ensangrentados en la cara. Garra de Tigre enseñó los dientes en un gruñido.

—No gracias a ustedes.

—Íbamos a volver por ti una vez que nuestras heridas hubiesen sanado —Patas Negras le aseguró. «*Aún volveremos por Estrella Rota. No importa qué tantos ataques cuesten*».

Luego de que los demás lo recibieran, Espinas Enredadas y Tocón se deslizaron de su escondite para cazar para todos. Patas Negras ojeó tentativamente la herida de Garra de Tigre, que estaba sucia y apenas había cicatrizado. Mientras miraba, un chorro de sangre fresca se deslizó a través del pelaje más pálido del vientre del atigrado.

—Garra de Tigre, tu vientre parece estar sangrando —le dijo al otro gato.

—No es nada —exclamó Garra de Tigre—, sanará en un par de días. —Se echó cuidadosamente de lado, haciendo una leve mueca.

—Esos gatos del Clan del Trueno lucharon con más ferocidad de la que esperaba —maulló Patas Negras. El atigrado marrón les había dicho que sería fácil derrotar al Clan del Trueno, pero no fue cierto—, especialmente ese tan llamado minino casero, Corazón de Fuego. Puede que haya nacido en el Poblado, pero de seguro aprendió a luchar como un guerrero. —El gato de manto naranja era más fuerte y rápido de lo que Patas Negras imaginaba.

Garra de Tigre se tensó y se puso de pie a pesar de sus heridas, con una cara indignada.

—¡Él *es* un minino casero! No vuelvas a hablar nunca más de él como un guerrero. No tiene ningún derecho a vivir en el bosque, ningún derecho a hablarle a Estrella Azul como si la sangre de los Clanes recorriera sus venas. —Se dio la vuelta y caminó en un círculo cerrado, moviendo la cola —. Encontraré a más gatos y les enseñaré como pelear adecuadamente, entonces lucharemos otra vez contra el Clan del Trueno, ¡y Corazón de Fuego *morirá!*

Patas Negras pestañeó. Por un momento, los ojos ámbar de Garra de Tigre ardieron y se había visto medio loco por la ira. Era cierto, en realidad, que un minino casero no tenía por qué fingir ser un gato nacido en un Clan.

—Estaremos listos —maulló—, una vez rescatemos a Estrella Rota, tendrás a todo el Clan de la Sombra detrás de ti. Y *sabemos* cómo pelear.

Garra de Tigre se le quedó mirando por varios silenciosos momentos, con solo la punta de su cola moviéndose.

—Patas Negras —maulló al fin—, Estrella Rota está muerto. El Clan del Trueno lo asesinó por intentar escapar.

Patas Negras no podía respirar. De repente se sintió vacío, como si no fuera más que pelaje y huesos estirados sobre la nada. «*¿Qué haré ahora?*». Sin Estrella Rota para liderarlo, ¿cómo encontraría alguna vez su camino de regreso hacia el Clan de la Sombra? ¿Quién era él, si no era un gato del Clan de la Sombra?

—Realmente seré un proscrito ahora —croó, con una ola de desesperación surgiendo de él.

Los ojos de Garra de Tigre se entrecerraron cuando miró desde cerca.

—Podemos tener al Clan de la Sombra en nuestro lado —maulló finalmente.

—¿Podemos? —Un leve chispazo de esperanza brilló en el pecho de Patas Negras. Garra de Tigre siempre se veía tan seguro de lo que quería, de lo que iba a pasar.

—Una vez tengamos al Clan de la Sombra, podemos vengarnos del Clan del Trueno —siguió el atigrado—. Mataron a Estrella Rota. Corazón de Fuego robó mi lugar junto a Estrella Azul. Y ahora robaron a mis cachorros. Me exiliaron y se los quedaron.

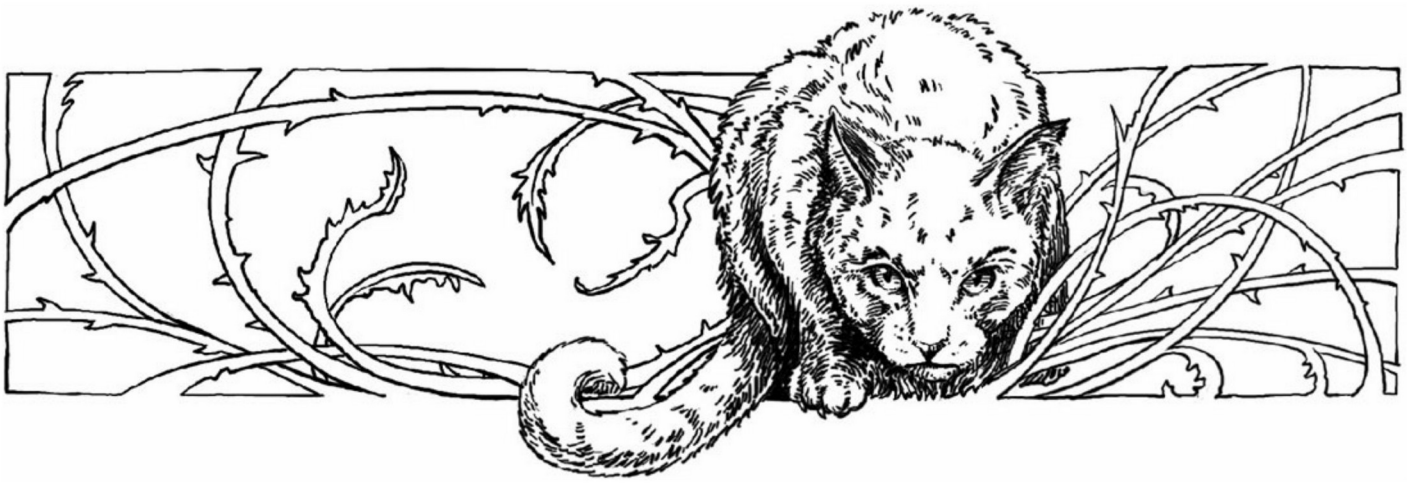
«*Corazones de zorros*». La indignación comenzó a arder dentro de Patas Negras, calentándolo. Un Clan como ese, un Clan que robaba cachorros y asesinaba a los líderes de otros Clanes, no merecía sobrevivir.

—¿Tienes un plan? —preguntó.

—Lo tengo. Puedo devolverte al Clan de la Sombra. —Garra de Tigre desenvainó sus largas garras y las clavó en la tierra—. Pero necesito saber que serás leal. ¿Puedes seguirme como lo hiciste con Estrella Rota?

Hubo un momento de silencio entre ellos. «*Hice todo lo que Estrella Rota alguna vez me pidió*», pensó Patas Negras. ¿Qué era él sin su líder? Garra de Tigre era fuerte y determinado. Había un destello familiar en esos ojos ámbar: la mirada de un gato con una meta clara, que podía hacer que otros lo siguieran a través de duras estaciones sin hojas y hacia batallas sangrientas. Patas Negras tembló, de pronto abrumado de gratitud. Estrella Rota se había ido, pero aquí había un líder que valía la pena seguir. No estaba solo después de todo.

—No te decepcionaré —prometió. Los bigotes de Garra de Tigre se movieron con aprobación.



CAPÍTULO 8

«*No aprendí nada*». Patas Negras bajó la cabeza mientras la visión se desvanecía, enfermo de vergüenza. Por supuesto que el destello en los ojos de Estrella de Tigre se había visto familiar. Él y Estrella Rota habían sido iguales: dispuestos a destruir sus Clanes para obtener el poder que querían. Estrella Rota había matado a su propio padre y puesto en peligro a los cachorros, llevándolos hacia sus muertes. Estrella de Tigre había intentado asesinar a su propia líder, y cuando falló, se apoderó del Clan de la Sombra para utilizarlos en sus planes por venganza. No les había importado nada más que ellos. «*Y felizmente los seguí a ambos*».

Estrella Azul lo miró cuidadosamente.

—¿Quieres esta vida? —le preguntó.

Patas Negras se sentía exhausto, pero no podía parar ahora. Asintió con la cabeza.

—Necesito que lo digas —maulló Estrella Azul.

—Quiero esta vida —susurró Patas Negras.

Estrella Azul avanzó y tocó su nariz con la suya.

—Con esta vida, te doy juicio. Úsala para tomar decisiones difíciles. Considera todas las probabilidades y las consecuencias de las decisiones que tomes.

Cuando un terrible dolor atravesó su cuerpo, Patas Negras sintió una terrible desesperación, pensando en el juicio que había demostrado en su pasado. Se había convencido tan fácilmente que Estrella de Tigre era la solución a todas sus preocupaciones. Pero al gato del Clan del Trueno no le habían importado los gatos del Clan de la Sombra, solo quería usarlos para obtener su venganza contra Corazón de Fuego y el Clan del Trueno.

Patas Negras podía verlo ahora, observando el pasado desplegarse frente a sus ojos otra vez. Y había sido cuando siguió a Estrella de Tigre que Patas Negras había hecho la cosa que más lo avergonzaba ahora, al estar frente al Clan Estelar. Cuando Estrella Azul retrocedió, supo, todo el camino hasta sus huesos, qué gato aparecería ahora desde las filas de los guerreros del Clan Estelar. Así que cuando finalmente levantó la mirada, apoyando sus patas contra el suelo como si esperara un golpe, no estuvo sorprendido de ver a Pedrizo mirándolo.

El gato del Clan del Río se veía mucho mejor que la última vez que se habían visto el uno al otro. En ese entonces, había estado andrajoso y medio muerto de hambre. Ahora su pálido manto gris azulado estaba liso y brillaba con estrellas tenues. Miró a Patas Negras durante varios largos momentos antes de avanzar lentamente, como si sus patas fueran casi demasiado pesadas para levantarlas. Cada paso parecía tan reacio, como si no quisiera acercarse a Patas Negras, pero sabía que debía hacerlo. Patas Negras no lo culpaba. Por supuesto que sería difícil para Pedrizo otorgarle una vida al gato que había tomado la suya. Pedrizo azotó su cola en el hombro de Patas Negras, y el gato blanco sintió el presente desvanecerse…

Patas Negras se agachaba a un lado de la Colina de Huesos de Estrella de Tigre, Estrella Leopardina en la otra. Desde la cima del montón, Estrella de Tigre bajaba la vista hacia el campamento que comandaba. A su alrededor, los guerreros reunidos del Clan del Tigre, una vez separados como el Clan de la Sombra y el Clan del Río, ahora unidos bajo Estrella de Tigre, se estremecieron de la emoción.

Al pie de la Colina de Huesos, en el centro del montón de gatos, guerreros del Clan del Tigre, Cebrado, que había sido del Clan del Trueno, y Colmillo Roto, que alguna vez había sido llamado Tocón, vigilaban al antiguo lugarteniente del Clan del Río, Pedrizo, y a dos aprendices aterrorizados del Clan del Río. Los tres estaban delgados y sus costillas se veían a través de su pelaje enmarañado. Pedrizo se paró de manera protectora frente a los aprendices, como si tratara de protegerlos de sus guardias. Desde su posición encima de la pila de huesos de presas, Estrella de Tigre comenzó a hablar.

—Gatos del Clan de Tigre, todos conocen las dificultades a las que tenemos que enfrentarnos. El frío de la estación sin hojas nos amenaza.

Los Dos Patas nos amenazan. Los otros dos Clanes del bosque que aún no han comprendido las ventajas de unirse al Clan del Tigre, son una amenaza para nosotros. Rodeados de enemigos como estamos, debemos estar seguros de la lealtad de nuestros propios guerreros. En el Clan del Tigre no hay sitio para los indiferentes. No hay sitio para gatos que puedan vacilar en la batalla o, peor todavía, que puedan volverse contra sus propios compañeros. —Alrededor de todo el claro, el Clan del Tigre coreó de acuerdo.

El labio de Patas Negras se curvó mientras miraba a Cebrado. Este gato había esperado en seguir a Estrella de Tigre hasta que su líder era miembro confirmado del Clan de la Sombra. Cebrado le devolvió la mirada. «*No confío en él*», pensó Patas Negras. Pero Estrella de Tigre no estaba hablando de eso ahora. Ya habría tiempo para lidiar con Cebrado. Ahora mismo, había otro problema que el Clan del Tigre necesitaba resolver. Patas Negras podía sentir un leve zumbido de emoción creciendo dentro de él. Su Clan era más fuerte de lo que cualquier otro Clan había sido, unidos todo gracias a Estrella de Tigre. Cada gato en este claro estaba centrado y listo en luchar contra cualquier enemigo del Clan del Tigre. Eran imparables. «*Aquí es donde pertenezco*», Patas Negras pensó.

Estrella de Tigre siguió.

—Y por encima de todo, no toleraremos la aberración de los gatos mestizos. Ningún guerrero leal debería emparejarse nunca con un miembro de otro Clan, adulterando la sangre pura que nuestros antepasados guerreros quisieron para nosotros. Estrella Azul y Látigo Gris, ambos del Clan del Trueno, incumplieron el código guerrero al emparejarse con miembros del Clan del Río. Los hijos de tales uniones, como los que ven delante de ustedes, no son dignos de confianza.

Patas Negras vio la mirada de Estrella de Tigre, y comenzó a gritar.

—¡Basura, basura! —Los otros gatos se unieron, mirando a Pedrizo y los dos aprendices, que se encogieron de miedo en el suelo, con las orejas aplastadas por el terror. Pedrizo se paró frente a ellos y gruñó a sus antiguos compañeros de Clan.

Incluso mientras gritaba, Patas Negras sintió una punzada de satisfacción. Gatos habían murmurado a sus espaldas, acusándolo a él y a sus hermanos de ser mestizos cuando eran jóvenes. Pero no era cierto, y cada gato ahora sabía que no era cierto, aunque no supieran quién era su padre. Estrella de Tigre nunca lo habría aceptado como lugarteniente si no hubiese creído que Patas Negras era del Clan de la Sombra desde las orejas hasta la cola. Mientras Estrella de Tigre seguía hablando, exponiendo sus

razones para odiar y desconfiar de los gatos cuya lealtad podría estar con más de un Clan, Patas Negras observó a Pedrizo de pie de manera protectora sobre los gatos más jóvenes, y un repentino toque de inquietud perturbó su entusiasmo. Sabía que Estrella de Tigre lo despreciaría por eso, pero él y Pedrizo se habían sentado uno al lado del otro debajo de la Gran Roca en las reuniones de los Clanes, unidos como lo estaban los lugartenientes, sabiendo que algún día quizá liderarían sus Clanes, y Patas Negras había respetado a Pedrizo. Había sido un buen guerrero, a pesar de su ascendencia.

Patas Negras exhaló una rápida bocanada de aire, descartando la sensación. No podía ponerse sentimental; tenía un Clan que proteger. Y no se podía confiar en los gatos mestizos, ni siquiera aunque alguna vez hayan parecido ser guerreros leales. Estrella de Tigre estaba llegando al final de su discurso. Cada ojo se centraba en él, brillando con entusiasmo.

—…¡debemos deshacernos de la abominación que habita entre nosotros! —anunció. —Entonces, nuestro Clan volverá a estar limpio y podremos contar con el favor del Clan Estelar.

Pedrizo levantó la cabeza desafiante y se tambaleó un poco. «*Debe de estar débil por el hambre*». No habían alimentado a los prisioneros por varios días. ¿Por qué desperdiciar presas en gatos que ya no eran compañeros de Clan? Pero el maullido del gato gris azulado fue firme.

—Ningún gato ha puesto en duda mi lealtad jamás. ¡Baja aquí y dime a la cara que soy un traidor! Vaharina y yo nunca supimos que Estrella Azul era nuestra madera hasta hace un par de lunas. Hemos sido leales al Clan del Río toda nuestra vida. ¡Que cualquier gato que piense lo contrario venga aquí y lo demuestre!

Hubo un leve movimiento de ansiedad por parte de los gatos que habían sido del Clan del Río. Mientras Estrella de Tigre regañaba a Estrella Leopardina por elegir a Pedrizo como su lugarteniente, Patas Negras miró a su alrededor algunas de las caras preocupadas en el claro. No creía que lucharían contra Estrella de Tigre. Estrella Leopardina asentía con la cabeza en una silenciosa disculpa a Estrella de Tigre, sus ojos se desviaron de su antiguo lugarteniente, y sus gatos seguirían su liderazgo. Pero esta era su oportunidad de demostrar su lealtad, demostrar que merecían ser parte del Clan del Tigre. Necesitaban no solo dejar que esto sucediera, sino también deleitarse con ello. Habiendo terminado con Estrella Leopardina, Estrella de Tigre bajó la vista nuevamente hacia los gatos mestizos. La punta de su cola se movió una vez, luego habló.

—Pedrizo, te daré la oportunidad de demostrar tu lealtad al Clan del Tigre. Mata a estos dos aprendices mestizos.

El pelaje a lo largo del lomo de Patas Negras se erizó y sus latidos se hicieron más fuertes. «*¿Lo hará?*». Era la oportunidad de Pedrizo de volverse parte del Clan del Tigre. Pero ¿mataría a los aprendices, siendo igual de mestizo que ellos?

Pedrizo pestañeó, mirándose perdido por un momento, luego giró la mirada hacia su antigua líder.

—Yo solo acepto órdenes de *ti* —gruñó—. Debes saber que esto no está bien. ¿Qué quieres que haga? —su voz era feroz, pero la mirada que le lanzó era suplicante.

Todos los ojos estaban en Estrella Leopardina ahora. «*¿A quién le es realmente leal?*». Patas Negras aún no confiaba en ella. Esta también era la oportunidad de Estrella Leopardina de demostrar su lealtad. La antigua líder del Clan del Río miró a Pedrizo por varios largos momentos, su cara pálida. Finalmente, maulló:

—Éstos son tiempos difíciles. Mientras luchamos por sobrevivir, debemos contar con todos nuestros compañeros de Clan. No hay lugar para lealtades divididas. Haz lo que te ha dicho Estrella de Tigre.

Algunos gatos jadearon, pero ningún guerrero del Clan del Río habló para desafiar a su líder. «*Están aprendiendo a ser leales* —pensó Patas Negras con satisfacción—. *Están aprendiendo lo que significa ser un gato del Clan del Tigre*». Pedrizo se quedó mirando a Estrella Leopardina por momentos aún más largos, luego se giró y bajó la mirada hacia los aprendices. Se acurrucaron juntos, mirándolo con un nuevo miedo, luego se enderezaron lentamente y se pusieron de pie, listos para luchar. Asintiendo levemente en aprobación a la valentía de los aprendices, Pedrizo se giró para levantar la mirada de manera desafiante a Estrella de Tigre.

—¡Primero tendrás que matarme a mí, Estrella de Tigre! —escupió.

«*Tonto*». Pedrizo había desperdiciado su única oportunidad.

Estrella de Tigre bajó la mirada a Cebrado, y le hizo una señal con la cola.

—Muy bien. Cebrado, mátalo.

La cola de Cebrado se irguió con placer, y se lanzó contra Pedrizo. «*Muy lento*», Patas Negras pensó disgustado. El gato de rayas negras era más grande que Pedrizo, pero se movía torpemente. Pedrizo tuvo tiempo de saltar rápidamente hacia atrás, extendiendo sus garras para arañar al

gato atacante. Cebrado aulló cuando las garras de su oponente le perforaron la piel, luego apuntó un fuerte golpe a la cara de Pedrizo, que el gato más pequeño esquivó. Gruñían y se arañaban mutuamente, rodando a través del claro. Patas Negras dejó sus propias garras deslizarse y desgarrar la tierra bajo sus patas. Incluso con Pedrizo medio muerto de hambre, Cebrado era más lento. Pedrizo estaba peleando por su vida, y Cebrado solo estaba peleando. Él no veía la pasión del guerrero gris azulado. Los gatos a su alrededor estaban silenciosos, siguiendo las combatientes figuras con intensas miradas, algunas temerosas, otras emocionadas. Con un giro de su cuerpo, Pedrizo hundió sus dientes en la parte trasera del cuello de Cebrado. El guerrero oscuro se retorció y lo empujó, y los dos gatos se separaron de un salto, ambos jadeando por respirar. La sangre recorría la cara de Cebrado.

Patas Negras gruñó frustrado:

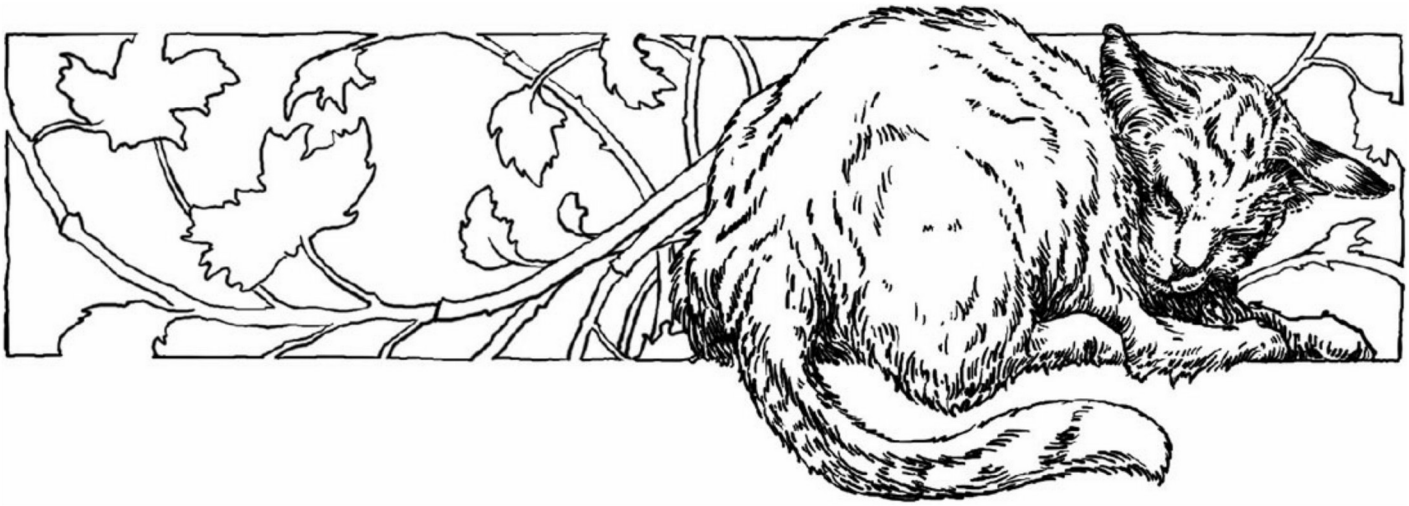
—¡Date prisa, Cebrado! ¡Estás peleando como un minino casero!

Cebrado gruñó, y cargó contra Pedrizo una vez más, el gato gris azulado esquivó cuidadosamente, arañando con sus garras a lo largo del flanco de su rival. Cebrado se tambaleó, y Pedrizo usó el impulso del otro gato para tirarlo al suelo. «*Torpe*». Patas Negras gruñó. Con la manera en la que luchaba, Cebrado los estaba avergonzando a todos. «*Necesitará más entrenamiento en batalla antes de que tomemos los otros Clanes. Pasa más tiempo pensando en el montón de carne fresca que en el campo de batalla*».

Pedrizo tenía a Cebrado inmovilizado y forcejeando debajo de él, su cola azotando salvajemente mientras lo mantenía en el suelo. Estrella de Tigre gruñó y se giró a Patas Negras.

—Acaba con eso.

Las garras de Patas Negras habían estado ardiendo por demostrar como luchaba un verdadero gato del Clan de la Sombra–del Clan del *Tigre.* Sin dudarlo, se lanzó a la batalla, arrastrando a Pedrizo lejos de Cebrado y alzando alto sus garras sobre el cuello del lugarteniente del Clan del Río.



CAPÍTULO 9

«*Ya no quiero recordar más*». La visión se desvaneció y Patas Negras se estremeció, cerrando sus ojos por un momento. «*Ni siquiera cuestioné jamás lo que me obligaron a hacer. Pedrizo hubiera sido un mejor compañero de Clan que Cebrado; incluso en ese entonces lo sabía. Era leal y valiente, no importaba que fuese mestizo*». Levantó la mirada desde sus patas para encontrarse con los ojos de Pedrizo una vez más. Parte de él anhelaba rogar por el perdón del Clan Estelar: «*No debería haberlo hecho. Todo fue por Estrella de Tigre*». Pero las palabras se desvanecieron antes de que pudiera pronunciarlas. Cualquier cosa que pudiese decirle ahora a Pedrizo solo sonaría vacía. Lo había matado sin dudarlo. Pedrizo se aproximó lentamente, con sus ojos fríos.

—¿Quieres esta vida?

Patas Negras apenas podía encontrar la energía para responder. Se sintió vacío.

—La quiero —croó. «*No puedo parar ahora*».

El hocico de Pedrizo tocó el de Patas Negras sin afecto alguno.

—Con esta vida, te doy integridad —maulló, sonando tan reacio como se veía—. Úsala con tu juicio, para asegurarte de que te llevas a ti y a tu Clan por los caminos correctos en el futuro —retrocedió, luego se giró sin volver a mirar atrás y desapareció entre la brillante multitud.

Mientras el ahora familiar dolor atravesó sus músculos, Patas Negras retrocedió, pero a la vez sintió como si su visión se hiciese más fuerte. Podría ver más de su propio pasado. Había hecho cosas terribles. Había buscado líderes fuertes a los que unirse, y nunca había considerado si lo

que hacían, lo que le ordenaron que hiciera, estaba bien, si era por el bien de los Clanes que dirigían, los gatos que dirigían, o solo para saciar su propia sed de poder y venganza. Los rostros de los muertos volvieron a aparecer ante él, y se lamentó por todo el sufrimiento que había causado. «*¿Puedo ser mejor de lo que fueron Estrella Rota y Estrella de Tigre?*». Quería serlo. Pero con un dolor que lo cortaba profundamente hasta los huesos, sabía que no podía estar seguro. «*Nunca me pregunté hasta ahora si sus decisiones estaban bien. ¿Qué dice eso de mí?*».

Cuando el dolor de recibir su nueva vida amainó, levantó la vista hacia los gatos del Clan Estelar. Le habían dado siete vidas. No había duda de que otro gato estaba por avanzar. Una vez le hubieran dado nueve vidas, sería el líder del Clan de la Sombra.

—¿Puede esto continuar así? —espetó—. Dicen que es mi decisión continuar, pero siento que esto está mal. Cada recuerdo me deja más conmovido que el anterior.

«*¿Realmente estoy en condiciones de liderar al Clan de la Sombra?*». Debía haber alguien que fuese mejor. No podía permitir que el Clan de la Sombra sufriera debido a su liderazgo.

Estrella Nocturna apareció desde la multitud, con su cola erguida en un saludo. Habían sido cachorros juntos, y Patas Negras no podía evitar encontrar consuelo en la presencia de su viejo amigo. No había ni una pizca de hostilidad en los ojos verdes de Estrella Nocturna. Su pelaje estaba liso, y el gato que había estado enfermo alguna vez, se veía más sano de lo que jamás se había visto en vida.

—Eres honesto —maulló, y Patas Negras bajó la mirada hacia sus patas. Lo mínimo que podía hacer era ser honesto. El Clan de la Sombra necesitaba el mejor líder que pudiesen encontrar. Cuando Patas Negras no respondió, Estrella Nocturna ronroneó cálidamente, divertido—. Todos los líderes han tomado decisiones de las que se arrepienten. No es necesario que un líder sea perfecto. Pero es importante que puedas aprender del pasado, y cambiar. —Se acercó más a Patas Negras y pasó su cola de forma tranquila por su lomo—. No pierdas la habilidad de cuestionarte a ti mismo. Un líder necesita ser el que se asegura de que está haciendo lo correcto. Nadie más lo hará por él.

El presente se desvaneció, y Patas Negras se hundió una vez más en el pasado, en los tiempos antes del Clan del Tigre, cuando había sido un proscrito buscando un lugar al que pertenecer.

«*Podré ver mi hogar otra vez*».

Patas Negras sabía que el Clan de la Sombra solo le estaba permitiendo a él y a los otros proscritos cruzar su frontera porque había una enfermedad en el Clan, y Garra de Tigre había ofrecido cazar para los gatos del Clan de la Sombra que no podían cazar sus propias presas. Pero sus patas aun así se sentían más livianas de lo que se habían sentido en lunas mientras entraba en el territorio del Clan de la Sombra, con un campañol colgando de sus mandíbulas. Se sentía tan bien estar respirando en los aromas familiares de su hogar, de estar protegido bajo pinos en vez de los robles y fresnos de su territorio temporal, fuera en la parte salvaje del bosque.

Y más adelante de él caminaban algunos de sus compañeros de Clan. No importaba que hubiesen dicho que él ya no era parte del Clan de la Sombra. Nube del Alba, Guijarro y Fauces de Pedernal siempre serían sus verdaderos compañeros de Clan. ¡Nube del Alba, quien había sido su aprendiza! ¡Guijarro, leal y firme! ¡Fauces de Pedernal, su propio hermano!

Cruzó por detrás de Espinas Enredadas y se acercó más a los gatos del Clan de la Sombra, para poder rozar su cola con el lomo de su hermano. Fauces de Pedernal pestañeó cálidamente hacia él.

—Es bueno verte —murmuró tranquilo—, te he extrañado.

—Yo también. —Patas Negras estaba preocupado, en realidad. Fauces de Pedernal lucía terrible, lunas más viejo de lo que en realidad era, la forma de sus costillas sobresalía, su pelaje estaba seco y desigual—. ¿Cómo estás? ¿Estás seguro de que estás lo suficientemente bien para patrullar?

Fauces de Pedernal negó con la cabeza sombríamente.

—Todos en el Clan de la Sombra han estado enfermos. Estoy mejor que la mayoría.

Mientras se acercaban al campamento del Clan de la Sombra, la alegría sin aliento de Patas Negras por estar de vuelta en su territorio y hogar comenzó a atenuarse. El hedor era terrible: carne fresca en descomposición, enfermedad, y gatos demasiado enfermos para limpiarse adecuadamente. Justo fuera del campamento, Guijarro dejó en el suelo el gorrión que había estado llevando, y se giró para encarar a los proscritos de Garra de Tigre.

—Nadie ha logrado escapar de la enfermedad —maulló solemnemente —, si no quieren arriesgarse a ser infectados, deberían dar la vuelta ahora.

Patas Negras miró a Garra de Tigre. Le habían prometido seguirlo, pero si el ex lugarteniente del Clan del Trueno quería irse, Patas Negras no supo si elegiría seguirlo o quedarse. No podía irse sin antes ver a sus antiguos compañeros de Clan. No cuando estaban sufriendo. Pero Garra de Tigre era su líder ahora. Garra de Tigre elevó la cabeza orgullosamente y habló por encima de la ardilla que llevaba.

—No estamos asustados de dar ayuda.

Patas Negras asintió, sintiendo una ola de gratitud hacia Garra de Tigre. Un gato al que le pudieran importar los gatos de otro Clan jamás habría atacado a su líder sin una buena razón. Seguramente, valía la pena seguir a este gato.

Guijarro los llevó a través del túnel de zarzas, hacia el claro en medio del campamento del Clan de la Sombra. Con Garra de Tigre a la cabeza, los proscritos llevaron sus presas al casi vacío montón de carne fresca. Patas Negras miró satisfecho cuantas presas habían traído: al menos hoy, los gatos del Clan de la Sombra no estarían hambrientos. Apartando la vista del montón de carne fresca, vio a los gatos mirándolos desde los extremos del campamento y apenas reprimió un grito ahogado. Fauces de Pedernal no había mentido cuando dijo que estaba en mejor forma que la mayoría. Los ojos que observaban a Patas Negras desde las sombras brillaban por la fiebre, y muchos de los gatos parecían demasiado débiles para pararse, como si simplemente hubieran caído donde ahora yacían y sus compañeros de Clan igualmente enfermos los hubieran dejado allí.

Baya de Serbal, a quien habían encontrado patrullando más temprano, salió de la guarida de los guerreros. Estaba delgada y harapienta, pero era capaz de caminar. Igual que Fauces de Pedernal, era de los gatos del Clan de la Sombra que más saludable se veía, e incluso ella se tambaleaba como si una ráfaga de viento pudiera derribarla.

—Nube del Alba nos dijo que cazarían para nosotros —les maulló—. No esperábamos que entregaran las presas ustedes mismos.

Espinas Enredadas se adelantó, tocando con su hocico la mejilla color marrón y crema de su ex compañera de Clan.

—Teníamos que saber cómo se encontraban. Por favor no nos echen.

El corazón de Patas Negras dolió al ver el afecto entre las dos gatas cuando se saludaron. «*Por favor* —dijo en su mente—. *Déjennos quedarnos*». Había pasado tanto tiempo.

Hubo un crujido de ramas y Nariz Inquieta, el curandero del Clan de la Sombra, y Estrella Nocturna, quien se había hecho líder cuando Estrella Rota había sido expulsado, salieron de la guarida del curandero. Ver a

Estrella Nocturna, le hizo a Patas Negras perder todo su enojo contra su viejo amigo por involucrar a los demás gatos en el exilio de Estrella Rota. Estrella Nocturna no era más que pelaje y huesos, cada una de sus costillas claramente visible bajo su apagado manto. Apenas podía caminar, a juzgar por la forma en que se tambaleaba lentamente hacia ellos, apoyándose pesadamente en Nariz Inquieta.

—Fueron muy valientes al venir aquí —le dijo a Garra de Tigre.

Garra de Tigre hizo una reverencia.

—Sus antiguos compañeros de Clan no iban a quedarse quietos y dejarlos morir de hambre, y mi lealtad es hacia ellos ahora. Esto no es valentía, es simplemente seguir el código guerrero.

Patas Negras estaba cálido de gratitud. Garra de Tigre, a pesar de todas sus asperezas y, en ocasiones, de la dureza con los gatos que lo seguían, entendía que, en tiempos problemáticos, un Clan siempre volvería a estar unido. No impediría que sus seguidores se ocuparan de sus antiguos compañeros de Clan. Él ayudaría en su lugar. Mientras Nube del Alba llevaba a Estrella Nocturna hacia el montón de carne fresca, Patas de Venado apareció, con sus ojos brillantes por la fiebre.

—Aún podemos cazar por nuestra cuenta —gruñó—. Estos gatos dejaron nuestro Clan por una razón. Quizás deberíamos pensarlo dos veces antes de darles la bienvenida otra vez.

«*No lo escuches*», rogó Patas Negras silenciosamente. Todo lo que quería era ser bienvenido de nuevo ahí. Alimentaría a cada gato en el campamento si tenía qué. Nariz Inquieta acható sus orejas molesto

—"Estos gatos", como los llamas, nos salvaron a todos de probablemente morir de hambre —maulló—. Muestra algo de gratitud, Patas de Venado.

Nadie más habló en su contra, y luego de varios momentos, Patas Negras soltó la respiración. Aparentemente, eran bienvenidos a quedarse. Mientras Garra de Tigre, Nariz Inquieta y Estrella Nocturna continuaron hablando de lo que le había pasado al Clan de la Sombra, Patas Negras divisó a su hermana con su pareja, acurrucados juntos fuera de la guarida de los guerreros. Estaban tan quietos que se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estaban muertos? Pero mientras caminaba hacia ellos, Fronde Sombrío levantó la cabeza.

—Patas Negras —maulló débilmente—. ¿Estás bien?

—Debería preguntártelo yo a ti —le dijo.

Estaba tan dolorosamente delgada. Rápidamente, caminó hacia el montón de carne fresca, tomó una gran rana, y volvió a donde estaban

Fronde Sombrío y Paso de Lobo. Con sus dientes y garras, cuidadosamente dividió la rana entre ellos, asegurándose de que cada uno recibiera algo del suave vientre. Paso de Lobo parpadeó mirándolo apreciativamente

—No he comido rana por un tiempo —maulló—. Antes de que la enfermedad empeorara tanto, cuando aún podía más o menos cazar, pero no era tan como yo mismo, se volvieron demasiado rápidas para mí.

—Coman —Patas Negras maulló—. Necesitan su fuerza para ponerse bien. ¿Dice Baya de Serbal que la enfermedad vino de las ratas en el vertedero?

Fronde Sombrío asintió.

—Esa fue la primera señal de que algo estaba mal, cuando todas las ratas comenzaron a morir. —Se estremeció—. Han muerto gatos también.

—Lo sé. —Patas Negras miró el campamento a su alrededor. Podía ver espacios vacíos entre los gatos, y que las miradas de todos los gatos del Clan de la Sombra estaban cansadas y llenas de dolor. Rescoldo, el lugarteniente de Estrella Nocturna, habría estado a su lado si pudiera haberlo estado—. ¿Rescoldo está muerto? —preguntó.

Paso de Lobo suspiró y asintió.

—Y Estrella Nocturna ha estado muy enfermo para elegir a un nuevo lugarteniente. Gracias al Clan Estelar que tiene nueve vidas.

El vientre de Patas Negras se agitó inquieto. ¿*Tenía* Estrella Nocturna nueve vidas? Era difícil estar seguro. Había sido nombrado líder cuando Estrella Rota aún estaba vivo. ¿Podía el Clan Estelar cambiar qué gato tenía nueve vidas? ¿Lo harían? A Patas Negras no le gustaba la forma nerviosa en la que Nariz Inquieta revoloteaba alrededor de su líder. Tampoco parecía que el curandero estuviera seguro de cuántas vidas tenía Estrella Nocturna.

—Estoy seguro de que mejorará con mucha carne fresca —maulló, sintiéndose dudoso.

Mientras Fronde Sombrío y Paso de Lobo se comían la rana, Patas Negras se paseó por entre sus antiguos compañeros de Clan, llevándoles carne fresca e intentando hacerlos sentir cómodos. El musgo en la guarida de los guerreros olía mal y estaba seco, por lo que Rabón y él lo sacaron y lo reemplazaron con musgo nuevo. Le llevó musgo empapado en agua a Bermeja, quien estaba caliente por la fiebre.

—¿Todos han vuelto? —preguntó esperanzada, en un maullido rasposo—. ¿Se van a quedar?

—Eso espero —le dijo tranquilamente, y lamió el pelaje en el costado de la gata, alisándolo.

Moviéndose de un gato enfermo del Clan de la Sombra a otro, el corazón de Patas Negras dolió de afecto por ellos. Lo habían exiliado, lo habían expulsado junto con todos los seguidores más cercanos de Estrella Rota. Pero eso no importaba ahora. No le importaba que lo hubieran convertido en un proscrito, si tan solo lo dejaran regresar y ser uno de ellos nuevamente. Nunca se sintió más como un gato del Clan de la Sombra que ahora.

Capítulo 10

Patas Negras suspiró y miró a Estrella Nocturna mientras las imágenes del pasado se desvanecían. La visión más clara que Pedrizo le había dado no era un favor del Clan Estelar, sino una maldición.

—Estrella de Tigre no se preocupaba por los gatos enfermos del Clan de la Sombra, ¿verdad? Solo quería que lo hicieran el próximo lugarteniente, para que lo aceptaran como su líder cuando tú murieras.

Estrella Nocturna parpadeó afectuosamente hacia él.

—A mí también me engañó —maulló—. Pero lo que importa ahora es que tú sí te preocupaste por los gatos del Clan de la Sombra. No buscabas venganza o alguna ventaja sobre el Clan; solo querías ayudar a tus compañeros.

—Supongo que eso es cierto —maulló Patas Negras, un poco indeciso.

Todavía sentía calor bajo su pelaje por la furia y la vergüenza. ¿Por qué había creído en un gato tan traicionero? *Dos* gatos tan traicioneros: Estrella Rota y Estrella de Tigre solo se preocuparon por su propio poder, su propio odio, no por los gatos que lideraban. Habían sido viciosos y manipuladores, y él había creído en ambos. Entre ellos, habían dejado al Clan de la Sombra destrozado. «*Cuando lidere al Clan de la Sombra, seré mejor que cualquiera de ellos*», se prometió a sí mismo. Luego, al darse cuenta de la verdad de su pensamiento, tomó una bocanada de aire profunda y aliviada. Hiciera lo que hiciera, no cometería los errores de Estrella de Tigre o de Estrella Rota. Un ronroneo comenzó a retumbar en lo más profundo de su pecho. Ahora sabía lo que debía hacer. Era sencillo. Él siempre se había preocupado por su Clan más que nada. Protegería a los gatos del Clan de la Sombra. «*No sé si seré un buen líder, pero haré lo mejor por los gatos a los que lidere*», pensó.

—¿Quieres esta vida, Patas Negras? —preguntó Estrella Nocturna.

Esta vez, Patas Negras respondió con seguridad.

—Sí la quiero.

Estrella Nocturna presionó su mejilla contra la de Patas Negras, todavía ronroneando.

—Con esta vida, te concedo lealtad. Al código guerrero, a todos los gatos del bosque, y especialmente al Clan de la Sombra.

El dolor fluyó a través de Patas Negras una vez más, pero ahora sintió que ese dolor lo hacía más fuerte. Mientras miraba a su alrededor a los guerreros estrellados del Clan Estelar, se preguntó si lo habían planeado así. Tal vez sabían que tenía que caer en lo más bajo para ver cómo tenía que cambiar. Por eso le habían dado esas vidas, de esos gatos. Ellos entendían eso, aunque había seguido a gatos viciosos y había hecho cosas terribles, podía seguir siendo un buen líder.

Estrella Nocturna rozó con su cola el lomo de Patas Negras mientras se alejaba. A Patas Negras le dio pena verlo partir. Cuando hubo desaparecido entre la multitud de gatos estrellados, una gata más se adelantó. Su pelaje era tan negro como el de Estrella Nocturna y sus ojos eran de un verde intenso. Miró a Patas Negras como si supiera todo sobre él, aunque nunca la había visto antes. Él bajó la cabeza, instintivamente queriendo mostrarle respeto a la extraña.

—¿Sabes quién soy? —preguntó ella, observándole atentamente.

Patas Negras se quedó con la boca abierta. *Casi* lo sabía, estaba seguro de ello. Hubo un nombre que estuvo a punto de decir. No pudo decirlo. Después de unos cuantos latidos, la gata negra ronroneó divertida.

—Soy Sombra Alta. Me conoces como Estrella de Sombra. Fui la primera líder del Clan de la Sombra.

Patas Negras jadeó, su corazón latió más rápido.

—¿Vas a darme una vida? —preguntó—. ¿*Quieres* que lidere al Clan de la Sombra?

Estrella de Sombra se acercó. La mirada de sus ojos verdes era penetrante.

—Espero que estés a la altura del trabajo.

Patas Negras cambió su peso de una pata a otra.

—Yo también lo espero —le dijo—. Lo intentaré. Seguro nos tocan unas cuantas temporadas de paz.

—Intenta no ser demasiado ingenuo —maulló Estrella de Sombra con sorna, moviendo la cola mientras pasaba junto a él, y luego volvió a mirarle a los ojos—. No será fácil. No creas que todo irá bien a partir de

ahora. Los Clanes pueden haber ganado la batalla contra Azote, y los territorios pueden estar a salvo por un tiempo, pero los problemas de los Clanes son como las estaciones. Siempre vuelven a aparecer.

«*¿Qué va a pasar?*». Patas Negras abrió la boca, pero antes de que pudiera preguntar, las visiones empezaron a pasar por delante de sus ojos, corriendo más y más rápido. A diferencia de los recuerdos que había visto con cada vida anterior, estas eran cosas que nunca habían sucedido.

Monstruos estaban arrancando la tierra, con sus grandes dientes desgarrándola. Patas Negras se encogió de horror, enfermo de terror, mientras los Cuatro Robles caían, sacudiendo el suelo bajo sus patas. Gatos pasaron corriendo junto a él, sin ver hacia dónde iban. Dos Patas vinieron tras ellos, y Patas Negras miró sus caras, divisando a Vaharina, la hermana de Pedrizo en el Clan del Río, pero no pudo reconocer a ninguno de los otros, ya que corrían rápidamente.

En la siguiente, sus compañeros de Clan (vio claramente la cara de Bermeja durante un latido del corazón) acudieron a las orillas de un lago que no conocía en algún lugar lejos de su territorio. Le pareció ver su propio pelaje blanco entre ellos, pero la imagen desapareció antes de que pudiera estar seguro.

Ahora los gatos estaban enfermos, muriendo, aullando por agua. Percibió el olor de la enfermedad, y luego desapareció, arrastrado por los frescos olores de los Cuatro Árboles en la hoja verde.

Volvió a verse a sí mismo durante un latido, más viejo y con aspecto de derrotado, un gato desconocido le susurraba al oído, con los ojos amarillos pálidos entrecerrados. «*¿Qué estoy haciendo?*».

Gatos que no conocía, en un lugar que no conocía, le daban la espalda a un gato rojo oscuro y se alejaban.

Las visiones se desvanecieron, dejándolo de vuelta en la cálida noche de los Cuatro Árboles, y respiró entrecortadamente, con náuseas y mareado por la velocidad de todo lo que había visto.

—¿Es eso el futuro? —le preguntó a Estrella de Sombra—. ¿Esas son cosas que van a suceder? ¿Es una advertencia?

La cola de Estrella de Sombra cortó el aire.

—Hay muchos caminos hacia el futuro. Ni siquiera el Clan Estelar ve todo lo que va a pasar —le dijo—. Solo son sueños de lo que *podría* suceder. Las decisiones que tomes importarán.

Patas Negras seguía jadeando, tratando de recuperar el aliento. No quería ver caer a los Cuatro Árboles. No quería escuchar a ese gato de ojos pálidos o llevar esa horrible mirada en su propia cara.

—Haré todo lo posible para tomar las decisiones correctas —prometió.

—Es todo lo que podemos pedirte. —La gata se acercó y rozó su hocico contra el suyo. Olía a una noche fresca justo antes del amanecer—. Con esta vida, te doy la cualidad que tu Clan necesitará por encima de todas otras en los largos días por venir. Liderazgo.

Ella esperó. Mientras los agudos dolores de su nueva vida hacían que sus músculos se contrajeran con espasmos y mientras él mostraba sus dientes de dolor, ella observó en silencio. El gato creyó ver que había un toque de simpatía en su mirada, pero no ayudó con su dolor. Cuando los espasmos cesaron, se sintió tranquilo por primera vez desde que había entrado en la Boca Materna. Tenía que tener cuidado a partir de ahora, tenía que sopesar sus palabras y acciones. El Clan de la Sombra dependía de él. Se encontró con los brillantes ojos verdes de Estrella de Sombra y asintió. La gata bajó la cabeza, y luego se levantó, pareciendo incluso más alta que antes.

—Te saludo por tu nuevo nombre, Estrella Negra —le dijo.

Estrella Negra levantó la cabeza y su pecho se llenó de orgullo.

—Tu vieja vida ha quedado atrás —continuó Estrella de Sombra—. Ahora has recibido las nueve vidas de un líder, y el Clan Estelar te otorga la tutela del Clan de la Sombra. Defiéndelo bien; cuida de los jóvenes y de los viejos; honra a tus antepasados y las tradiciones del código guerrero. Vive cada una de tus nueve vidas con orgullo y dignidad.

—Lo haré —le dijo Estrella Negra, con la boca seca.

Se giró para enfrentarse a los gatos del Clan Estelar, y juntos corearon el nombre del nuevo líder del Clan de la Sombra.

—¡Estrella Negra! ¡Estrella Negra!

LOS GATOS GUERREROS

LA FAMILIA DE DALIA

DEDICATORIA

Gracias especiales a Cherith Baldry.

Título original: "Daisy's Kin"
Traducción: ***Pichu06***.

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER PROVISIONAL

ESQUIRUELA — gata rojizo oscuro de ojos verdes y una pata blanca.

LUGARTENIENTE PROVISIONAL

LEONADO — macho dorado atigrado de ojos ámbar.

CURANDEROS

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.

CORAZÓN DE ALISO — gato rojizo oscuro de ojos ámbar.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.

BETULÓN — atigrado marrón claro.

RATONERO — gato gris y blanco.

APRENDIZ, ZARPA DE LAUREL (gato dorado).

ROSELLA — gata moteada carey y blanca.

ESCARCHA ERIZADA — gata gris claro de ojos azul verdoso.

CORAZÓN DE LIRIO — pequeña gata gris oscuro atigrada con manchas blancas, de ojos azules.

APRENDIZ, ZARPA FLAMEANTE (gato negro).

LÁTIGO DE ABEJORRO — gato gris claro con rayas negras.

CAÍDA DE CEREZA — gata rojiza.

BIGOTES DE TOPO — gato marrón y crema.

CARBONERA — gata gris oscuro atigrada.

APRENDIZA, ZARPA DE PINZÓN (gata carey).

FLORES CAÍDAS — gata tricolor con manchas blancas en forma de pétalos.

CHARCA DE HIEDRA — gata blanca y plateada atigrada de oscuros ojos azules

ALA DE ÁGUILA — gata rojiza.

APRENDIZA, ZARPA DE MIRTO (gata marrón claro).

NARIZ DE ROCÍO — macho gris y blanco.

OREJA DE CLAVELINA — gata gris oscuro.

NUBE DE TORMENTA — gato gris atigrado.

MECHÓN DE CARRASCA — gata negra.

CANCIÓN DE FRONDAS — macho amarillo atigrado.

PELAJE DE MIEL — gata blanca con manchas amarillas.

MANTO DE CHISPAS — gata naranja atigrada.

RAYA DE ACEDERA — gata marrón oscuro.

RAMAJE DE RAMITAS — gata gris de ojos verdes.

ALETA SALTARINA — gato marrón.

PELAJE DE CARACOLA — gato carey.

CIRUELA DE PIEDRA — gata rojiza y negra

HOJA SOMBRÍA — gata carey.

PELAJE MANCHADO — atigrada manchada gris y blanca.

<u>REINAS</u>

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

DALIA — gata color crema de pelaje largo, viene del cercado de los caballos.

<u>VETERANOS</u>

(guerreros y reinas ya retirados)

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.

GATOS DEL CLAN DEL TRUENO “DEAMBULANDO”

ESPINARDO — atigrado marrón dorado.
GARRA VOLTEADA — macho atigrado.
BIGOTES DE MOSCA — gris atigrada.
COLMILLO QUEBRADO — atigrado dorado.
LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA DE TIGRE — atigrado marrón oscuro.

LUGAR-TENIENTE

PATAS DE TRÉBOL — gris atigrada.

CURANDE-ROS

CHARCA BRILLANTE — macho marrón con manchas blancas.
VISIÓN DE SOMBRA — gato gris oscuro atigrado.
ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

GUERREROS

TRIGUEÑA — gata moteada de ojos verdes.
ALA DE TÓRTOLA — gata gris claro de ojos verdes.
LIEBRE LUMINOSA — gato blanco.
NÍVEA — gata blanca de ojos azules.
ALA DE PIEDRA — macho blanco.
PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro de orejas rasgadas, una está cortada.
PATAS DE LINO — atigrado marrón.
COLA DE GORRIÓN — gran macho atigrado.
AGUZANIEVES — gata de un blanco puro y ojos verdes.
HOJA DE MILENRAMA — gata rojiza de ojos amarillos.

CORAZÓN DE BAYA — gata blanca y negra.
CORAZÓN DE HIERBA — gata marrón claro atigrada.
MANTO DE ESPIRAL — gato gris y blanco.
BIGOTES DE LÚPULO — gata calico.
FUEGO ARDIENTE — gato blanco y rojizo.
COLA DE CANELA — gata marrón atigrada con patas blancas.
TALLO DE FLOR — gata plateada.
COLMILLO DE SERPIENTE — gata atigrada color miel.
PELAJE PIZARRA — liso macho gris.
PASO SALTARÍN — gata gris.
SALTO DE LUZ — gata marrón atigrada.
CAÍDA DE GAVIOTA — gata blanca.
GARRA DE ESPIRAL — gato negro y blanco.
SALTO HUECO — gato negro.
RAYO DE SOL — atigrada marrón y blanca.

VETERANOS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

CLAN DEL CIELO

LÍDER

ESTRELLA DE HOJAS — gata atigrada color marrón y crema, de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

ALA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

CURANDE-ROS

PELAJE DE PECAS — gata moteada marrón claro atigrada con piernas manchadas.

COPO INQUIETO — gato negro y blanco.

MEDIADOR

ÁRBOL — gato amarillo de ojos ámbar.

GUERREROS

MANTO DE GORRIÓN — gato marrón oscuro atigrado.
MACGYVER — gato blanco y negro.
BROTE DE ROCÍO — robusto gato gris.
BROTE DE RAÍZ — gato amarillo de ojos azules.
GARRA DE ACÍCULA — gata negra y blanca.
SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.
NARIZ DE SALVIA — gato gris claro.
CICATRIZ DE AZOR — gato rojizo.
ARROYO HARRY — gato gris.
COLA DE CEREZA — gata peluda carey y blanca.
NUBE NEBLINOSA — gata blanca de ojos amarillos.
CORAZÓN FLORECIENTE — gata blanca y rojiza.
PASO DE TORTUGA — gata carey.
SALTO DE CONEJO — macho marrón.
APRENDIZA, ZARPA DE MATRACA (dorada atigrada).
GARRA DE JUNCO — pequeña gata clara atigrada.
PELAJE DE MENTA — gata gris atigrada de ojos azules.
MANCHA DE ORTIGA — gato marrón claro.
NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.
CIELO PÁLIDO — gata blanca y negra.

VIOLETA BRILLANTE — gata negra y blanca de ojos amarillos.
HOJA BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.
PLUMA DE CODORNIZ — gato blanco de orejas negras.
PATAS DE PALOMA — gris y blanca.
BIGOTES RAYADOS — gata blanca con manchas marrones.
NARIZ DE GRAVA — gato color canela.
MANTO SOLEADO — gata rojiza.

REINAS

SON DE NÉCTAR — gata marrón.

VETERANOS

GAMA DE FRONDAS — gata marrón claro que ha perdido el sentido del oído.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER **ESTRELLA DE LEBRÓN —** macho marrón y blanco.

LUGAR-TENIENTE **CORVINO PLUMOSO —** gato gris oscuro.

CURANDERO **VUELO DE AZOR —** gato gris moteado con manchas blancas como plumas de azor.

GUERREROS

NUBE NEGRA — gata negra.

ALA MOTEADA — gata marrón moteada.

APRENDIZA, ZARPA DE MANZANA (amarilla atigrada).

HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

APRENDIZA, ZARPA DE MADERA (gata marrón).

RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.

VENTOLERO — macho negro de ojos ámbar.

COLA BRECINA — gata atigrada marrón claro de ojos azules.

MANTO DE PLUMAS — gata gris atigrada.

PATAS ACECHANTES — gato rojizo.

APRENDIZA, ZARPA CANTARINA (gata carey).

ALA DE ALONDRA — gata atigrada marrón pálido.

CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.

APRENDIZ, ZARPA AGITADA (gato marrón y blanco).

PATAS LEVES — gato negro con una mancha blanca en el pecho.

GARRA DE AVENA — macho atigrado marrón claro.

BIGOTES ULULANTES — gato gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA SILBANTE (gata gris atigrada).

FRONDA RAYADA — gata gris atigrada.

VETERANOS

NARIZ DE BIGOTES — gato marrón claro.

GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

CLAN DEL RÍO

LÍDER **ESTRELLA VAHARINA —** gata gris azulado de ojos azules.

LUGAR-TENIENTE **JUNCAL —** gato negro.

CURANDERA **BLIMA —** gata gris atigrada.

GUERREROS

VESPERTINA — gata atigrada marrón.
COLA PALOMINA — gata gris oscuro.
APRENDIZ, ZARPA SALPICADA (macho marrón atigrado).
NARIZ MALVA — gato marrón claro atigrado.
MANTO REFUGIADO — gata negra y blanca.
LUZ DE VAINA — macho gris y blanco.
MANTO RELUCIENTE — gata plateada.
COLA DE LAGARTIJA — gato marrón claro.
APRENDIZA, ZARPA DE NIEBLA (gris y blanca).
NUBE DE ESTORNUDOS — gato gris y blanco.
MANTO DE HELECHOS — gata carey.
GARRA DE ARRENDAJO — macho gris.
NARIZ DE BÚHO — gato marrón atigrado.
GARRA DE AULAGA — gato blanco con orejas grises.
CIELO NOCTURNO — gata gris oscuro de ojos azules.
CORAZÓN DE BRISA — gata blanca y marrón.

REINAS

PLUMA RIZADA — gata marrón claro (madre de Pequeña Escarchada, gatita gris claro; Pequeña Neblina, gata carey y blanca; y Pequeño Gris, gris atigrado).

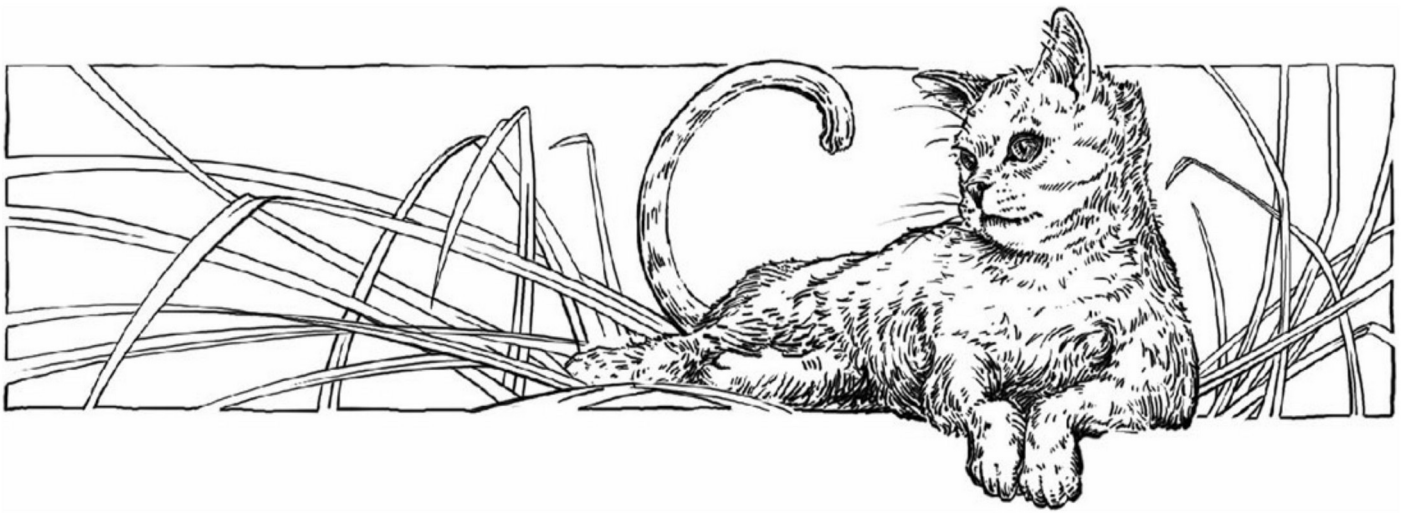
VETERANOS

MUSGOSA — gata blanca y carey.

GATOS FUERA DE LOS CLANES

HUMAZO — gran gato gris y blanco que vive en el cercado de los caballos.

CILANTRO — gata carey y blanca que vive en el cercado de los caballos.



CAPÍTULO 1

Dalia estaba agachada en los suaves lechos de la maternidad, apenas consciente del retorcido pedazo de musgo que le hacía cosquillas en la nariz. No tenía la energía para levantar una pata y apartarlo, o de acicalar su largo pelaje color crema, todavía rígido de barro por la lluvia de hacía unos días. El ratón que la aprendiza de Carbonera, Zarpa de Pinzón, le había llevado a primera hora de la mañana yacía a su lado, intacto.

Miró sin ver el muro de la guarida. En vez de los zarcillos cuidadosamente entrelazados, o las rendijas por las que se filtraba la luz del sol, su visión estaba abrumada por el recuerdo de sus hijos, Pétalo de Rosa y Bayo, tendidos en el centro del campamento tras la batalla en la que habían muerto peleando por su Clan. Les había limpiado la sangre a lengüetazos y suavizado el pelaje, para luego sentarse a velar, pero ahora no había nada más que pudiera hacer por ellos. «*No hay nada más que pueda hacer por* ningún *gato en este Clan* —pensó—. *Nada de nada*».

La vida en el Clan del Trueno había empezado a ir mal cuando el Clan Estelar se había alejado de los Clanes vivos, guardando silencio incluso ante los curanderos. El comportamiento cruel y controlador de su líder, Estrella Zarzosa, había empeorado las cosas aun más, hasta que finalmente el Clan había descubierto que no era Estrella Zarzosa en absoluto. Un guerrero muerto desde hacía mucho tiempo, buscando venganza, de alguna manera se las había arreglado para escapar de los terrenos de caza del Clan Estelar, y había tomado el control del cuerpo de Estrella Zarzosa cuando el líder había perdido una vida.

En la batalla que había tomado lugar tras la revelación, el impostor había sido hecho prisionero, y estaba siendo vigilado en el territorio del Clan de la Sombra mientras los líderes y los curanderos decidían qué hacer con él. Esquiruela había asumido el liderazgo del Clan del Trueno, con Leonado como su lugarteniente, mientras todo el Clan, preocupados, se preguntaban si Estrella Zarzosa, o el propio Clan Estelar, volverían algún día siquiera.

Pero la ansiedad de Dalia por su Clan fue arrastrada por una sofocante ola de dolor por Pétalo de Rosa y Bayo, y por sus otros hijos perdidos, Paso Tordino y Pinta, quienes habían muerto hacía muchas lunas.

«*¿Acaso sigo perteneciendo aquí en la maternidad?* —se preguntó a sí misma—. *¿Aquí en donde los cachorros nacen y son cuidados? Tantos de* mis *cachorros se han ido para siempre*».

No por primera vez, Dalia se preguntó si debería haberse unido a sus compañeros de Clan que habían pedido permiso a Esquiruela para dejar al Clan un tiempo. El día anterior, Garra Volteada, Espinardo, Bigotes de Mosca y Colmillo Quebrado se habían ido para poder pensar bien las cosas en paz. Incluso más impactante para todos los gatos, su antiguo lugarteniente, Látigo Gris, los había acompañado. Ningún gato afirmó saber lo que se pasaba por la mente del veterano, o por qué había tomado esa decisión. «*Si incluso un gato tan amado y respetado como Látigo Gris se pregunta si el Clan del Trueno es el lugar para él* —Dalia pensó—, *¿es realmente tan loco que* yo *me cuestione mi lugar aquí?*».

Una sombra cayó a través de la entrada a la maternidad cuando Ratonero se abrió paso hacia el interior. Se detuvo, y luego se acercó nerviosamente a Dalia, atravesando la capa de musgo que cubría el suelo de la guarida. «*Mi último hijo sobreviviente…*». Dalia levantó la mirada para verlo, admirando su fuerte y musculoso cuerpo, y su grueso y suave manto gris y blanco. Sintió una punzada de alivio al pensar que al menos todavía tenía a Ratonero, pero el amor y dolor por los hijos que había perdido amenazaban con destrozarla. Los extrañaba tan terriblemente que sentía unas garras clavándosele en el corazón.

—Has estado aquí por días —Ratonero le dijo suavemente, pareciendo sentir el fuerte conflicto en su madre—. ¿No te gustaría salir y ayudar al Clan un poquito? Tal vez salir a cazar o patrullar te hará sentir mejor.

—No estoy segura… —La voz de Dalia croó en su garganta; eran las primeras palabras que pronunciaba en días—. No creo poder soportarlo.

—Lo sé. —Ratonero se inclinó para acariciar el hombro de su madre, escondiendo la nariz profundamente en su pelaje—. Pero Pétalo de Rosa y

Bayo querrían que lo superaras, querrían que seas la servicial compañera de Clan que siempre has estado orgullosa de ser.

Una ola de furia se alzó en el pecho de Dalia, pero la apartó. «*¿A dónde me llevó ser una "servicial compañera de Clan"?* —se preguntó con amargura—. *He perdido a todos mis hijos menos a uno. Ahora Ratonero es mi único pariente con vida…*».

Pero Dalia sabía que tarde o temprano tendría que dejar la maternidad y encontrar una forma de superarlo. El Clan del Trueno necesitaba que todos sus miembros se esforzaran, especialmente en estos tiempos difíciles. Después de respirar profundamente, asintió levemente.

—Bien. —Ratonero ronroneó aliviado cuando Dalia se esforzó por ponerse de pie y lo siguió hacia afuera.

Cuando salió, Dalia fue consciente de miradas sorprendidas que se dirigían hacia ella, como si sus compañeros de Clan no pudiesen creer que había aparecido por fin. Intentó ignorarlas, concentrándose en su lugar en la vida del Clan: Vio a Esquiruela en el centro de la hondonada de piedra, con su verde mirada fija en Leonado mientras organizaba una patrulla de caza formada por Escarcha Erizada, Caída de Cereza y Nube de Tormenta. Mientras salían del campamento, Dalia divisó a los hijos de Manto de Chispas, Zarpa Flameante y Zarpa de Pinzón, brincando ansiosamente hacia sus mentores.

—Son tan fuertes y capaces —murmuró para sí misma—. No pasará mucho tiempo antes de que tengan su ceremonia de guerreros.

—Es en parte por ti que crecieron tan bien —le dijo Ratonero, tocándole la oreja con la nariz—. Los cuidaste muy bien cuando estaban en la maternidad.

El corazón de Dalia se apretó cuando recordó como había ayudado a Manto de Chispas, quien había tenido problemas después del parto, lamiendo a las dos bolas de pelo, una negra y la otra carey, hasta que fueron capaces de acurrucarse en el pelaje de su madre y comenzaron a alimentarse. Ahora ambos aprendices apenas parecían notarla. Cuando sus mentores los guiaron fuera del campamento, caminaron tras ellos con ansias, fuertes y capaces.

«*Yo era necesitada en ese entonces, pero parece que pasó* tanto *tiempo* —pensó Dalia—. *¿Volveré a tener un propósito en el Clan del Trueno algún día?*».

* * *

Extendiendo las garras, Dalia atravesó el musgo y los helechos de su lecho. Era la segunda vez en el día que lo reorganizaba, y deseaba poder encontrar una espina, o un pedazo de hoja de acebo, solo para probarse a sí misma que no estaba perdiendo el tiempo. Había pasado media luna desde que Ratonero la había convencido de salir de la maternidad, y aunque había formado parte de algunas cacerías y patrullas, sabía que nunca iba a ser una verdadera guerrera.

—Mi trabajo es cuidar a las crías —maulló—. A las mías, y a todas las del Clan del Trueno. Así que, ¿qué se supone que haga cuando no hay ninguna? ¡Oh, Clan Estelar, me *aburro*!

Parecían haber pasado lunas desde que los Clanes habían descubierto que el gato que creían que era Estrella Zarzosa, era en realidad un impostor, pero los líderes no parecían poder decidir qué hacer con él ahora que estaba prisionero en el territorio del Clan de la Sombra. Escarcha Erizada y Pelaje Manchado habían dejado el Clan del Trueno junto con Brote de Raíz y Garra de Acícula del Clan del Cielo, habían ido en una misión con el fin de encontrar a las Hermanas, con la esperanza de que el grupo de gatas pudiera ayudarlos a descubrir si el Estrella Zarzosa real seguía con ellos en forma de espíritu.

Dalia se había mantenido al margen de las recientes reuniones de Clan y Asambleas, e incluso ella sabía que habían surgido discusiones amargas entre los líderes. Pero no eran nada comparadas con las peleas y disputas entre Esquiruela y Leonado mientras luchaban por liderar el Clan en la ausencia de Estrella Zarzosa. Incluso ahora podía oír maullidos bruscos procedentes del exterior de la maternidad, aunque no podía distinguir las palabras. «*No son los gatos que creí conocer* —reflexionó—. *Este no es el* Clan *que creí conocer. ¿En dónde acabará todo?*».

Dejando escapar un largo suspiro, salió al campamento. Charca de Hiedra estaba guiando a una patrulla de caza hacia el montón de carne fresca, las fauces de los cuatro gatos estaban cargadas de presas. Zarpa Flameante y Zarpa de Pinzón estaban arrastrando una gran bola de lechos sucios fuera de la guarida de los veteranos, mientras Esquiruela brincaba hacia las rocas caídas, dejando que Leonado se diera la vuelta y se dirigiera hacia la guarida de los guerreros. Debería haber sido un día ordinario y tranquilo en el campamento, pero todo lo que Dalia podía ver era la subyacente tensión envolviendo todo como una niebla colgante. Sabía que no todos los gatos aceptaban a Esquiruela como la nueva líder, aunque todos esperaban que solo fuera temporal.

«*¿Pero qué otro gato podría encargarse de la tarea ahora mismo?*», se preguntó a sí misma. Esquiruela era la hija de Estrella de Fuego, además de la pareja de Estrella Zarzosa. Había sido capaz de observar a los últimos dos líderes de cerca. Esquiruela era una grandiosa lugarteniente, y Dalia a menudo sentía que había nacido para ocupar el cargo. Amaba al Clan del Trueno. Dalia podía ver que mantener al Clan fluyendo le daba propósito. «*Solo desearía poder sentirme igual*».

Estaba atravesando el claro para elegir una presa del montón de carne fresca cuando un ruido proveniente de la entrada del campamento la hizo girarse bruscamente. Ratonero irrumpió en el claro con su aprendiz, Zarpa de Laurel, apresurándose tras él, y Manto de Chispas en la retaguardia. Ratonero atravesó el campamento hasta pararse debajo de la Cornisa Alta, en donde Esquiruela estaba sentada.

—¡Esquiruela! —llamó—. Humazo del cercado de los caballos está afuera. Dice que quiere hablar con Dalia.

Dalia se puso rígida en una mezcla de curiosidad y aprehensión. Una vez había vivido en el cercado de los caballos del otro lado del lago, y Humazo había sido su pareja, el padre de su primera camada. Pero Dalia había huido con sus tres cachorros porque tenía miedo de que los Dos Patas se los llevaran. Había encontrado un hogar para los cuatro en el Clan del Trueno. Desde entonces, había visto a Humazo ocasionalmente al pasar por el cercado de los caballos de camino a las Asambleas, pero aparte de una visita difícil justo antes de la Gran Tormenta, no habían tenido la oportunidad de decirse mucho el uno al otro. No podía imaginar qué razón tendría Humazo para querer hablar con ella ahora.

«*¿Ratonero recuerda que Humazo es su padre?* —se preguntó—. *Era lo suficientemente mayor, la última vez que lo llevé al cercado de los caballos*».

Esquiruela se puso de pie y arqueó el lomo en un largo estirón.

—¿Dijo acerca de qué? —le preguntó a Ratonero.

El gato gris y blanco negó con la cabeza.

—Solo que quería ver a Dalia.

Dalia avanzó para pararse junto a su hijo e inclinó respetuosamente la cabeza ante su líder de Clan.

—Me gustaría hablar con él, si no te molesta —maulló ella.

Esquiruela dudó, pero asintió levemente.

—Ratonero, tráelo. Pero mantén un ojo en él.

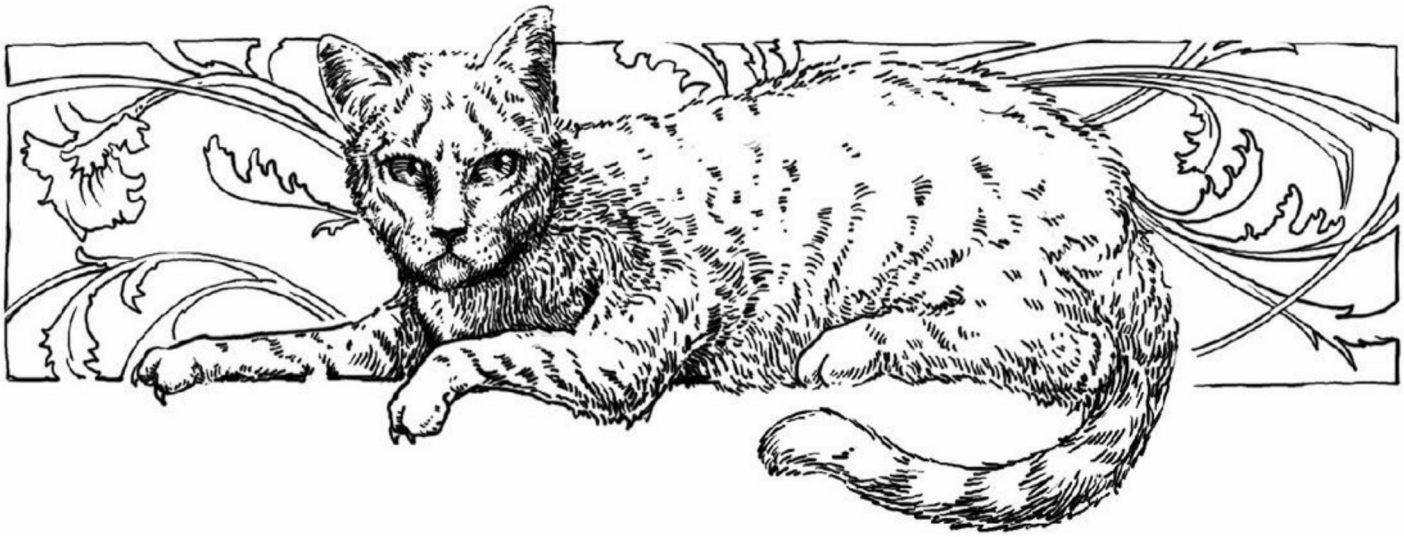
Ratonero brincó a través del claro y desapareció en el túnel de espinos. Los gatos en todo el campamento se reunieron al escuchar la noticia, con

los ojos brillando de sospecha y el pelaje de sus hombros empezando a erizarse. Esquiruela bajó por las rocas caídas hacia el suelo del campamento y se paró cerca de Dalia. «*Eso no es necesario* —pensó la reina, aunque no pronunció las palabras en voz alta—. *Humazo no es peligroso. No necesito protección*».

Pareció pasar un cuarto de luna antes de que Ratonero regresara, guiando a Humazo a la hondonada de piedra. Ver a los dos gatos juntos, ambos fuertes y musculosos con peludos mantos grises y blancos, le hizo a Dalia pensar que nadie podía dudar que eran padre e hijo. También notó que Ratonero parecía incómodo, como si no supiese como comportarse con el gato que apenas conocía, a pesar de que eran parientes tan cercanos.

«*Es bueno que Humazo viniera a visitar* —pensó Dalia—. *Tal vez él y Ratonero puedan conocerse mejor. Y será lindo hablar con él otra vez*». Pero incluso cuando estaba formando ese pensamiento, otra gélida ola de dolor la invadió, por los hijos que había perdido en batalla. «*Bayo también era hijo de Humazo; oh, Clan Estelar, ¡tendré que darle la noticia!*».

Entonces, cuando captó la expresión perturbada en la cara de Humazo, Dalia se dio cuenta de que no había aparecido solo para una placentera charla. Lo que sea que lo hubiese traído al campamento del Clan del Trueno, era serio.



CAPÍTULO 2

Tan pronto como Humazo divisó a Dalia, corrió a través del campamento hacia ella, con tanta velocidad que Esquiruela dio un paso adelante, lista para interceptarlo, mientras varios de sus compañeros de Clan se acercaron.

Llegando al lado de Dalia, Humazo se apretó contra ella y le dio un lametón cariñoso.

—¡Me alegra tanto verte! —ronroneó.

Dalia estaba al tanto de que sus compañeros de Clan se relajaron cuando devolvió el saludo de Humazo, tocándole el hombro con la nariz. Podía sentir olor a miedo en él, y vio la ansiedad en sus ojos.

—¿De qué trata todo esto? —preguntó Esquiruela.

Humazo se preparó, enfrentó a la líder de Clan y asintió con la cabeza respetuosamente.

—Vine a pedir ayuda a Dalia —contestó él—. Mi pareja, Cilantro, comenzó a dar a luz, de vuelta en el cercado de los caballos, ¡y está teniendo muchos problemas! Estoy realmente preocupado por él, y Dalia una vez me dijo que en los Clanes hay gatos que pueden ayudar con problemas como ese. —Con una mirada suplicante a Dalia, añadió—: Sé que no soy parte de tu Clan, pero estaría muy agradecido si pudieran prescindir de uno de esos gatos, solo por un rato.

Dalia le devolvió la mirada de manera uniforme, pensando en su petición. Ella y Cilantro no habían empezado con la pata derecha al conocerse. A Dalia le había dolido que Humazo pareciera haber reemplazado tan fácilmente a su antigua compañera de guarida, Pelusa, una gata a quien ella había querido mucho. Aun así, la noticia de una reina

dando a luz que necesitaba ayuda hizo que un cosquilleo de propósito la atravesara desde la punta de las orejas hasta la parte inferior de las almohadillas. «*Quizá no sea de mucha ayuda para los problemas del Clan justo ahora, pero sé exactamente qué hacer para ayudar a Cilantro, y nunca podría darle la espalda a alguien que me necesita. Es a* mí *a quien quiere Humazo, o a mí al igual que un curandero*».

Se sacudió el manto, lista para irse de una vez. Sabía que le debía a Humazo toda la ayuda que podía darle, después de haber alejado a su primera camada del, cuando había abandonado el cercado de los caballos para regresar a los Clanes. «*Lo menos que puedo hacer es guiar a su nueva camada sana y salva al mundo*».

Ver a Humazo tan preocupado por sus cachorros no nacidos, le dio una punzada de arrepentimiento, ya que él iba a ser padre otra vez, y ella no. No se sentía exactamente celosa de Cilantro, pero el recuerdo de sus propios hijos cuando eran diminutos y nuevos le hizo doler el corazón. «*Está bien* —se dijo a sí misma—. *Aun así puedo ayudar a estas crías, incluso si no soy su madre. ¡Ayudo a las crías de otras reinas todo el tiempo!*». Aunque, con todos los problemas recientes en el Clan del Trueno, se preguntó si este era el momento correcto para irse.

La suplicante mirada de Humazo seguía fija en ella.

—Cilantro está sufriendo mucho —prosiguió—. Se está esforzando un montón, pero los cachorros no salen. Por favor, ¡necesitamos ayuda, tan pronto como puedan!

La desesperación en la voz de Humazo, y la forma en la que clavaba las garras en el suelo del campamento, hizo que Dalia se decidiera.

—Me gustaría ir —maulló, girándose hacia Esquiruela e inclinando la cabeza respetuosamente—. Y podemos prescindir de un curandero, ¿no?

Esquiruela dudó por un momento, parpadeando pensativamente, y luego asintió.

—Nunca podría negar ayuda a una reina en apuros —respondió—. Y aunque los cachorros no serán nacidos en un Clan, necesitamos nueva vida por aquí, después de toda la muerte y destrucción que hemos enfrentado últimamente. Puedes ir, Dalia. Enviaré a Corazón de Aliso contigo, y a un par de guerreros en caso de que tengan problemas.

—¡Gracias, Esquiruela! —exclamó Dalia, mientras la atravesaba una ráfaga de calidez.

En el cercado de los caballos, podía ser útil. Y tal vez podría haber una oportunidad para Ratonero también…

—¿Podría Ratonero ser uno de los guerreros que envíes con nosotros?

—Claro —Esquiruela contestó.

Mientras tanto, Ratonero le daba una larga mirada de reojo a Humazo, avergonzado, como si no estuviese contento de pasar tiempo con un padre que era prácticamente un extraño para él. Dalia tenía esperanza de que la incomodidad entre ellos se desvanecería pronto. Ratonero merecía conocer a su padre.

—¿Y qué tal Raya de Acedera? —sugirió la gata color crema—. Necesitaremos un par de patas extra para ayudar a Cilantro, y Raya de Acedera parió una camada hace poco. Tiene experiencia en criar cachorros, y será gentil.

—Sí, ella también puede ir —coincidió Esquiruela—. Ratonero, ve a buscarla, yo iré por Corazón de Aliso.

Ratonero desapareció tan rápido que Dalia se preguntó si estaba ansioso por escapar de la extrañeza de intentar interactuar con Humazo. Cuando Esquiruela caminó hacia la guarida de los curanderos, Dalia y Humazo quedaron mirándose el uno al otro.

—Ese gato es nuestro hijo, ¿no? —preguntó Humazo, señalando con las orejas a Ratonero, quien se alejaba—. Ha crecido tanto desde que fue al cercado de los caballos.

—Sí, ese es Ratonero —Dalia contestó con orgullo—. ¡Se ha vuelto un fuerte guerrero! Y me fue de mucho consuelo cuando… —Su voz se atragantó con las últimas palabras, y no pudo seguir.

Humazo miró de lado a lado, como si estuviera buscando a alguien. Dalia sabía, con una sensación de terror, exactamente a quienes estaba esperando ver: sus otros dos hijos, Pinta y Bayo. El pánico le desgarró el corazón cuando se preguntó como le iba a decir que ambos habían muerto, especialmente teniendo en cuenta que lo había visto justo después de que hubieran perdido a Pinta, y no se lo había dicho entonces. «*Simplemente no pude, aquel día* —pensó, no por primera vez—. *Me impactó la forma en que dijo que Cilantro había "reemplazado" a Pelusa… Las palabras no salían*». Ahora se sentía parecido, como si las palabras murieran en su boca, ahora que tenía que darle las terribles noticias.

Pero Humazo pareció entender sin necesidad de palabras. Dalia vio un destello de dolor en sus ojos, y el gato bajó la cabeza por la pena. Ella se dio cuenta de que él sabía exactamente qué le había pasado a sus otros hijos.

—Hubo… hubo una batalla… —comenzó, todavía esforzándose por explicar, pero una vez más, no le salían las palabras.

Humazo se enderezó y sacudió la cabeza como si se estuviera librando de una mosca molesta.

—Puedes contármelo cualquier otro día —maulló—. Ahora tenemos que irnos. Cilantro no puede esperar… ¡estos cachorros vendrán estemos listos o no!

Tan pronto como Corazón de Aliso se les había unido, con un envoltorio de hierbas en las fauces, y Ratonero regresó con Raya de Acedera, el grupo había partido hacia el cercado de los caballos.

—Ahora estamos en territorio del Clan del Viento —Raya de Acedera murmuró cuando atravesaron salpicando agua el arroyo que marcaba la frontera—. Deberíamos estar atentos a cualquier patrulla.

—El Clan del Viento no debería darnos problemas, viendo que estamos con Corazón de Aliso —señaló Dalia, sacudiéndose gotas de agua de cada una de sus patas a la vez—. Además, nos mantendremos cerca del lago, y no nos llevaremos presas.

Incluso mientras hablaba, se preguntó si lo que había dicho era cierto del todo. Estaban viajando con un gato ajeno a los Clanes, y con tanta tensión entre los Clanes tras las recientes batallas, Dalia no se sorprendería si se encontraban con hostilidad por parte de los guerreros del Clan del Viento.

Pensando en las batallas, y en como Bayo había muerto, le recordó a Dalia que tarde o temprano Humazo querría escuchar la historia completa de qué le había pasado a sus otros dos hijos. Su mirada se posó en Ratonero, quien había tomado la delantera con Humazo; avanzaban el uno junto al otro en silencio, como si ninguno supiera realmente como hablarle al otro. Dalia ahogó un suspiro. «*Por favor relájense y conózcanse* —dijo en su mente—. *Los dos son gatos tan fuertes e inteligentes*».

Habían recorrido media distancia a través del territorio del Clan del Viento cuando Dalia divisó la silueta de unos gatos contra el cielo en la cima de una cresta del páramo. Uno de ellos soltó un aullido, y la patrulla bajó a brincos para interceptar a los gatos del Clan del Trueno al borde del lago. Dalia y los otros se detuvieron y los esperaron. Cuando los gatos del Clan del Viento se acercaron, Dalia reconoció a Bigotes Ululantes a la cabeza, con Patas Acechantes y sus aprendizas, Zarpa Silbante y Zarpa Cantarina. Por un momento le preocupó que fuesen a atacar, solo para

exhalar de alivio cuando Bigotes Ululantes los llamó con una voz amistosa.

—¡Saludos, Clan del Trueno! ¿Qué los trae por aquí?

«*Deben de haber visto a Corazón de Aliso*». Eso les aseguraría que los gatos del Clan del Trueno no suponían ningún peligro. Pero el alivio de Dalia vivió poco. Cuando Bigotes Ululantes y el resto de su patrulla se detuvieron en la orilla del lago, la mirada del gato gris oscuro se posó en Humazo, y sus bigotes comenzaron a erizarse por la sospecha.

—¿Qué está haciendo un proscrito aquí? —exigió saber.

Antes de que Humazo pudiera responder, Ratonero se colocó delante de su padre, a la defensiva.

—¿Estás ciego, o se te llenó la cabeza de abejas? —replicó—. Este no es un proscrito; es Humazo del cercado de los caballos. Debes de haberlo visto muchas veces de camino a las Asambleas. Vino al Clan del Trueno a pedir ayuda a un curandero, eso es todo.

El corazón de Dalia se retorció y sintió un fuerte peso en el estómago al ver a su último hijo con vida haciendo frente a gatos de otro Clan. No pudo evitar imaginarse a Ratonero cayendo en batalla, con sangre brotándole de muchas heridas hasta colapsar a la muerte, yéndose para siempre. «*No puedo soportarlo, ¡no puedo!*». Prácticamente sin saber qué planeaba hacer, se paró en frente de Ratonero, decidida a proteger a su hijo.

Pero solo pasaron unos latidos antes de que Corazón de Aliso se moviera hasta la cabeza del grupo y dejara su envoltorio de hierbas en una lisa piedra cercana.

—Alguien necesita ayuda, y voy a ayudarle —explicó con calma—. No suponemos ninguna amenaza para el Clan del Viento.

Por un momento Bigotes Ululantes permaneció rígido, todavía mirando fijamente a Humazo, quien lo encaraba sin retroceder. Entonces Patas Acechantes le pinchó el costado a su compañero con una pata.

—¡Estúpida bola de pelos! —el gato rojizo maulló.

Para alivio de Dalia, Bigotes Ululantes se relajó, agachando la cabeza, avergonzado.

—Lo siento —murmuró—. Estamos todos al límite estos días. Seguro que lo entienden.

Todos murmuraron su acuerdo.

—Sí, ha sido un tiempo terrible para los Clanes —maulló Raya de Acedera.

Dalia se dio cuenta de que la mirada de Humazo iba de un gato a otro mientras seguía la discusión. Se cuestionó si el gato se preguntaba a sí mismo si los Clanes veían «tiempos terribles» a menudo, y si dos de sus hijos habían encontrado la muerte a causa de ellos. No tenía ni idea de como algún día podría explicarle todo lo que había pasado desde que la sombría estación sin hojas había pasado, cuando incluso la Laguna Lunar se había congelado.

—Nos vemos, entonces —maulló Bigotes Ululantes, reuniendo a su patrulla con un gesto de la cola—. Que el Clan Estelar ilumine su camino.

—Y el suyo —Corazón de Aliso contestó, recogiendo el envoltorio de donde lo había dejado.

Los gatos del Clan del Viento se dirigieron por la orilla en dirección a la frontera del Clan del Trueno, mientras Ratonero volvía a tomar la delantera hacia el cercado de los caballos. Humazo lo siguió, lanzando una mirada por encima del hombro a Dalia, como si quisiera hablar con ella, pero Dalia fingió no darse cuenta.

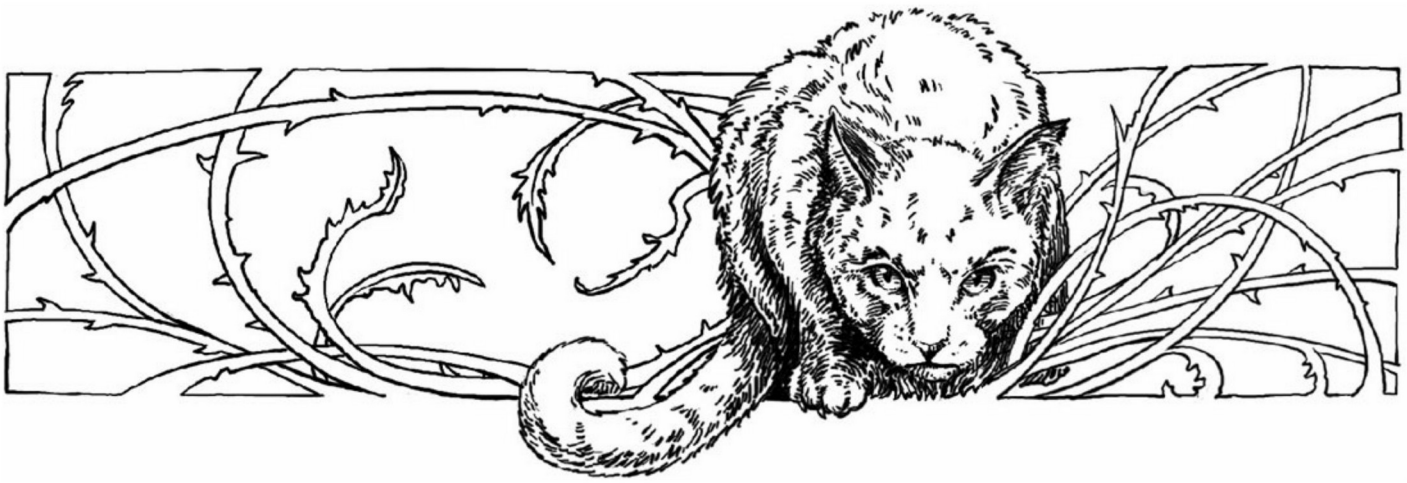
El sol colgaba bajo en el cielo para cuando Dalia pudo ver el cercado de los caballos cerniéndose por en frente de ellos. Ratonero aceleró el paso, dirigiéndose hacia el granero detrás de la brillante cerca de malla.

—¡No, por ahí no! —lo llamó Humazo. Al alcanzar a Ratonero, quien se detuvo y se giró, explicó—: Cilantro y yo tuvimos que hacernos nuestra propia guarida.

—¿Por qué? —preguntó Raya de Acedera.

—Las cosas han cambiado en el cercado de los caballos —Humazo comenzó—. Nos…

El gato gris y blanco se interrumpió cuando un horrible aullido de dolor se elevó desde una hondonada un poco cuesta arriba en la pendiente que bordeaba el territorio del Clan del Viento. El ruido hizo que Dalia sintiera como si cada gota de sangre en su cuerpo se hubiese transformado en hielo. Su presentimiento incrementó cuando vio la mirada en la cara de Corazón de Aliso, una mirada que decía «Eso no suena bien».



CAPÍTULO 3

Humazo corrió a toda velocidad colina arriba y se sumergió en la hondonada bajo el refugio de un espino sobresaliente y atrofiado. Dalia y el resto de los gatos del Clan del Trueno le siguieron, deteniéndose al borde para mirar el espacio. El pasto que cubría los costados estaba disperso y embarrado, pero Dalia reflexionó que la guarida probablemente había sido un buen refugio durante la última terrible estación sin hojas. A un lado de la guarida, entre dos de las raíces del espino, el largo cuerpo carey de Cilantro yacía estirado en un lecho de musgo y helechos, sus costados se sacudían mientras se esforzaba por dar a luz a sus cachorros. Sus ojos ámbar estaban vidriosos por el dolor. Humazo ya estaba agachado junto a ella, lamiéndole las orejas con suavidad en un intento de reconfortarla, y asegurándole que había traído ayuda. Corazón de Aliso bajó patinando para unírseles, con Dalia y Raya de Acedera pisándole los talones. Ratonero se mantuvo atrás, pareciendo incómodo.

—¡Quédate ahí! —le dijo Dalia—. Mantén guardia. Podría haber depredadores.

Ratonero asintió, claramente aliviado de poder ayudar de una manera que no involucraba cuidar de la gata en pleno parto. Pero Dalia no se lo había pedido solo para mantenerlo ocupado; había un hedor a sangre en el aire que fácilmente podía atraer a un zorro o un tejón, Dalia podía verla acumulándose alrededor de Cilantro mientras manchaba su vientre blanco como unas huellas escarlatas.

—Puedes relajarte ahora —Corazón de Aliso maulló a la gata carey—. Todo va a estar bien.

Sus palabras sonaban confiadas, aunque Dalia, quien lo conocía bien, podía oír la tensión en su voz. El gato rojizo esparció el contenido de su envoltorio, enganchó una baya de enebro con una garra, y se la acercó a Cilantro.

—Cómete esto —le dijo—. Te dará fuerza.

—¡No puedo! —Cilantro lloriqueó.

—Puedo ayudar —dijo Dalia. Tomó la baya de enebro y rápidamente la dejó caer en las fauces abiertas de la reina, antes de que ella pudiese discutir—. Está bien, Cilantro, estamos aquí para ayudar —le prometió mientras le masajeaba el cuello.

Pronto sintió que Cilantro se tragaba la baya. Humazo le asintió a modo de agradecimiento. Dalia se acercó a los cuartos traseros de Cilantro, en donde podía acariciar el pelaje de la gata y mantener un ojo en el progreso de su parto. Su ansiedad incrementó cuando se dio cuenta de que a pesar de la sangre y los obvios esfuerzos de la reina, no parecía estar pasando mucho más. «*¡Eso no es bueno!*».

—Lo estás haciendo bien —le aseguró a la joven gata carey, queriendo mantenerla tranquila. Las reinas tranquilas guardaban sus fuerzas para pujar más tarde—. No falta mucho, y piensa lo feliz que estarás de ver a tus cachorros.

—¡Será tan genial! —Humazo coincidió; Dalia notó que tuvo que forzar un ronroneo en su voz cuando claramente sabía que algo estaba terriblemente mal—. Tendremos que pensar en nombres para ellos, y les mostraremos como jugar con bolas de musgo, y como atrapar ratones… Cilantro, ¡va a ser increíble!

Al escuchar a su expareja hablar con tanta emoción, al verlo mientras intentaba calmar a Cilantro, Dalia una vez más sintió una punzada de culpa por haberse llevado a sus cachorros hacía tantas estaciones. Hasta sus muertes, no se había arrepentido de criarlos como guerreros. «*Pero si me hubiese quedado aquí con Humazo, ¿me habría evitado el dolor de vivir más que cuatro de mis hijos? ¿Podría haber sido feliz con Humazo si nunca hubiese conocido la vida en un Clan?*».

Cilantro no respondió a los ánimos de su pareja. Estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¡No puedo hacerlo! —escupió.

—Sí puedes —Dalia le dijo con firmeza—. Todas las reinas dicen eso, pero todos los gatos del mundo llegaron de esta forma.

«*Excepto los que no lo lograron*», añadió en silencio para sí misma.

Raya de Acedera había salido corriendo hacía un momento, y ahora regresaba, arrastrando un palo. Dalia le asintió en agradecimiento, y luego empujó el palo hacia la cabeza de Cilantro.

—Muerde esto cuando el dolor se ponga feo —le instruyó—. Yo tuve uno cuando di a luz, y ayudó mucho.

—Algo de agua también ayudaría. —Corazón de Aliso levantó la mirada desde donde estaba arrastrando las patas a lo largo del vientre de Cilantro—. ¿Podrías traer un poco, Raya de Acedera? Hay charcos en los pantanos.

—Mantén un ojo por patrullas del Clan del Río —Dalia le advirtió a la guerrera marrón oscuro mientras se dirigía fuera de la guarida otra vez—. No van a apreciar visitas inesperadas en su territorio.

—Como si me importara —replicó Raya de Acedera—. Si intentan evitar que ayude a una reina en problemas, ¡les voy a arrancar las orejas! —Desapareció con un movimiento de la cola.

—Humazo… Humazo… —La atención de Dalia fue arrastrada a Cilantro mientras se esforzaba por levantar la cabeza, estirando una pata hacia su pareja—. Humazo, tienes que prometerme… no dejes que los Pelados se lleven a nuestros cachorros.

Dalia reprimió un escalofrío ante el recuerdo de como los Dos Patas se habían llevado a los cachorros de Pelusa en el cercado de los caballos. Esa era la razón por la que Dalia se había ido con los suyos propios y encontrado refugio en el Clan del Trueno.

—Cilantro, no te alteres. —La voz de Humazo temblaba mientras acariciaba el hombro de Cilantro, instándola a apoyarse nuevamente en su lecho musgoso. Asintiendo con vigor, añadió—: Lo prometo. Nuestros cachorros crecerán como verdaderos gatos, no como mascotas de los Pelados.

Dalia no estaba segura de que esa fuese la mejor idea. Aunque le partía el corazón, tenía que admitir que a Cilantro le estaba yendo muy mal. Había asistido en suficientes partos como para saber que no siempre tenían un final feliz. Cilantro podría no sobrevivir al suyo, y si moría, la probabilidad de que sus crías sobrevivieran sin una madre era escasa. Al menos con los Dos Patas, los cachorros estarían a salvo y serían cuidados. «*Pero no le puedo decir eso a Humazo y Cilantro. No ahora*».

A Dalia le dolía el corazón más y más mientras escuchaba a Humazo, quien le estaba diciendo a Cilantro todo lo que harían cuando nacieran los cachorros.

—Estamos en la estación de la hoja verde, podemos jugar con ellos en el pasto —maulló—. Y en la noche nos acurrucaremos todos juntos en nuestro cómodo lecho.

«*Eso no va a pasar, y Humazo lo sabe* —se dio cuenta Dalia por el temblor en su voz—. *Cilantro también lo sabe*». Entonces vio que la reina carey había girado la cabeza y la estaba mirando directamente a los ojos.

—Eso significa que mis cachorros tampoco van a crecer en los Clanes —dijo con la voz rasposa.

—Nunca los llevaré allí —Humazo maulló antes de que Dalia tuviera la oportunidad de responder—. Lo prometo, los cachorros pertenecen aquí, con nosotros.

Otra gran ondulación atravesó el vientre de Cilantro, y dejó escapar un chillido adolorido antes de clavar los dientes en el palo que Raya de Acedera había traído. Dalia le acarició la espalda mientras el dolor menguaba.

—Contigo —Cilantro lo corrigió en un jadeo, cuando pudo hablar otra vez.

—No digas eso —suplicó Humazo, dando vueltas con ansiedad—. Por favor, Cilantro, tienes que ser fuerte. Te necesito. Nuestros cachorros te necesitan.

Cilantro negó con la cabeza. Una tranquilidad se había apoderado de ella, como si repentinamente hubiera aceptado su destino.

—Sé que no sobreviviré a esto —murmuró—. Pero está bien, porque voy a traer nueva vida al mundo. Mientras prometas que criarás a nuestros cachorros como te lo pedí, estaré en paz.

Dalia se acordó de lo que Esquiruela había dicho cuando se habían ido: «Necesitamos nueva vida por aquí, después de toda la muerte y destrucción que hemos enfrentado últimamente». Tal vez Cilantro sentía lo mismo. Dalia prometió en silencio proteger lo mejor posible la vida que Humazo y Cilantro habían creado.

—¡No! Tú estarás aquí también —protestó Humazo—. Criaremos a nuestros cachorros juntos. Corazón de Aliso, ¡tienes que hacer algo!

El curandero del Clan del Trueno había estado masticando un pedazo de raíz de perifollo, y ahora se lo ofrecía a Cilantro, esparcido en una hoja de romaza.

—Lame esto —le dijo a la gata carey y blanca—. Debería ayudar a que salgan tus cachorros.

Pero Cilantro miró a otro lado. Toda su atención estaba fija en Humazo.

—Necesito saber que puedes hacer esto sin mí —insistió ella entre dientes apretados—. No puedes dejarme morir sin saber si mis cachorros estarán bien. Tienes que prometérmelo.

—Pero no vas a… —Humazo comenzó a decir con impotencia, luego se interrumpió. Dalia apenas pudo soportar mirar y escuchar mientras se acercaba a Cilantro y entrechocaba narices con ella—. Lo prometo —le susurró.

Cilantro dejó escapar un largo suspiro. Dalia le acercó la hoja, y por fin la gata lamió la raíz. Las ondulaciones en su vientre venían cada vez más fuertes y rápidas, y mordió con fuerza el palo mientras el dolor la atravesaba. Raya de Acedera regresó, con las fauces cargadas de musgo goteante, y en un breve respiro Cilantro lamió enérgicamente el agua.

«*Vamos… vamos…*». Dalia estaba desesperada por asegurarse de que esos cachorros nacieran a salvo. Sentía que era lo mínimo que podía hacer. Pero Cilantro estaba luchando, y podía notar que la reina se volvía cada vez más débil. Dalia sintió como si aquel tormento hubiese continuado por estación tras estación, hasta que finalmente Corazón de Aliso exclamó:

—¡Ya vienen!

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando un pequeño bulto movedizo se dejó caer en el musgo del lecho. Dalia sintió que el alivio la recorría. «*¡Un cachorro!*».

—¡Nuestro cachorro! —Humazo exclamó, con la voz temblorosa por el asombro—. Oh, Cilantro… ¡bien hecho! ¡Tenemos nuestra primera cría!

Mientras hablaba, un segundo bulto siguió al primero, sus diminutas patas batían el aire. Dalia se sintió superada por la emoción mientras Corazón de Aliso contemplaba las diminutas bolas de pelo. «*¡Lo hicieron!*».

—¡Son maravillosos! —exhaló Humazo—. Corazón de Aliso, ¿eso es todo?

El curandero arrastró una experta pata sobre el vientre de Cilantro.

—Hay uno más —maulló.

«*¿Otro más?*». Dalia volvió a mirar a la reina exhausta, esperando que pasara rápido. Un gigantesco espasmo sacudió a Cilantro, su cuerpo convulsionó una y otra vez hasta que la tercera cría apareció. Esta era más pequeña que sus hermanos, y yacía quieta y silenciosa en el musgo. Humazo levantó la mirada, con los ojos bien abiertos en una silenciosa súplica, mientras Corazón de Aliso se inclinaba y le daba a la diminuta criatura una larga olfateada. Dalia se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. «*¡Por favor que esté bien!*». Pero finalmente el gato rojizo

negó con la cabeza, y echó una zarpa de musgo sobre el cachorro muerto, para que Cilantro no lo viese.

Humazo cerró los ojos por un momento; el corazón de Dalia casi se partió al ver su dolor. Humazo no había estado en su propio parto; ella había estado tan preocupada por alejar a los cachorros de los Pelados que los había escondido del también. Ahora él estaba viendo nuevos cachorros llegar al mundo, pero también había tenido que ver a uno partir. Y Dalia todavía no estaba seguro de lo que le pasaría a Cilantro. Humazo dejó escapar un suspiro tembloroso y se giró hacia su débil pareja.

—Mira a nuestros hijos —le instó, mientras una alegría atravesaba su dolor y miedo—. Cilantro, tenemos hijos…

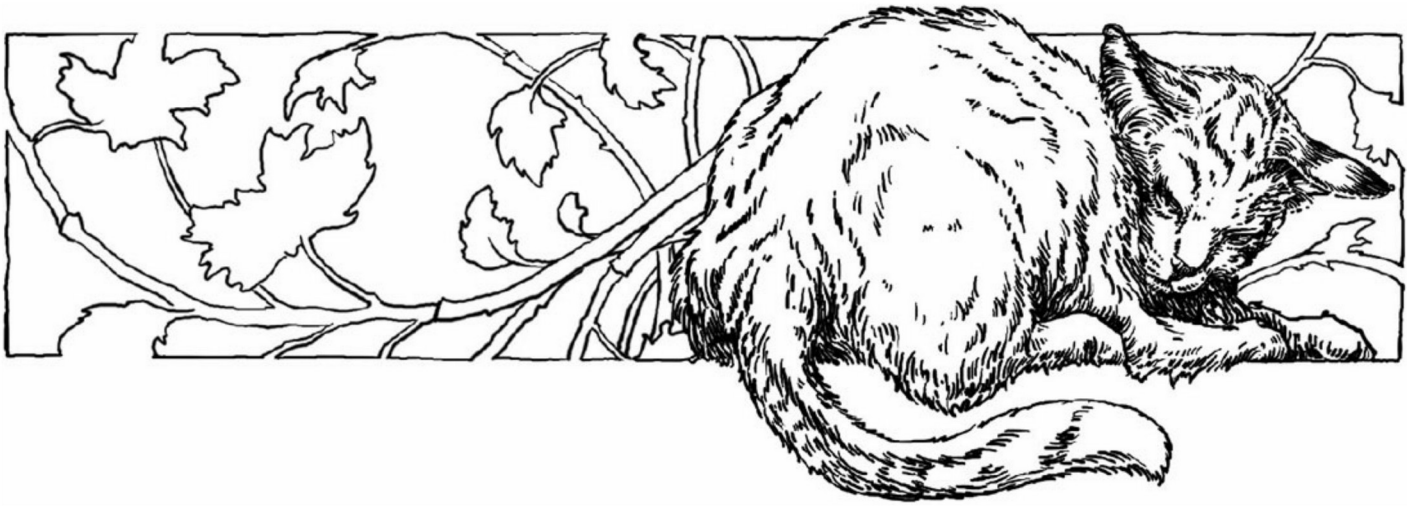
Pero Cilantro no respondió. Sus ojos estaban cerrados y su pecho ya no subía ni bajaba.

Dalia la miró fijamente. «*¡No!*». Había sabido que era posible, pero aun así, la realidad de la muerte de Cilantro la golpeó como una rama que caía. Apenas podía respirar, se sentía tan devastada, tan inútil. Incluso fuera del Clan del Trueno, al parecer, no podía hacer lo que se suponía que hiciera. «*Vine a salvarla* —pensó miserablemente—. *Se supone que proteja a las reinas y a los cachorros, pero ahora estos cachorros no tienen madre*».

Su corazón se partió por Humazo. Su expareja estiró una pata temblorosa y acarició el pelaje del hombro de Cilantro.

—Cilantro, mira… Por favor… mira…

—Está muerta —susurró Dalia—. Oh, Humazo, cuanto lo siento.



CAPÍTULO 4

Por un largo rato, Humazo se mantuvo sentado junto a su pareja difunta, mirándola en silencio. Mientras Corazón de Aliso recogía el resto de las hierbas y musgo a su alrededor, Dalia le mostraba a Raya de Acedera como ayudarla a limpiar a las dos crías sobrevivientes, lamiéndolas a contrapelo para estimularas y calentarlas. Dalia comenzó a lamer ferozmente a una de las crías, animada por su calidez y sus fuertes latidos. Pronto las dos diminutas bolas de pelo estaban limpias y lo suficientemente secas como para poder verlas con claridad: un gatito gris oscuro y una gatita carey y blanca, casi idéntica a su madre. Eran tan preciosos que le dolía el corazón. «*Unos cachorritos tan perfectos, ¡huérfanos antes de siquiera poder abrir los ojos!*».

Eventualmente Corazón de Aliso le llamó la atención a Dalia.

—Estas crías necesitan comer inmediatamente para sobrevivir —le dijo—. No pueden mamar de su madre, así que tendremos que encontrar otra forma de alimentarlos. ¿Qué tan buena eres cazando?

—Puedo valerme por mí misma. Pero no pueden comer presas todavía, ¿no? —Dalia maulló—. ¡Son demasiado jóvenes!

—Puedo encoger la comida lo suficiente para que sean capaces de digerirla —le aseguró Corazón de Aliso—. Fue lo que hicimos por Ramaje de Ramitas y Violeta Brillante, cuando Cola de Acícula y yo las encontramos solas justo después de que nacieran. Aunque eventualmente tendrán que tomar leche para sobrevivir —continuó, sacudiendo la cabeza de forma dubitativa—, pero alguna presa servirá por ahora.

Sus palabras habían despertado a Humazo del dolor por su pareja perdida: se levantó y se dirigió hacia donde yacían los cachorros. Sus estridentes maullidos se volvían más fuertes y exigentes con cada latido que pasaba.

—Sé donde encontrar presas —maulló él, dedicándole a los cachorros una larga mirada, como si tuviera miedo de dejarlos. Entonces se giró y subió corriendo el costado de la hondonada—. ¡Vamos! —aulló—. ¡Síganme!

Fue extraño pero dulce cazar con su expareja y su hijo adulto. Dalia no tenía mucha experiencia en la caza, ya que en el Clan del Trueno eran los guerreros los que se encargaban de eso, y Dalia comía con las reinas y las crías. Pero cuando era una solitaria en el cercado de los caballos, había aprendido a rastrear aves y ratones, y sabía como acechar y saltar. Con la ayuda de Ratonero, atrapó un ratón y le mordió con fuerza la nuca para matarlo. La sangre fresca que le llenó la boca fue satisfactoria. Recordó lo que le había dicho a Corazón de Aliso: «Puedo valerme por mí misma». Era lindo recordarse a sí misma que era cierto.

Para cuando Dalia, Humazo y Ratonero regresaron de la cacería, cargando un par de ratones y un mirlo, encontraron a Raya de Acedera haciendo guardia. Corazón de Aliso seguía en la hondonada con los cachorros, acurrucado a su alrededor para mantenerlos calientes. Para alivio de Dalia, las dos criaturitas todavía se retorcían, sus lloriqueos hambrientos eran aun más desesperados. Tan pronto como la patrulla de caza dejó las presas en frente de Corazón de Aliso, el curandero agarró uno de los ratones y comenzó a masticarlo hasta volverlo una pulpa. Entonces se untó la presa machacada en una pata y se la ofreció al diminuto gatito gris. Dalia hizo lo mismo con la gatita carey. Al principio las crías azotaban las cabezas de un lago a otro, evitando sus patas estiradas. «*No lo entienden* —Dalia pensó, ansiosa—. *No saben que esto es comida*».

—Coman, pequeños —maulló de forma alentadora—. Les hará bien.

Las dos boquitas rosadas estaban abiertas de par en par mientras los cachorros lanzaban chillidos estridentes. Dalia untó suavemente un poco de la pulpa de ratón en los labios de la gatita carey, e instintivamente la cría se frotó con la lengua para quitársela. Un instante después, inclinó el cuello hacia delante para dar otro lametazo a la pata de Dalia.

—Está captando la idea —comentó Corazón de Aliso, con un gesto de aprobación hacia Dalia. Intentó el mismo método con el pequeño macho, y pronto ambos cachorros estaban chupando vorazmente la pulpa de ratón.

Mientras tanto Humazo los observaba con una mirada aguda y desesperada. Dalia podía ver que estaba cautivado por los pequeños cachorros, pero al mismo tiempo aterrorizado de que la forma improvisada de Corazón de Aliso de alimentarlos no funcionara. Ratonero también observaba, con una profunda simpatía en los ojos, como si también le preocuparan esas pequeñas bolas de pelo que eran sus parientes. Pero poco a poco los cachorros se calmaron; sus maullidos asustados se convirtieron en ronroneos de satisfacción, y se acurrucaron juntos en el musgo blando. Una vez tranquilos, Corazón de Aliso miró a los gatos mayores.

—Humazo, vas a tener que tomar una decisión difícil —maulló, con un tono grave—. A pesar de lo que Cilantro quería, dejar que los Dos Patas sepan que tienes cachorros podría ser su única oportunidad de sobrevivir.

Mientras miraba a los cachorros, los ojos de Humazo se abrieron en una mirada horrorizada. Por un momento, Dalia pensó que iba a ceder, pero entonces sacudió la cabeza con fuerza.

—De ninguna manera entregaré mis cachorros a los Pelados —él insistió. Volviéndose hacia Dalia, continuó—: Seguro que recuerdas cómo regalaron a los cachorros de Pelusa, ¿no? Por eso te fuiste del cercado de los caballos, para evitar que se quedaran también con nuestros cachorros.

—Pero, Humazo… —intentó interrumpir Dalia.

—Si los Pelados se enteran de estos cachorros, se los van a llevar —Humazo continuó—, y no volveré a verlos. ¿De verdad quieres hacerme pasar por eso *otra vez*?

—No, claro que no —Dalia escupió atragantada con un nudo en la garganta—. Pero…

Antes de que Dalia pudiera continuar, Corazón de Aliso habló, con un tono comprensivo pero firme.

—Si no recibes ayuda de los Dos Patas, puede que tus cachorros no sobrevivan. Seguramente es mejor darles una oportunidad de algún tipo de vida, en lugar de verlos morir antes de que puedan vivir, ¿no?

—Por favor, escucha a Corazón de Aliso —rogó Dalia a Humazo, mientras la pequeña carey dejaba escapar un maullido somnoliento. Dalia no pudo enmascarar su simpatía al mirar a la pequeña y hambrienta cría, que se parecía tanto a su madre.

—No. —Hubo un gruñido en la voz de Humazo—. Cumpliré la promesa que le hice a Cilantro. Punto final.

Dalia intercambió una mirada con Corazón de Aliso. De alguna manera tenían que hacer cambiar de opinión a Humazo.

—Sé lo que es el dolor de ver morir a mis hijos —maulló, intentando un argumento diferente—. Créeme, Humazo, eso no es algo por lo que quieras pasar, si puedes evitarlo.

Humazo la fulminó con la mirada.

—Pero saber que mis hijos están vivos y no poder verlos nunca, yo sé muy bien lo que es *eso*. No voy a volver a pasar por eso, si puedo evitarlo. Gracias a las decisiones que tomaste en el pasado, no sé cómo manejar el dolor de perder a un hijo. Hoy mismo me enteré de que ya perdí dos, aunque nunca me lo dijiste, y no sé cómo llorarlos como debe hacerlo un padre, porque *nunca los conocí*.

Un doloroso arrepentimiento se apoderó de Dalia, como si una enorme zarpa la agarrara y le exprimiera el aliento. Bajó la mirada, incapaz de encontrarse con la mirada de reproche de Humazo, aunque era consciente de que Ratonero estaba agachado con las orejas echadas hacia atrás. No debía de ser fácil oír tanta confusión y dolor del padre que nunca había tenido la oportunidad de conocer.

—Voy a obedecer el último deseo de Cilantro —repitió Humazo—. Los Pelados *nunca* me quitarán a mis hijos.

Dalia sintió como si el tenso silencio fuera a durar para siempre. Finalmente Corazón de Aliso dejó escapar un pesado suspiro.

—Quiero que tengas esto claro, Humazo —empezó—. Solo porque soy un curandero no significa que pueda garantizar que tus cachorros sobrevivirán. Haré lo que pueda, claro que sí. Pero ayudaría si de alguna manera pudiéramos encontrar a una reina lactante, y no sé con qué rapidez podremos hacerlo.

Humazo parpadeó pensativo.

—Hay una minina casera llamada Coco —maulló—, que vive allá en el Poblado. —Inclinó las orejas en dirección a las guaridas de los Dos Patas, al otro lado del territorio del Clan del Río—. Creo que tuvo cachorros hace poco.

—¿Hace qué tan poco? —preguntó Dalia.

—No estoy seguro —admitió Humazo—. He estado tan concentrado en Cilantro esta última media luna…

Dalia sintió que el miedo se amontonaba en su vientre, como si estuviera mirando un cielo oscuro a punto de desatar su tormenta. «*Si tan solo hubiera una reina lactante en el Clan del Trueno* —pensó con impotencia—. *Entonces la supervivencia de los cachorros estaría*

asegurada». Pero las últimas incorporaciones al Clan del Trueno, los cachorros de Raya de Acedera y los de Manto de Chispas, ya eran todos aprendices, demasiado mayores para que sus madres pudieran ser de ayuda. Raya de Acedera estaba allí porque tenía experiencia criando cachorros, no porque aún tuviera leche para dar a los recién nacidos.

«*Desearía que el Clan Estelar siguiera vigilándonos. Tal vez entonces tendría alguna idea sobre qué hacer*».

El sol había empezado a ponerse, proyectando sombras en la hondonada, aunque la ladera de arriba estaba teñida de escarlata; a Dalia le recordaba demasiado vívidamente a la sangre de Cilantro.

—Ya es demasiado tarde para ir a buscar a Coco —maulló Corazón de Aliso—. Los Dos Patas normalmente encierran a sus mininos caseros en sus guaridas cuando oscurece. Humazo, ¿puedes dirigir otra cacería y traer alguna presa para nosotros y para los cachorros? Pasaremos la noche aquí.

Humazo murmuró su acuerdo, aunque parecía reacio a dejar a sus cachorros.

—Vamos todos —sugirió Ratonero—. Excepto tú, por supuesto, Corazón de Aliso. Así será más rápido.

A Dalia tampoco le gustaba dejar a los cachorros, aunque sabía que ningún gato los cuidaría mejor que Corazón de Aliso. Pero no discutió, y se puso a la retaguardia mientras los otros gatos salían de la hondonada.

Ratonero tomó la delantera, caminando cautelosamente a lo largo de la orilla del lago hasta el límite del territorio del Clan del Río. A Dalia le disgustaba aun más tomar presas de otro Clan. «*Pero esto es una emergencia*», se dijo a sí misma, preguntándose si Estrella Vaharina lo vería de esa manera si fueran descubiertos por una patrulla del Clan del Río. Para su alivio, había olor fresco del Clan del Río en la frontera, lo que sugería que una patrulla había pasado recientemente. Era poco probable que hubiera otra hasta el amanecer. Pero el pelaje de Dalia seguía erizado de aprensión, y se ofreció voluntaria para quedarse en la frontera y vigilar durante la rápida y silenciosa caza de los otros gatos. Intentó no pensar en lo poco práctico que era depender de la caza para alimentar a dos cachorros recién nacidos, especialmente en el territorio de otro Clan.

Cuando Humazo volvió, llevaba triunfalmente un campañol.

—¡Mira esto! —maulló con la boca llena de pelo—. ¡Será perfecto para los cachorros!

Dalia no estaba convencida. «*No se desarrollarán con carne fresca, por mucho que les llevemos, no como si pudieran alimentarse de su madre*».

Raya de Acedera y Ratonero regresaron un momento después, también cargando presas, y Humazo guió el camino de regreso a su campamento improvisado. Deslizándose a través del crepúsculo, Dalia estaba cada vez más segura de que tendrían que tomar una decisión difícil. Trató de pensar en una manera de mantener a los cachorros con vida y al mismo tiempo honrar los deseos de Cilantro, pero no pudo. «*De alguna manera tendré que convencer a Humazo de que renuncie a los cachorros, aunque eso le romperá el corazón de nuevo. Oh, Humazo, ¡no te mereces eso!*».

A medida que se acercaban al campamento, Dalia esperaba oír los lamentos hambrientos de los cachorros, pero todo estaba en silencio. «*¡Oh, Clan Estelar! ¿Seguramente los cachorros no pueden estar muertos ya?*».

Humazo claramente compartía sus temores. Corriendo hacia adelante, se detuvo de golpe en la cima de la hondonada, mirando hacia abajo con el pelaje del cuello y los hombros erizado. Dalia y los demás lo alcanzaron un par de latidos después. Esperaba ver a Corazón de Aliso agazapado junto a los cuerpos de los cachorros de Humazo. Pero lo que vio la conmocionó desde las orejas hasta la punta de la cola. No había rastro del curandero ni de los cachorros. La hondonada estaba vacía.

CAPÍTULO 5

Humazo dejó caer el campañol que llevaba y giró para enfrentarse a los gatos del Clan.

—¡Mis cachorros desaparecieron! —gruñó—. ¿Corazón de Aliso se los llevó a los Pelados, aunque prometió que no lo haría?

—¡No! —protestó Dalia—. Él nunca haría eso

—Entonces, ¿dónde está? —Humazo la desafió con una mirada furiosa—. ¿Dónde están mis cachorros?

Dalia sacudió la cabeza con impotencia.

—No tengo idea de lo que pasó —confesó—, ni de dónde puede estar Corazón de Aliso. Pero sé que no se llevaría a los cachorros.

«*¿Lo haría?* —se preguntó—. *¿Si fuera la única forma de salvarles la vida? No… aunque quisiera, no podría cargar a los dos cachorros él solo*».

Humazo cayó al suelo y echó la cabeza hacia atrás para soltar un gemido desesperado.

—¡Los Pelados deben haber venido aquí, entonces! Perdí a mis hijos otra vez… ¡No tengo hijos!

Dalia se dio cuenta de que Ratonero se tensaba un poco, como herido por las palabras de su padre. Una parte de ella quería pasar la cola por el lomo de Ratonero para consolarlo. «*No eres tú; él nunca te conoció*». Pero ahora no había tiempo para pensar en eso.

Levantando la cabeza, Dalia saboreó el aire, tratando de distinguir los distintos olores. Resultaba difícil identificar cualquier aroma por encima del persistente hedor de la sangre de Cilantro. Finalmente, su nariz se estremeció al percibir el aroma que había estado buscando.

—¿Pueden olerlo? —preguntó a los demás—. Es Corazón de Aliso…

Con Dalia a la cabeza, los gatos siguieron el olor lejos de la guarida improvisada y alrededor del borde del territorio del cercado de los caballos. Dalia dio un respingo, asustada, cuando uno de los caballos surgió del crepúsculo y los miró por encima de la cerca, exhalando un largo suspiro por la nariz. A unos cuantos zorros de distancia colina arriba crecía un árbol de ramas bajas y colgantes y, a medida que se acercaban, Dalia vio la cabeza de Corazón de Aliso asomando por un hueco al pie.

—¡Por aquí! —llamó él.

Los gatos corrieron ladera arriba para unírsele; Humazo pasó junto a él hacia el árbol hueco y exclamó:

—¡Están aquí! ¡Están bien!

—Gracias al Clan Estelar que nos encontraron —Corazón de Aliso maulló, saliendo al espacio abierto—. Tuve que mover a los cachorros porque había un halcón sobrevolando.

Sus palabras hicieron que Dalia se diera cuenta con mayor ansiedad de lo mala que era la situación. Los cachorros eran débiles y se debilitarían sin una reina que los amamantara, lo que significaba que también se volverían más vulnerables a los halcones o a cualquier otro depredador que pudiera verlos o captar su olor. Por encima del hombro de Corazón de Aliso, Dalia pudo ver a Humazo agachado sobre los cachorros, que yacían en un nido de hojas secas. Se retorcían, con sus pequeñas bocas abiertas mientras maullaban pidiendo comida. Los ojos de Humazo brillaban de amor por ellos. «*Tengo que hacerle entender lo grave que es el problema*».

Dirigiéndose a Raya de Acedera y Ratonero, Dalia les ordenó que fueran a buscar las presas que habían abandonado en la guarida. Luego llamó a Humazo para que saliera del árbol hueco. De mala gana, el gato gris y blanco salió a su lado, con una última mirada de adoración a sus cachorros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—En los Clanes —comenzó Dalia—, cuando un gato muere, todo el Clan lo vela y recuerda su vida. Pensé que te gustaría velar a Cilantro.

Los ojos de Humazo se abrieron un poco y por un momento dudó. Luego asintió.

—Me gustaría.

—Buena idea —maulló Corazón de Aliso con aprobación—. Raya de Acedera y Ratonero pueden vigilar aquí, y yo alimentaré a los cachorros.

Dalia guió el camino de vuelta a la hondonada bajo el espino, donde aún yacía el cuerpo de Cilantro. Ella y Humazo limpiaron y alisaron su

pelaje, y luego se sentaron a su lado mientras la oscuridad se hacía más profunda y una a una aparecían las estrellas.

«*Incluso si el Clan Estelar todavía estuviera conectado a nosotros, Cilantro nunca iría allí* —pensó Dalia—, *pero todavía podemos honrar su vida, y tratar su cuerpo con respeto*».

—Debes haberla amado mucho —le maulló a Humazo.

El gato gris y blanco agachó la cabeza.

—Más de lo que puedo decir —murmuró—. Era tan hermosa. Y deseaba tanto tener cachorros. Habría sido una madre maravillosa.

Sus palabras le dieron a Dalia la oportunidad de decir lo que realmente quería decir, la razón por la que había arreglado las cosas para poder hablar a solas con Humazo.

—Si Cilantro estuviera aquí ahora —empezó titubeando—, ¿crees que haría lo que hiciera falta para cuidar de los cachorros?

—Por supuesto —Humazo replicó al instante.

—Entonces, ahora mismo, eso significa entregar los cachorros a los Dos Patas —le dijo Dalia. Humazo abrió las mandíbulas para protestar, pero ella continuó antes de que él pudiera pronunciar las palabras—. Humazo, tienes que entender lo mal que están las cosas. Alimentar a los cachorros con presas no funcionará por mucho tiempo. Necesitan leche, y los Dos Patas la tienen. Seguramente Cilantro preferiría eso a dejarlos morir, ¿no crees?

Humazo estiró una pata para acariciar el pelaje de Cilantro. Tenía una mirada desesperada y perdida, pero cuando no rechazó inmediatamente su consejo, Dalia se dio cuenta de que debía estar considerándolo. Sabía lo difícil que era para él, cuando era evidente que quería tanto a los cachorros.

—Veo el sentido de lo que dices —admitió al fin—. Pero quiero hacer todo lo posible para honrar el último deseo de Cilantro. Era mi pareja, la amaba, y se lo debo.

El pecho de Dalia bullía de emociones encontradas mientras escuchaba las palabras de Humazo. «*Me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado aquí con él*», se preguntó. Su culpa se despertó cuando se dio cuenta de lo buen padre que habría sido Humazo, y de cómo le había privado de la alegría de ver crecer a sus cachorros.

—Haremos todo lo que podamos, hasta que no podamos hacer nada más —le prometió, desesperada por consolarlo y ofrecerle una salida a su dilema—. Mañana haremos todo lo posible por encontrar una reina lactante.

* * *

El cielo estaba lleno de la luz lechosa del amanecer cuando los gatos de Clan regresaron a la hondonada, Raya de Acedera y Corazón de Aliso llevaban un cachorro cada uno. Humazo se puso de pie de un salto en cuanto los vio y se apresuró a acariciar a sus cachorros con ansiedad. Dalia no pudo evitar darse cuenta de lo flácidos y frágiles que parecían, incluso más que cuando nacieron el día anterior. Haciendo señas a Ratonero para que se acercara, maulló:

—Tendremos que ir al Poblado de los Dos Patas a buscar a la minina casera de la que nos habló Humazo. Pero antes, quiero que vayas con él y le ayudes a enterrar a Cilantro.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Ratonero.

Dalia enfrentó su mirada reacia con una mirada pétrea.

—Sí, tienes que hacerlo.

«*Si eso no hace que empiecen a actuar como padre e hijo* —pensó mientras observaba a los dos gatos llevarse el cuerpo de Cilantro fuera del campamento improvisado—, *nada lo hará*».

Mientras estaban fuera, Dalia y Raya de Acedera cazaron, trayendo suficientes presas para mantener alimentados a Corazón de Aliso y a los cachorros mientras viajaban al Poblado de los Dos Patas.

—Tendremos que convencer a Coco para que vuelva aquí con nosotros —reflexionó Dalia—. Si llevamos a los cachorros, es probable que los Dos Patas de Coco se fijen en ellos.

—Mejor para ellos no ser arrastrados por ahí —Corazón de Aliso coincidió, haciendo una pausa mientras masticaba un trozo de ratón para alimentar a los cachorros—. Yo los cuidaré bien aquí.

En cuanto Humazo y Ratonero regresaron, los cuatro gatos se pusieron en camino hacia el Poblado de los Dos Patas. Dalia se mantuvo alerta, con el pelaje erizado de aprensión, mientras cruzaban el territorio del Clan del Río, con cuidado de mantenerse a tres colas de distancia del río. El sol había salido, brillando en la superficie del agua, y la brisa llevaba el fuerte aroma del Clan del Río. «*Te quejabas de que estabas aburrida* —pensó Dalia, recordando como su vida en el Clan del Trueno parecía carecer de rumbo—. *Bueno, ¡ahora no lo estás!*». Pero seguía esperando que no se encontraran con una patrulla.

—Humazo, ¿sabes dónde encontrar la guarida de Dos Patas de Coco? —preguntó Raya de Acedera cuando llegaron a las afueras del Poblado de los Dos Patas.

Humazo parecía inseguro.

—Hace tiempo que no paso por aquí —respondió—. Estaba demasiado ocupado cuidando de Cilantro. Pero creo que puedo encontrar a Coco, y si no, siempre podemos buscar a otros mininos a los que preguntar.

«*Sería lindo volver a ver a Menta* —pensó Dalia, recordando a la pequeña gata blanca y negra que había encontrado refugio en el Clan del Trueno durante la Gran Tormenta—. *Sé que ella nos ayudaría*».

Al principio, mientras se adentraban en el Poblado de los Dos Patas, Humazo guiaba el camino con confianza. Dalia se dio cuenta de que Ratonero caminaba a su lado, escuchando cada palabra que decía. Cuando un perro empezó a ladrar ferozmente desde el otro lado de una cerca, Ratonero obedeció las instrucciones de Humazo de retroceder y vigilar la retaguardia; Humazo aceleró el paso hasta que pasaron a toda velocidad, guarida tras guarida, y los ladridos desaparecieron tras ellos.

En la siguiente curva se detuvieron, jadeantes.

—¿Hay muchos perros en este Poblado de Dos Patas? —preguntó Dalia, intentando disimular lo nerviosa que la había puesto el encuentro.

—Más de los que quieres saber —le dijo Humazo—. Pero la mayoría se mantienen atados en las guaridas o en los jardines. Si nos mantenemos alerta, no hay de qué preocuparse.

Dalia no estaba segura de creer en sus palabras tranquilizadoras.

—Tenemos que encontrar a Coco lo antes posible —maulló.

—Sí… —Por primera vez Humazo no parecía seguro de hacia dónde ir—. Será mejor que crucemos este Sendero Atronador —decidió al fin.

El Sendero Atronador era estrecho y separaba dos hileras de guaridas de Dos Patas. Pero Humazo vaciló un largo rato en el borde antes de dar la señal de cruzar; Dalia pudo ver que la punta de la cola de Ratonero se movía con impaciencia, pero seguía esperando a su padre. «*Tenía razón* —pensó Dalia agradecida—. *Se llevan mejor. Y Ratonero está empezando a mostrar respeto por Humazo*».

Al otro lado del Sendero Atronador, Humazo señaló con la cola un hueco en la cerca del jardín de Dos Patas más cercano.

—Creo que es aquí —anunció. Luego, alzando la voz, gritó—: ¡Coco!

No hubo respuesta. Tras unos latidos, Humazo se acercó al hueco, que estaba bloqueado por una barrera de tiras brillantes entrelazadas como zarzas. Al asomarse, Dalia pudo ver un tramo de pasto liso que conducía a la guarida de Dos Patas, pero ni rastro de un gato. Sin embargo, podía

percibir el olor a gato: el extraño olor a minino casero, mezclado con rastros de Dos Patas.

—Síganme —maulló Humazo, empezando a escurrirse por debajo de la barrera.

Dalia intercambió una mirada dubitativa con Raya de Acedera, y Ratonero fue el primero en obedecer a su padre. La guerrera marrón oscura le siguió, y Dalia se puso a la retaguardia, vigilando atentamente por si había algún perro errante. Mientras se abría paso bajo la barrera, sintiendo los duros zarcillos raspar su lomo, Dalia oyó a Humazo llamando a Coco de nuevo. Al mismo tiempo, una pequeña trampilla en la parte inferior de la puerta de la guarida se abrió y un gato salió al jardín. Dalia apenas tuvo tiempo de sentir alivio por haber encontrado a quien buscaban cuando se dio cuenta de que se trataba de un macho: de patas largas y constitución fuerte, pero de aspecto suave como todos los mininos caseros, con un esponjoso manto rojizo.

—¿Qué quieren? —aulló, acechando a Humazo y poniéndose frente a él, con la cola tupida hasta parecer el doble de su tamaño—. Lárguense ahora mismo, o… ¡les arrancaré el pelo!

—Me gustaría verte intentarlo —replicó Humazo.

Ratonero y Raya de Acedera se pusieron a su lado; Dalia se enderezó y se sacudió el manto antes de unírseles con un salto. «*Podríamos* destrozar *a este pobre cerebro de ratón* —pensó—, *pero no deberíamos hacerlo. No vinimos aquí a pelear*».

—No buscamos problemas —le maulló suavemente al joven minino casero—. ¿Cómo te llamas?

El gato rojizo la miró con desconfianza por un momento, antes de responder:

—Me llamo Gatigato.

«*¡Ese es el nombre más raro que he oído nunca!* —pensó Dalia—. *Apenas es un nombre. ¡Es como si yo me llamara Gatigata!*».

—No estamos aquí para tomar tu territorio —maulló Humazo bruscamente—. Solo esperamos encontrar a una gata llamada Coco. Creo que vive por aquí.

Gatigato dejó que el pelaje de sus hombros se alisara. Inclinando la cabeza, pareció perderse en sus pensamientos, aunque Dalia estaba segura de que solo intentaba presumir.

—Sí… —respondió por fin—. Una gata llamada Coco vivía aquí, un par de guaridas en esa dirección. —Inclinó las orejas a lo largo de la línea de guaridas—. Pero su dueño la echó cuando tuvo cachorros.

Los músculos de Humazo se tensaron ante las palabras de Gatigato.

—¿Ves? —siseó con amargura—. Nunca puedes confiar en los Pelados.

Dalia se puso delante de su expareja, inclinando educadamente la cabeza hacia Gatigato.

—Gracias por tu ayuda —maulló.

«*Aunque no nos llevó a ningún lado*».

Gatigato se lamió una pata delantera y se la pasó por la oreja, satisfecho de sí mismo.

—Cuando quieran —respondió—. Pero ni se les ocurra volver. Les arrancaré las orejas si intentan tomar mi territorio.

—¿En serio? —murmuró Ratonero—. ¡Estoy aterrorizado!

—¡Deberías estarlo! —Gatigato espetó—. Puede que sean cuatro, pero yo soy súper duro. Todos los gatos de por aquí lo dicen.

Por un momento, a Dalia le preocupó que sus compañeros pudieran pedirle a Gatigato que lo demostrara.

—Vamos —maulló—. No queremos problemas con este gato. Ya ven lo extraordinariamente duro que es —añadió, observando a Gatigato mientras saltaba sobre sus patas traseras para golpear a una mariposa—. Y no tenemos tiempo para quedarnos aquí. Tenemos que volver y ver a los cachorros.

Humazo soltó un gruñido bajo, pero inclinó la cabeza en señal de acuerdo. Sin embargo, mientras se alejaban, Dalia lo vio mirando al minino casero «súper duro».

—Tendrás que enseñarme tus terroríficos movimientos de lucha en otro momento —murmuró.

Todavía faltaba mucho para el mediodía cuando Dalia y los demás regresaron al campamento junto al cercado de los caballos. Dalia sintió una aprensión enfermiza, como una piedra en el vientre, al preguntarse qué habría ocurrido durante su ausencia. Pero cuando bajó a la hondonada, encontró a Corazón de Aliso inclinado sobre los dos cachorros, convenciéndolos de que lamieran el tordo que había masticado para ellos.

El curandero levantó la mirada cuando Dalia, Humazo y los otros gatos de Clan fueron a reunirse con él.

—¿Y bien? —preguntó.

Humazo negó con la cabeza.

—No nos fue bien —respondió él, con la voz áspera por alguna emoción—. Coco ya no vive allí.

Los hombros de Corazón de Aliso se hundieron. Dalia se dio cuenta, por la creciente preocupación en sus ojos, de que se les estaba acabando el tiempo para salvar a los cachorros.

—Iré a cazar —continuó Humazo, pareciendo prepararse—. Hay tantas presas por aquí que estoy seguro de que los cachorros estarán bien alimentados.

Saltó ladera arriba y desapareció. Ratonero y Raya de Acedera lo siguieron.

Corazón de Aliso los vio irse, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Humazo intenta convencernos de que los cachorros van a estar bien —murmuró—. Pero ni siquiera puede convencerse a sí mismo.

—Creo que todavía está tratando de demostrar que no hay necesidad de llevarlos a los Clanes, o a los Dos Patas —señaló Dalia.

—Sí, estoy seguro de que tienes razón.

—¿Hay alguna esperanza para ellos si no lo hacemos? —preguntó Dalia, con el corazón latiéndole con fuerza mientras esperaba la respuesta del curandero.

Corazón de Aliso dudó antes de responder.

—Estoy muy preocupado —confesó al fin—. Los cachorros duermen mucho y es difícil despertarlos. Eso no es normal.

—¿Pero se están alimentando? —preguntó Dalia, untándose la pulpa de tordo en la pata y ofreciéndosela a la gatita carey. La cachorra la olfateó y luego volteó la cabeza hacia otro lado.

—Más de una vez he tenido que asegurarme de que no se atraganten con la comida —Corazón de Aliso le dijo—. Son demasiado jóvenes y débiles para tragar con facilidad. Pronto necesitarán una lactancia adecuada. —Hizo otra pausa, parpadeando pensativo—. No estoy seguro, pero creo que podría haber nuevos cachorros en el Clan del Cielo.

Los ojos de Dalia se abrieron de sorpresa.

—Eso está muy lejos de aquí.

Corazón de Aliso asintió.

—Es cierto, pero en este momento, podría ser la mejor oportunidad de sobrevivir de estos cachorros.

Apenas había terminado de hablar cuando Humazo reapareció en lo alto de la hondonada, con una musaraña colgando de las fauces.

—¡Ya está! —exclamó, dejándola caer junto al lecho de las crías—. Esto los mantendrá por un rato.

Dalia sintió que se le rompía el corazón al escuchar la valentía en su voz mientras trataba de asegurarse de que sus cachorros vivirían.

—Humazo —maulló ella—, quiero hablar contigo. Ven a caminar conmigo.

Humazo la miró con desconfianza, pero no puso objeciones cuando Dalia guió el camino fuera de la hondonada una vez más y se dirigió hacia el lago.

—Estás haciendo un gran trabajo por los cachorros —comenzó—. Pero…

—Tenemos que dejar de llamarlos «los cachorros» —interrumpió Humazo—. Debería ponerles nombre.

Dalia dudó, sin saber qué responder.

—¿Qué pasa? —Humazo preguntó, empezando a sonar irritado.

«*Todavía me lee bastante bien, a pesar de que han pasado temporadas desde que estuvimos juntos*», pensó Dalia.

—Nada, excepto… —empezó.

—¡Excepto que claramente no crees que deba nombrarlos! —Humazo se detuvo, mirando a Dalia—. ¿Por qué no?

—Bien, tienes razón —Dalia admitió—. Creo que tal vez deberías tomarte un poco más de tiempo…

Humazo volvió los labios en un gruñido.

—¡Solo dirías eso si estuvieras planeando llevarte a los cachorros!

—No, solo pienso en ti —protestó Dalia, negándose a que la hostilidad de su expareja la asustara—. Lo único que quiero es que los cachorros se queden contigo. Pero si pasa algo y tenemos que dar los cachorros a los Dos Patas para mantenerlos con vida, puede que te duela más si les has puesto nombre.

Su razonamiento pareció enfurecer aún más a Humazo.

—¡Así que todavía estás pensando en dar mis cachorros a los Dos Patas! —espetó—. Ya me quitaste tres hijos. Por fin tengo otra oportunidad de ser padre, ahora no puedes quitármela. ¡Estos dos ni siquiera son tuyos!

La culpa se apoderó de Dalia una vez más. Todo lo que ella hacía parecía reavivar su sentimiento de pérdida. Pero como madre, solo podía pensar en lo mejor para los vulnerables recién nacidos.

—Humazo, no quiero quitarte a los cachorros —maulló—. Pero sus vidas están en juego. —Hizo una pausa y continuó cuando Humazo no respondió—. Corazón de Aliso me dijo que cree que hay una reina lactante

en el Clan del Cielo. Creo que deberíamos llevar a los cachorros allí, y pedir ayuda a Estrella de Hojas. Podría ser su única oportunidad.

—Le hice una promesa a Cilantro —gruñó Humazo—. ¡No la traicionaré como tú me traicionaste a mí!

Mientras hablaba, Dalia se dio cuenta de que Ratonero se les había acercado sin ser visto, desde la dirección del campamento improvisado. Parecía asustado e inquieto mientras miraba de Humazo a Dalia y viceversa. «*Nunca había visto a sus padres discutir así* —pensó Dalia—. *Debe sentirse muy raro*».

—Vine… eh… Vine a preguntarles si quieren alguna presa —el guerrero tartamudeó, dándose un lametón avergonzado en el pelaje del pecho.

—Gracias, nos encantaría —contestó Dalia, con una mirada a Humazo para advertirle que no le gritara a su hijo.

Ratonero aún parecía muy preocupado mientras los tres gatos se dirigían de vuelta al campamento, aunque sus ojos brillaban de orgullo cuando presentó un rollizo campañol a su padre. Humazo agradeció en un gruñido.

—No tengo hambre —maulló—, pero masticaré un poco para que coman los cachorros más tarde. Les gustará.

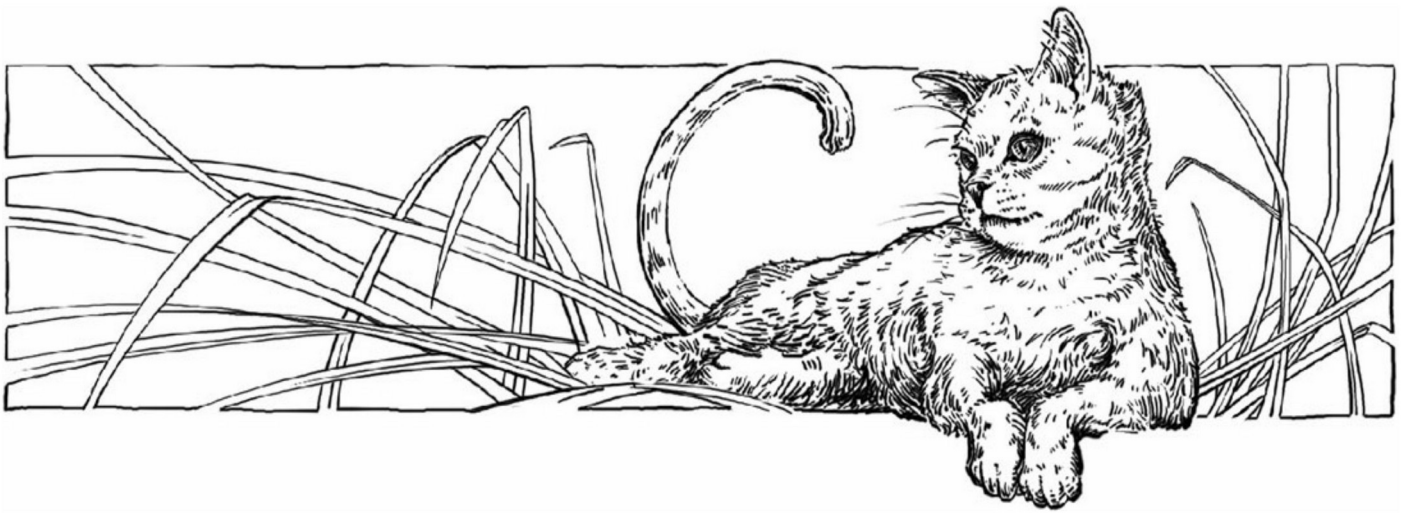
—Humazo —Corazón de Aliso comenzó, su voz suave pero firme—, le damos carne fresca a los cachorros porque esto es una emergencia, y es todo lo que tenemos. Necesitan alimentarse. Soy un curandero, y no voy a discutir sobre esto. Tenemos que llevarlos al Clan del Cielo de inmediato. Te lo prometo, eso no significa que tengas que quedarte allí y criar a tus cachorros en los Clanes, pero no tendrás cachorros que criar si no tomas la decisión ahora.

Humazo miró al joven curandero. Dalia podía ver cómo el estrés de decidir lo estaba destrozando, y estiró la cola para tocarlo brevemente en el hombro.

—De acuerdo —aceptó Humazo al fin, con un fuerte suspiro—. Iremos al Clan del Cielo.

Dalia sintió un hormigueo de alivio en todo el manto, aunque ahora le preocupaba el largo viaje hasta el campamento del Clan del Cielo.

«*Los cachorros están débiles y con problemas incluso cuando descansan. ¿Cómo les afectará el viaje al Clan del Cielo? Oh, Clan Estelar, solo espero que sobrevivan…*».



CAPÍTULO 6

Corazón de Aliso se puso de pie.

—Humazo, tienes que comer —maulló—. Es un largo camino hasta el Clan del Cielo, y necesitarás energía.

Humazo engulló rápidamente el resto del campañol y caminó hacia donde yacían sus dos cachorros. Agarró a la pequeña carey por el pescuezo; la pequeña gata agitó las patas débilmente y soltó un leve chillido. Dalia intercambió una mirada con Corazón de Aliso; ninguno de los dos habló, pero Dalia sabía que ambos estaban preocupados de ver a la cría tan débil. Ratonero acabó con su mirlo y se pasó la lengua por las mandíbulas antes de unirse a Humazo para recoger al segundo cachorro. Al instante Humazo se adelantó para interceptarlo, lanzándole una mirada feroz.

—No seas cerebro de ratón, Humazo —le reprendió Dalia—. No es posible que cargues con los dos cachorros tú solo. Recuerda, nos llamaste por una razón, no tienes que hacer esto solo.

—Yo solo quiero ayudar a mi familia —Ratonero añadió, inclinando la cabeza respetuosamente hacia su padre.

Humazo vaciló un momento más y retrocedió un paso, dando un gruñido de asentimiento. Ratonero recogió al cachorro gris y Corazón de Aliso los guió hasta el lago.

En cuanto llegaron, Dalia divisó un pequeño grupo de gatos a lo lejos, caminando por la orilla.

—Una patrulla del Clan del Viento —suspiró—. ¡Es todo lo que necesitamos!

A medida que los gatos se acercaban, Dalia pudo distinguir la figura negra y delgada de Ventolero a la cabeza, con Son de Madera y Manzana Brillante siguiéndolo de cerca. Se puso tensa, alerta por si había problemas. «*Ventolero solía ser un dolor en la cola* —reflexionó—, *aunque debo admitir que en las últimas temporadas parece haber madurado. Aun así, no hace falta mucho para que se enfade como un zorro en un ataque*».

El guerrero negro estaba erizado de hostilidad cuando se acercó a Dalia y a los demás.

—¿Qué están haciendo en nuestro territorio? —preguntó él, entrecerrando los ojos en una mirada sospechosa.

Corazón de Aliso dio un paso adelante para enfrentarse a él con una educada inclinación de cabeza.

—Nada de lo que debas preocuparte —respondió—. Estos cachorros han perdido a su madre, y puede que no sobrevivan a menos que podamos encontrar una reina lactante.

Ventolero miró más allá de Corazón de Aliso, y su expresión hostil suavizó.

—Lo siento, Corazón de Aliso —maulló—. No los vi allí.

—¡Pobrecitos! —Son de Madera se adelantó para olfatear al pequeño gato gris—. ¡Ojalá tuviera leche! Los alimentaría si pudiera.

—Igual yo —agregó Manzana Brillante, con los ojos muy abiertos por la simpatía.

El pelaje de los hombros de Ventolero estaba liso de nuevo. Su desconfianza parecía haber sido reemplazada por la preocupación.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? —preguntó.

—No, a menos que tengan una reina lactante en su Clan —Dalia contestó.

El guerrero del Clan del Viento negó con la cabeza.

—Lo siento, no tenemos.

—Entonces déjennos pasar —maulló Corazón de Aliso con un movimiento impaciente de sus bigotes—. Creemos que puede haber una gata en el Clan del Cielo que pueda ayudar.

—Espero que tengas razón. —Ventolero dio un paso atrás y con un movimiento de la cola instó a Humazo y a los gatos del Clan del Trueno a pasar a lo largo de la orilla. Cuando Dalia pasó junto a él, estiró una pata para detenerla—. Tal vez me equivoque, pero parece que esos cachorros ni siquiera sobrevivirán al viaje al Clan del Cielo —murmuró, con voz suave para que los otros gatos no pudieran oírlo.

—Eso es lo que me preocupa —confesó Dalia. La debilidad de los cachorros era obvia ahora, ya que colgaban sin fuerzas de las mandíbulas de Humazo y Ratonero como dos trozos de carne fresca—. Los hemos alimentado con presas hechas pulpa, pero cada vez están más débiles. Tal vez no podamos salvarlos, pero podemos intentarlo.

—Entonces les deseo buena suerte —Ventolero respondió.

Mientras se apresuraba a alcanzar a los demás, Dalia se preguntó una vez más si se estaría haciendo demasiado tarde para encontrar algún Dos Patas que cuidara de los cachorros. Con cada paso que daban se alejaban más de las guaridas de los Dos Patas, así que la opción no estaría disponible por mucho más tiempo. «*¿Tomé la decisión correcta?* —se preguntó—. *¿Di más importancia a los sentimientos de Humazo que a la supervivencia de los cachorros?*».

El agua fresca aliviaba las patas doloridas de Dalia mientras vadeaba el arroyo que marcaba la frontera del Clan del Viento con el Clan del Trueno.

—Tal vez no deberíamos ir directamente al Clan del Cielo —maulló a Corazón de Aliso mientras veían cruzar a Humazo y Ratonero, sosteniendo a los cachorros por encima del agua para que no se mojaran—. ¿Qué te parece si vamos primero a nuestro campamento, a descansar?

Corazón de Aliso asintió.

—Estaba pensando lo mismo. Quiero consultar a Glayo; las hierbas de viaje podrían darles a los cachorros un poco más de fuerza, y sé que tenemos algunas en el almacén de hierbas.

Dalia sintió un optimismo renovado mientras se alejaban del lago y se dirigían bosque adentro, hacia el campamento del Clan del Trueno. Sentía como si lo peor no pudiera suceder ahora que estaba de vuelta en su territorio natal… aunque sabía que no había razón para sentirse así. Cuando Dalia siguió a Corazón de Aliso a través del túnel de espinas, el campamento parecía casi desierto. Supuso que la mayoría de los gatos estarían cazando o patrullando. Escarcha Erizada y Caída de Cereza compartían un trozo de presa junto al montón de carne fresca, mientras que en el lado opuesto de la hondonada los veteranos tomaban el sol en una roca plana cerca de la pared del campamento. En cuanto entraron en el campamento, Corazón de Aliso saltó hacia la guarida de los curanderos y desapareció tras la pantalla de zarzas. Alertada por el movimiento,

Escarcha Erizada se levantó de un salto y corrió hasta ponerse debajo de la Cornisa Alta.

—¡Esquiruela! —aulló—. ¡Dalia y Ratonero han vuelto!

Esquiruela salió de su guarida, seguida de cerca por Leonado. Ambos gatos saltaron rápidamente por las rocas caídas y se unieron a Glayo cuando este salió de su guarida.

Dalia avanzó a su encuentro junto a Humazo y Ratonero, cada uno con un cachorro. Los ojos azules y ciegos de Glayo se abrieron de par en par cuando se acercaron, y olfateó profundamente a cada cachorro.

—En nombre del Clan Estelar, ¿en qué están *pensando*? —gruñó—. ¡Estos cachorros están muriendo! Deberían estar con su madre.

Dalia notó que el pelaje de Humazo empezaba a erizarse de indignación. Estiró la cola para apoyarla de forma tranquilizadora en el hombro de su expareja, reflejando que no estaba acostumbrado al tono abrasivo de Glayo. Los gatos del Clan del Trueno sabían que tenía buenas intenciones, a pesar de su brutal honestidad. «*Aunque desearía que se hubiera guardado para sí la dura verdad sobre los cachorros*».

Pero al ver a Esquiruela y a Leonado de pie, alerta pero tranquilos junto al curandero, aparentemente olvidadas sus peleas del pasado, Dalia sintió una oleada de fuerza y certeza que hacía tiempo que no conocía.

—Su madre está muerta, Glayo —maulló con calma—. Hacemos lo mejor que podemos.

—Su «mejor» podría no ser lo suficientemente bueno —replicó el curandero mayor—. Tráelos a la guarida y déjame examinarlos.

Humazo parecía reacio a obedecer.

—¿Quién se cree que es? —refunfuñó con la boca llena de pelo.

—El mejor curandero de todos los Clanes —le dijo Dalia, dándole un empujón en dirección a la guarida—. ¡Si quieres que tus cachorros sobrevivan, muévete!

Lentamente, Humazo siguió a Glayo a su guarida, con Ratonero y Dalia flanqueándolo. Raya de Acedera se acercó a Esquiruela y empezó a contarle lo que había pasado.

Dentro de la guarida de los curanderos, Corazón de Aliso estaba colocando musgo para hacer un lecho para los cachorros. Humazo y Ratonero los dejaron allí con cuidado. Sus patas se movieron un poco cuando se acomodaron en el suave lecho, pero después de eso no se movieron, y Dalia pudo ver que apenas respiraban. Una punzada de culpabilidad la sacudió. «*¿Y si los maté, al aceptar traerlos a los Clanes, cuando lo que necesitan es ayuda de los Dos Patas? Sé más de cachorros*

que Humazo; debería haber insistido…». Intentando no desesperarse, Dalia dejó escapar un largo suspiro de ansiedad. «*Oh, Glayo, ¡tienes que hacer algo!*».

—Bien, ya pueden irse todos —anunció Glayo—. Corazón de Aliso y yo necesitamos espacio para trabajar.

—¡No voy a dejar a mis cachorros! —Humazo protestó, su pelaje comenzó a erizarse de nuevo.

Dalia apoyó la cola en su hombro.

—Debes hacerlo —maulló suavemente—. Estarán bien con Glayo.

Humazo abrió las mandíbulas para discutir, pero las volvió a cerrar. Sus hombros se hundieron.

—De acuerdo —murmuró.

Dalia lo empujó más allá de la pantalla de zarzas. Ratonero la siguió.

—Ustedes dos, vayan a descansar —maulló—. Yo esperaré aquí fuera y les traeré noticias en cuanto las haya.

—Gracias, Ratonero —respondió Dalia.

Mientras ella y Humazo se alejaban, Dalia pudo oír a Glayo dando órdenes.

—Corazón de Aliso, tráeme hierbas de viaje del almacén. Asegúrate de elegir las más frescas.

Dalia guió a Humazo a la maternidad y le mostró dónde podía acurrucarse, en su propio lecho. «*Esto es muy extraño* —pensó—. *Casi como si Humazo hubiera venido al Clan del Trueno conmigo cuando me fui del cercado de los caballos*». Ahogó un pequeño suspiro. «*Todo habría sido diferente entonces*».

—¿Cuánto tiempo llevará esto? —Humazo preguntó ansioso.

—Pronto iremos al Clan del Cielo —maulló ella suavemente.

Humazo asintió, mirándola largamente, y de alguna manera Dalia sabía lo que iba a decir antes de que hablara.

—Sé que temes que los cachorros no sobrevivan a este viaje —él comenzó—. Pero hay algo en ellos que me convence de que pueden lograrlo. Son fuertes, como su madre. —Con voz temblorosa, añadió—: ¡Oh, la extraño tanto!

A Dalia se le revolvió el estómago por la compasión que sentía por él, y se esforzó por ignorar su punzada de pesar porque seguramente había extrañado a los hijos que tenían juntos. También había perdido a los cachorros de Pelusa, cuando los Dos Patas se los llevaron. Probablemente seguían vivos en alguna parte, pero Humazo nunca los volvería a ver. Dalia podía entender por qué quería tan desesperadamente quedarse con

esos cachorros, pero aún le preocupaba que pudieran morir por su terquedad. «*Si lo hacen, también será culpa mía* —pensó, con una nueva punzada de culpabilidad—. *Oh, ¡pobre Humazo!*».

Desde la entrada de la maternidad, Dalia pudo ver a Ratonero esperando pacientemente afuera de la guarida de los curanderos. En silencio, decidió que, pasara lo que pasara, Humazo tendría relación con uno de sus hijos.

Después de lo que pareció una espera insoportable, pero que probablemente solo fueron unos instantes, Glayo asomó la cabeza desde detrás de la pantalla de zarzas y le dijo algo a Ratonero. El gato gris y blanco se levantó y caminó hacia la maternidad. Sacudiéndose el manto, Dalia salió a su encuentro, con Humazo pisándole los talones. Se dio cuenta de que Esquiruela también había esperado y fue a reunirse con ellos, su mirada verde estaba llena de preocupación.

—¿Qué está pasando? —preguntó Humazo, con la voz ronca por la ansiedad—. ¿Mis cachorros están bien?

Ratonero asintió.

—Glayo dice que son lo suficientemente fuertes como para que los lleves al Clan del Cielo, si eso es lo que todavía quieres hacer.

Esquiruela dejó escapar un suspiro.

—¿Qué opción tienen?

Cruzando el campamento, Dalia, Humazo y Ratonero entraron una vez más en la guarida de los curanderos. Había un sabor a hierbas frescas en el aire, y Dalia vio manchas de pulpa verde en los labios de los cachorros.

—Tomaron muchas hierbas de viaje —les dijo Corazón de Aliso—. Eso debería mantenerlos hasta que los llevemos al Clan del Cielo.

Humazo, mirando los pequeños cuerpos inertes, no parecía convencido.

—Me pregunto si hay algo más que podamos hacer —maulló—. No estoy seguro de que lleguen al Clan del Cielo. Tal vez tenían razón… sobre los Dos Patas.

Dalia lo miró preocupada. «*¿Está cambiando de opinión?*», se preguntó.

—Ya es demasiado tarde para eso —señaló enérgicamente—. Ahora estamos más cerca del Clan del Cielo que de cualquier guarida de los Dos

Patas. Y creemos que podría haber una nueva camada recién nacida en su campamento.

—Lo que significa, que hay una reina que podría ser capaz de amamantar a estos cachorros, y salvarlos —agregó Glayo, desde donde estaba sentado en su lecho lamiéndose la pulpa de hierbas de las patas—. Y estoy seguro de que Estrella de Hojas permitirá que sus guerreros ayuden, como puedan. Llevar a los cachorros al Clan del Cielo es la mejor oportunidad que tendrán. Así que muévanse, cuanto antes salgan de debajo de mis patas, antes llegarán.

Humazo dudó un instante más, luego se enderezó, con una mirada resuelta.

—Tienes razón, Glayo —maulló—. Vamos.

Dalia asintió y lo siguió. «*Oh, Clan Estelar, guía nuestras patas y ayuda a estos cachorros*», rezó, aunque no estaba segura de que su súplica sirviera de algo. El Clan Estelar había estado en silencio durante mucho tiempo.

Raya de Acedera había vuelto a sus deberes de guerrera, pero Corazón de Aliso y Ratonero acompañaron a Dalia y a Humazo cuando salieron del campamento del Clan del Trueno. Esquiruela los siguió a través del túnel de espinas y hacia el bosque.

—¡Que el Clan Estelar ilumine su camino! —gritó tras ellos mientras se alejaban entre los árboles.

Dalia vigilaba de cerca a los cachorros, atenta a cualquier signo de angustia, mientras colgaban de las mandíbulas de Humazo y Ratonero. Su corazón estuvo a punto de romperse al ver la mirada decidida de Ratonero. Estaba claro que estaba haciendo todo lo que podía para ayudar a sus diminutos parientes.

Mientras cruzaban un claro cerca de la frontera con el Clan del Trueno, los pensamientos de Dalia se vieron interrumpidos por una sombra que la cubrió. Levantando la mirada, vio un halcón volando sobre ellos. Humazo soltó un aullido de alarma, se acurrucó instintivamente y arrimó a la cachorra contra su pecho para protegerla de la vista del halcón. Ratonero dejó al otro cachorro en el suelo con cuidado y se puso sobre él para protegerlo, arqueando la espalda y gruñendo desafiante al feroz pájaro.

—¡Cúbranse! —aulló Corazón de Aliso.

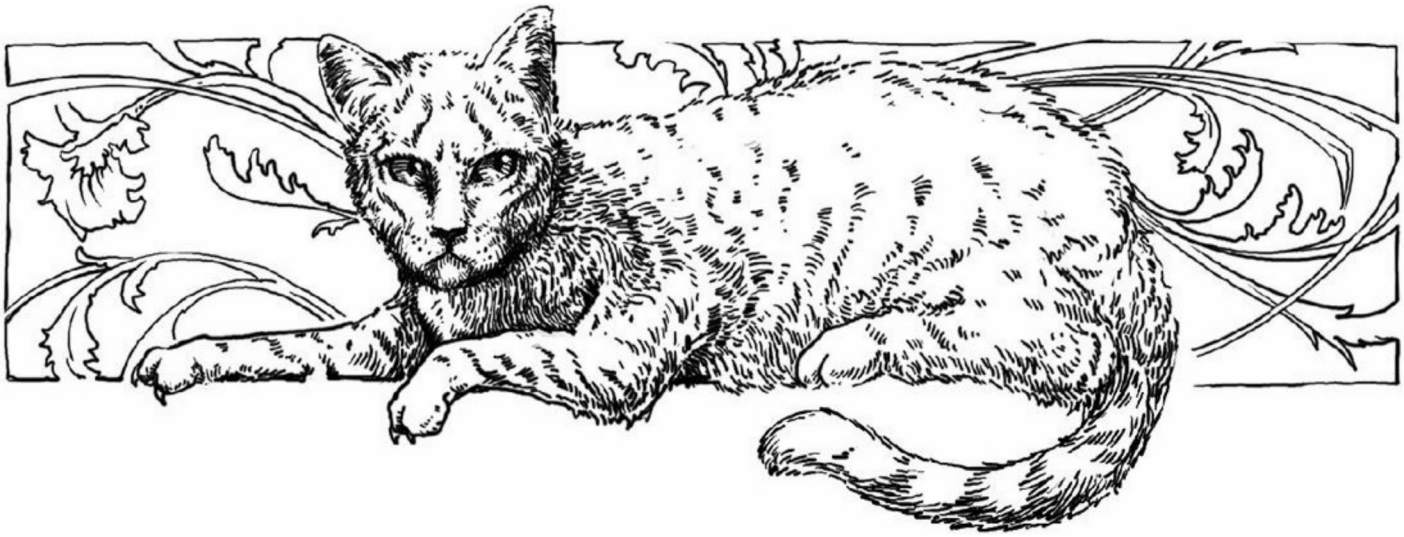
El ver a los cachorros indefensos provocó una oleada de feroz determinación en Dalia, aunque el aleteo de las alas y las garras nudosas del halcón la helaron como si se le hubiera congelado hasta la última gota de sangre. El halcón se abalanzó sobre ella y Dalia alcanzó a ver sus pequeños y malignos ojos mientras ella acumulaba toda su fuerza en un tajo. Por un momento, el ave retrocedió, pero giró y volvió a lanzarse en picado. Esta vez apuntó por encima de la cabeza de Dalia, volando directamente hacia los gatos, que seguían agazapados sobre los cachorros, tratando de protegerlos. Cuando su sombra volvió a caer sobre ella, Dalia saltó en el aire y consiguió enganchar una pata delantera en la del halcón. El halcón lanzó un grito áspero, agitando las alas mientras cambiaba de rumbo y luchaba por ganar altura. Pero la garra de Dalia estaba clavada, y le daba peso al ave, a pesar de que sus patas traseras casi se levantaban del suelo. Con el corazón palpitando de terror, hizo todo lo posible para hundir su peso en sus cuartos traseros, para que el pájaro no pudiera volar con ella. «*Pero, oh, Clan Estelar, es tan fuerte…*». Las alas del halcón se agitaban alrededor de la cabeza de Dalia, golpeándola, y ella sintió que su fuerza disminuía. Podía oír vagamente a sus compañeros de Clan y a Humazo llamándola.

—¡Protejan a los cachorros! —respondió débilmente—. ¡Llévenlos al Clan del Cielo, pase lo que pase!

Entonces Dalia sintió que unas zarpas la agarraban por las patas traseras, sujetándola. Su agarre cedió y el pájaro se elevó hacia el cielo con otro chillido áspero, casi ahogado por el aullido desafiante de los gatos. Se desplomó en el suelo, temblando con una mezcla de terror y alivio. Al mismo tiempo, su corazón se apretó de miedo por los recién nacidos. «*Si Humazo y Ratonero me están ayudando, ¿quién está protegiendo a los cachorros?*».

Entonces, cuando Dalia se atrevió a levantar la mirada, vio que no eran sus compañeros los que estaban haciendo retroceder al halcón. En su lugar, tres grandes y musculosas gatas se lanzaban hacia arriba, gruñendo y arremetiendo contra el feroz pájaro con las garras extendidas. Dalia parpadeó desconcertada. «*¿Quiénes son? ¿De dónde salieron?*». Saboreó el aire, vagamente consciente de que debería reconocer su olor. Pero tardó varios latidos en recordar dónde lo había olido antes.

«*¡Son las Hermanas!*».



CAPÍTULO 7

Dalia observó, atónita, cómo las tres gatas ahuyentaban al halcón, saltando y aullando contra él hasta que batió sus fuertes alas y alzó vuelo, para luego desaparecer por encima de las copas de los árboles. Entonces las Hermanas se volvieron y se acercaron a Dalia, quien seguía echada en el suelo, y la miraron a ella y a los otros gatos con una curiosidad casi perpleja. Dalia agradeció que no mostraran ningún signo de hostilidad.

—Me llamo Nieve. ¿Estás herida? —preguntó la que parecía ser su líder.

Dalia se quedó mirando el manto blanco con manchas grises de la líder.

—No, estoy bien —respondió, incorporándose—. ¡Muchas gracias!

—¿Y los cachorros? —Nieve preguntó.

—Ellos también están bien —le dijo Humazo—. El halcón no los tocó.

—Hueles a Clan del Trueno —continuó Nieve, ronroneando con calidez—. ¿Cómo te llamas?

—Dalia. Suelo quedarme en la maternidad y ayudar con los cachorros.

Nieve asintió.

—Es un trabajo importante. No me sorprende ver que tienes cachorros necesitados. Estaba segura de haberlos olido cuando patrullábamos cerca del campamento del Clan del Trueno.

—¿Pudiste notar desde esa distancia que los cachorros estaban en problemas? —preguntó Dalia, asombrada.

Nieve asintió.

—Sí, y ese halcón no es su único problema, ¿verdad? —preguntó Nieve—. ¿Por qué están caminando por el bosque con cachorros recién nacidos del Clan del Trueno? ¿Por qué no están con su madre?

—Su madre está muerta —respondió Humazo—. Y *no* son gatos de Clan.

—Tenemos que encontrar una reina lactante —Corazón de Aliso contestó—. Creemos que puede haber una en el Clan del Cielo.

—Sí, también olimos a sus recién nacidos en nuestras patrullas —la gata blanca maulló—. Pero los Clanes son impredecibles, como sabes. Nuestra Hermana Luz de Sol ha dado a luz recientemente. Si vienen a nuestro campamento, seguro que estará encantada de ayudarles.

—¿De verdad? Oh, ¡gracias! —Dalia intercambió una mirada con Humazo, y vio su propia alegría y alivio reflejados en sus ojos.

Entonces recordó que las Hermanas nunca se establecían en un solo lugar. De hecho, a los Clanes no les entusiasmaba tenerlas cerca. «*¿Qué pasará si quieren irse?*».

—¿Van a estar aquí mucho tiempo? —preguntó nerviosa.

—Por un tiempo —respondió Nieve—. Nos quedaremos cerca del lago una luna o dos. No creo haberte visto en la ceremonia que dirigimos para encontrar a Estrella Zarzosa, ¿verdad?

Dalia negó con la cabeza.

—Estaba fuera del campamento en ese momento. Me enteré cuando volví, pero… No puedo decir que lo entendí del todo.

Nieve asintió con seriedad.

—Lamento tu dolor. Parecen tiempos trágicos para sus Clanes. Nos molestaron los espíritus furiosos que observamos durante la ceremonia, y nos pareció mejor instalarnos cerca. Mientras tanto, estaremos encantadas de ayudar a estos pobres cachorros huérfanos.

—Les estoy muy agradecido —maulló Humazo, dando un paso adelante—. Pero no son huérfanos. Son *mis* cachorros. Y no pienso renunciar a ellos.

Nieve asintió, ligeramente sorprendida, pero no hizo más preguntas a Humazo. Haciendo un gesto con la cola para que los gatos volvieran a reunir a los cachorros, se adentró en los árboles. Dalia iba en la retaguardia, respirando aliviada de que ella y sus amigos hubieran encontrado ayuda donde nunca se lo hubiera imaginado. «*Las Hermanas* —pensó, siguiendo a Nieve y a las demás entre los árboles—. *Aún tengo mucho que aprender sobre ustedes, pero me alegro mucho de que estén aquí*».

* * *

Las Hermanas habían hecho campamento en una hondonada más allá de la frontera del Clan del Trueno. Un arroyo salía de entre dos rocas, y había aulagas y arbustos de saúco para resguardarse. Dalia no creía que quisiera vivir allí permanentemente, pero por el momento era un campamento cómodo, y estaba agradecida por la seguridad y la forma de vida ordenada de las Hermanas, especialmente cuando los cachorros de Humazo necesitaban tantos cuidados. Luz de Sol, una regordeta gata de color crema, había acogido cálidamente a las dos pequeñas criaturas, ronroneando mientras se acurrucaban en la curva de su vientre junto a sus dos cachorros propios. Después de pasar unos días con las Hermanas, Dalia empezó a creer que sobrevivirían. Por fin habían abierto los ojos, del color azul intenso de los cachorros recién nacidos, y Humazo apenas podía contener su alegría.

—Parecen mucho más fuertes, ¿verdad? —Dalia preguntó a Corazón de Aliso mientras él se agachaba por debajo de una rama de aulaga que colgaba bajo y se adentraba en la guarida de Luz de Sol.

El curandero había vuelto al Clan del Trueno, pero visitaba a los cachorros cada dos o tres días. Corazón de Aliso olfateó bien a los cachorros. Las crías de Luz de Sol eran unos días mayores, pero él se había hecho cargo de los cuatro, y Dalia se dio cuenta de que Luz de Sol agradecía los consejos de un curandero de Clan entrenado. Y no era la única. «*Puede que las Hermanas pongan mala cara a nuestra forma de vida en los Clanes* —Dalia pensó—, *pero no tienen ningún problema en consultar a Corazón de Aliso si se enferman*».

—Están bien —contestó Corazón de Aliso—. Luz de Sol, estás haciendo un trabajo excelente.

—Gracias —ronroneó Luz de Sol.

Agachado junto a la gata color crema, Humazo miraba con adoración a sus cachorros. Levantó la cabeza, fijando su mirada en Dalia.

—Quiero preguntarte algo —maulló—. ¿Crees que los cachorros ya son lo bastante fuertes como para que les ponga nombre?

—Sí —Dalia respondió—. Ya oíste lo que dijo Corazón de Aliso.

Humazo miró a los cachorros un largo rato, sumido en sus pensamientos.

—Al gatito lo llamaré Cilantro, como su madre —decidió—. Y a la gatita la llamaré… Dalia, porque si no fuera por ti, ella no estaría aquí.

Dalia se sintió abrumada.

—Me siento honrada, pero no lo merezco —maulló—. Corazón de Aliso es quien los trató, y encontró la forma de alimentarlos. Ratonero y Raya de Acedera cazaban comida conmigo.

—Pero fuiste tú quien atacó al halcón —le recordó Humazo—. ¡Fuiste tan valiente! Y fue gracias a ti que Esquiruela los dejó a ti y a Corazón de Aliso venir conmigo en primer lugar.

Dalia inclinó la cabeza, profundamente humillada. Por un momento casi se sintió como una madre para los dos cachorros; así solía sentirse en el Clan del Trueno, con los cachorros que ayudaba a criar, pero hacía tiempo que no lo sentía. «*¿Qué sería de mi vida si me hubiera quedado con Humazo hace tantas lunas?* —se preguntó una vez más—. *Si nos hubiéramos quedado en familia con Bayo, Ratón y Pinta,*[1] *como los llamábamos entonces…*».

Estaba claro que Humazo se había dado cuenta de cómo miraba a los cachorros.

—Son maravillosos, ¿verdad? —ronroneó.

—Son perfectos —coincidió Dalia—. Me alegro mucho por ti. —Sin pensarlo realmente, añadió—: Por fin tienes la familia que siempre te mereciste.

La expresión de Humazo se ensombreció.

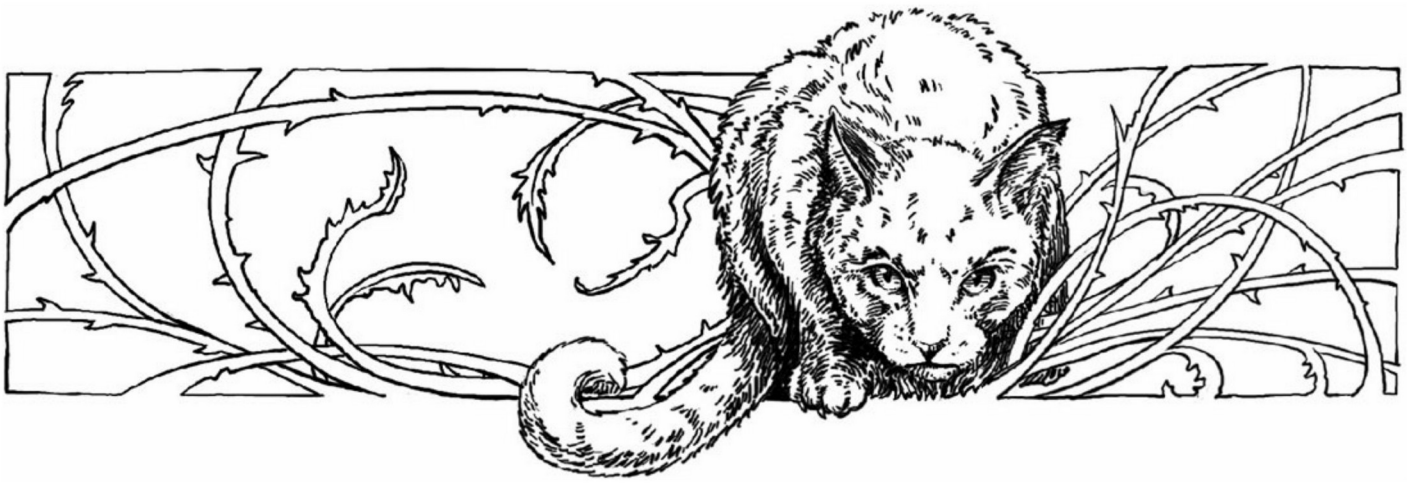
—Habría tenido eso hace mucho tiempo si no te hubieras llevado a nuestros hijos —le dijo con voz más dura—. Y tal vez…

Dalia respiró entrecortadamente, preguntándose qué diría Humazo a continuación, aunque ya sabía la respuesta. «*Me culpará de sus muertes, porque los llevé al Clan del Trueno. Y tal vez no se equivoque…*».

Pero Humazo no dijo nada, solo se acomodó junto a sus cachorros, con la cabeza apartada de Dalia. Sintiéndose despedida, Dalia se levantó y salió de la guarida.

---

1 Dalia aquí se está refiriendo a los nombres de cachorros de sus hijos, los cuales la traductora oficial tradujo exactamente igual que sus nombres guerreros (menos el de Ratonero). En inglés, sus nombres guerreros son *Berrynose* (NARIZ DE BAYA: *BAYO*), *Mousewhisker* (BIGOTES DE RATÓN: *RATONERO*) y *Hazeltail* (COLA DE AVELLANA: *PINTA*), mientras que sus nombres de cachorros antes de unirse al Clan del Trueno eran simplemente *Berry* (BAYA: *BAYO*), *Mouse* (RATÓN) y *Hazel* (AVELLANA: *PINTA*).



CAPÍTULO 8

Dalia y Humazo estaban sentados uno junto al otro a la sombra de un arbusto de saúco, mirando a los cachorros jugar fuera de la guarida de Luz de Sol. Había pasado casi una luna desde que habían ido a quedarse con las Hermanas. Hacía tiempo que Corazón de Aliso y Ratonero habían regresado al Clan del Trueno para ayudar a resolver los problemas a los que aún se enfrentaban sus compañeros de Clan. Dalia no había estado preparada para ir con ellos entonces. Aunque Corazón de Aliso había sido deliberadamente impreciso sobre las noticias del Clan del Trueno, Dalia sabía que el impostor que había ocupado el lugar de Estrella Zarzosa había escapado de la custodia de los Clanes. Peor aun, Esquiruela había desaparecido, y todos los gatos estaban preocupados por ella. Dalia no tenía ni idea de lo que estaba pasando ahora en el Clan… ni de lo que encontraría cuando volviera. No había creído que las cosas pudieran empeorar para el Clan del Trueno cuando se había ido, pero parecía que así era.

Cilantro y Dalia Pequeña ya podían comer carne fresca, y estaban creciendo fuertes y sanos, con ojos brillantes y mantos relucientes. Ahora andaban por ahí, tocándolo todo, con los ojos muy abiertos y curiosos. Sus chillidos indefensos habían dado paso a maullidos fuertes y sonoros. «*Serían excelentes aprendices si tuvieran edad suficiente* —pensó Dalia—. *Pero no me atrevería a decírselo a Humazo. Ahora me habla de nuevo, ¡pero me arrancaría las orejas si le sugiriera que alguno más de sus cachorros podría ir a vivir a un Clan!*».

Dalia salió de sus pensamientos con la aparición de Nieve, que se acercó a ella y a Humazo y se sentó a su lado, con la cola enrollada en las patas delanteras.

—Me parece que los cachorros ya están fuertes —maulló la líder de las Hermanas.

Dalia no necesitó preguntar qué quería decir. Sabía que las Hermanas no solían recibir invitados durante tanto tiempo. Algunas de ellas se habían encariñado con Dalia, Humazo y los cachorros, aunque no les agradaba tener a un gato macho adulto en su campamento. Era hora de que Dalia y Humazo se llevaran a los cachorros a casa. «*¿Pero a dónde es "casa"?*».

—Todavía no están completamente destetados —maulló Dalia con dudas.

—Estarán bien —la tranquilizó Nieve.

Dalia no quería parecer desagradecida por la ayuda de las Hermanas pidiendo más, cuando ya habían hecho tanto. Y era cierto que los cachorros habían crecido más rápido de lo que ella esperaba, alimentados por la abundante leche de Luz de Sol. «*Otra media luna estaría bien* —ella pensó—, *pero ya son lo bastante fuertes para sobrevivir*».

—Tienes razón —le dijo a Nieve—. Estaremos listos cuando nos digan que nos vayamos. —No pudo reprimir un suspiro.

Nieve parpadeó comprensiva, entendiendo claramente la indecisión de Dalia.

—Sé que las cosas son extrañas para ti, y para los Clanes, en este momento —comenzó—. No te obligaré a tomar una decisión de inmediato. Pero tendrá que ser pronto.

Humazo caminaba junto a sus cachorros, diciéndoles los nombres de las plantas que bordeaban el claro, y poniéndolos nuevamente de pie cuando se caían en su afán de explorar. No había oído lo que dijo Nieve y, por el momento, Dalia no quería decírselo. Necesitaba un poco de espacio para pensar las cosas.

Pero al caer la oscuridad, Dalia no estaba más cerca de decidir qué era lo mejor que podía hacer. Se dio cuenta de que no podía ocultarle el mensaje de Nieve a Humazo por más tiempo, así que caminó hasta el lecho improvisado de Humazo bajo un arbusto de aulaga, donde dormía con los cachorros. Ella misma se había hecho un lecho al refugio de una roca al otro lado del campamento de las Hermanas, necesitando dejar claro a todas las gatas que no formaba parte de la familia de Humazo.

Humazo se había acurrucado alrededor de los cachorros dormidos, y levantó la mirada somnoliento cuando Dalia se acercó.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, pero Nieve me habló hoy —Dalia contestó, sentándose a su lado—. Dice que es hora de que nos vayamos.

Humazo asintió, sin sorprenderse.

—Sabía que llegaría este día —maulló—. Supongo que volverás con el Clan del Trueno.

Por un momento Dalia no pudo responder. También lo había supuesto, y se sobresaltó al descubrir que sus sentimientos la empujaban en otra dirección.

—¿Lo harás? —Humazo se apresuró a aprovechar su duda—. Veo que no te has decidido.

—Te estás imaginando cosas —respondió Dalia. Una parte de ella se alegró de que la conociera tan bien, aunque no pudo reprimir una punzada de irritación—. Claro que voy a volver al Clan del Trueno. Más importante, ¿a dónde irás *tú*? ¿A dónde llevarás a los cachorros? No puedes volver al cercado de los caballos con ellos.

—He estado pensando en eso —le dijo Humazo—. Y decidí que tal vez pueda.

Dalia se sentó más erguida, con el pelaje erizado por la sorpresa.

—Pero le prometiste a Cilantro…

—Le prometí que no dejaría que los Pelados se llevaran a los cachorros —interrumpió Humazo—. Pero escucha, durante todo el tiempo que he vivido en el cercado de los caballos, los Pelados han tenido dos o tres gatos allí, para cazar ratones en el establo. Ahora no tienen ninguno, así que creo que los extrañan. Y parece que siempre les han gustado mucho los cachorros. Así que creo que es muy probable que nos dejen quedarnos todos juntos.

Dalia le dio un par de lamidas pensativas en el hombro.

—Es un riesgo —maulló al fin.

—Lo sé —Humazo suspiró—. Pero no podemos vivir como solitarios, no con todos los zorros y tejones alrededor… y halcones —añadió, recordándole a Dalia el temible encuentro en el bosque—. Y rompería mi promesa a Cilantro si llevara a los cachorros a vivir en un Clan. Así que será en el cercado de los caballos. Por supuesto, los cachorros estarían más seguros si hubiera alguien cerca que no temiera luchar contra un halcón.

—No querrás decir… —Dalia comenzó, sorprendida.

—Ven con nosotros —interrumpió Humazo, su voz repentinamente urgente—. Sé que no será lo mismo que vivir en un Clan, pero podríamos ser una familia.

—Oh, no podría… —murmuró Dalia, pero mientras hablaba se dio cuenta de que empezaba a dudar de sí misma. «*Tal vez podría*».

Significaría cambiar todo en su vida. Aunque el Clan del Trueno atravesara tiempos difíciles, había sido su hogar durante los años más importantes de su vida, y había muchos gatos a los que quería allí. Todavía tenía que pensar en Ratonero. La idea de no volver a la maternidad del Clan del Trueno le parecía mal en muchos sentidos. Y sin embargo… mientras Dalia volvía a su lecho para pasar la noche, las palabras de Humazo resonaban en su mente. «*Puedo elegir* —pensó—. *Estrella Zarzosa se ha ido; Esquiruela ha desaparecido; ¿quién sabe si el Clan Estelar volverá a contactarnos algún día?*». No era el mismo Clan del Trueno al que se había unido hacía tantas lunas. Y aunque le dolía pensarlo, tenía que preguntárselo: «*¿Sería tan malo si me uniera a Humazo en el cercado de los caballos?*».

Al despedirse de las Hermanas, Dalia y Humazo partieron a la mañana siguiente con Dalia Pequeña y Cilantro. Dalia los acompañó hasta el cercado de los caballos, para asegurarse de que Humazo y los cachorros llegaran sanos y salvos. No pudo evitar pensar en lo diferente que era ese viaje del de hacía poco más de una luna. Entonces los cachorros habían tenido que ser cargados, colgando sin fuerzas al borde de la muerte; ahora eran robustos y estaban muy vivos, rebotando vigorosamente de un nuevo y tentador aroma al siguiente, llenando el bosque con sus emocionados chillidos. A Dalia le recordaban tanto a sus propios hijos a esa edad que su corazón se llenó de amor y de la necesidad de protegerlos. «*¿Cómo se me ocurre dejarlos?*».

Para su alivio, no se encontraron con patrullas del Clan del Trueno ni del Clan del Viento en su camino de vuelta al cercado de los caballos. Cuando llegaron a la cerca que lo rodeaba, Humazo se detuvo.

—Dalia, ¿te quedarías con nosotros, al menos por un tiempo? —le maulló—. Solo hasta que los cachorros sean un poco mayores y tengan más experiencia. Entonces no estarán tan molestos cuando vuelvas a tu Clan.

Dalia se tomó un par de latidos para pensar. Supuso que Humazo esperaba que, una vez que se estableciera en el cercado de los caballos, decidiera quedarse. «*Y tengo que admitir que lo estoy considerando…*».

—Por un tiempo —respondió al fin.

Humazo se escurrió por debajo de la cerca, haciendo un gesto a Dalia y a los cachorros para que le siguieran. En lugar de dirigirse al granero, se volvió hacia la guarida de los Dos Patas. Un monstruo estaba agazapado fuera de ella; la nariz de Dalia se agitó con desagrado cuando percibió su acre olor. Antes había vivido entre esos monstruos, pero ahora los miraba nerviosa, dispuesta a rodearlos en un amplio círculo. Mientras tanto, Humazo se acercó despreocupadamente.

—Está dormido —le señaló—. Tú y los cachorros escóndanse aquí, detrás, y espérenme.

Dalia mantuvo a los cachorros cerca de ella con un movimiento de la cola mientras se agachaba incómoda junto a una de las enormes patas negras del monstruo.

Mientras tanto, Humazo se acercó a la entrada de la guarida de los Dos Patas y lanzó un fuerte aullido. Con todos los músculos del cuerpo tensos, Dalia vio cómo se abría la puerta y salía un Dos Patas macho. Miró a Humazo con una expresión de fastidio que de repente cambió a una de alivio. Se agachó, agarró a Humazo con sus patas delanteras y lo abrazó. Dalia se sorprendió de que Humazo le dejara hacerlo, incluso apoyó la cara en el hombro del Dos Patas. «*¡Pero puedo notar que es un ronroneo totalmente falso!*».

En cuanto el Dos Patas volvió a dejar a Humazo en el suelo, este miró por encima del hombro y le aulló a Dalia:

—¡Trae a los cachorros!

Dalia se levantó y empujó a los cachorros hacia delante. Al principio, Cilantro y Dalia Pequeña se quedaron atrás, con los ojos muy abiertos y nerviosos.

—Vamos —les instó Dalia, dándole a cada uno otro suave empujón —. Todo irá bien.

«*Por favor, Clan Estelar* —añadió para sí—, *que así sea*».

Los dos cachorros temblaban de terror mientras caminaban hacia donde los esperaba su padre. Una Dos Patas hembra se había unido al macho en la entrada de la guarida; ambos soltaron ruidos de asombro cuando vieron a los cachorros. Se agacharon y estiraron las patas delanteras; Dalia se preparó para atacar si mostraban algún signo de querer agarrarlos y llevárselos a su guarida. Pero los Dos Patas parecían contentos de acariciar a Humazo y a los cachorros, emitiendo sonidos felices y acogedores. «*¡Si supieran ronronear, lo harían!*».

Dalia se relajó, dando un gran suspiro de alivio. Parecía que todo iba a ir bien.

* * *

En los días siguientes, Dalia pudo sentir que ella, Humazo y los cachorros se estaban estableciendo como una familia. Los Dos Patas venían a menudo a visitar a los cachorros al granero y a jugar con ellos, pero nunca se los llevaban. En cambio, les llevaban comida y cuencos de leche, y objetos redondos de colores brillantes que tintineaban cuando los cachorros los golpeaban contra el suelo del granero. La parte del Clan del Trueno de Dalia retrocedía ante la idea de ser alimentada por los Dos Patas, pero sabía que estos Dos Patas se asegurarían de que los cachorros estuvieran sanos y fuertes, al igual que siempre cuidaban de sus caballos. Mientras no se llevaran a los cachorros —que no parecían tener intención de hacerlo—, solo podían ayudar a Humazo y a su nueva familia. Observando a los cachorros mientras jugaban juntos, Dalia trató de imaginarse a sí misma como parte permanente de esa familia. Siempre le había gustado Humazo, y adoraba a Cilantro y a Dalia Pequeña. Sentía que ellos la necesitaban, lo que le daría a su vida el propósito que sentía que había perdido en el Clan del Trueno.

Volver a vivir tan cerca del mundo de los Dos Patas, rodeada de sus extrañas posesiones y apestosos olores, sería un gran cambio con respecto a vivir en el bosque. Intentó imaginarse que nunca volvería a despertarse en la maternidad, que nunca saldría a compartir carne fresca con sus compañeros de Clan bajo un árbol. Trató de imaginar que nunca más ayudaría a una asustada reina con su parto. Nunca limpiaría a un cachorro a lamidas o trataría de calentar a una cría débil o enferma con su lengua áspera. Nunca empujaría a un cachorro recién nacido hacia una reina para que lo amamante, ni vería la felicidad vidriosa en los ojos de una madre primeriza. «*Pero esa no ha sido mi vida en el Clan del Trueno últimamente*», se recordó Dalia. Había estado luchando con una sensación de inutilidad antes de irse. «*Y cuando me fui… Aun así perdí a Cilantro*». Se estremeció. No quería revivir el último parto en el que había estado. «*Aun así… ¿estoy lista para renunciar a ellos… a mi Clan… para siempre?*».

Un paso detrás de ella la hizo volverse y ver a Humazo colándose en el granero por uno de los huecos en la puerta. Un campañol colgaba de sus fauces.

—Creo que los cachorros disfrutarán esto —maulló—. No quiero que siempre coman comida de los Pelados.

«*Los cachorros…* nuestros *cachorros*». Aunque no eran realmente suyos, Dalia podía ayudar a criar a Dalia Pequeña y a Cilantro. Y aunque no sabía a qué se enfrentaría al volver al Clan del Trueno, sabía lo que era criar a un cachorro. Los vería crecer y cambiar. Se enamoraría de cada nueva versión de cada cachorro, a medida que pasaban de ser indefensos a torpes, y de torpes a confiados. Y adoraría a los gatos adultos en los que se convertirían algún día, al igual que adoraba a Ratonero. Como había adorado a cada uno de sus hijos.

—¡Vengan, cachorros! —llamó Dalia—. ¡Vean lo que su padre ha traído para ustedes!

Cuando estuvieron todos agachados juntos, compartiendo el campañol, Dalia sintió que una cálida sensación de felicidad se extendía en su interior. «*Esto es perfecto* —pensó, dejando escapar un ronroneo de satisfacción—. *Esto es lo que quiero… ¿no?*». Humazo levantó la cabeza para mirarla; vio esperanza en sus ojos. «*Quiere que me quede*». Y mientras mordía el campañol, escuchando a los cachorros charlar alegremente, sus recuerdos del Clan del Trueno parecían desvanecerse. «*Creo que quiero quedarme*».

Dalia se deslizó por el túnel de espinas hacia el campamento del Clan del Trueno. La oscuridad había caído; una luz pálida y espeluznante cubría la hondonada de piedra, aunque cuando levantó la mirada no pudo ver la luna ni las estrellas. Al ver a su hijo Ratonero junto al montón de carne fresca con Raya de Acedera y Corazón de Lirio, Dalia se acercó a ellos, exclamando un saludo. Una calidez la invadió desde las orejas hasta la punta de la cola al darse cuenta de lo bueno que era estar en casa. Pero ninguno de los gatos con los que hablaba parecía oírla, sino que continuaban con su propia conversación.

—¿Ya vieron la ardilla que trajo Escarcha Erizada? —preguntó Ratonero—. ¡Era casi tan grande como para alimentar a todo el Clan!

—Es una gran cazadora —coincidió Corazón de Lirio.

—¡Oye, cerebro de ratón! —Dalia pinchó a Ratonero en el costado—. ¡Soy yo! ¡He vuelto!

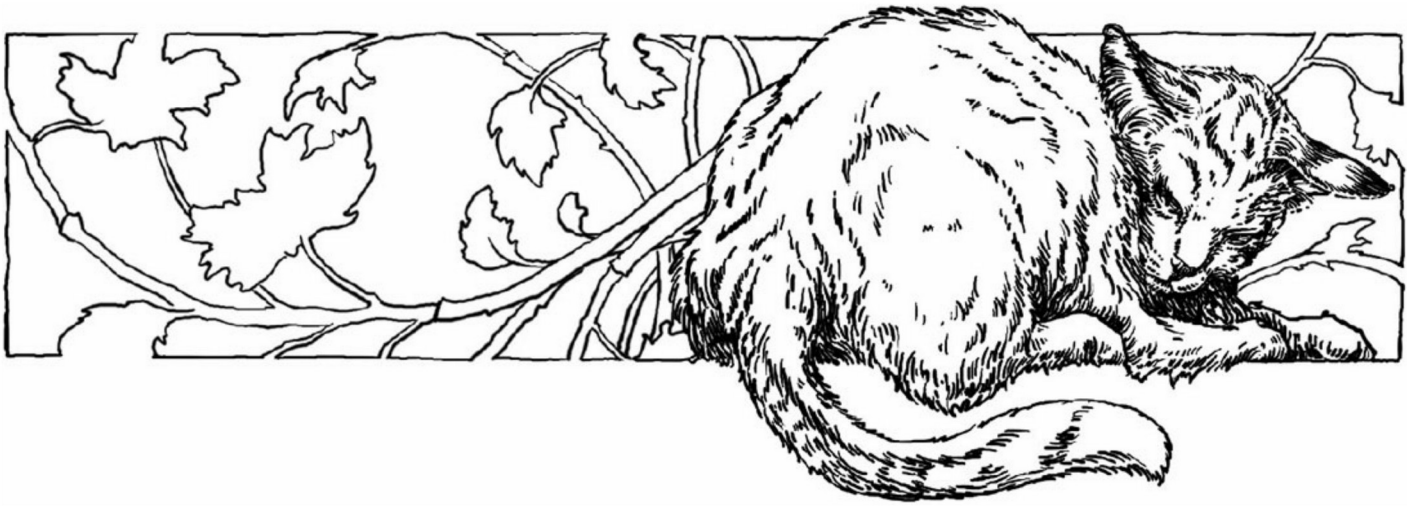
Pero Ratonero seguía sin responder, como si no hubiera oído su voz o sentido su pinchazo. La molestia comenzó a picar a Dalia como una horda de hormigas arrastrándose por su manto. «*Si esta es su idea de una broma, ¡no creo que sea muy divertida!*».

Antes de que pudiera volver a hablar, se oyeron pasos detrás de ella, y Charca de Hiedra apareció, llevando un campañol, que dejó caer sobre el montón de carne fresca. Candeal y Látigo de Abejorro, el resto de la patrulla de caza, la siguieron y depositaron sus propias presas.

—Candeal —empezó Dalia, sabiendo que la gentil gata no le jugaría una broma pesada—, ¿qué está pasando? Ningún gato me habla.

Pero la mirada de Candeal se deslizó a través de ella como si no estuviera allí. Sin decir una palabra se alejó hacia la guarida de los guerreros. Totalmente asustada, Dalia miró a su alrededor. Las paredes de la hondonada de piedra brillaban bajo la extraña luz y parecían inclinarse hacia adentro, como si fueran a derrumbarse y sepultarla bajo una montaña de rocas. Echando la cabeza hacia atrás, Dalia lanzó un aullido aterrorizado… y se despertó en su lecho del establo del cercado de los caballos.

Levantó la cabeza y miró hacia el lecho que Humazo compartía con sus cachorros. Temía que su grito los hubiera molestado. Humazo se movió un poco, atrayendo a los cachorros hacia él, y Cilantro soltó un chillido somnoliento, pero mientras Dalia los observaba, volvieron a dormirse profundamente. Se estremeció al recordar su sueño y se preguntó qué significaría. Se había sentido tan feliz y contenta allí con Humazo y los cachorros, pero ahora no estaba segura de lo que quería. ¿Podría el sueño estar diciéndole que su Clan la necesitaba y que debía volver? ¿O la forma en que todos los gatos la ignoraban era una señal de que ya no pertenecía allí? Dalia sabía que el Clan Estelar seguía en silencio. Y aunque no lo estuvieran, ella no era una curandera, así que aquello era solo un sueño, no una profecía. Aun así, sintió que su corazón intentaba decirle algo. «*¿Pero qué?* —se preguntó—. *¡Estoy tan confundida!*».



CAPÍTULO 9

—¡Vengan a ver! —Dalia Pequeña entró corriendo en el granero y se detuvo derrapando junto a Dalia y Humazo, que compartían un ratón en un rayo de sol que se colaba por uno de los huecos en lo alto de la pared—. ¡Vienen gatos!

—¡Muchos gatos! —añadió Cilantro, saltando hasta ponerse jadeante junto a su hermana.

—¿Muchos? —Dalia repitió, preguntándose si uno de los líderes de los Clanes había convocado una Asamblea de emergencia—. ¿Cuántos?

—Bueno… —Cilantro arrastró las patas por el heno en el suelo del granero—. Tres.

«*Eso suena como una patrulla de Clan*», pensó Dalia.

—Vamos a ver —maulló, oyendo a los cachorros corretear tras ella.

A lo lejos, Dalia vio a tres gatos que seguían su camino por la orilla del lago, en dirección al cercado de los caballos a través del territorio del Clan del Viento. A medida que se acercaban, reconoció a Ratonero en cabeza, seguido de Manto de Chispas y Raya de Acedera. Sintió un cálido pulso de felicidad al ver a su hijo y a sus amigas, seguido casi de inmediato por una punzada de aprensión en las almohadillas. «*¿Qué querrán?*».

Había pasado una luna desde que Corazón de Aliso y Ratonero habían abandonado el campamento de las Hermanas, y esa era la última vez que Dalia había visto a un gato de Clan. Un momento después, Ratonero soltó un fuerte aullido, y los tres gatos del Clan del Trueno aceleraron el paso

hasta que corrieron por la orilla. Se deslizaron por debajo de la cerca del del lugar y llegaron saltando al granero.

Los cachorros salieron a su encuentro y corretearon a su alrededor mientras se acercaban.

—¡Saludos! —chilló entusiasmada Dalia Pequeña.

—Me llamo Cilantro —anunció su hermano—. ¿Y ustedes?

Raya de Acedera pasó su cola cariñosamente sobre las orejas de los cachorros.

—¡Oh, wow, están enormes! —ronroneó ella.

Pero la mayor parte de la atención de los gatos del Clan del Trueno estaba fija en Dalia.

—¡Gracias al Clan Estelar que estás bien! —exclamó Ratonero a su madre—. Cuando las Hermanas se marcharon, esperábamos que volvieras con nosotros.

—Cuando no lo hiciste, nos preocupó que un zorro te hubiera atrapado —Raya de Acedera añadió—. ¿Por qué no viniste?

Ante la preocupación de sus compañeros de Clan, Dalia sintió como si una garra le atravesara el corazón: mitad dolor y mitad regocijo, ahuyentando las ominosas imágenes de su sueño de la noche anterior. No sabía qué responder, mirando de los gatos del Clan del Trueno al granero donde estaba Humazo. Podía ver en la mirada de Humazo que él quería que se quedara allí con él. Mientras tanto, el entusiasmo de los cachorros se había convertido en desconcierto. Dalia apenas soportaba mirarlos, sobre todo cuando Dalia Pequeña dijo:

—No nos vas a dejar, ¿verdad?

Ratonero también parecía desconcertado. Dalia no podía mirarle.

—Me… bueno, me necesitan aquí —murmuró.

—Te necesitan en el Clan del Trueno —Manto de Chispas replicó—. Todo es difícil. Han cambiado tantas cosas, pero aún te necesitamos.

—Pero yo… —Dalia comenzó a protestar.

—¡No puedes dejar al Clan del Trueno! —jadeó Ratonero, con los ojos muy abiertos por el horror—. Han pasado muchas cosas, y no todas son malas. Para empezar, Pelaje Manchado ha tenido cachorros mientras tú no estabas.

—¡Pelaje Manchado! —Dalia contestó, asombrada—. No sabía que estaba esperando cachorros.

—Tampoco lo sabía nadie más —le dijo Ratonero—. Ni siquiera ella misma, por un tiempo.

—Es muy triste —añadió Manto de Chispas—, porque su pareja, Tallo de Hojas, ha muerto. Necesitará mucha ayuda.

Durante unos latidos, Dalia se sintió como si estuviera en medio de una tormenta; la emoción la sacudía como un viento tempestuoso. La alegría de que el Clan del Trueno tuviera nuevos cachorros compitió con su simpatía por Pelaje Manchado, que luchaba por criar a su camada sin una pareja. Sin embargo, más fuerte que cualquiera de los dos era su sentimiento de confianza en que podría ayudar a Pelaje Manchado con esos cachorros. Ella no sabía qué pasaría con el Clan Estelar, si Esquiruela estaría a salvo, si el verdadero Estrella Zarzosa volvería alguna vez al Clan del Trueno. No sabía si podría mantener a Ratonero con ella para siempre, o si se arriesgaba a perderlo también, por peleas, enfermedad o mala suerte. Pero sabía que podía ayudar a Pelaje Manchado con esos cachorros. Con repentina claridad, recordó la fuerza y el apoyo que habían mostrado Esquiruela y Leonado cuando llegó al Clan del Trueno con la enferma Dalia y Cilantro hacía más de una luna. Todos los gatos del campamento se habían unido para intentar salvar a los cachorros, igual que se unirían para ayudar a Pelaje Manchado. E independientemente de lo que estuviera pasando, eso era lo que un Clan era, en el fondo, ¿no? Un grupo de gatos trabajando juntos, para ayudarse unos a otros.

Pero la felicidad que sintió al recordar su amor por su Clan duró solo un par de latidos. Cuando Humazo salió del granero, acercándose a ella, sintió una punzada de dolor al darse cuenta de que estaba sintiendo la atracción del hogar, una atracción que la alejaba de Cilantro y de Dalia Pequeña. No podía ignorarla. Humazo siempre protegería a sus cachorros y contaba con la ayuda de los Dos Patas. Pero los Clanes habían estado luchando desesperadamente por la supervivencia durante mucho tiempo; se habían perdido tantos compañeros de Clan en batalla por preservar su forma de vida. «*Mi Clan me necesita. ¿Realmente puedo darles la espalda ahora?*».

Humazo asintió a su hijo.

—Hola, Ratonero.

Ratonero devolvió el gesto.

—Humazo. Espero que tus cachorros estén bien.

El solitario se detuvo junto a Dalia.

—Están fuertes y sanos. Siempre estaré agradecido a tu Clan por ayudarlos la noche que encontramos a las Hermanas.

Ratonero agitó una oreja, pareciendo incómodo.

—Oh, bueno, por supuesto.

—Puedes venir a visitarlos cuando quieras —continuó Humazo—. Aunque no vivamos juntos, seguimos siendo familia, ¿no?

Ratonero lo miró fijamente. Parecía sorprendido.

—Probablemente hay mucho que podrías enseñarles —maulló Humazo—. Un gato tan brillante y fuerte.

Dalia miró a su expareja, abrumada. No esperaba que le tendiera la pata a su hijo de esa manera. Y sin embargo, podía ver en los ojos de Ratonero lo mucho que significaba para él.

—Eso estaría bien —aceptó Ratonero. Sacudió la cabeza como para despejarla—. Algún día. —Se volvió hacia su madre—. Siento presionarte —continuó—, pero te necesitamos en casa. ¿De verdad vas a renunciar al Clan del Trueno y quedarte aquí?

Dalia no sabía qué contestarle. Los pensamientos sobre el Clan del Trueno se amontonaban en su cabeza, pero sabía que le debía una explicación a Humazo.

—Lo pensaré —suspiró.

—No lo pienses tanto —maulló Manto de Chispas, adelantándose para entrechocar narices con ella—. Te extrañamos, Dalia.

Al despedirse de los gatos del Clan del Trueno, Dalia se quedó fuera del establo, observándolos mientras bajaban por la ladera y se dirigían por la orilla del lago hacia su territorio. Sentía que sus patas la instaban a seguirlos, pero al mismo tiempo la empujaban de vuelta al granero.

Esa noche, Dalia no pudo dormir. Recordaba una y otra vez su conversación con los gatos del Clan del Trueno. La querían de vuelta, eso estaba claro, y Pelaje Manchado la necesitaba para ayudar a criar a sus cachorros. Pero eso significaría dejar a Cilantro y a Dalia Pequeña, cuando ella ya los quería como si fueran suyos. «*¡No sé qué hacer!*». Cada trozo de heno de su lecho parecía clavársele en el manto. Dalia se revolvió en un vano esfuerzo por ponerse cómoda. Finalmente se dio cuenta de que Humazo se había levantado y se acercaba a ella.

—Te sacudió, ¿verdad? —preguntó—. La visita de tus compañeros de Clan.

Dalia lo miró, su pelaje gris y blanco brillaba en la tenue luz del granero. Al principio no quiso contestar, pero sabía que Humazo no se daría por vencido hasta que ella se lo explicara.

—Es verdad… Siento una atracción por volver con ellos —confesó al fin—. Soy una gata de Clan, y siempre lo seré.

Humazo la miró, con triste resignación en los ojos.

—No me gusta eso —admitió—. ¡Pero los gatos de Clan son extrañamente leales! Me gustaría que te quedaras conmigo y los cachorros —añadió con un suspiro—, pero no intentaré impedírtelo, si quieres irte.

Dalia asintió, esperando sentir alivio de que Humazo no fuera a odiarla por su decisión. Pero el alivio no llegó. En su lugar, una extraña sensación de pena se apoderó de ella. Hasta ahora había estado tan concentrada en cómo se sentiría al dejar a los cachorros, que nunca se había parado a pensar en cómo sería dejar a Humazo. Aunque ya no eran pareja, él le importaba. Se había convertido en su mejor amigo.

—¿Y si tú y los cachorros vienen conmigo? —sugirió, y las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

Humazo la miró fijamente durante un largo rato.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, con una pizca de ira en la voz—. ¿Esperas que vaya en contra de la última voluntad de Cilantro? ¡Sé que no quería que sus cachorros se criaran en un Clan!

—Claro que me acuerdo —Dalia respondió—. Pero Cilantro no podía saber lo que pasaría después de su muerte. Si hubiera sabido que había un Clan ahí fuera, dispuesto a acoger a los cachorros como compañeros de Clan, a cuidarlos…

Se interrumpió ante la mirada de triste resignación de Humazo. Se dio la vuelta y se alejó, deteniéndose a unos pasos de ella.

—Esperaba que te quedaras —maulló—. Pero creo que ambos sabemos que perteneces a los Clanes. Si realmente quieres irte, no te detendré, pero si lo haces, será sin mí y sin los cachorros.

Un suave maullido siguió a las últimas palabras de Humazo. Mirando hacia el lecho, Dalia vio que los dos cachorros se habían despertado y los miraban con ojos somnolientos y brillantes, llenos de perplejidad.

Dalia se levantó y se acercó a ellos.

—Vuelvan a dormir —murmuró, inclinándose para darles un cariñoso lametón en las orejas.

—No podemos —respondió Cilantro, parpadeando con tristeza.

—¿Están peleando? Sabemos que algo está mal —añadió Dalia Pequeña.

Dalia se arrepintió.

—Tengo que volver a casa, al Clan del Trueno —les dijo.

Ambos cachorros la miraron incrédulos, y luego rompieron en angustiosos lamentos.

—¡No! ¡No!

Dalia intentó tranquilizarlos, pero las palabras no le salían. Había llegado a querer tanto a esos dos cachorros, que sentía como si fueran una segunda oportunidad para ella y Humazo.

Al final fue Humazo quien contestó.

—Dalia tiene que volver a su Clan ahora. Es donde está su verdadero hogar. ¿Verdad, Dalia?

Dalia apenas pudo mirarlo, apenas pudo forzarse a asentir. Aunque Humazo tenía razón, esta despedida la estaba lastimando tanto que apenas podía soportarla. Sentía como si un zorro estuviera en su vientre, desgarrándola por dentro.

Los cachorros volvieron a callarse. Sus ojos estaban llenos de dolor, pero Dalia podía ver que luchaban por entender. Se apretaron contra ella, y el calor de sus pequeños cuerpos contra el de ella hizo que quisiera romper en un llanto desesperado.

—Prométenos que nos visitarás —maulló Dalia Pequeña.

—Claro que lo haré. —A Dalia le temblaba la voz—. Si a su padre le parece bien.

—Me gustaría mucho —Humazo ronroneó—. Y trae a Ratonero.

Dalia condujo suavemente a los cachorros de vuelta a su lecho y les susurró historias sobre la diversión que ella, Humazo, Ratonero y ellos tendrían la próxima vez que los visitaran. Pronto los ojos de los cachorros empezaron a caer y no tardaron en dormirse. Cuando pudo escabullirse, se instaló junto a Humazo en el heno, hablando en voz baja para no despertarlos de nuevo.

—Humazo —empezó Dalia—, ¿de verdad te parece bien que vuelva a dejarte?

Había un brillo de diversión en los ojos de Humazo.

—Preferiría que te quedaras, pero entiendo que tu Clan te llama. Eso siempre ha sido muy importante para ti. Además —añadió—, esta vez es diferente. Me doy cuenta de que en realidad ya no nos amamos. A menos que…? —Inclinó la cabeza, esperando la respuesta de Dalia.

—No —le dijo Dalia—. Me importas y siempre me importarás. Me encantó formar una familia contigo. Creo que eres un amigo y un padre maravilloso, pero ya no estoy enamorada de ti.

—Sí, esos sentimientos se han ido —Humazo coincidió—. Siempre tendremos un vínculo, por lo que hemos pasado juntos, y por Ratonero,

pero ambos hemos seguido adelante. Ahora los dos tenemos otras preocupaciones.

Dalia se sintió aliviada por el tono firme de Humazo y la seguridad en sus ojos. «*Realmente estará bien*».

—Ratonero y yo los visitaremos pronto —prometió—. Estoy segura de que le gustaría conocer a su padre, así como a su nueva familia.

Humazo asintió feliz.

—Yo estaré encantado de conocerlo mejor —ronroneó.

Los dos gatos se acomodaron juntos en el heno. «*Estoy segura de que no tendré pesadillas esta noche*», pensó Dalia mientras se deslizaba hacia el sueño.

Dalia se agachó para entrechocar narices con cada uno de los cachorros.

—Adiós, Cilantro. Adiós, Dalia Pequeña —maulló—. Les prometo que vendré a visitarlos, y también su hermano.

—¿Nuestro hermano? —Cilantro jadeó.

—¿Tenemos un hermano? —preguntó Dalia Pequeña, igualmente asombrada.

—Sí, ya lo conocen —explicó Dalia—. El gran gato gris y blanco que estuvo aquí ayer. Vendrá a verlos otra vez. Eso es algo que esperar, ¿no?

—Sí —respondió Cilantro, parpadeando con infelicidad—. Pero sería mejor que te quedaras con nosotros.

—No puedo hacerlo. —Dalia se inclinó de nuevo para acariciar a ambos cachorros. Su corazón parecía a punto de estallar de amor, y se dio cuenta de que si se quedaba con ellos mucho más tiempo no tendría el valor de marcharse—. Pero pensaré en ustedes, siempre.

Haciéndole señas con la cola a Humazo, Dalia salió del establo, tratando de cerrar los oídos a las tristes despedidas de los cachorros.

Afuera, las nubes corrían por el cielo, impulsadas por un fuerte viento que aplastaba el pelaje de Dalia y le hacía llorar los ojos. La superficie del lago se agitaba en olas blancas y agitadas.

Dalia se volvió hacia Humazo, que la había seguido.

—¿Vas a estar bien criando a los cachorros tú solo? —le preguntó.

—Seguro que sí —respondió Humazo—. Y si alguna vez necesito ayuda, volveré a buscarte al Clan del Trueno, como hice cuando estaban naciendo los cachorros.

—Me alegro mucho de que lo hicieras —le dijo Dalia, sintiendo un cálido placer al pensar que había confiado en ella en un momento de necesidad.

Humazo agachó la cabeza tímidamente.

—A menudo eres el la primera gata en la que pienso.

Ronroneando cariñosamente, Dalia le acarició el hombro, mientras Humazo frotaba el hocico contra ella.

—Adiós, Humazo —murmuró.

—Adiós, Dalia. Ven a vernos pronto.

Cuando Dalia salió del establo y se dirigió al lago, no miró atrás, aunque podía imaginarse a Humazo de pie fuera del establo, viéndola desaparecer en la distancia. Era duro poner una pata delante de la otra, dejar que la alejaran de un lugar donde era tan querida. «*Me voy a casa*», pensó con firmeza. Estaba decidida a convencerse de que estaba tomando la decisión correcta, pero a medida que se acercaba más y más al territorio del Clan del Trueno, no estaba segura de haberlo logrado.

Tan pronto como Dalia atravesó el túnel de espinos hacia el campamento, vio a Ratonero, saltando hacia ella desde la guarida de los guerreros.

—¡Dalia! —exclamó—. ¡Has vuelto! Temía que no lo hicieras.

Se acercó a ella y le acarició el pelaje, como si aún fuera un cachorro. La alegría estalló en el pecho de Dalia; estaba tan agradecida por tenerlo todavía, y tan conmovida al descubrir lo importante que era para él. Se dio cuenta de lo mucho que se había contenido cuando la había visitado el día anterior, queriendo que ella fuera libre de tomar su propia decisión.

—Claro que he vuelto, bola de pelo —ronroneó Dalia con cariño—. Pero tuve que prometer que irías a ver a tu familia en el cercado de los caballos. Los cachorros estaban tan emocionados de saber que tenían un hermano.

Ratonero enroscó la cola, feliz.

—¡Claro que iré!

—¡Dalia! ¡Bienvenida de vuelta! —gritó otra voz desde el otro lado del campamento.

Dalia levantó la mirada y vio a Manto de Chispas corriendo hacia ella, junto con Mechón de Carrasca, Flores Caídas y Canción de Frondas. Varios más los seguían, la mayoría gatos que Dalia había ayudado a criar

como si fueran suyos. Se amontonaron a su alrededor, apretándose contra ella hasta que fue todo lo que pudo hacer para mantenerse sobre sus patas.

—¡Uf! ¡Quítense, enormes bolas de pelo! —jadeó—. ¡Denme espacio para respirar!

Entonces vio que Corazón de Aliso se abría paso hacia el frente de la multitud.

—Dalia, tienes que venir a ver a Pelaje Manchado —maulló—. Ha tenido sus cachorros, ¡y son tan hermosos! Pero le vendrías bien, Dalia. Todos le damos toda la ayuda que podemos, pero necesita una gata experimentada que esté con ella todo el tiempo.

El corazón de Dalia se hinchó de alegría. Eso era todo lo que quería, saber que en algún lugar alguien la necesitaba. Su Clan la necesitaba.

—Por supuesto, Corazón de Aliso. Ahora mismo —respondió, dirigiéndose a la maternidad.

«*Aquí es donde pertenezco*», pensó. Sabía que había tomado la decisión correcta. «*El Clan del Trueno siempre será mi hogar*».

LOS GATOS GUERREROS

LA REBELIÓN DE PELAJE MANCHADO

DEDICATORIA

Gracias especiales a Clarissa Hutton.

Título original: "Spotfur's Rebellion"
Traducción: ***Pichu06***.

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA ZARZOSA — atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

ESQUIRUELA — gata rojizo oscuro de ojos verdes y una pata blanca.

CURANDE-ROS

HOJARASCA ACUÁTICA — gata marrón claro atigrado de ojos ámbar, con patas y pecho blanco.

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.

CORAZÓN DE ALISO — gato rojizo oscuro de ojos ámbar.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

ESPINARDO — atigrado marrón dorado.

CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.

BETULÓN — atigrado marrón claro.

BAYO — macho color crema de cola cortada.

RATONERO — gato gris y blanco.

APRENDIZA, ZARPA DE CIRUELA (gata rojiza y negra).

ROSELLA — gata moteada carey y blanca.

LEONADO — macho dorado atigrado de ojos ámbar.

PÉTALO DE ROSA — gata color crema oscuro.

APRENDIZ, ZARPA DE TALLO (macho blanco y naranja).

CORAZÓN DE LIRIO — pequeña gata gris oscuro atigrada con manchas blancas, de ojos azules.

LÁTIGO DE ABEJORRO — gato gris claro con rayas negras.

APRENDIZ, ZARPA DE CARACOLA (gato carey).

CAÍDA DE CEREZA — gata rojiza.

BIGOTES DE TOPO — gato marrón y crema.

LUNA ÁMBAR — gata rojiza claro.

APRENDIZA, ZARPA DE ÁGUILA (gata rojiza).

NARIZ DE ROCÍO — macho gris y blanco.

NUBE DE TORMENTA — gato gris atigrado.

MECHÓN DE CARRASCA — gata negra.

CANCIÓN DE FRONDAS — macho amarillo atigrado.

RAYA DE ACEDERA — gata marrón oscuro.

MANTO DE CHISPAS — gata naranja atigrada.

HOJA SOMBRÍA — gata carey.

APRENDIZA, ZARPA MANCHADA (atigrada manchada gris y blanca).

CANTO DE ALONDRA — macho negro.

PELAJE DE MIEL — gata blanca con manchas amarillas

RAMAJE DE RAMITAS — gata gris de ojos verdes.

APRENDIZA, ZARPA DE MOSCA (gris atigrada).

ALETA SALTARINA — gato marrón.

APRENDIZ, ZARPA QUEBRADA (atigrado dorado).

CARBONERA — gata gris oscuro atigrada.

FLORES CAÍDAS — gata tricolor con manchas blancas en forma de pétalos.

<u>REINAS</u>

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

DALIA — gata color crema de pelaje largo, viene del cercado de los caballos.

CHARCA DE HIEDRA — gata blanca y plateada atigrada de oscuros ojos azules (madre de Pequeña Erizada, gata gris claro; Pequeña Clavelina, gatita gris oscuro; y Pequeño Volteado, macho atigrado).

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.

MILI — gata gris atigrada de ojos azules.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER — **ESTRELLA DE TIGRE —** atigrado marrón oscuro.

LUGAR-TENIENTE — **TRIGUEÑA —** gata moteada de ojos verdes.
APRENDIZ, ZARPA DE PIÑA (gato gris y blanco).

CURANDERO — **CHARCA BRILLANTE —** macho marrón con manchas blancas.

GUERREROS

GARRA DE ENEBRO — gato negro.
PIEDRA FILOSA — atigrado marrón y blanco.
APRENDIZ, ZARPA ARDIENTE (gato blanco y rojizo).
ALA DE PIEDRA — macho blanco.
APRENDIZ, ZARPA DE HORMIGA (gato con un manto manchado marrón y negro).
CORAZÓN DE HIERBA — gata marrón claro atigrada.
APRENDIZA, ZARPA DE GAVIOTA (gata blanca).
PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro de orejas rasgadas, una está cortada.
TALLO DE FLOR — gata plateada.
COLMILLO DE SERPIENTE — gata atigrada color miel.
MANTO DE ESPIRAL — gato gris y blanco.
PELAJE PIZARRA — liso macho gris.
APRENDIZA, ZARPA DE FRONDA (gata gris atigrada).
PATAS DE TRÉBOL — gris atigrada.
COLA DE GORRIÓN — gran macho atigrado.
APRENDIZA, ZARPA DE CANELA (gata marrón atigrada con patas blancas).
AGUZANIEVES — gata de un blanco puro y ojos verdes.

REINAS

ALA DE TÓRTOLA — gata gris claro de ojos verdes (madre de Pequeña Saltarina, gata gris; Pequeña Luz,

gatita marrón atigrada; y Pequeño Sombra, macho gris atigrado).

CORAZÓN DE BAYA — gata blanca y negra (madre de Pequeño Huequito, un gato negro; Pequeña Sol, atigrada marrón y blanca; y Pequeño Espiral, gato negro y blanco).

HOJA DE MILENRAMA — gata rojiza de ojos amarillos (madre de Pequeña Lúpulo, una gata calico; y Pequeño Lino, atigrado marrón).

VETERANOS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

LOMO RAJADO — gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

CLAN DEL CIELO

LÍDER

ESTRELLA DE HOJAS — gata atigrada color marrón y crema, de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

ALA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

CURANDE-ROS

PELAJE DE PECAS — gata moteada marrón claro atigrada con piernas manchadas.

COPO INQUIETO — gato negro y blanco.

MEDIADOR

ÁRBOL — gato amarillo de ojos ámbar.

GUERREROS

MANTO DE GORRIÓN — gato marrón oscuro atigrado.

APRENDIZA, ZARPA DE NÉCTAR (gata marrón).

MACGYVER — gato blanco y negro.

SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA SOLEADA (gata rojiza).

NARIZ DE SALVIA — gato gris claro.

APRENDIZ, ZARPA DE GRAVA (gato color canela).

ARROYO HARRY — gato gris.

APRENDIZA, ZARPA RAYADA (gata blanca con manchas marrones).

CORAZÓN FLORECIENTE — gata blanca y rojiza.

APRENDIZA, ZARPA DE PALOMA (gris y blanca).

NARIZ ARENOSA — robusto gato marrón claro con piernas rojizas.

APRENDIZ, ZARPA DE CODORNIZ (gato blanco de orejas negras).

SALTO DE CONEJO — macho marrón.

APRENDIZA, ZARPA PÁLIDA (gata blanca y negra).

HOJA BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.

VIOLETA BRILLANTE — gata negra y blanca de ojos amarillos.
PELAJE DE MENTA — gata gris atigrada de ojos azules.
MANCHA DE ORTIGA — gato marrón claro.
BROTE DE ROCÍO — robusto gato gris.
GARRA DE JUNCO — pequeña gata clara atigrada.
NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.

VETERANOS

GAMA DE FRONDAS — gata marrón claro que ha perdido el sentido del oído.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA DE LEBRÓN —** macho marrón y blanco.

LUGAR-TENIENTE — **CORVINO PLUMOSO —** gato gris oscuro.

CURANDERO — **VUELO DE AZOR —** gato gris moteado con manchas blancas como plumas de azor.

GUERREROS

NUBE NEGRA — gata negra.
GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.
HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.
RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.
VENTOLERO — macho negro de ojos ámbar.
PATAS ACECHANTES — gato rojizo.
ALA DE ALONDRA — gata atigrada marrón pálido.
CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.
PATAS LEVES — gato negro con una mancha blanca en el pecho.
GARRA DE AVENA — macho atigrado marrón claro.
MANTO DE PLUMAS — gata gris atigrada.
BIGOTES ULULANTES — gato gris oscuro.
COLA BRECINA — gata atigrada marrón claro de ojos azules.
FRONDA RAYADA — gata gris atigrada.
ALA MOTEADA — gata marrón moteada.
NUBE DE HUMO — gata gris.

VETERANOS

COLA BLANCA — pequeña gata blanca.
NARIZ DE BIGOTES — gato marrón claro.

CLAN DEL RÍO

LÍDER

ESTRELLA VAHARINA — gata gris azulado de ojos azules.

LUGAR-TENIENTE

JUNCAL — gato negro.

CURANDE-RAS

ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

BLIMA — gata gris atigrada.

GUERREROS

AJENJO — gato gris claro atigrado.

APRENDIZA, ZARPA SUAVE (gata gris).

VESPERTINA — gata atigrada marrón.

APRENDIZ, ZARPA MOTEADA (gato gris y blanco).

COLA PALOMINA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA DE BRISA (gata blanca y marrón).

NARIZ MALVA — gato marrón claro atigrado.

PLUMA RIZADA — gata marrón claro.

LUZ DE VAINA — macho gris y blanco.

MANTO RELUCIENTE — gata plateada.

APRENDIZA, ZARPA NOCTURNA (gata gris oscuro).

COLA DE LAGARTIJA — gato marrón claro.

MANTO REFUGIADO — gata negra y blanca.

NUBE DE ESTORNUDOS — gato gris y blanco.

APRENDIZ, ZARPA DE LIEBRE (gato blanco).

MANTO DE HELECHOS — gata carey.

APRENDIZ, ZARPA DE AULAGA (gato blanco con orejas grises).

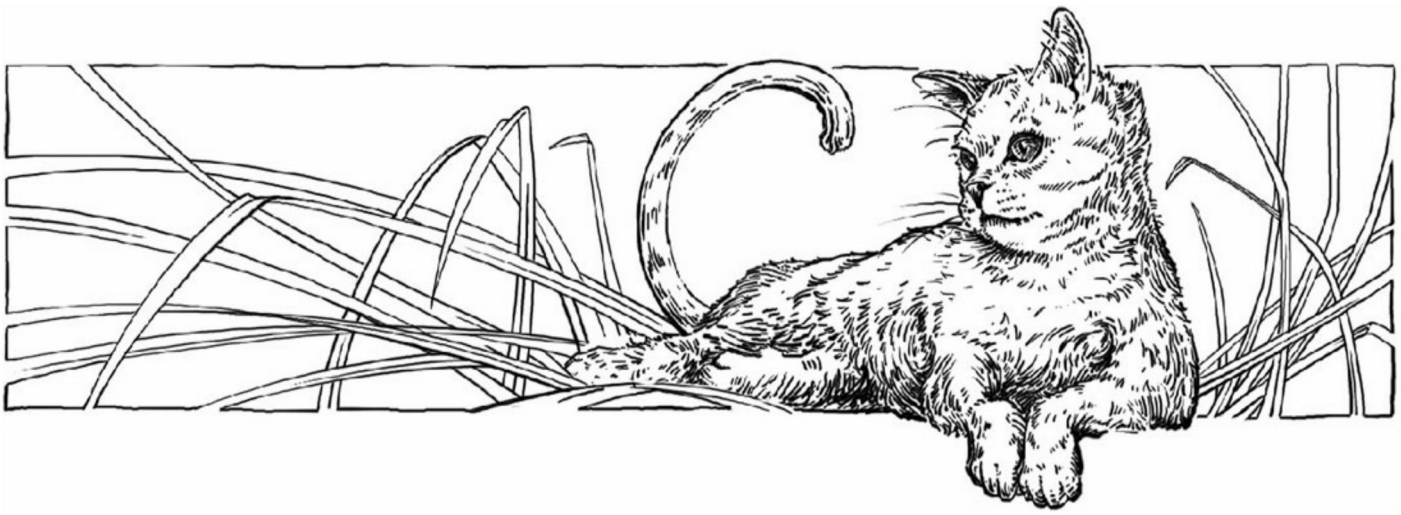
GARRA DE ARRENDAJO — macho gris.

NARIZ DE BÚHO — gato marrón atigrado.

NÍVEA — gata blanca de ojos azules.

VETERANOS

MUSGOSA — gata blanca y carey.



Capítulo 1

—Respira profundo —maulló Hoja Sombría—. ¿Qué puedes oler?

Zarpa Manchada abrió la boca, dejando que el aire le bañara la lengua mientras trataba de distinguir los diferentes aromas.

—El arroyo —contestó confiada, flexionando sus manchadas patas grises y blancas al borde del agua mientras miraba su superficie—. Pastos marinos. Campañol. Conejo. —Inhaló otra vez, arrugando la nariz ante el terroso olor de otro Clan—. Y el Clan del Viento. ¿Es cierto que duermen afuera en el pasto en lugar de dormir en guaridas?

—Ahora mismo solo hablaremos de las fronteras de los Clanes —le maulló pacientemente su mentora—. Bien hecho, Zarpa Manchada. Este arroyo es parte de nuestra frontera con el Clan del Viento. ¿Sabes decirme en dónde exactamente marcaron sus límites?

Zarpa Manchada volvió a olfatear el aire.

—No estoy segura.

El aroma del otro Clan estaba en todas partes, pero no podía identificar lugares en específico que hubiesen marcado. Simplemente le llegaba desde el otro lado del agua. Miró por el rabillo del ojo a Zarpa de Tallo y a su mentora, Pétalo de Rosa. El otro aprendiz la alentó con un gesto de la cola.

—Las fronteras son aun más importantes cuando son difíciles de distinguir —Hoja Sombría le dijo—. Confusiones respecto a quién le pertenece qué territorio pueden terminar en conflictos. No queremos acercarnos demasiado.

Pétalo de Rosa también saboreó el aire.

—No parece que el Clan del Viento haya marcado sus fronteras desde que llovió —le comentó a Hoja Sombría—. Ahora mismo podría ser muy difícil para Zarpa Manchada y Zarpa de Tallo distinguirlas.

Ambas, Hoja Sombría y Pétalo de Rosa, olfatearon pensativamente, y luego se giraron la una hacia la otra para comenzar una discusión en voz baja. Zarpa Manchada movió las patas con impaciencia y esponjó su espeso pelaje. Hoja Sombría *siempre* se tomaba un buen rato para considerar cualquier sugerencia que le hicieran. ¿Por qué no podían simplemente seguir?

Zarpa Manchada se acercó al arroyo. La tierra bajo sus patas estaba embarrada, y volvió a mirar a Zarpa de Tallo. El aprendiz blanco y naranja estaba mirando hacia otro lado, a sus mentoras, y Zarpa Manchada sintió una fuerte ráfaga de anhelo. «*Mírame*». Zarpa de Tallo era unas lunas mayor que Zarpa Manchada y sus hermanos; de cachorra había observado con envidia como a él y a los demás aprendices les enseñaban a pelear, cazar y patrullar, siguiendo a sus mentores al entrar y salir del campamento para tareas importantes mientras ella estaba encerrada en la maternidad. Y ahora, finalmente, *ella* era una aprendiza también. Quería que Zarpa de Tallo la notara. Quería que él quisiera ser su amigo.

—Zarpa de Tallo —susurró—. Hey, Zarpa de Tallo. ¿Qué tanto crees que pueda acercarme al territorio del Clan del Viento?

Zarpa de Tallo inclinó la cabeza, entrecerrando sus verdes ojos.

—¿A qué te refieres?

Zarpa Manchada se acercó aun más. Ahora sus dedos estaban tocando el arroyo, mojándose y enfriándose.

—Bueno —maulló—, si no podemos oler en dónde están las marcas fronterizas del Clan del Viento, entonces no sabemos exactamente dónde está la frontera, ¿no?

—Cierto —coincidió Zarpa de Tallo.

—Si ellos no mantienen sus marcas fronterizas frescas, no es *nuestra* culpa si las cruzamos. Quizá han movido la frontera desde la última vez que una de nuestras patrullas pasó por aquí. —Zarpa Manchada levantó una pata y se estiró, llegando hasta el otro lado del estrecho arroyo. Sus dedos rozaban por lo justo la otra orilla—. Quizá la frontera ahora está por aquí.

—*¡Zarpa Manchada!* —siseó Hoja Sombría, y la aprendiza sacudió la pata hacia atrás, al lado del Clan del Trueno del arroyo. Su mentora la fulminaba con la mirada, con el pelaje carey erizado de rabia—. Esto no es una broma —maulló mordaz—. Con todos los problemas por territorio

entre el Clan del Cielo y el Clan de la Sombra, lo último que necesitamos es que una aprendiza del Clan del Trueno intente iniciar una pelea con el Clan del Viento.

—¡No estoy intentando iniciar una pelea! —aulló Zarpa Manchada. ¡Ella solo estaba jugando un poco!

—¿Ah, no? —La mirada de Hoja Sombría era fría—. En ese caso, claramente no estás pensando en absoluto. Tienes que mostrar respeto, y necesitas tomar a los otros Clanes en serio. Yo no te enseño estas cosas solo por placer, ¿sabes? Fueron aprendices que no seguían el código los que llevaron a la caída del Clan de la Sombra, y *eso* llevó a Cola Oscura al poder.

Zarpa Manchada se encogió, sintiéndose diminuta bajo su pelaje. Había sido demasiado pequeña para saber todo lo que había pasado cuando el peligroso proscrito Cola Oscura se había apoderado del Clan de la Sombra, pero sabía que habían muerto gatos, y había oído historias acerca de guerreros aterrorizados que huyeron de él y se escondieron con el Clan del Trueno. No quería ser responsable de que algo así volviera a suceder. Pero… «*Espera*». ¿Cola Oscura se había apoderado de un Clan entero porque *los aprendices no habían escuchado a sus mentores*? El manto de Zarpa Manchada se erizó de indignación. Eso era *muy* difícil de creer.

Pétalo de Rosa interrumpió antes de que ella pudiera responder.

—No seas tan dura con ella —ronroneó la gata de pelaje color crema oscuro—. Estos aprendices no saben cómo era la vida antes de que Cola Oscura llegara. Son demasiado jóvenes. ¿Cómo podrían entender cómo deben ser las cosas?

Zarpa Manchada se puso rígida, más indignada que nunca. Sí, se había portado mal. Debería haber resistido el impulso de jugar cuando su mentora estaba tratando de enseñarle algo importante. Y debería haberse tomado la frontera con el Clan del Viento más en serio. Pero no lo había hecho porque no *supiera*. ¡Prefería meterse en problemas antes que ser tratada como una cría ignorante!

—Ya sé… —comenzó, pero Hoja Sombría le habló por encima.

—Tienes razón —le dijo a Pétalo de Rosa—. Vamos a tener que enseñarles *todo*. —Aún solemne de desaprobación, le dio la cola a la frontera—. Vamos.

Zarpa Manchada miró a Zarpa de Tallo, que la estaba mirando con los ojos brillantes de curiosidad. Levantando las orejas, ella imitó la mirada no impresionada de Hoja Sombría, y puso los ojos en blanco.

—Vamos, Zarpa de Tallo —maulló, intentando igualar el tono de desaprobación de su mentora—. Vamos a tener que aprender *todo*.

Zarpa de Tallo soltó un ronroneo contenido de risa, y las patas de Zarpa Manchada se sintieron más livianas cuando pasó a su lado. ¡Zarpa de Tallo creía que era graciosa!

De vuelta en el campamento, Zarpa Manchada le llevó un par de ratones a los veteranos, que estaban tomando el sol afuera de su guarida.

Mili olfateó uno de ellos, dudosa.

—¿Está fresco? —preguntó—. No quiero carroña que ha pasado todo el día ahí tirada.

A su lado, Látigo Gris movió la cola.

—Vimos a Ramaje de Ramitas traer estos al campamento hace un rato cuando trajo a su patrulla. —Sacó una pata y agarró el otro ratón—. Gracias, Zarpa Manchada, mi estómago ha estado gruñendo como un tejón.

Mili resopló.

—No dejes que te engañe. Zarpa de Mosca le trajo un campañol más temprano. No tiene hambre; simplemente es glotón.

Látigo Gris golpeó de manera juguetona a su pareja mientras Zarpa Manchada ronroneaba de risa.

Cuando ambos veteranos se acomodaron para comer, la aprendiza eligió un gorrión para sí misma y fue a comer afuera de la guarida de los aprendices. Los huesos de la presa crujieron de manera satisfactoria bajo sus dientes. Tras haber dejado atrás la frontera del Clan del Viento, Pétalo de Rosa y Hoja Sombría los habían llevado por los límites de todo el territorio del Clan del Trueno, haciéndolos oler las diferentes marcas fronterizas, por lo que estaba *muriendo de hambre*.

Zarpa de Tallo se sentó a su lado, y ella le acercó el gorrión.

—Come un poco —ofreció.

—Gracias. —Zarpa de Tallo dio un mordisco, mirándola por el rabillo del ojo. Tragó, y luego maulló—: Yo creo que fuiste valiente al acercarte tanto al territorio del Clan del Viento.

—*¿En serio?* —preguntó Zarpa Manchada, fascinada—. Hoja Sombría actuó como si una aprendiza poniendo un dedo sobre la frontera fuese a llevar a una batalla.

Miró el campamento a su alrededor, revisando que ninguno de sus compañeros de Clan estuviera al alcance del oído. Afuera de la guarida de los curanderos, Glayo estaba tomando el sol, y Zarpa Manchada lo ojeó con sospecha, sabiendo lo agudo que era el oído del curandero. Bajando la voz, murmuró:

—Siempre supe donde estaban las marcas fronterizas. Solo estaba *fingiendo*.

Los ojos de Zarpa de Tallo se abrieron en grande.

—¡Eres tan rebelde! —maulló él, ronroneando de risa—. ¿No te preocupa meterte en problemas?

—¿Realmente importa? —preguntó despreocupadamente la atigrada manchada—. Los guerreros mayores actúan muy serios todo el tiempo. Necesitan divertirse un poco.

Le temblaba el manto de orgullo emocionado. «*¡Zarpa de Tallo cree que soy valiente y rebelde!*».

El otro aprendiz miró el claro a su alrededor, pensativo. Zarpa Manchada siguió su mirada. Látigo Gris y Mili habían vuelto a la guarida de los veteranos. Esquiruela y Estrella Zarzosa estaban conversando al otro lado del montón de carne fresca, mientras Corazón de Aliso estaba poniendo hierbas a secar detrás de su guarida. Betulón estaba liderando una patrulla de caza fuera del campamento, todos tenían las colas en alto. El campamento estaba ocupado, todos cumplían con sus obligaciones.

—Creo que tienes razón —Zarpa de Tallo le dijo—. Quizá sea por todos esos problemas con Cola Oscura y el Clan de la Sombra que Hoja Sombría mencionó antes. Los guerreros se preocupan mucho de que vuelvan a pasar cosas malas.

Zarpa Manchada sintió un escalofrío, de repente helada ante la idea de su pacífico claro siendo invadido. Gatos habían *muerto* cuando Cola Oscura había reinado el Clan de la Sombra. Se armó de valor, imaginándose a sí misma clavándole las garras a un enemigo.

—Tienen razón en que tenemos que luchar si otro gato como Cola Oscura llegara al lago —maulló—. Pero estaríamos listos. No nos dejaríamos engañar por un proscrito malvado como lo hizo el Clan de la Sombra. *Yo* no me dejaría.

Zarpa de Tallo resopló.

—No estoy seguro de que seas un gran desafío para un gran proscrito malvado. Al menos no mientras sigas siendo una aprendiza.

—¡Soy valiente! —Zarpa Mancha esponjó su pelaje, tratando de parecer más grande—. Mira lo que hice hoy. Fui derecho a la frontera del

Clan del Viento, incluso cuando Hoja Sombría me dijo que no lo hiciera. ¡*Nací* siendo valiente!

—¡Qué cerebro de ratón! —Una voz mordaz provino desde detrás de ellos, y ambos se giraron rápidamente. Zarpa de Caracola, uno de los hermanos de Zarpa de Tallo, estaba de pie junto a su mentor, Látigo de Abejorro, mirando fijamente a Zarpa Manchada—. No puedes pelear contra proscritos —le dijo el aprendiz con desdén—. Eres demasiado pequeña. Has sido una aprendiza por, no sé, dos amaneceres.

A su lado, Látigo de Abejorro los miraba con los ojos entrecerrados de desaprobación. Zarpa Manchada lo ignoró y le mostró los dientes a Zarpa de Caracola.

—Yo ya soy más dura que tú.

Zarpa de Caracola no le agradaba ni de cerca lo tanto que le agradaba Zarpa de Tallo. Cuando ella y sus hermanos de camada todavía estaban en la maternidad, él siempre presumía que los aprendices eran mucho más importantes que los cachorros. Y ahora que ella también era una aprendiza, él *seguía* creyéndose mejor.

—Ser duro no es el punto —le recordó Látigo de Abejorro—. Ningún buen aprendiz desobedecería a su mentor a propósito. El Clan del Trueno necesita guerreros fuertes y honorables, no rebeldes. —Movió la cola desdeñosamente—. Vamos, Zarpa de Caracola.

Dando azotes con la cola, caminó hacia la entrada del campamento, con su aprendiz a su lado.

Zarpa Manchada los vio irse, mientras le temblaban los bigotes de indignación. «¡Sí *soy una aprendiza de guerrera fuerte y honorable!*». Pero, ¿no podía también divertirse un poco? Mientras Látigo de Abejorro y Zarpa de Caracola abandonaban el campamento, Zarpa Manchada empezó a sentirse ligera de emoción nuevamente: tenía una idea.

—Vamos a seguirlos —le susurró a Zarpa de Tallo.

Él pareció confundido.

—¿Para qué?

—¿No quieres saber lo que le están enseñando a los otros aprendices? —le preguntó—. ¿Y si Látigo de Abejorro le está enseñando a Zarpa de Caracola algo que nosotros no sabemos?

Zarpa de Tallo dudó.

—No creo que deberíamos espiar a nuestros compañeros —maulló.

—No es espiar —Zarpa Manchada le dijo. ¿Lo era? No realmente. «*Solo es una aventura*»—. Debemos aprender todo lo que podamos, ¿no? No nos meteremos en problemas por querer aprender.

—Supongo que no. —Los ojos verdes de Zarpa de Tallo comenzaron a brillar de emoción—. Apuesto a que podemos ser lo suficientemente sigilosos para que Látigo de Abejorro no nos atrape observándolo. Pétalo de Rosa me ha enseñado mucho sobre acechar presas.

Cuando se pusieron de pie, revisaron que ninguna de sus mentoras los estuviera viendo. Pétalo de Rosa y Hoja Sombría estaban conversando con Rosella y Caída de Cereza al otro lado del claro. Silenciosamente, Zarpa Manchada se dirigió hacia la entrada del campamento, con Zarpa de Tallo detrás. Mientras pasaba por el túnel de espinas, la gata gris y blanca sintió un estremecimiento de emoción. Ahora que era una aprendiza, ¡podía abandonar el campamento siempre que quisiera!

Para cuando salieron del campamento, no había señal alguna de Látigo de Abejorro y Zarpa de Caracola.

—¿Sientes su olor? —maulló Zarpa de Tallo, olfateando.

Zarpa Manchada saboreó el aire y luego el suelo, los familiares aromas del bosque y de sus compañeros de Clan le llenaron la nariz.

—Se fueron por aquí.

Caminaron en silencio bajo robles y alisos, manteniéndose en las sombras tanto como podían. Zarpa Manchada pudo oír diminutos rasguños de ratones debajo de algunos helechos mientras pasaban, pero los ignoró: estaban en una misión rastreando a Látigo de Abejorro y Zarpa de Caracola, no en una patrulla de caza.

El rastro oloroso los llevó a un claro musgoso en donde los aprendices entrenaban a menudo, y mientras se acercaban al claro, Zarpa Manchada pudo oír la voz de Látigo de Abejorro. Se detuvo, tocándole el lomo a Zarpa de Tallo con la cola.

—Escucha.

—Estira las patas hacia atrás para que estén justo debajo de tus hombros —estaba diciendo Látigo de Abejorro—. Saltarás más alto de esa forma.

—¿Así? —preguntó Zarpa de Caracola.

Zarpa Manchada se adelantó para asomarse junto a un abedul. Látigo de Abejorro le estaba tocando la parta trasera de la pierna a Zarpa de Caracola para que el aprendiz deslizara la pata delantera izquierda hacia adelante.

—Mucho mejor —maulló él.

Zarpa Manchada se adelantó otro ratón de distancia, estirando el cuello para poder ver mejor la postura de caza de Zarpa de Caracola. Una

hoja crujió bajo su pata y se congeló, pero ni Látigo de Abejorro ni su aprendiz levantaron la mirada, demasiado absortos en la lección.

—Látigo de Abejorro se queja de que *nosotros* no somos guerreros fuertes, y él ni siquiera está prestando atención a su alrededor —le susurró a Zarpa de Tallo, que estaba detrás suyo.

—Me alegra que no lo esté —Zarpa de Tallo le susurró en respuesta.

Zarpa Manchada dio un azote con la cola. ¡Látigo de Abejorro *debería* estar prestando atención!

—Está tan concentrado enseñándole a Zarpa de Caracola, que un tejón podría emboscarlo y ni siquiera lo escucharía acercándose —murmuró.

—¡Verdad! *Él* es el que necesita trabajar en ser un mejor guerrero —el aprendiz blanco y naranja coincidió.

En silencio, Zarpa Manchada se acercó otra cola de distancia.

—Voy a enseñarle una lección —decidió—. Le servirá.

—¿Qué? —siseó Zarpa de Tallo—. ¡Zarpa Manchada, vuelve!

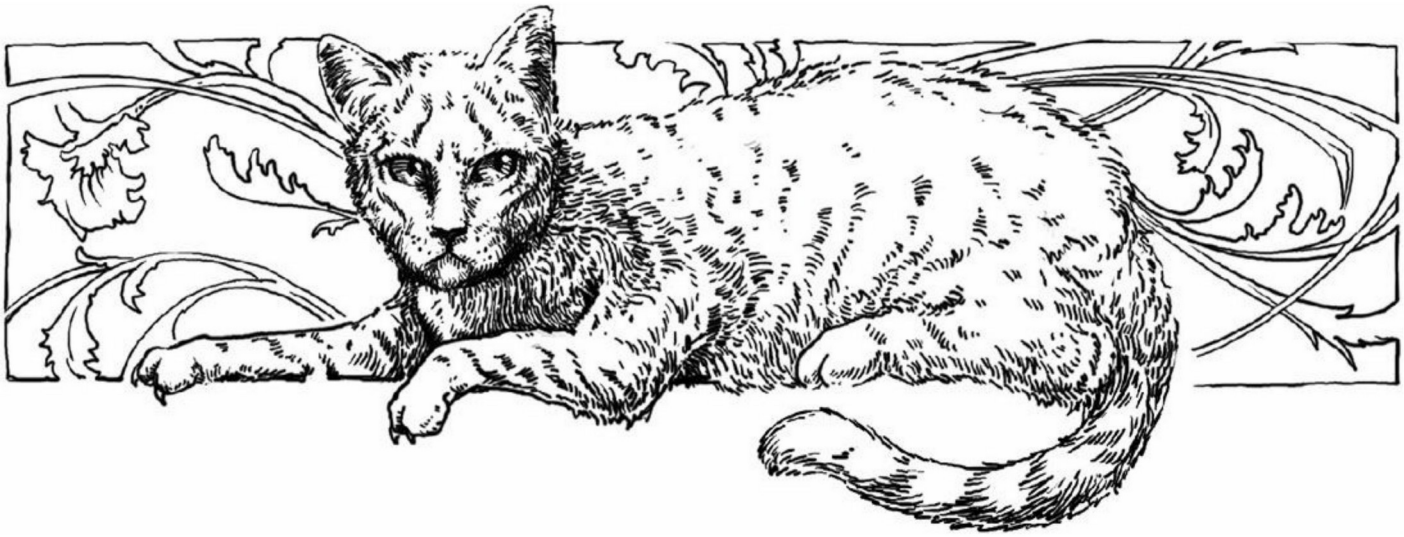
Pero ya se estaba deslizando hacia adelante, tratando de recordar todo lo que Hoja Sombría le había enseñado en su primera lección sobre acechar presas. Se pegó al suelo, el pelo de su vientre apenas rozaba el pasto, y apoyó cada pata cuidadosa y silenciosamente, con los músculos de las piernas tensos y listos para saltar. «*Espero que Zarpa de Tallo esté mirando*». Realmente quería que notara lo audaz y talentosa que era ella, aunque no había sido una aprendiza por tanto tiempo como él.

Látigo de Abejorro no se giró.

«*Le saltaré a la espalda, pero me aseguraré de tener las garras envainadas* —pensó la aprendiza—. *Eso le enseñará a mantener las orejas aguzadas*».

Látigo de Abejorro iba a estar tan avergonzado de que una aprendiza lo hubiera sorprendido. Zarpa Manchada respiró profundamente, con el pecho apretado de emoción, y comenzó a correr. Mientras se lanzaba a su mejor salto, el guerrero se giró en un borrón de pelaje gris claro. Antes de que Zarpa Manchada supiera lo que estaba pasando, la había arrancado del aire y azotado contra el suelo, dejándola sin aliento. Zarpa Manchada jadeó, con los ojos nublados de pánico, incapaz de hablar. Látigo de Abejorro parecía enorme sobre ella, con los dientes al descubierto y las garras desenvainadas, filosas y mortales por encima de su cuello.

—¡Espera! —resolló—. ¡Soy yo! Solo estaba *jugando*.



CAPÍTULO 2

—Jamás había visto a ningún aprendiz comportarse de esta forma. Deberías estar avergonzada. —Látigo de Abejorro fulminaba con la mirada a Zarpa Manchada mientras caminaba a su lado, demasiado asustada como para responder.

Con las garras afuera y sus amarillos ojos encendidos, había parecido que Látigo de Abejorro iba a *matarla*. Nunca había visto al gato, usualmente tranquilo, de esa manera. Si lo hubiera hecho, nunca se habría atrevido a atacarlo, ni siquiera jugando.

—Ella solo estaba… —Zarpa de Tallo trató de hablar, pero Látigo de Abejorro lo interrumpió.

—Y *tú* deberías haberla detenido. Deberías dar un buen ejemplo a los nuevos aprendices, no alentar sus ideas de cerebro de ratón.

«*No fue culpa de Zarpa de Tallo*». El estómago de Zarpa Manchada se sintió pesado de culpa: *Sí* había intentado detenerla. ¿Qué pensaría de ella ahora que su idea lo había metido en problemas? Pero se quedó en silencio mientras el guerrero los hacía pasar a ambos por el túnel de espinas, con Zarpa de Caracola detrás.

—Cerebros de ratón —susurró el aprendiz.

Cuando entraron al campamento, parecía que los ojos de todos estaban en ellos. Zarpa Manchada era miserablemente consciente de cómo se veían, caminando como prisioneros con Látigo de Abejorro mirándolos con el ceño fruncido a los dos.

—Parece que los aprendices están en problemas —ronroneó Nimbo Blanco, sonando divertido.

Zarpa Manchada encorvó los hombros y rápidamente se lamió el pecho, acalorada y avergonzada bajo su pelaje.

—¿Qué está pasando? —Hoja Sombría se apresuró hacia ellos, con Pétalo de Rosa detrás—. Zarpa Manchada, ¿qué has estado haciendo?

—No pretendía hacerlo enojar —murmuró la aprendiza, mirándose las patas.

—Ella y Zarpa de Tallo fueron a espiar el entrenamiento de Zarpa de Caracola; y luego Zarpa Manchada me atacó —Látigo de Abejorro le dijo a Hoja Sombría bruscamente.

Varios de los gatos del claro jadearon.

—¿Te *atacó*? —Caída de Cereza preguntó.

—¡Solo estaba jugando! —aulló Zarpa Manchada, por la que parecía la centésima vez. ¿Por qué todos se tomaban esto tan en serio?

—No queríamos hacer daño, en serio —Zarpa de Tallo maulló, cabizbajo—. Queríamos ver lo que Zarpa de Caracola estaba aprendiendo, y luego… nos dejamos llevar.

«*Quiere decir que* yo *me dejé llevar*». Zarpa Manchada miró agradecida al otro aprendiz por el rabillo del ojo. «*Pero aun así me está defendiendo*».

Látigo de Abejorro volvió a hablar, le temblaron los bigotes de rabia.

—¡¿Qué clase de mentoras son ustedes?! —ladró, girándose hacia Hoja Sombría y Pétalo de Rosa—. Los otros aprendices no actúan así.

Zarpa Manchada sofocó un jadeo. ¡No había querido que nadie se enojara con Hoja Sombría!

—Nos escabullimos del campamento —confesó ella, sintiéndose desesperada—. No es culpa de Hoja Sombría ni de Pétalo de Rosa.

—Cállate, Zarpa Manchada —la interrumpió su mentora bruscamente. Asintió a Látigo de Abejorro—. Nos aseguraremos de que no vuelva a ocurrir.

—Será mejor que no —gruñó el atigrado de rayas negras. Se alejó, con la cola aún crispada, y Zarpa de Caracola se apresuró a seguirlo.

Hoja Sombría y Pétalo de Rosa guiaron a sus aprendices al borde del claro.

—Estoy muy decepcionada de ambos —maulló la gata carey.

—No importa cuáles eran sus intenciones, este comportamiento es completamente inaceptable —Pétalo de Rosa añadió con severidad.

Zarpa Manchada se erizó y abrió la boca para protestar. Aunque las cosas habían salido terriblemente mal, no habían hecho nada *tan* malo.

Nadie había salido herido. Y Zarpa de Tallo realmente no se merecía estar en problemas.

—Lo único que debería salir de sus bocas en este instante es una disculpa —Hoja Sombría advirtió, pareciendo aun más enojada.

Zarpa Manchada encorvó los hombros. ¿Por qué nadie la escuchaba?

—Lo siento —murmuró.

—Yo también lo siento —Zarpa de Tallo añadió, sonando mucho más sincero de lo que Zarpa Manchada se sentía.

—Como castigo —comenzó Hoja Sombría—, los dos…

Pétalo de Rosa se aclaró la garganta.

—Me parece que deberíamos castigarlos por separado —maulló—. Está claro que son malas influencias el uno para el otro. —Se giró hacia su aprendiz, quien la miraba con los ojos verdes horrorizados—. Zarpa de Tallo, quiero que pases la próxima media luna haciendo tareas para los curanderos. Busca hierbas, reúne telarañas… lo que sea que necesiten. Hablaré con Hojarasca Acuática y los demás al respecto.

Zarpa Manchada arrugó la nariz. Glayo era demasiado mandón, se alegraba de no tener que pasar media luna siguiendo sus órdenes. Al menos no sola. Habría sido divertido con Zarpa de Tallo.

—Zarpa Manchada, vas a ser responsable de mantener ordenada la guarida de Estrella Zarzosa durante la próxima luna —Hoja Sombría le dijo bruscamente—. Puedes hacerle un lecho limpio todos los días y llevarle carne fresca. Se lo haré saber.

Eso no sonaba *tan* mal, incluso si iba a ser castigada por el doble de tiempo que Zarpa de Tallo. Había sido su idea, después de todo.

Zarpa de Tallo le dio un codazo.

—Al menos aún vamos a entrenar juntos —murmuró él.

—Oh, no lo creo —Pétalo de Rosa maulló—. Creo que ambos van a aprender mejor por separado.

—¡Eso no es justo! —protestó Zarpa Manchada. «*¡Apenas podré pasar tiempo con Zarpa de Tallo!*».

—Estaremos bien —añadió el gato blanco y naranja, y miró suplicante a su mentora, pero Pétalo de Rosa se limitó a enroscar la cola alrededor de sus patas.

—Ya puedes empezar a portarte bien —le dijo—. Ve a preguntarle a Corazón de Aliso si le gustaría que le cambies el musgo del lecho.

Hoja Sombría miró hacia la entrada de la guarida de Estrella Zarzosa, en donde el líder del Clan estaba inmerso en una conversación con

Leonado y Esquiruela, y claramente decidió que no era un buen momento para interrumpirlo.

—Zarpa Manchada, ve a la guarida de los aprendices y piensa en lo que has hecho —le maulló, cansada.

El pelaje a lo largo de los hombros de la aprendiza se erizó mientras se dirigía hacia la guarida. Había estado tan emocionada por abandonar la maternidad y mudarse con los otros aprendices, pero ahora la cueva vacía se sentía húmeda y solitaria. Los demás estaban fuera, aprendiendo técnicas de caza o explorando el territorio, y ella estaba sola.

Se metió en su lecho al borde de la guarida y comenzó a dar vueltas. El musgo debajo de ella se sentía grumoso y seco.

—No es justo —murmuró.

«*Látigo de Abejorro solo estaba avergonzado porque fui capaz de sorprenderlo. ¡Debería estarlo! ¿Qué clase de guerrero no oye a una aprendiza acercándosele?*». Ahora estaba en problemas. Iba a ser castigada por una *luna entera*. Y ella y Zarpa de Tallo no iban a poder entrenar más juntos. Zarpa Manchada dejó caer la cabeza en sus patas, hecha una mezcla de enojo y tristeza por dentro.

—¿Zarpa Manchada?

Sus padres estaban asomándose por la entrada de la guarida.

—Oímos lo que pasó —Carbonera maulló con gentileza cuando ella y Leonado entraron en la guarida.

Zarpa Manchada se sentó en su lecho.

—Látigo de Abejorro no estaba poniendo atención —les dijo, las palabras tropezaban las unas con las otras en su afán por expresarlas—. Si yo pude sorprenderlo, cualquiera podría hacerlo. Un gato del Clan de la Sombra, o un proscrito, ¡o incluso un tejón! *Él* debería estar en problemas.

Leonado se sentó en el lecho junto a su hija con un suspiro.

—Estoy decepcionado de ti —le dijo, con los ojos ámbar fijos en los suyos—. Creí que eras más inteligente.

A Zarpa Manchada se le abrió la boca. Luego de un momento de silencio, gruñó.

—Látigo de Abejorro es el que no fue inteligente. Debería haber estado alerta por si alguien se acercaba. —El silencio se alargó, y le fue difícil mirar a cualquiera de sus padres. Incómoda, movió las patas en el musgo que cubría su lecho—. ¿O no? —preguntó al fin.

Carbonera apretó su cálido manto atigrado contra el costado de la aprendiza.

—Quizá —coincidió—. Tienes razón en que es importante estar alerta. —Luego añadió—: Pero es más importante ser leal a tu Clan.

—*Soy* leal —maulló Zarpa Manchada, furiosa.

—Haber interrumpido la lección de Zarpa de Caracola no fue leal —le dijo Leonado—. El entrenamiento de un aprendiz es importante para todo el Clan. Si Zarpa de Caracola no aprende lo que tiene que aprender, el Clan del Trueno sufrirá. ¿No es cierto?

Zarpa Manchada quería discutir. «*Zarpa de Caracola va a recibir mucho entrenamiento. ¡Una interrupción no va a marcar una diferencia!*». Pero su padre la estaba mirando con tanta severidad que solo inclinó la cabeza.

—Supongo.

—Látigo de Abejorro es un guerrero completamente entrenado —su madre añadió—. Es un excelente luchador. Tú eres una aprendiza recién nombrada. ¿Y si te hubiera lastimado antes de que se hubiese dado cuenta de quien eras? Esa es medio la razón por la que estaba tan enojado. Se estaba imaginando lo que *podría* haber pasado.

—Puedo cuidar de mí misma —protestó la atigrada manchada.

Incluso ante sus propios oídos, sonaba malhumorada y defensiva. Recordó el destello de los dientes y garras de Látigo de Abejorro por encima de ella y se sintió enferma. Había estado en peligro, lo sabía, pero no quería admitirlo.

—Si Látigo de Abejorro te hubiera lastimado, no solo habrías salido herida, sino que *él* habría sido menos confiado como luchador la próxima vez que algo le atacara inesperadamente —Leonado explicó—. Lo retendría el recuerdo de accidentalmente haber lastimado a una de sus compañeras de Clan cuando era solo una aprendiza.

—Y piensa en lo molesto que habría estado todo el Clan. ¿Un guerrero que lastimó a una aprendiza? Todos estarían horrorizados, y quizá incluso desconfiarían de Látigo de Abejorro —añadió Carbonera, con la voz suave pero certera—. Un Clan en el que los gatos no confían del todo en los demás es un Clan *débil*.

Zarpa Manchada se miró las patas, sintiéndose pesada y cansada de repente.

—No pensé en nada de eso.

Carbonera le restregó la mejilla contra la suya.

—Sabemos que no pretendías hacer nada que hiriera a tu Clan —le maulló—. Pero los guerreros buenos deben pensar en las consecuencias de sus acciones.

Leonado dejó caer la cola de manera reconfortante a lo largo de los hombros de Zarpa Manchada.

—Cuando Cola Oscura llegó al lago —le dijo, mientras sus ojos se oscurecían por el recuerdo—, llegó en un momento en el que los gatos del Clan de la Sombra no confiaban entre sí. Estrella de Serbal era un buen guerrero, pero fue un líder débil. Los aprendices desobedecían a sus mentores. Los gatos cuestionaban su liderazgo. Cola Oscura les ofreció una vida en la que no tenían que seguir el código, y algunos de los gatos del Clan de la Sombra lo escucharon. Eso puso en peligro primero al Clan de la Sombra, y luego a todos los Clanes.

—Pero eso no volverá a pasar —argumentó Zarpa Manchada.

Miró sus propias garras meterse y salir del musgo en el fondo de su lecho. Seguramente un poco de diversión no llevaría al Clan entero a un problema como Cola Oscura. ¿No?

—No, siempre y cuando todos los gatos del Clan se esfuercen por ser guerreros leales —Carbonera coincidió—. Y eso te incluye a ti.

—Sí quiero ser una guerrera leal. —Una punzada le atravesó el pecho. No había querido causar ningún problema *real*—. Pero soy solo una aprendiza.

—El Clan Estelar cuida de todos nosotros, incluso de los aprendices —maulló Leonado—. Ellos guiarán nuestras patas, pero tenemos que escucharlos. Una manera de hacer eso es siguiendo el código.

—Un Clan fuerte depende de guerreros fuertes —Carbonera añadió—. Cada guerrero que sigue el código pone el ejemplo para todos los demás guerreros. Eres una gata inteligente, Zarpa Manchada. Sé que puedes ser un buen ejemplo para los otros aprendices, y para los cachorros en la maternidad.

Zarpa Manchada inclinó la cabeza, dudosa.

—No soy un ejemplo. Soy de los aprendices más jóvenes. No creo que Zarpa de Caracola, Zarpa de Ciruela o la mayoría del resto de aprendices me escuche.

—Tus hermanos de camada prestan atención a todo lo que dices —le ronroneó Carbonera, alentadora—. Y Zarpa de Tallo te siguió directo a meterse en problemas.

«*¡Es cierto!*». El manto de Zarpa Manchada comenzó a hormiguear de emoción. «*Me siguió, aunque él es mayor*». Podía imaginarse a los otros aprendices mirándola con respeto mientras se convertía en la mejor cazadora y luchadora, aprendiendo todo lo que el Clan podía enseñarle y obedeciendo el código a la perfección. Vertiginosamente, se imaginó a sí

misma como líder algún día, con todo el Clan del Trueno siguiéndola. Ella no sería una líder débil. Sería tan fuerte como Estrella Zarzosa, tan fuerte como Estrella de Fuego.

—Lo haré —anunció, sentándose derecha con determinación—. Seré buena.

Hoja Sombría le dedicó a su aprendiza un gesto de aprobación mientras entraban al campamento.

—Buen trabajo patrullando, Zarpa Manchada —ronroneó.

Una calidez se esparció por su pecho. Había puesto cuidadosa atención a todo lo que Hoja Sombría le había enseñado, y había sido la primera en avistar a una patrulla del Clan de la Sombra en el otro lado de la frontera.

Habían pasado tres amaneceres desde que se había metido en problemas, y Zarpa Manchada se había esforzado mucho para ser una buena aprendiza, para ser la *mejor* aprendiza. Todavía tenía que limpiar la guarida del líder, pero se daba cuenta de que su mentora ya no estaba enojada con ella, y Carbonera le había lamido las orejas esa misma mañana mientras le decía lo orgullosa que estaba.

Cuando los demás gatos de la patrulla se esparcieron por todo el campamento (Hoja Sombría hacia la guarida de los guerreros; Zarpa de Ciruela y su mentor, Ratonero, hacia el montón de carne fresca) Zarpa de Tallo levantó la mirada desde el rincón soleado donde se había estado acicalando el pelo.

—Hey, Zarpa Manchada —la llamó él—. ¿Quieres compartir un campañol?

«*Supongo que tengo hambre…*». Zarpa Manchada dio unos pasos hacia él, pero luego cambió de opinión. Era más importante ser una buena aprendiza que pasar tiempo con Zarpa de Tallo. Y aún no había terminado sus tareas.

—Tengo que cambiar el lecho de Estrella Zarzosa —maulló a modo de disculpa.

Zarpa de Tallo movió las orejas en señal de aceptación, pero ella creyó verlo un poco decepcionado. Excepto por algunas palabras intercambiadas en la guarida de los aprendices, apenas habían tenido la oportunidad de hablar desde que se habían metido en problemas.

Zarpa Manchada mantuvo la cola alta mientras trepaba por las rocas caídas hacia la guarida del líder, orgullosa por ser tan responsable. Adentro, el musgo fresco con el que había forrado el lecho de Estrella Zarzosa el día anterior yacía arañado y esparcido, como si el líder hubiera salido corriendo del lecho, apresurado. Enganchando una bola de musgo con las garras, comenzó a limpiar el suelo, lanzando musgo hacia la Cornisa Alta.

Estaba arrastrando otro montón de musgo afuera cuando Pequeño Volteado, seguido por sus hermanas Pequeña Erizada y Pequeña Clavelina, se le acercaron.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Limpiando la guarida de Estrella Zarzosa —Zarpa Manchada le dijo, y se enderezó para intentar lucir noble—. Parte de las tareas de un aprendiz es asegurarse de que todos tienen un lecho limpio y suave. Si nuestros compañeros de Clan duermen bien, serán mejores guerreros.

—Ajá. —Pequeña Clavelina miró el montón de musgo viejo, sacudiendo la punta de la cola con ansias—. ¿Podemos sacar un poco de esto para jugar?

—Sírvanse —ronroneó la aprendiza, y las tres crías se sumergieron en el musgo y comenzaron a batear pedazos de un lado a otro. Pequeña Clavelina se retorció sobre su lomo y lanzó una masa de musgo al aire—. Esperen, agarren un poco y listo. No lo esparzan por todos lados.

—Cachorros —Canción de Frondas llamó desde debajo—, dejen a Zarpa Manchada en paz. Tiene trabajo que hacer.

La aprendiza atigrada le dedicó una mirada agradecida cuando Pequeña Clavelina y Pequeño Volteado se pusieron de pie y bajaron brincando por las rocas hacia su padre, llevándose una bola de musgo.

Solo Pequeña Erizada se quedó un momento más, mirándola con sus ojos de color azul verdoso.

—Cuando sea una aprendiza, yo también voy a ayudar a mis compañeros de Clan —anunció—. Igual que tú.

Zarpa Manchada la miró, y luego ronroneó.

—Gracias —le contestó—. Estoy segura de que serás una gran aprendiza.

Se sentía cálida y feliz mientras ponía nuevo musgo fresco en el lecho de Estrella Zarzosa. «*Al final resultó ser fácil ser una buena influencia*».

—Oh, hola, Zarpa Manchada. —Estrella Zarzosa asomó su ancha cabeza atigrada por la entrada de la guarida.

—Holi.

Zarpa Manchada se miró las patas, sintiéndose tímida de repente cuando el líder del Clan del Trueno entró en su guarida. No había estado ahí antes mientras ella arreglaba su lecho, y no recordaba haber estado nunca a solas con él.

—Hiciste un gran trabajo —le dijo Estrella Zarzosa, mirando a su alrededor—. Lamento que estuviera hecho un desastre esta mañana. Estaba apurado.

—Está bien —la aprendiza maulló, incómoda—. Tienes muchas cosas que hacer.

—Aun así, recuerdo lo mucho que lleva limpiar los desastres de los demás. Cuando yo era un aprendiz, mi mentor, Estrella de Fuego (bueno, Corazón de Fuego cuando me volví su aprendiz), hacía un gran lío en la guarida de los guerreros. Todos los aprendices se quejaban —le dijo el líder.

—¿*Estrella de Fuego* fue tu mentor? —Zarpa Manchada preguntó, maravillada.

Estrella de Fuego había muerto antes de que ella naciera, pero había escuchado infinidades de historias sobre el enorme gato naranja. Había empezado siendo un minino casero y guió al Clan del Trueno en muchas batallas, para luego salvarlos del infame y traidor primer Estrella de Tigre, antes de liderar a los Clanes del bosque destruido a su nuevo territorio aquí en el lago, donde había luchado contra los malvados gatos muertos del Bosque Oscuro. Estrella Zarzosa debía de haber aprendido mucho de tal mentor.

—¿Él te enseñó a cómo ser líder?

—Bueno… —Estrella Zarzosa dudó—. Me enseño todo lo que un aprendiz necesita saber. Y yo he tratado de estar a la altura de la forma en que lideró al Clan.

—Claro.

Zarpa Manchada se imaginó a Hoja Sombría algún día volviéndose líder y siendo capaz de decir que ella había sido su aprendiza. No podría, Hoja Sombría era una buena guerrera, y una buena mentora, pero Zarpa Manchada no creía que ella *quisiera* ser líder.

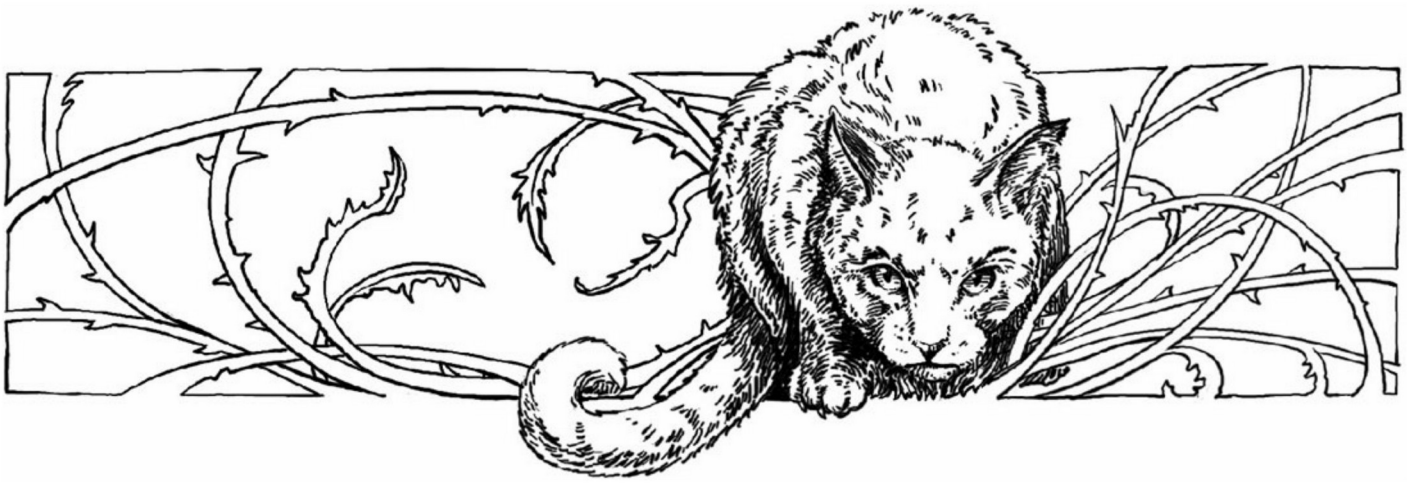
—Pero él siempre fue especial, ¿no?

Estrella Zarzosa miró hacia afuera, en donde los cachorros seguían dando vueltas bajo la atenta mirada de Canción de Frondas. Esquiruela estaba organizando una patrulla de caza, y Nimbo Blanco y Centella compartían lenguas mientras Ratonero y Zarpa de Ciruela dividían un gorrión.

—Estrella de Fuego hizo al Clan del Trueno lo que es hoy —maulló suavemente—. Siempre trataré de seguir su ejemplo. Espero ser la mitad del líder que él fue.

Zarpa Manchada lo miró con admiración. Incluso Estrella Zarzosa, que lideraba al Clan del Trueno tan sabiamente, quería ser un mejor líder y seguía el ejemplo de alguien más.

Sus padres tenían razón: Lo más importante era ser leal a tu Clan, seguir el código y ser un buen ejemplo. *Esa* era la manera de asegurarse de que el Clan permaneciera fuerte.



CAPÍTULO 3

El campamento del Clan del Trueno se inundó una luna después.

Había estado lloviendo por días, una lluvia sombría y regular que empapaba constantemente los pelajes de todos y volvía resbaladizo el suelo bajo sus patas. Zarpa Manchada podía oírla cayendo afuera mientras se enroscaba en su lecho en la guarida de los aprendices, con la nariz metida fuertemente bajo las patas. Su hermana Zarpa de Mosca se movió a su lado, y Zarpa Manchada abrió los ojos por un momento, parpadeando ante la tenue grisura que llegaba justo antes del amanecer antes de volver a cerrarlos. Una gota de lluvia cayó desde la entrada a la cueva, golpeando el borde de su lecho, y Zarpa Manchada se arrastró un poco más lejos, con los ojos aún cerrados.

El sonido de la lluvia se intensificó y, en el otro lado de la guarida, Zarpa de Águila gruñó en su lecho. Más lluvia azotó la entrada de la guarida, un ritmo relajante que instaba a Zarpa Manchada a hundirse nuevamente en un sueño.

Hasta que el musgo debajo de ella se sintió repentinamente frío y húmedo, impactándola y haciéndola abrir los ojos bien grande.

—¡Agh! —Se puso de pie de un salto, sacudiéndose agua del pelo.

—¡Cállate! —se quejó Zarpa de Mosca, y luego se revolvió hasta ponerse de pie—. ¿Por qué está mojado aquí dentro?

En la tenue luz, Zarpa Manchada pudo ver una corriente de agua que se ensanchaba y expandía por el suelo de la guarida. Ahora todos los aprendices estaban de pie, expresando su disgusto.

—Ha estado lloviendo mucho —Zarpa de Tallo maulló—. Veamos cómo está el resto del campamento.

Aullidos de protesta provenían de afuera, amortiguados por el ritmo constante de la lluvia.

Zarpa Manchada asomó la cabeza fuera de la guarida, para luego escurrirse entre los zarcillos de las zarzas que resguardaban la entrada, con Zarpa de Tallo detrás. Afuera, la lluvia caía con tanta fuerza que se sentía como si las patas de un guerrero enemigo le golpearan el lomo. El agua bajaba en cascada por las paredes de roca que rodeaban el campamento, dejando charcos de barro en el claro. Charca de Hiedra y Canción de Frondas discutían concentrados, acurrucados bajo la zarza que protegía la maternidad, mientras los cachorros se asomaban por entre sus piernas. Látigo Gris y Mili miraban desde la guarida de los veteranos, con ojos preocupados.

Carbonera apareció desde la guarida de los guerreros y corrió hacia los aprendices, salpicando agua con las patas.

—Estrella Zarzosa va a evacuar el campamento —les aulló por encima del ruido de la lluvia.

—¿Tan malo es? —Zarpa Manchada preguntó. El campamento estaba empapado, pero los charcos no eran profundos.

—Por si acaso —explicó Carbonera—. Quiere ir a un terreno más elevado. El campamento se inundó gravemente una vez, y todo el Clan quedó atrapado. —Miró más allá de Zarpa Manchada y Zarpa de Tallo, hacia los otros aprendices agrupados en la boca de su guarida—. ¡Quédense juntos! —Alzó la voz para que todos pudieran oírla—. Estrella Zarzosa nos guiará fuera cuando todos estén listos.

Se volvió y corrió hacia la guarida de curandería, donde los tres curanderos estaban apareciendo con montones de hierbas apretados en las mandíbulas. Esquiruela estaba reuniendo a los guerreros, mientras Dalia, Charca de Hiedra y Canción de Frondas sacaban a los cachorros de la maternidad.

Zarpa Manchada salió más al claro, y los charcos chapotearon sobre sus patas. «*El agua está subiendo rápido*», pensó, intranquila.

—Gatitos, quédense bajo nuestros vientres para no mojarse —oyó a Dalia instruir.

Ella, Charca de Hiedra y Canción de Frondas se enderezaron, estirando las piernas para hacer tanto espacio debajo suyo como fuera posible. Pequeña Erizada, Pequeña Clavelina y Pequeño Volteado salieron corriendo de la guarida y se refugiaron debajo de ellos, aunque la lluvia ya les empapaba el pelaje. Pequeña Erizada y Pequeña Clavelina parecían

emocionadas, pero Pequeño Volteado caminaba con la cola caída, y tenía los ojos bien abiertos de preocupación.

Más y más gatos se reunieron en el claro mientras Esquiruela y Carbonera corrían de una guarida a otra, revisando todos los lechos para asegurarse de que todos estaban listos para evacuar. Zarpa Manchada cambió el peso de una pata a la otra: El agua que le salpicaba las piernas estaba helada. Zarpa Quebrada se apretó contra ella, temblando.

—Esto es raro —murmuró.

Zarpa Manchada pudo ver miedo en los ojos de su hermano. Le pasó la cola por el lomo de manera reconfortante.

—Estaremos con el Clan y nos cuidaremos todos entre sí —maulló, con cuidado de no mostrar en su voz su propia ansiedad—. Todo va a estar bien.

Los hombros de Zarpa Quebrada se relajaron levemente, y Zarpa Manchada se dio cuenta de que ella también se sentía mejor: Reconfortar a su hermano la había hecho sentir más fuerte.

Parecía que ya todos los gatos del Clan del Trueno estaban en el claro, encorvados contra la lluvia, tensos y alerta. Estrella Zarzosa pasó a su lado, abriendo un camino con sus anchos hombros entre la multitud de gatos ansiosos.

—Clan del Trueno —maulló, lo suficientemente fuerte para que todos pudieran escucharlo por encima de la lluvia—, síganme. —Se metió en el túnel y el Clan del Trueno fluyó tras él.

Zarpa Manchada observó a sus compañeros de Clan pasar rápidamente a su lado, tocándose los hombros con las colas para mantenerse juntos, encarando la lluvia torrencial. No sabían exactamente a dónde iban, pero confiaban en que Estrella Zarzosa los llevaría allí. Zarpa Manchada también confiaba en él. Tenía frío y un poco de miedo, pero sabía, con la misma certeza con la que conocía el constante latido de su corazón, que Estrella Zarzosa cuidaría de ellos. Todo lo que debía hacer era seguir sus órdenes. Se encontró con la mirada de Hoja Sombría y obedientemente avanzó junto a los otros aprendices.

La lluvia caía con más fuerza que nunca, obstruyéndole la visión y llenándole las orejas con el ruido. Hundió las garras mientras vadeaba el barro hacia la entrada del campamento, intentando mantener el equilibrio. Pisó un bulto duro (una roca, quizá) con la pata, y tropezó hacia un lado. Algo suave interrumpió su caída con un chillido frenético. Zarpa Manchada bajó la mirada para ver a Pequeño Volteado inmovilizado debajo de ella, su pequeña cara mostraba terror. Estaba temblando.

—¡Perdón! —aulló. Tratando de apartarse del cachorro. Le llevó unos cuantos latidos de revolverse en el barro, salpicándolos a ambos, conseguirlo—. ¿Estás bien? ¿Dónde están tus padres?

Pequeño Volteado levantó la mirada y abrió la boca en un lloriqueo espantado.

—¡Me dejaron!

—No te habrían dejado a propósito —Zarpa Manchada le dijo de manera reconfortante.

Canción de Frondas era el padre más afectuoso en todo el Clan, pasaba la mayor parte de su tiempo en la maternidad con sus hijos, y Charca de Hiedra era una madre amorosa. Pero al ver a los gatos pasando a su lado, apresurados por salir del campamento, Zarpa Manchada se dio cuenta de cómo podrían haberse separado de Pequeño Volteado. La lluvia torrencial le difuminaba la visión, de modo que apenas podía distinguir a un gato de otro, y ahora que estaba apartada a un lado, no creía que alguno de ellos pudiera verla. Si un cachorro tropezaba o se quedaba atrás en lugar de permanecer a salvo debajo de su madre o padre, podrían dejarlo.

—¿Por qué no los seguiste? —preguntó ella, exasperada.

El maullido de Pequeño Volteado fue tembloroso.

—¡No *puedo*! ¡Estoy atorado!

—¿En serio? —Zarpa Manchada bajó la mirada. El agua que a ella le lamía las rodillas, al cachorro casi le llegaba al vientre. Él intentó moverse, y la aprendiza vio cómo sus cortas piernas se esforzaban. Tenía las patas envueltas en barro, demasiado pesadas como para permitirle moverse—. Debes haber pisado un pozo de barro —se dio cuenta—. No te preocupes, te ayudaré.

Deslizó las patas junto a las de él y empezó a arañar el barro. «*¡Puaj!*». Estaba frío y húmedo, y podía sentirlo pegado a la base de sus garras, coagulándose entre sus dedos. Echó las orejas hacia atrás, asqueada, y siguió rascando. Por el rabillo del ojo, cada vez veía menos gatos en el claro. «*¡Tenemos que apresurarnos!*».

—¡Listo! —declaró al fin—. Intenta sacar las patas.

Pequeño Volteado se esforzó, pero tan pronto como sacó una pata del barro, las otras se le hundieron aun más.

—Bien —decidió Zarpa Manchada—. Te tengo.

Inclinándose hacia adelante, agarró con la boca el pelo suelto en la nuca del cachorro, como los padres hacían con sus crías, se preparó y lo levantó. Al inicio parecía imposiblemente pesado, mientras el grueso barro

le agarraba las patas, pero con un tirón Pequeño Volteado quedó libre, colgando de sus mandíbulas. Lo dejó a su lado.

—Uf —bromeó—. Sin duda pesas más que una presa.

Pequeño Volteado ronroneó divertido, y Zarpa Manchada suspiró aliviada. Al menos ya no estaba asustado y abatido.

—Bien —ella maulló otra vez. Los últimos guerreros estaban desapareciendo por el túnel de espinas—. Será mejor que nos demos prisa. Quédate debajo de mi vientre para que pueda protegerte.

Pequeño Volteado era demasiado alto para esto. Ya que Zarpa Manchada no era una guerrera adulta, la cabeza del gatito chocaba contra su estómago. Endureció las piernas y se estiró, tratando de volverse tan alta como podía. Pequeño Volteado se agachó, encorvando los hombros y manteniendo la cola recta.

—Vamos —decidió al fin.

—Genial, ahora *aúlla* si estoy a punto de dejarte —Zarpa Manchada le dijo.

La caminata a través del túnel de espinas fue lenta. La atigrada manchada intentaba mantener las piernas rectas y las patas por debajo de sí misma, pero también trataba de revisar a Pequeño Volteado con frecuencia para asegurarse de que no se estaba quedando atrás. Sus patas resbalaron y tropezaron en rocas húmedas y barro mientras salían del barranco. El agua le empapaba y atravesaba el pelaje, mojándola tan a fondo como si hubiera intentado cruzar todo el lago a nado.

Cuando salieron del barranco, no veían al resto del Clan del Trueno por ningún lado. La lluvia era más cegadora que nunca fuera del refugio del túnel. Tratando de sacarse el agua de los ojos, Zarpa Manchada miró a su alrededor. Árboles, rocas y barro. Pero no gatos. Y era inútil tratar de percibir su rastro oloroso en esta lluvia.

—¿A dónde fueron todos? —preguntó Pequeño Volteado, asomándose desde debajo de ella. Su voz temblaba.

Zarpa Manchada tragó con fuerza. «*Tengo que ser valiente por él*».

—Los encontraremos —declaró—. Mira alrededor, fíjate si puedes ver alguna señal que indique por dónde fueron.

Ella estudió el suelo, buscando alguna marca: seguramente, incluso en esta lluvia torrencial, un Clan entero no podía pasar sin dejar rastro alguno. Pero no había nada…

—¡Mira! —aulló Pequeño Volteado, emocionado, y Zarpa Manchada siguió su mirada.

Había un largo rasguño en el barro, claramente hecho por una pata. Y otro, dirigiéndose cuesta arriba.

«*Terreno más elevado*», pensó la aprendiza.

—¡Buen trabajo, Pequeño Volteado!

Mientras se dirigían cuesta arriba, ambos avistaron más señales de que el Clan había pasado por allí: pasto doblado, una huella en el barro, arbustos hechos a un lado.

Por fin, escucharon los sonidos del Clan del Trueno haciendo un campamento entre los arbustos.

—Pon estas ramas por aquí.

—¿Servirá de algo intentar cazar en este tiempo?

Y un aullido aterrorizado:

—*¡Pequeño Volteado!*

—¡Aquí está! —Zarpa Manchada aulló en respuesta.

Charca de Hiedra irrumpió por entre los arbustos justo delante de ellos, frenética.

—Gracias al Clan Estelar —jadeó—. Pequeño Volteado, ¿estás bien?

—¡Los encontramos! —exclamó, y salió corriendo de debajo del vientre de la aprendiza—. Tenía miedo, ¡pero Zarpa Manchada me ayudó!

—Me alegra tanto. —Charca de Hiedra acarició a su hijo con el hocico, y después restregó la mejilla contra la de Zarpa Manchada, agradecida—. Muchísimas gracias. No sé qué habría hecho si no lo hubieras encontrado. —Asintió en la dirección de la que había venido—. Vamos, les mostraré en dónde estamos haciendo campamento, y luego llevaré a Pequeño Volteado de regreso con Canción de Frondas.

El campamento temporal del Clan del Trueno estaba tan encharcado como el resto del territorio, pero en este terreno más alto habían menos posibilidades de que fueran arrastrados por el agua. Caída de Cereza y Hoja Sombría estaban de guardia en dónde la mayoría del Clan descansaba bajo una maraña de arbustos, mientras Estrella Zarzosa caminaba entre ellos, revisando que todos estuviesen a salvo. El líder inclinó la cabeza ante Zarpa Manchada cuando ella pasó a su lado.

—Bien hecho —le dijo.

A pesar de tener el pelo frío y empapado, Zarpa Manchada sintió un resplandor cálido en el pecho. Pequeño Volteado estaba a salvo. Y Estrella Zarzosa se había dado cuenta de cómo ella había ayudado a su Clan.

La mayoría de sus compañeros de Clan estaban enroscados entre sí, refugiándose todo lo que podían bajo las delgadas ramas. Miró a Hoja Sombría antes de desplomarse junto a Zarpa de Tallo: Ya no tenía

permitido entrenar con él; ¿tenía permitido dormir a su lado? Pero su mentora la miró con aprobación.

Temblando, apretó su costado contra el de Zarpa de Tallo. Aunque él no estaba mucho más cálido que ella. Parecía dormido, pero cuando ella se acomodó a su lado, abrió a medias un ojo verde.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Dónde estabas?

Zarpa Manchada bostezó, repentinamente pesada por el cansancio.

—Pequeño Volteado se atoró —murmuró—. Pero lo traje hasta aquí.

Zarpa de Tallo le cubrió el lomo con la cola.

—Zarpa Manchada —ronroneó adormilado—. Salvaste a Pequeño Volteado. Eres asombrosa.

—Despierta, dormilona. —La voz de Zarpa de Tallo sonaba divertida.

Zarpa Manchada abrió los ojos y parpadeó ante la luz, mucho más brillante de lo usual, cuando se despertaba por la mañana en la guarida de los aprendices. La mañana estaba terminando… y el sol brillaba.

—¡Dejó de llover! —aulló, revolviéndose hasta levantarse.

Era la última en despertarse, los demás ya estaban de pie y en marcha. Todo a su alrededor seguía húmedo, pero el cielo estaba de un color azul claro por primera vez en lo que se sentía como lunas.

Ella y Zarpa de Tallo se quedaron hombro a hombro por un latido, mirando hacia el barranco del Clan del Trueno. Betulón, Aleta Saltarina y Zarpa Quebrada estaban volviendo al campamento temporal, con ratones colgando de las bocas, y Zarpa Manchada saludó a su hermano con la cola.

Se sentía bien estar con Zarpa de Tallo. Se sentía natural. «*Quizá seremos pareja algún día*», pensó, ensimismada, y luego se sacudió el pelaje, irritada consigo misma. Era demasiado joven como para estar pensando en eso. «*Ni siquiera tengo mi nombre de guerrera aún. Ahora mismo, tengo que concentrarme en ser la mejor compañera de Clan posible. Pero, algún día, cuando sea una guerrera… quizá*».

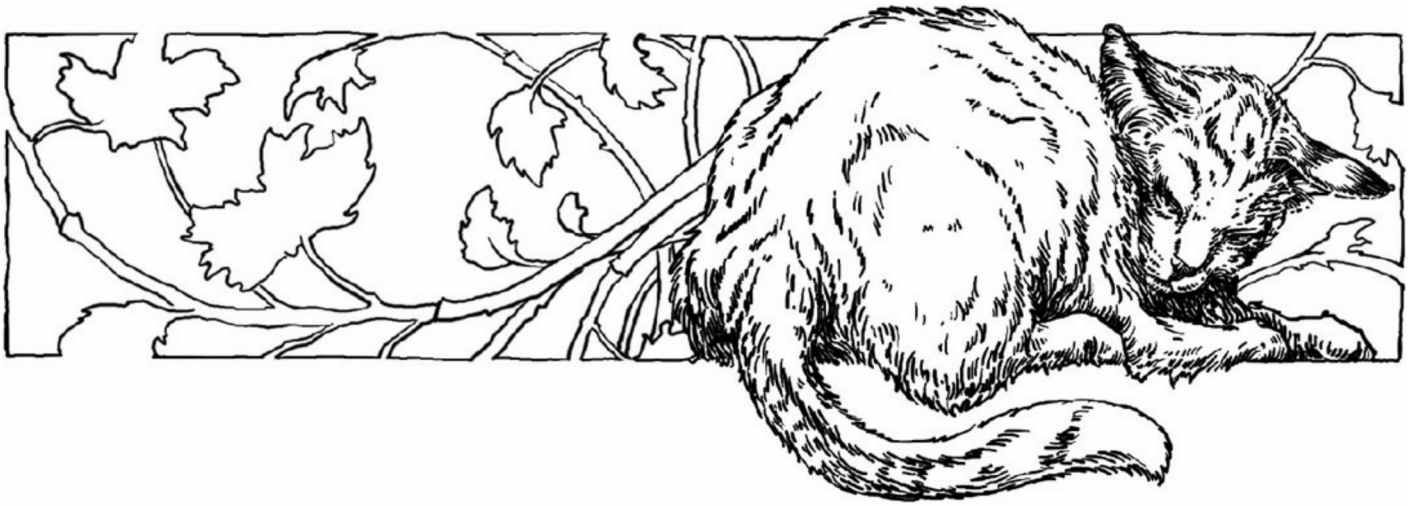
«Un Clan fuerte depende de guerreros fuertes», le había dicho Carbonera. Tenía razón. Habían trabajado todos juntos para evacuar el campamento, y todos estaban bien. Y *ella* había protegido a Pequeño Volteado. Gracias al Clan Estelar lo había encontrado antes de abandonar el campamento. «*El Clan Estelar guió mis pasos*».

—¡Zarpa Manchada! ¡Zarpa Manchada! —su otra hermana, Zarpa de Mosca, llamó—. Ramaje de Ramitas dice que será mejor que empecemos a limpiar la guarida de los aprendices si queremos lechos secos esta noche.

Zarpa de Tallo suspiró.

—Ugh. Limpiar el campamento va a ser *mucho* trabajo.

—No importa —maulló Zarpa Manchada, sintiendo un destello de orgullo por su Clan—. Mientras permanezcamos juntos, podemos hacer lo que sea.



CAPÍTULO 4

Pelaje Manchado se estremeció, encorvando los hombros contra el frío de la estación sin hojas. El montón de carne fresca estaba casi vacío. Solo quedaba una musaraña arrugada.

—Espinardo, Corazón de Lirio, Pelaje Manchado —Esquiruela los llamó—. Quiero que vayan de patrulla fronteriza. Marquen bien la frontera con el Clan de la Sombra.

Moviendo la cola hacia la lugarteniente en señal de reconocimiento, Pelaje Manchado se dirigió hacia los otros guerreros. «*Los otros guerreros*». Se había ganado su nombre de guerrera hacía tan poco tiempo que aún le emocionaba: Ya no era una aprendiza, sino una guerrera de pleno derecho.

Corazón de Lirio estaba mirando dudosa el montón de carne fresca.

—¿Podemos esperar a que vuelva la patrulla de caza? —preguntó—. Me muero de hambre.

Espinardo resopló.

—Estarás mejor si cazas mientras patrullamos. Una vez que hayan alimentado a los veteranos y a las reinas, no quedará nada. Las presas escasean desde hace una luna.

—Enviaré más patrullas de caza —prometió Esquiruela—. No dejaremos que el montón de carne fresca se quede vacío.

Pelaje Manchado miró la musaraña nuevamente, con el estómago apretado. «*Espero que encontremos algunas presas*». En el frío de la estación sin hojas, parecía haber menos que cazar con cada amanecer.

—Bueno, miren eso —maulló Nimbo Blanco de manera admiradora, y Pelaje Manchado levantó la mirada para ver a la patrulla de caza regresando al campamento.

Leonado llevaba varios ratones: debían de haber encontrado un nido. Ratonero llevaba un petirrojo, y Tallo de Hojas tenía colgando de la boca la captura más impresionante: una enorme ardilla, lo suficientemente grande como para alimentar a tres gatos.

A Pelaje Manchado se le hizo agua la boca. Aquellas presas eran suficientes como para que las reinas lactantes y veteranos comieran, y que aun así quedara comida para otros gatos. Si algunas patrullas de caza más salían hoy, quizá habría suficiente para que todos se quedaran con el estómago lleno.

La mirada de Tallo de Hojas se encontró con la de ella a través del claro, y la atigrada manchada movió los bigotes a modo de saludo. Tras dejar la ardilla en el montón de carne fresca, el gato se dirigió hacia ella.

—¡Hola, Tallo de Hojas! —Zarpa Erizada se lanzó delante de él.

Pelaje Manchado puso los ojos en blanco, divertida. Zarpa Erizada era una aprendiza muy entusiasta, a veces tal vez un poco *demasiado* entusiasta. «*¿Yo era así?*».

—¿Cómo atrapaste *eso*? ¿Tuviste que trepar un árbol? —Zarpa Erizada le estaba preguntando a Tallo de Hojas—. Pétalo de Rosa no me quiere mostrar como trepar árboles aún; dice que tengo que esperar a que no esté todo tan helado.

—Pétalo de Rosa es una gran mentora —maulló Tallo de Hojas—. Te enseñará cómo subir a un árbol en un latido, justo como me lo enseñó a mí. Cuando estás cazando con una patrulla, todos lo hacen juntos: uno sube al árbol y los otros se quedan en el suelo en caso de que la ardilla baje. Los compañeros de Clan trabajan juntos.

Zarpa Erizada aguzó las orejas con emoción cuando Tallo de Hojas se estiró, mostrándole el cuidadoso salto apropiado para derribar a una presa en un árbol.

—Y luego, ¡saltas! —añadió—. ¡Lo conseguirás!

«*Es tan buen compañero de Clan*», pensó Pelaje Manchado, mientras el pecho se le hinchaba de afecto. Tallo de Hojas levantó la mirada y sus ojos se encontraron. El guerrero dio un paso adelante, como si fuera a unírsele.

—¿Así? ¿Puedes mostrármelo de nuevo? —Zarpa Erizada preguntó, entusiasmada, y Tallo de Hojas le parpadeó a Pelaje Manchado a modo de disculpa antes de volver a mirar a la aprendiza.

—Vamos, Pelaje Manchado —Espinardo la llamó.

Con un diminuto suspiro, Pelaje Manchado se alejó de Tallo de Hojas y se unió al resto de su patrulla. «*Hablaré con él más tarde*».

El sol yacía bajo en el cielo cuando regresaron. Pelaje Manchado gruñó cuando se hundió junto a Tallo de Hojas afuera de la guarida de los guerreros.

—¿Estás bien? —él le preguntó, mirándola críticamente—. ¿Estabas cojeando?

—Ugh. —Pelaje Manchado estiró sus adoloridas patas, envainando y desenvainando las garras—. El suelo está muy duro. Creo que nunca me voy a acostumbrar.

A medida que la estación sin hojas avanzaba, el duro suelo helado se volvía más y más implacable, haciendo que un frío dolor le subiera por las piernas.

—Lo sé —coincidió Tallo de Hojas. Encorvó los hombros e infló su pelaje para permanecer más calentito—. ¿Crees que la estación sin hojas siempre es así? Éramos tan jóvenes la última estación sin hojas que ni siquiera la recuerdo. Las presas no corrían tan mal en ese entonces, ¿no?

Pelaje Manchado tenía recuerdos difusos de estar acurrucada contra Carbonera en la maternidad, con sus hermanos cómodamente a ambos lados. Sabía que había hecho frío afuera, pero no recordaba este frío que le calaba los huesos incluso cuando estaba en la guarida de los guerreros, con cálidos compañeros de Clan a su lado. Y no se acordaba del constante hambre que parecía seguirlos a todos: nadie se estaba muriendo de hambre, pero nunca alguno de ellos tenía suficiente.

—No creo —maulló—. Incluso Látigo Gris dice que no recuerda una estación sin hojas así de fría. Tal vez los huesos viejos lo sienten más, pero no creo que sea eso.

Los ojos de Tallo de Hojas, usualmente brillantes, ahora mostraban ansiedad.

—¿Y si el tiempo se queda así?

—El Clan Estelar guiará nuestras patas —Pelaje Manchado maulló, pero sintió un nudo en la garganta que normalmente no estaba allí.

Había pasado mucho tiempo desde que los curanderos habían sido capaces de comunicarse con el Clan Estelar. Había escuchado a Corazón

de Aliso hablar con Esquiruela al respecto, ambos con las caras oscuras de preocupación.

—Sí. —Tallo de Hojas agitó las orejas—. Estoy seguro de que el Clan Estelar volverá cuando la Laguna Lunar se descongele.

Compartieron una mirada incómoda. La Laguna Lunar jamás se había congelado por completo, y el Clan Estelar nunca se había ido durante tanto tiempo sin enviarle a los Clanes algún tipo de señal.

—Lo harán —Pelaje Manchado intentó sonar segura. «*El Clan Estelar nunca nos abandonaría*»—. Aunque estoy preocupada. Si no pueden hablar con nosotros en este momento, no pueden evitar que tomemos decisiones equivocadas.

—Solo tendremos que cuidarnos entre sí, supongo —la consoló Tallo de Hojas. Apretó su costado contra el suyo, cálido y sólido.

La tensión se escurrió de los hombros de Pelaje Manchado. «*Podemos. Y lo haremos*». Recordó el torrente de gatos, con las colas pegadas a los hombros de otro, mientras evacuaban el campamento del Clan del Trueno cuando ella era una aprendiza. Y cómo todos los Clanes habían trabajado juntos para encontrarle al Clan del Cielo su propio territorio. «*Estaremos bien hasta que el Clan Estelar vuelva, mientras permanezcamos juntos*», pensó.

El suelo estaba tan frío contra su vientre que estaba a punto de sugerirle a Tallo de Hojas que salieran a cazar por su cuenta para permanecer calientes, cuando una voz brusca provino desde el otro lado del claro.

—¡¿Cómo puedes ser tan descuidada?!

Pelaje Manchado levantó la mirada para ver a Nariz de Rocío fulminando con la mirada a su aprendiza, mientras daba furiosos azotes con su cola gris y blanca. Zarpa de Clavelina miraba al suelo, le temblaban las patas. A su lado, Corazón de Aliso parecía preferir estar en cualquier otro lado.

—Fue un accidente, Nariz de Rocío —murmuró él.

—Claro que fue un accidente —el guerrero rugió—. No es una traidora, solo tiene pelusas en la cabeza. ¡Escarbando en los almacenes de los curanderos cuando le das la espalda!

—¡Solo creí que podía ayudar a Pequeño Laurel! —lloriqueó Zarpa de Clavelina—. Recuerdo lo que Glayo me dio cuando tuve la misma tos.

Corazón de Aliso negó con la cabeza.

—Nunca debes tratar de darle medicina a otro gato, y mucho menos a un cachorro —le dijo con seriedad—. Sin el entrenamiento de un curandero, podrías darle demasiada, o la equivocada, y hacerle peor.

—*Además* —intervino Nariz de Rocío, furioso—, no solo intentaste tratar a un cachorro por tu cuenta, sino que también arruinaste el suministro de pétalos de caléndula de los curanderos. ¿Qué se supone que hagan *ahora*? Las caléndulas no florecen en la estación sin hojas.

Zarpa de Clavelina inclinó la cabeza, avergonzada.

—Quizá encuentre algunos pétalos secos restantes en las plantas que hay junto al lago —Corazón de Aliso ofreció—. Zarpa de Clavelina puede venir y ayudarme a buscar por la mañana.

—Puede ir ella sola *ahora* —maulló severamente Nariz de Rocío.

Pelaje Manchado y Tallo de Hojas intercambiaron una mirada. «*Se está haciendo tarde. Y hace un frío terrible*».

—Estoy seguro de que puede esperar hasta mañana. —El curandero sonaba aturdido.

—Necesita arreglar lo que arruinó —contradijo Nariz de Rocío—. Así es como aprenderá.

Corazón de Aliso parecía dudoso, pero finalmente accedió.

—Bueno. —Los ojos de Zarpa de Clavelina estaban bien abiertos, pero se enderezó, manteniendo la cabeza en alto—. Arreglaré esto —dijo con sinceridad.

Mientras la aprendiza se dirigía fuera del campamento, Pelaje Manchado se giró hacia Tallo de Hojas.

—No debería salir ella sola —argumentó la gata—. Ni siquiera ha sido una aprendiza por tanto tiempo.

«*¿Debería ir tras ella?*». Dos gatas harían un trabajo mejor que una buscando la orilla del lago al anochecer.

—Nariz de Rocío es su mentor; él decide cómo castigarla —contestó Tallo de Hojas, pero también parecía preocupado—. Si él cree que es seguro, estoy seguro de que estará bien.

Pelaje Manchado se paseó de un lado a otro, mirando con ansiedad la entrada del campamento. Estaba oscuro, y Zarpa de Clavelina aún no había vuelto.

—No debería haberla mandado sola —murmuró la guerrera.

En el otro lado del campamento podía ver a Nariz de Rocío, parecía tan preocupado como ella. La cabeza del guerrero mayor cayó sobre sus patas, tenía la mirada fija en el túnel de entrada.

—Probablemente solo está buscando la caléndula —Tallo de Hojas maulló—. Estoy seguro de que está bien. —Pero su cola se movía con intranquilidad.

Pelaje Manchado se estremeció. ¿Se estaba poniendo aun *más frío*? Zarpa de Clavelina era demasiado joven e inexperta para andar por su cuenta en la nieve durante la noche. «*No puedo dejar que se quede allá afuera, sola*». Habiéndose decidido, se dirigió hacia Nariz de Rocío.

—Tenemos que encontrar a Zarpa de Clavelina —ella le dijo abruptamente—. No es seguro.

—Ella es *mi* aprendiza —le espetó el guerrero. Luego agachó la cabeza—. Pero tienes razón. Iré a buscarla.

—Tú tampoco deberías ir solo —insistió Pelaje Manchado. Búhos y zorros cazaban durante la noche. Miró a Tallo de Hojas, esperando que accediera: se puso de pie—. Iremos contigo.

—Yo también iré. —Pelaje de Miel había estado escuchando en silencio, con preocupación en sus ojos verdes, y ahora se levantó para unírseles—. La encontraremos.

Cuando dejaron atrás el barranco, empezó a caer más nieve.

—Esto va a limpiar su rastro —maulló Pelaje Manchado.

—Dirijámonos a la orilla del lago —Tallo de Hojas sugirió—. Ahí es a donde la enviaron a buscar la caléndula seca.

Se abrieron paso a través de la nieve en una sola fila, mientras un feroz viento les arañaba el pelaje. Pelaje Manchado se encorvó, tratando de refugiarse detrás de Pelaje de Miel. Todos los aromas estaban medio escondidos bajo el olor de la nieve, y, excepto por el ruido del viento, la noche parecía siniestramente silenciosa. Pelaje Manchado no estaba acostumbrada a estar fuera del campamento por la noche, y la oscuridad le resultaba confusa. Tuvo que detenerse por un latido y mirar a su alrededor para orientarse.

En los bordes del lago, el agua se había convertido en hielo crepitante. Pelaje de Miel lo pinchó, tanteándolo con una zarpa.

—No habría salido al hielo, ¿no?

—¿Por qué lo haría? —maulló Pelaje Manchado, reprimiendo un escalofrío ante la idea—. La planta de caléndula muerta está justo aquí.

La nieve cubría los restos de plantas alrededor de la orilla. La gata gris y blanca entrecerró los ojos, tratando de avistar alguna huella que pudiera

mostrarle que Zarpa de Clavelina había estado ahí, pero la nieve caía con más rapidez y resultaba imposible darse cuenta.

—¡Zarpa de Clavelina! —aulló Nariz de Rocío, y el resto se le unió—. ¡Zarpa de Clavelina!

No hubo respuesta. Sus propias voces parecían amortiguadas por la nieve que caía a su alrededor.

Finalmente, se callaron. La cola de Nariz de Rocío cayó mientras miraba de un lado a otro, estudiando desesperadamente la orilla.

—¿Y si no la encontramos? —maulló. Su mirada ámbar agonizaba—. Si algo le pasó, es mi culpa.

—La encontraremos —insistió Pelaje Manchado, pero su corazón se estaba hundiendo.

«*Zarpa de Clavelina podría estar en cualquier lado*». ¿Cómo se *suponía* que la encontraran en la nevada oscuridad?

Nariz de Rocío suspiró.

—Cuando yo era aprendiz, Candeal siempre me castigaba haciéndome arreglar lo que sea que hubiera estropeado. Eso es lo que estaba intentando hacer. Nunca creí que podría ser peligroso.

Tallo de Hojas estaba mirando en dirección al campamento.

—Zarpa de Clavelina sabía que el lugar donde era más probable que encontrara pétalos de caléndula secos era aquí, ¿cierto?

—Cierto. —Pelaje de Miel movió las orejas—. ¿Se te ocurre algún otro lado?

—No —maulló Tallo de Hojas—. Pero habría venido del campamento hasta aquí, y de aquí al campamento. Sabemos la ruta que habría tomado.

La esperanza centelleó en el pecho de Pelaje Manchado.

—¡Claro! Incluso si se perdió, no habría ido muy lejos. Tenemos que intentar volver sobre sus pasos.

Juntos, se giraron y caminaron de regreso al campamento. Ahora tenían el viento de espaldas, obligándolos a avanzar.

—¡Zarpa de Clavelina! —aullaron.

Pelaje Manchado intentó mirar en todos lados, buscando la maleza con la mirada.

—¡Zarpa de Clavelina! —aulló de nuevo, tensando la garganta mientras luchaba por hacerse oír sobre el viento.

A medio camino, Pelaje de Miel se detuvo.

—Esto es inútil —gruñó, frustrada.

El estómago de Pelaje Manchado dio un vuelco. «*Tiene razón. Nunca vamos a encontrar a Zarpa de Clavelina en esta nevada*». La nieve y la oscuridad convertían el terreno a su alrededor en sombras desconocidas.

«*Cualquiera de estas cosas (la nieve, el viento, el amargo frío) podría matar a Zarpa de Clavelina* —se dio cuenta, y de repente se le secó la boca—. *No podemos dejar de buscarla. No me voy a rendir*». Solo buscar no era suficiente. Tenían que *pensar*.

—Si Zarpa de Clavelina no pudiese volver a casa, ¿qué haría? —ella preguntó lentamente—. Querría buscar algún lugar en el que se sintiera a salvo.

El pelo de Tallo de Hojas estaba mojado por la nieve, haciéndolo ver más pequeño y delgado de lo usual.

—¿A dónde iría para sentirse a salvo?

—Algún lugar que se parezca un poco a una guarida. —Pelaje Manchado volvió sus pensamientos a cuando era una aprendiza, enroscada en su lecho, a salvo, rodeada de oscuridad y de la calidez y suave sonido de la respiración de los otros aprendices—. Algún lugar refugiado.

Pelaje de Miel negó con la cabeza.

—No se me ocurre ningún lugar así entre el lago y el campamento.

«*Algún lugar refugiado*». Pelaje de Miel tenía razón en que no había nada como la pequeña cueva de la guarida de los aprendices allí. La maleza de la estación sin hojas no sería lo suficientemente densa como para poder esconder una gata, y las raíces de los árboles solo la protegerían en parte de la nieve. Entonces Pelaje Manchado recordó.

—¡El árbol caído! ¡El que está cerca de donde los aprendices aprenden a pelear! —En la anterior estación de la caída de la hoja, una vieja haya se había caído. Había un hueco debajo de su tronco—. Si no pudiese volver al campamento, apuesto a que Zarpa de Clavelina intentaría ir allí.

Nariz de Rocío asintió.

—Cazamos por ahí cerca ayer. Estoy seguro de que pensaría en él.

Se apresuraron hacia aquella dirección, sus patas resbalaban en el suelo húmedo. «*Por favor que esté allí*», pensó Pelaje Manchado.

—¡Zarpa de Clavelina! ¡Zarpa de Clavelina!

Silencio. La forma del árbol caído era un tenue borrón más adelante.

Entonces se oyó un aullido aterrorizado:

—¡Estoy aquí!

* * *

De regreso en el campamento, Glayo olisqueó a Zarpa de Clavelina por todas partes, secándole el pelo a lengüetazos mientras la regañaba a ella y a Nariz de Rocío por igual: a Nariz de Rocío por ser tan cerebro de ratón como para mandar a una aprendiza sola a la nieve por la noche, y a Zarpa de Clavelina por ser lo bastante estúpida como para escuchar al guerrero *y* para perderse en el territorio de su propio Clan. Tímidamente, la aprendiza le dio los pétalos marchitos de caléndula que había traído cuidadosamente desde la orilla del lago, y Glayo se detuvo a medio sermón, sorprendido.

—Muy bien —el curandero ciego maulló al fin—. Cómete esta matricaria, por si las dudas, y vete a tu lecho a descansar.

Nariz de Rocío le agradeció a Pelaje Manchado, Tallo de Hojas y Pelaje de Miel por su ayuda, con el maullido áspero y sentimental, y luego escoltó a Zarpa de Clavelina a la guarida de los aprendices, insistiéndole que se apoyara en él. Desde que la habían encontrado, se había disculpado varias veces por haberla obligado a salir en una noche así.

—Nariz de Rocío se siente muy mal —Tallo de Hojas comentó cuando él y Pelaje Manchado se volvieron hacia la guarida de los guerreros.

Dirigiéndose a su lecho, Pelaje Manchado se estiró, con los músculos cansados y adoloridos.

—Más le vale —contestó—. Zarpa de Clavelina podría haberse lastimado.

—Lo sé. —Habían guerreros mayores durmiendo más cerca del cálido centro de la guarida, y Tallo de Hojas bajó la voz—. Pero en realidad no hizo nada malo, ¿no? Se supone que los aprendices reciban castigos adecuados, y la envió a conseguir la hierba que había arruinado.

—No estaba rompiendo ninguna regla —Pelaje Manchado coincidió. Trepó a su lecho y se acurrucó en el musgo y las plumas del fondo—. Quizá necesitamos una regla que se asegure de que los castigos no pongan a nadie en peligro.

—Quizá. —El lecho de Tallo de Hojas estaba junto al de ella. Se enroscó y la miró, con la cabeza en sus patas naranjas y blancas—. ¿Pero cómo podemos cambiar las reglas? Nosotros no tomamos las decisiones.

—Estrella Zarzosa sí. Estoy segura de que escuchará lo que tenemos que decir —la gata gris y blanca le dijo—. Es un buen gato. Un buen líder.

—Está bien. Lo intentaremos. —Tallo de Hojas se estiró, arqueando el lomo—. Estoy orgulloso de que la hayamos encontrado —añadió en voz baja—. Trabajamos bien juntos, ¿no?

—Sí. —Pelaje Manchado bajó la voz aun más—. Dio miedo que Zarpa de Clavelina se hubiera perdido. Pero nos las arreglamos juntos. Y me gustó.

«*Me gustó trabajar contigo*».

Estaba feliz de cazar o patrullar con cualquiera de sus compañeros de Clan. Pero Tallo de Hojas era especial. Rozó con la cola el espacio que los separaba y sintió cómo la cola de él se entrelazaba con la suya. Cerró los ojos. «*Mañana, vamos a cambiar las reglas. Juntos*».

—No creo que deban molestar a Estrella Zarzosa. —Pelaje de Caracola movió la cola—. Es demasiado importante como para pasar tiempo escuchándolos.

—Nadie te preguntó —Pelaje Manchado espetó en respuesta.

Deseaba que el hermano de Tallo de Hojas no los hubiera escuchado planeando todo. No era tan mandón ahora como cuando eran aprendices, pero seguía estando seguro de que sabía más que los demás.

Pelaje de Caracola dirigió a Tallo de Hojas una mirada mordaz.

—No dejes que te meta en problemas otra vez.

Tallo de Hojas movió los bigotes.

—Es mi decisión tanto como la de Pelaje Manchado —maulló con tranquilidad—. Yo también veo el problema, y pienso que deberíamos hacer algo al respecto. No quiero imaginar lo que le podría haber pasado a Zarpa de Clavelina.

Pelaje Manchado tragó y le dio la espalda a Pelaje de Caracola.

—Hagámoslo —maulló.

Hombro a hombro, ella y Tallo de Hojas caminaron hacia las rocas caídas debajo de la guarida de Estrella Zarzosa. Afuera, dudaron, con las patas mojadas por la nieve.

—¿Deberíamos… llamarlo? —Tallo de Hojas preguntó.

Pelaje Manchado respiró profundamente. «*Estrella Zarzosa es agradable* —se recordó a sí misma—. *Y es un buen líder. Querría que habláramos con él acerca de esto*».

—¿Estrella Zarzosa? —maulló educadamente.

—¿Qué? —El líder del Clan del Trueno sacó su ancha cabeza atigrada de su guarida y los miró con curiosidad—. ¿Pasa algo?

La boca de Pelaje Manchado se secó. Miró a Tallo de Hojas.

—Queríamos hablar contigo de lo que le pasó a Zarpa de Clavelina anoche —Tallo de Hojas comenzó.

Estrella Zarzosa asintió, y bajó saltando, para aterrizar en frente de ellos.

—Debe de haber sido aterrador —maulló—. Nariz de Rocío me dijo lo útiles que ambos fueron en encontrarla.

—Se perdió. —Pelaje Manchado se dio cuenta de que eso sonó más abrupto de lo que había querido—. No debería haber estado afuera sola.

Estrella Zarzosa movió las orejas.

—Tal vez no —maulló—. Pero Nariz de Rocío estaba haciendo lo que creía correcto, y no podemos culparle de que el tiempo haya empeorado.

—No —Pelaje Manchado respondió, frustrada. ¿Por qué no estaba siendo clara?—. No estoy culpando a Nariz de Rocío. Pero creo… *creemos* que debería haber una regla respecto a ser enviado fuera del campamento solo. Al menos durante una estación sin hojas como esta.

Tallo de Hojas asintió.

—Los aprendices no deberían ser castigados así. Es demasiado peligroso.

Estrella Zarzosa los miró a ambos por unos latidos, con intentos ojos ámbar.

—Tienen razón —coincidió por fin—. He estado dejando que los mentores utilicen su propio criterio, pero Esquiruela y yo les diremos que eviten que sus aprendices abandonen el campamento solos, al menos hasta que llegue la estación de la hoja nueva. Y nadie debería ser enviado fuera solo como castigo.

—Gracias —Pelaje Manchado maulló, mareada de alivio.

Estrella Zarzosa los tomaba en serio, como si no fuesen dos de los guerreros más jóvenes en todo el Clan.

El líder inclinó la cabeza ante ellos.

—Aprecio que me lo hayan dicho —les dijo con calma—. Está claro que ambos están dispuestos a ayudar a su Clan.

Se alejó hacia el claro, dirigiéndose hacia Esquiruela. Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Pelaje Manchado se giró hacia Tallo de Hojas, contenta.

—Nos escuchó —Tallo de Hojas ronroneó—. Fue más fácil de lo que creí.

Pelaje Manchado apoyó la cola contra su costado.

—*Sí* que trabajamos bien juntos, ¿no?

CAPÍTULO 5

El frío de la estación sin hojas era más feroz que nunca, pero el sol brillaba. Pelaje Manchado estaba ansiosa y alerta: El sol en su manto se sentía tan *bien* luego de días de pesadas nubes cerniéndose sobre el bosque. La última patrulla fronteriza acababa de salir del campamento, y Esquiruela estaba organizando a los guerreros restantes en patrullas de caza. Ya que las presas se habían vuelto más y más escasas en el tiempo brutal, se había acostumbrado a enviar tres o cuatro patrullas al mismo tiempo, a que cazaran en diferentes partes del territorio del Clan del Trueno.

—Ramaje de Ramitas —comenzó—, llévate una patrulla hacia la guarida de Dos Patas abandonada.

—Bueno —la gata gris contestó alegre. Luego llamó—: ¡Oye, Escarcha Erizada! ¿Quieres cazar con nosotros?

Hubo una pausa, y Pelaje Manchado se giró para ver a la nueva guerrera de pie, un poco apartada de los demás, con una expresión extraña.

—No, gracias —respondió lentamente—. Iba… eh… hay una espina en mi lecho y necesito sacarla.

«*¿Eh?*». Esa no era una razón para negarse a cazar. Y Escarcha Erizada siempre había sido ansiosa, una aprendiza tan entusiasta que Estrella Zarzosa le había permitido tener su evaluación y volverse una guerrera antes que cualquiera de sus hermanos. Pelaje Manchado se volvió hacia Tallo de Hojas, confundida, pero él encorvó los hombros y evitó su mirada.

—Em. Entonces, Nube de Tormenta, ¿quieres patrullar con nosotros? —Ramaje de Ramitas presionó, incluso mientras Pétalo de Rosa, dando azotes con la cola, arrastraba a Escarcha Erizada fuera de vista.

—Claro —Nube de Tormenta respondió.

Tallo de Hojas estaba a punto de dar un paso adelante y ofrecerse voluntario, pero Pelaje Manchado le apoyó la cola en el lomo antes de que pudiera moverse.

—¿Sabes qué es lo que le pasa a Escarcha Erizada? —le preguntó con suavidad—. Eso fue raro.

Tallo de Hojas cambió el peso de una pata a la otra.

—Está… infeliz —maulló al fin—. Y creo que es por mí.

—¿Por *ti*? —Pelaje Manchado repitió, confundida.

Tallo de Hojas siempre había tratado a la otra gata como una hermana más joven. ¿Por qué Escarcha Erizada de repente se sentiría infeliz por él?

Tallo de Hojas pareció aun más incómodo.

—Dijo… después de que pasara su evaluación, Escarcha Erizada dijo que esperaba que algún día pudiéramos ser pareja. Que sentía algo por mí.

—Oh. —El estómago de Pelaje Manchado cayó.

—Y, bueno, le dije que eso no podía pasar. Porque yo ya sabía a quién quería como mi pareja. —Tallo de Hojas miró hacia ella, y luego hacia otro lado.

Una ola de mareo golpeó a Pelaje Manchado. ¿Se refería a…? Tallo de Hojas la estaba mirando otra vez.

—¿A mí? —maulló, con la voz tenue.

Tallo de Hojas le parpadeó,

—Por supuesto. Siempre has sido tú.

A pesar del frío, de repente Pelaje Manchado se sintió increíblemente cálida.

—Yo igual —maulló rápidamente—. Tú eres el único respecto al que me he sentido así.

Se miraron fijamente el uno al otro. Entonces Tallo de Hojas dio un paso adelante y apretó la mejilla contra la de ella. Olía familiar, reconfortante y fascinante.

—Pelaje Manchado —sonó un aullido repentino, y se dio la vuelta—. Estás con nosotros. —Otra patrulla de caza se había reunido alrededor de Betulón, lista para partir.

—Yendo —maulló, y se apartó de Tallo de Hojas, aún mirándolo—. Tengo que irme.

Él movió los bigotes.

—Entonces ve —le dijo—. Tendremos tiempo para hablar cuando volvamos.

«*Sí*». Se volvió y apresuró hacia los otros, con las patas ligeras. «*Tendremos el resto de nuestras vidas juntos*».

* * *

Fue una cacería larga y dura, y volvieron únicamente con unos delgados campañoles y gorriones, pero Pelaje Manchado seguía sintiendo un brillo de felicidad a pesar del frío. Dejó caer el campañol en el montón de carne fresca y miró a su alrededor para ver si la patrulla de Tallo de Hojas ya había vuelto.

Primero vio a Escarcha Erizada, acurrucada en silencio con Pétalo de Rosa, y una punzada de arrepentimiento la atravesó. No se apenaba de que Tallo de Hojas la amara (era lo *mejor* que le podía pasar), le apenaba que eso hiriera a Escarcha Erizada. La guerrera más joven parecía triste, y algo más que causó que el pelo a lo largo del lomo de Pelaje Manchado se erizara… ¿asustada?

Vio a Tallo de Hojas salir de la guarida de los guerreros y por un momento se olvidó de Escarcha Erizada. El corazón le latió con fuerza en el pecho cuando dio un paso hacia él.

—Pelaje Manchado —Esquiruela la llamó desde detrás, con voz cansada—. Estrella Zarzosa está en la guarida de los curanderos. Llévale alguna presa; necesitará comer.

Pelaje Manchado se dio vuelta y vio a la lugarteniente del Clan del Trueno de pie al borde del claro, con Glayo, ambos con caras crudas de preocupación.

—Claro —contestó, girándose de nuevo hacia el montón de carne fresca—. ¿Está enfermo?

Esquiruela cerró los ojos por un latido y respiró profundamente.

—No se siente bien.

Mientras Pelaje Manchado inspeccionaba el montón, Esquiruela se volvió hacia Glayo y continuaron su discusión en voz baja.

Pelaje Manchado seleccionó un campañol un poquito más gordo que el resto y se dirigió hacia la guarida de curandería. Cuando pasó a su lado, Tallo de Hojas comenzó a caminar a su lado.

—Estrella Zarzosa decidió liderar nuestra patrulla de caza —susurró el gato—. Estaba actuando muy extraño, y de repente se desmayó.

«*¿Se desmayó?*». Pelaje Manchado emitió un sonido de preocupación alrededor del campañol.

—Fue malo —Tallo de Hojas maulló—. Cuando lo trajimos de vuelta a la guarida de curandería, empezó a convulsionar. Los curanderos no saben qué es lo que tiene. Aunque ha estado descansando por un rato.

Cuando llegaron a la entrada de la guarida, Tallo de Hojas se inclinó hacia adelante y rápidamente apretó la mejilla contra la de Pelaje Manchado.

—Hablamos luego —susurró.

Se sintió cálida del pelo hasta los huesos, incluso mientras se abría paso por entre los zarcillos que cubrían la entrada de la guarida.

Adentro, Estrella Zarzosa estaba acurrucado en un lecho, con la cara hacia la pared. Corazón de Aliso, quien además de un curandero era el hijo de Estrella Zarzosa, estaba a su lado, con ansiosos ojos fijos en su padre. Levantó la mirada cuando la guerrera entró.

—¿Esquiruela te envió?

Pelaje Manchado asintió, acercándose al lecho de Estrella Zarzosa y dejando el campañol a su lado.

—¿Está despierto? —preguntó suavemente. Desde allí, podía sentir que el cuerpo del atigrado irradiaba calor, sorprendente contra la guarida fría por la estación sin hojas—. Está ardiendo —maulló.

El líder del Clan del Trueno levantó abruptamente la cabeza hacia ella, con los ojos encendidos. Pelaje Manchado retrocedió.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, con la voz inusualmente áspera.

—Te traje algo de carne fresca —le dijo, mirando a Corazón de Aliso.

Estrella Zarzosa parpadeó.

—¿Esa es una presa envenenada?

Pelaje Manchado se erizó, sorprendida.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Estrella Zarzosa —Corazón de Aliso comenzó, calmante, pero el líder lo interrumpió con un gruñido.

Pelaje Manchado se sintió enferma y horrorizada ante la sugerencia.

—Pruébalo —exigió Estrella Zarzosa—. Prueba la presa.

Confundida, Pelaje Manchado miró a Corazón de Aliso otra vez.

—Hazlo —el curandero instó—. Necesita alimento para luchar contra esta enfermedad.

La atigrada gris y blanca bajó la cabeza y le dio un pequeño mordisco al campañol, una sangre cálida se esparció por su lengua.

—Está bueno —maulló cuando hubo terminado, y lo empujó hacia el líder.

Estrella Zarzosa sacudió la cabeza, con los ojos borrosos de confusión.

—¿Pelaje Manchado? —maulló—. Lo siento… No sé qué me está pasando. Me siento… —Hizo una pausa—. Sigo olvidando dónde estoy. —Parecía perdido.

—Será mejor que te vayas —Corazón de Aliso le dijo rápidamente—. No es él mismo.

«*No, no lo es*». Pelaje Manchado retrocedió hacia la entrada, incapaz de romper la fija mirada confundida de su líder. ¿Cómo podía este ser el mismo gato que había escuchado tan pensativamente cuando ella y Tallo de Hojas habían ido a hablar con él sobre Zarpa de Clavelina? Apenas lo reconocía.

Afuera encontró a Tallo de Hojas y a su propio hermano Colmillo Quebrado esperándola.

—¿Cómo está? —el gato naranja y blanco preguntó en seguida—. ¿Estaba despierto?

—Estaba *raro* —Pelaje Manchado les dijo—. Fue aterrador. Y luego fue como si estuviera perdido.

La atigrada manchada les contó lo que pasó.

—Dijiste que tiene fiebre, ¿no? —preguntó Tallo de Hojas—. Esa probablemente es la razón por la que actuaba tan raro.

—Sí. —Pelaje Manchado inhaló, relajada por los aromas de su hermano y su… ¿qué era Tallo de Hojas ahora? ¿Aún un amigo? ¿Futura pareja? Sentía que no estaba comunicando exactamente lo alarmante que era el estado de Estrella Zarzosa. La había mirado como si ella fuese una extraña, alguna proscrita de la que se tenía que defender.

—No estoy haciendo un buen trabajo explicando lo aterrador que fue. Pero ustedes no lo vieron.

—La enfermedad vuelve raro a cualquiera. —Colmillo Quebrado movió su atigrada cola dorada con indiferencia—. ¿Recuerdas cuándo éramos cachorros y tuve aquella fiebre? Por un rato creí que era un águila. —Ronroneó de risa—. Tú y Bigotes de Mosca tuvieron que convencerme de que no saltara de un árbol para probar que podía volar.

—Cierto… —Pelaje Manchado también intentó ronronear. Se acordaba de lo confundido que Colmillo Quebrado había estado, pero no había actuado tan diferente de lo normal como Estrella Zarzosa, o tan desesperado.

—No es nada de lo que preocuparse. —Colmillo Quebrado la miró de manera reconfortante, y después se dirigió a la guarida de los guerreros.

Pelaje Manchado se quedó con Tallo de Hojas.

—¿Estás bien? —él le preguntó, mirándola con atención.

—No estoy exagerando —insistió miserablemente—. Se sintió como si algo realmente anduviera mal con Estrella Zarzosa. Debe de estar muy enfermo.

—Yo no creo que estés exagerando. —Tallo de Hojas apretó el costado contra el suyo, cálido y reconfortante—. Pero no lo olvides, Estrella Zarzosa tiene nueve vidas. Él está más a salvo que nosotros, incluso cuando está enfermo. Seguro que está bien.

—Supongo —maulló Pelaje Manchado.

Pero un zarcillo de fría preocupación se enroscaba en su interior. El Clan Estelar no había hablado con los Clanes por lunas. «*¿Y si Estrella Zarzosa muere y no lo traen de regreso?*».

Estrella Zarzosa enfermó más y más, hasta yacer inmóvil en la guarida de los curanderos, indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué va a pasar con él? —Bigotes de Mosca susurró, sentada hombro a hombro con Pelaje Manchado cerca de la guarida de los aprendices.

Pelaje Manchado tragó.

—No lo sé —murmuró.

Ella y su hermana observaron a Esquiruela caminando de un lado a otro, con la cara apretada de preocupación y crispando la cola. «*Esquiruela apenas está manteniendo unido al Clan* —Pelaje Manchado pensó—. *¿Qué haremos si Estrella Zarzosa muere?*».

El día siguiente, Estrella Zarzosa ni siquiera se despertó. Corazón de Aliso salió al mediodía para mordisquear un ratón, luciendo exhausto.

—No hace más que dar vueltas en el lecho —le dijo con tristeza a Pelaje Manchado—. La fiebre no le baja.

La atigrada gris y blanca intercambió una mirada con Tallo de Hojas, mientras se le hundía el corazón. «*¿Este es el final?*». Ella, Tallo de Hojas y el resto del Clan del Trueno se la pasaron la mayor parte del día esperando con nervios en el claro, preguntándose cuándo habrían noticias provenientes de la guarida de los curanderos. «*¿Estrella Zarzosa volverá a levantarse algún día?*».

Se encontraba agachada sola cerca de la guarida de curandería, rasgando y haciendo líneas en la tierra con las garras, atenta a cualquier

sonido que pudiera indicarle cómo estaba Estrella Zarzosa, cuando Tallo de Hojas se le acercó. Se sentó a su lado, con una expresión determinada.

—Quiero que seas mi pareja —maulló abruptamente.

Pelaje Manchado parpadeó.

—Eh… —Parecía incorrecto hablar de eso ahora.

—Estaba esperando, pero me di cuenta de que Estrella Zarzosa no *querría* que esperemos —Tallo de Hojas le dijo—. Si van a pasar cosas malas, te quiero a mi lado. Y si van a pasar cosas buenas, aun así te quiero a mi lado. Nadie sabe lo que está por venir, pero nunca lo sabremos. No quiero esperar más.

Pelaje Manchado se quedó mirando sus intensos ojos verdes, y una ráfaga cálida la atravesó. Tallo de Hojas tenía razón. Sin importar qué, querían estar juntos.

—Está bien —maulló ella suavemente—. Yo también quiero. Sí.

Tallo de Hojas apretó el costado contra el de ella, y allí se quedaron, juntos y en silencio, mientras el sol bajaba por el cielo cada vez más.

Cerca del atardecer, una patrulla fronteriza trajo a Estrella de Tigre, el líder del Clan de la Sombra, y a Zarpa de Sombra, su hijo y aprendiz de curandero, al campamento. Dijeron que Zarpa de Sombra había recibido una visión del Clan Estelar. Si le hacían a Estrella Zarzosa un lecho en la nieve y lo dejaban pasar la noche ahí, mejoraría.

«*¿No enfermará aun más?* —Pelaje Manchado se preguntaba, con el pecho apretado de temor—. *¿Y por qué el Clan Estelar le daría un mensaje sobre el líder del Clan del Trueno al Clan de la Sombra?*».

Esquiruela dijo que no. Era una idea ridícula.

Pero intentaron todo lo que se les ocurrió a sus propios curanderos, y nada ayudaba. Estrella Zarzosa se ponía cada vez más débil. Corazón de Aliso y Glayo, delgados y exhaustos, muy rara vez abandonaban su guarida. Esquiruela vagaba por todo el campamento tarde por la noche y apenas hablaba.

«*¿Y si Estrella Zarzosa no puede volver? ¿El Clan Estelar se ha olvidado de nosotros? Eso no podría pasar, ¿o sí?*». Pelaje Manchado sabía que todos los gatos en el Clan se lo preguntaban, pero ella solo se lo susurró a Tallo de Hojas.

—Solo queda una cosa por intentar —Corazón de Aliso argumentó al fin. El plan de Zarpa de Sombra.

Glayo había ladrado ante la idea de poner a Estrella Zarzosa allí afuera en el frío, pero finalmente, luego de una Asamblea en la que Zarpa de Sombra habló sobre otra visión del Clan Estelar, Esquiruela también

accedió. Puede que el tratamiento tuviese una escasa posibilidad de salvar a Estrella Zarzosa, pero era la única oportunidad que tenían.

Aleta Saltarina y Bigotes de Topo arrastraron a Estrella Zarzosa al páramo, seguidos por Corazón de Aliso y Glayo (mientras este último aún se oponía al plan con voz enojada y ronca), para que los curanderos del Clan del Trueno pudiesen cuidar de su líder.

—No lo sé —Aleta Saltarina les dijo cuando regresó. Movía las patas inquietamente y tenía la cola baja—. Zarpa de Sombra le hizo un lecho en la parte más expuesta de nuestro territorio. Estará cubierto de nieve. ¿Cómo eso lo va a ayudar?

—Tiene que ayudar —maulló Pelaje Manchado. Le dolía todo por la ansiedad—. Zarpa de Sombra es un aprendiz de curandero. *Tiene* que ser un mensaje verdadero del Clan Estelar.

Zarpa de Sombra parecía un buen gato, y habían estado en paz con el Clan de la Sombra desde hacía un tiempo. De seguro ningún aprendiz de curandero mentiría sobre algo así. Pero era muy joven. ¿Y si se equivocaba? Se lamió las patas, nerviosa. Pero se suponía que Zarpa de Sombra había recibido visiones del Clan Estelar antes, cuando nadie más había sido capaz de oírlos, y había sabido que Estrella Zarzosa estaba enfermo cuando nadie fuera del Clan del Trueno debería haberse enterado.

—No quería dejarlo allí —confesó Bigotes de Topo—. Si mue… si esto no ayuda… Sentiré que fue mi culpa.

—No sería tu culpa —Tallo de Hojas le dijo con firmeza—. Tampoco sería culpa de Corazón de Aliso o Esquiruela, aunque ellos tomaron la decisión. Es la única oportunidad que queda.

Pelaje Manchado se quedó despierta toda la noche en su lecho cerca de la entrada de la guarida de los guerreros. Su cola tocaba la de Tallo de Hojas, pero no hablaron. Podía oír que los otros guerreros se movían en sus lechos. Ninguno iba a dormir esa noche. Regularmente, una sombra pasaba por enfrente a la entrada: Esquiruela, que caminaba de un lado del campamento a otro, con el pelo empapado de nieve, ignorando el amargo frío.

«*Debe de hacer aun más frío en el páramo*», Pelaje Manchado pensó.

Mientras la grisácea luz del alba comenzaba a alumbrar el campamento, los guerreros del Clan del Trueno salieron al claro para esperar juntos. Esquiruela se deslizó fuera del campamento en silencio, y todos la vieron irse, sabiendo que se dirigía hacia el páramo.

—Tal vez se recuperó —susurró Colmillo Quebrado—. Quizá él y Esquiruela vuelvan juntos.

—Eso espero —Pelaje Manchado respondió. Tenía la boca seca, y no podía apartar los ojos de la entrada del campamento.

El sol subió más y más. Algunos gatos compartían lenguas en silencio, pero no había ninguna conversación. Nadie comió, y nadie organizó patrullas fronterizas ni de caza. Parecía que todos respiraban juntos, con respiraciones superficiales y nerviosas, mientras esperaban, preocupados.

Finalmente, las zarzas en la entrada del campamento se sacudieron. Alguien estaba entrando al barranco. Pelaje Manchado se paró, apenas consciente de Tallo de Hojas poniéndose de pie a su lado.

Esquiruela entró sola al campamento. Tenía los ojos verdes muy abiertos y centrados, y no se movió, sus costados se agitaron mientras jadeaba en busca de aire. Cuando finalmente habló, tuvo que forzar la voz.

—Estrella Zarzosa está muerto.

Ya había pasado el mediodía cuando cuatro de los guerreros del Clan del Trueno trajeron al campamento el cuerpo cubierto de hielo de Estrella Zarzosa. Todos los gatos del Clan observaban, algunos en silencio, otros aullando de dolor. Esquiruela se acurrucó cerca de la entrada a la guarida de los guerreros, quieta, con el pelaje empapado de nieve. Su hija, Manto de Chispas, se apretó fuertemente contra ella, mientras Candeal y Raya de Acedera permanecían cerca, pero ella no parecía notar a nadie. Se quedó mirando lúgubremente la forma inmóvil de Estrella Zarzosa mientras Escarcha Erizada y los demás lo bajaban cuidadosamente al suelo.

«*Si tan solo hubiera podido hacer algo*», Pelaje Manchado pensó con impotencia. Había visto lo enfermo que estaba Estrella Zarzosa, aquel primer día en la guarida de curandería. Pero nada lo había ayudado. Zarpa de Sombra debía de haberse equivocado respecto a sus visiones. El Clan Estelar *sí* los había abandonado. Sentía que algo en su interior se desgarraba. Estrella Zarzosa había sido un líder sabio, amable, fuerte y firme. ¿Qué iban a hacer sin él?

Cuando cayó la oscuridad, todos los gatos del Clan del Trueno se reunieron para velar a su líder muerto. Manto de Chispas y Corazón de Aliso, junto con Glayo y Leonado (los gatos que había criado Estrella Zarzosa) se sentaron cerca suyo a un lado, con Esquiruela en el otro. Ellos

y los guerreros que mejor habían conocido a Estrella Zarzosa hablaron de su valentía y lo bien que había guiado al Clan.

Pelaje Manchado, más al fondo de la multitud de guerreros, acurrucada entre Tallo de Hojas y Colmillo Quebrado, seguía perdiendo la noción de lo que los demás decían. Incluso cuando Glayo le ladró a Esquiruela: «¡¿Por qué dejaste que Zarpa de Sombra lo matara?!», ella apenas escuchó.

No podía apartar la mirada del cadáver de Estrella Zarzosa. Estaba demasiado *quieto*. Su corazón latió, y con cada latido, olas de enfermiza incredulidad la bañaban. «*¿Cómo puede estar muerto?*». Había sido líder del Clan del Trueno durante toda la vida de Pelaje Manchado.

Finalmente, los guerreros más jóvenes hablaron sobre sus recuerdos de Estrella Zarzosa, uno por uno. Pelaje Manchado apenas oyó cuando Bigotes de Mosca habló (algo sobre como Estrella Zarzosa la había alentado cuando era una aprendiza) y luego ella misma se aclaró la garganta.

—Era amable conmigo —maulló—. Me *escuchaba*, aunque yo fuera joven y no tuviera experiencia.

El dolor la atravesó, y se sentó en silencio. Pronto la vigilia hubo terminado. Los veteranos, liderados por Látigo Gris, se adelantaron solemnes para levantar el cuerpo de Estrella Zarzosa. Lo enterrarían afuera del campamento.

Entonces Estrella Zarzosa se movió, un lento escalofrío le atravesó el costado.

Un murmullo de incredulidad recorrió a los gatos reunidos. «*Debe de haber sido el viento en su pelo*», Pelaje Manchado se dijo a sí misma. Había visto el hielo que cubría el cuerpo de Estrella Zarzosa. Si iba a volver con su próxima vida del Clan Estelar, seguramente lo habría hecho al instante. Siempre le habían dicho que a un líder solo le tomaba unos alientos pasar de una vida a la otra.

El costado de Estrella Zarzosa se movió nuevamente, sus músculos se agitaron. Pelaje Manchado se volvió hacia Tallo de Hojas y lo encontró mirándola fijamente, una esperanza nacía en sus ojos.

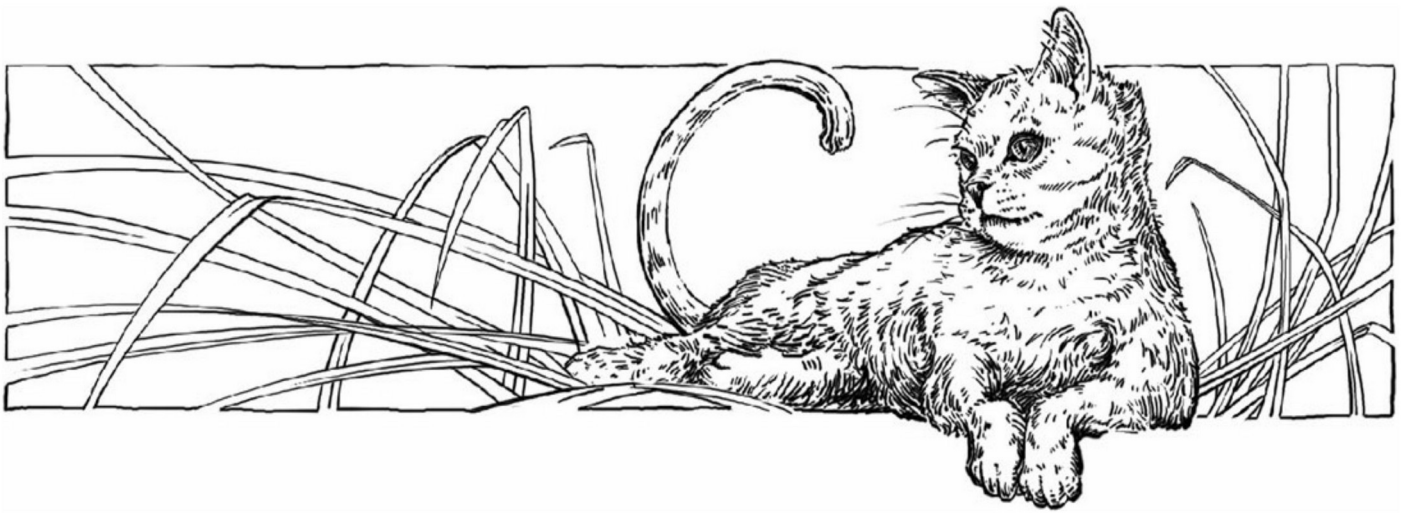
—¿Viste eso? —preguntó él. Juntos, se giraron nuevamente.

—Esto no puede ser… —Espinardo susurró, con la voz tensa de esperanza.

Estrella Zarzosa levantó la cabeza y pestañeó, aturdido, y después rodó sobre su viente. Miró el Clan a su alrededor.

Pelaje Manchado jadeó, mientras la incredulidad y la alegría peleaban en su interior. Se había equivocado. El Clan Estelar nunca los había abandonado.

«*¡Estrella Zarzosa está vivo!*».



CAPÍTULO 6

Pelaje Manchado se estiró, para después lamerse perezosamente la pierna delantera, disfrutando de la calidez del sol que le empapaba el manto. Manchas de nieve yacían en el extremo más sombrío del campamento y debajo de la Cornisa Alta, pero por primera vez en lunas el aire era más cálido, y el cielo estaba pintado de un celeste pálido y claro.

«*Todo va a estar bien*», se dijo alegremente a sí misma. Tallo de Hojas estaba al otro lado del claro, compartiendo una ardilla con sus hermanas, Ala de Águila y Ciruela de Piedra, y le hizo un gesto amistoso con la orejas cuando sus miradas se encontraron. «*Mmm, ardilla*», pensó. Ahora que la estación de la hoja nueva había comenzado, las presas corrían bien y el hambre de la estación sin hojas no era más que un recuerdo. Justo cuando empezaba a considerar pararse para investigar el montón de carne fresca, una patrulla de caza liderada por Carbonera entró al campamento, con más presas colgando de las bocas. «*Quizá un ratón*», pensó, inclinando la cabeza para ojear los rollizos ratones que traía Zarpa de Pinzón.

Cuando Pelaje Manchado se puso de pie, Esquiruela apareció en la entrada de la guarida de Estrella Zarzosa, y bajó por las rocas caídas hacia el claro.

—¡Buena caza! —elogió ella—. El Clan del Trueno comerá bien hoy.

Detrás de ella, Estrella Zarzosa bajó de la Cornisa Alta de un salto, aterrizando con un golpe sordo. El pecho de Pelaje Manchado se agitó de ansiedad, remplazando su buen humor de antes. Desde que se había despertado con su nueva vida, Estrella Zarzosa había sido impredecible.

Quizá era difícil acostumbrarse a estar vivo otra vez, después de haber estado muerto por tanto tiempo.

—Corazón de Lirio —maulló el líder, estudiando a los cazadores—. ¿Dónde están tus presas?

La pequeña atigrada se asomó por entre el resto de su patrulla.

—No atrapé nada —contestó en voz baja.

Pelaje Manchado se tensó aun más ante los nervios en los ojos de Corazón de Lirio.

Estrella Zarzosa crispó la punta de la cola.

—¿No? —preguntó—. ¿Por qué no?

—Em… —Corazón de Lirio parpadeó.

Carbonera depositó su captura en el montón y se metió en la conversación:

—Ayudó a cazar la mayoría de las cosas que atrapamos. Ya sabes que una patrulla trabaja en conjunto, Estrella Zarzosa.

Estrella Zarzosa la miró con desdén.

—Lo que yo oigo es que ella no atrapó nada por su cuenta. —Se acercó a Corazón de Lirio—. Una guerrera que no caza para su Clan defrauda al Clan. No está siguiendo el código guerrero.

Pelaje Manchado movió las patas, deseando poder defender a Corazón de Lirio. No era justo culparla, en especial cuando, justo como Carbonera había dicho, había ayudado sin lugar a dudas a atrapar las presas que llevaba la patrulla.

—¡Lo *intenté*! —la guerrera objetó. Se veía como si quisiera salir corriendo y esconderse.

—Estrella Zarzosa —Esquiruela intervino—. Corazón de Lirio es una buena guerrera. No todos los guerreros pueden atrapar alguna presa cada vez que salen en patrulla. Además tenemos muchas.

Entrecerrando sus ojos ámbar, Estrella Zarzosa miró a los gatos reunidos a su alrededor.

—El código nos dice que pongamos a nuestro Clan en primer lugar. —Levantó la voz, sus palabras resonaron por el claro—. Una verdadera guerrera seguiría cazando hasta que tuviese presas para alimentar a su Clan. Todos deben servir al Clan si quieren que todos estemos a salvo.

Corazón de Lirio bajó la mirada.

—Lo siento —susurró.

—Puedes demostrar tu determinación por hacerlo mejor *haciéndolo* mejor —le dijo Estrella Zarzosa—. Duerme en el páramo esta noche, y

vuelve al campamento mañana, una vez que hayas atrapado al menos varias presas.

Pelaje Manchado jadeó en silencio, su espanto se vio reflejado en las caras de sus compañeros de Clan. ¿En serio Estrella Zarzosa iba a castigar a Corazón de Lirio enviándola afuera sola? ¿No recordaba lo que había prometido luego de que Zarpa de Clavelina se hubiera perdido en el bosque?

—¡En el páramo! —Esquiruela maulló, indignada—. Aún hay nieve allí. ¿No puede simplemente hacer una patrulla adicional mañana?

—Depende de qué tan bien quiere servir a su Clan. Y de si cree en lo que el código nos dice: que la palabra de su líder *es* el código. —Estrella Zarzosa estaba mirando a Corazón de Lirio con los ojos entrecerrados.

—No estoy segura de que sea una buena idea que alguien ande solo por ahí durante la noche —Esquiruela contradijo.

Corazón de Lirio tragó con fuerza.

—Lo haré —maulló.

Estrella Zarzosa asintió.

—Bien. Quizá *sí* puedas ser leal al Clan del Trueno.

Mientras Corazón de Lirio se dirigía de vuelta hacia la entrada del campamento, el manto de Pelaje Manchado se erizó de intranquilidad. ¿Por qué ahora Estrella Zarzosa era mucho más duro? Apenas hacía unas lunas, había estado de acuerdo con ella y Tallo de Hojas en que enviar a un gato por su cuenta fuera del campamento durante la noche no era un castigo justo. Había sido severo y brusco desde que había empezado su nueva vida, pero jamás había ido en contra de una regla que él hubiera decidido antes de su muerte. ¿Por qué castigaría a Corazón de Lirio de esa forma? ¿Por qué siquiera la castigaría?

Al otro lado del claro, se encontró con la mirada de Tallo de Hojas, y supo que sus pensamientos coincidían con los de ella. «*Esto no está bien*».

—Debemos tener fe en que Estrella Zarzosa sabe lo que está haciendo —Carbonera maulló. Saboreó el aire—. ¿Huelen conejo?

Pelaje Manchado quería aullar de frustración. Había convencido a sus padres de que salieran a patrullar con ella para poder hablar en privado, pero no parecían estar escuchando para nada lo que ella decía.

Leonado irguió las orejas.

—Me gustaría un poco de conejo —reflexionó.

—¿No les preocupa cómo está actuando Estrella Zarzosa? —preguntó Pelaje Manchado. ¿Cómo es que no veían el problema?—. Es mucho más severo de lo que nunca fue. Y si no está regañando a alguien, lo único que quiere es estar en su guarida enroscado con Esquiruela. Incluso le encargó a *Escarcha Erizada* la mitad de las tareas de lugarteniente para que Esquiruela no se aleje de él.

La guerrera más joven estaba dando su mejor esfuerzo, pero era *ridículo* pedirle a una gata que tenía su nombre guerrero desde hacía tan poquito tiempo que asumiera tal responsabilidad. Quizá Estrella Zarzosa no se daba cuenta de la manera en que los mantos de los guerreros mayores se erizaban cuando una gata tan joven les daba órdenes, pero Pelaje Manchado sí lo notaba.

Carbonera y Leonado intercambiaron una mirada.

—Pelaje Manchado —comenzó su madre—, Estrella Zarzosa ha pasado por muchas cosas. Acaba de perder una vida. Es natural que quiera a su pareja a su lado. —Miró a Leonado con amor.

«*Eso es cierto, pero…*».

—La forma en que se levantó… no es la forma en que se supone que un líder reciba una nueva vida, ¿no? Tal vez algo le pasó en el Clan Estelar.

Pelaje Manchado nunca antes había visto a un líder empezar una nueva vida, pero había oído historias de cómo funcionaba: deberían de haber habido unos pocos latidos entre el final de una vida y el inicio de la nueva. Y debería haberse levantado renovado y con fuerza. Pelaje Manchado se estremeció, pensando en todo el tiempo que Estrella Zarzosa había permanecido frío y quieto, mientras su pelaje se llenaba de hielo, y volvió a ver la mirada aturdida y apagada de sus ojos cuando por fin despertó.

La mirada azul de Carbonera mostraba tristeza.

—El Clan Estelar se ha alejado mucho de nosotros —maulló—. Quizá fue difícil para Estrella Zarzosa encontrar el camino a casa.

Una reacia simpatía se agitó en lo más profundo de la mente de Pelaje Manchado. Se imaginó a Estrella Zarzosa vagando por algún lugar entre sus ancestros en el Clan Estelar y su propio gélido cuerpo.

—Sigue sin ser excusa para la manera en que está tratando a los demás —argumentó tercamente—. Siempre ha sido un líder amable. ¿Por qué castigaría a Corazón de Lirio de esa forma?

—A mí tampoco me gusta cómo está actuando —Leonado maulló, moviendo las patas mientras pensaba—. Pero se ha ganado mucha

confianza. Ha liderado al Clan del Trueno a través de todo tipo de problemas. Me crió a mí y a mis hermanos como un padre. Y siempre ha querido lo mejor para todos nosotros. Tengo que darle una oportunidad.

—Tenemos que elegir seguir a Estrella Zarzosa y creer en él —añadió Carbonera con suavidad—. Estoy segura de que volverá a ser él mismo. ¿Puedes intentar creerlo tú también?

Mirando a sus dos padres, Pelaje Manchado pudo ver la sinceridad en sus rostros. Y tenían razón. Estrella Zarzosa había demostrado una y otra vez que era un buen líder, que solo quería guiar y proteger a su Clan. De seguro merecía un poco de tiempo para recuperarse de lo que le había pasado.

—Bueno —accedió, una ola de alivio la atravesó ante la idea de que tal vez pronto Estrella Zarzosa volvería a ser él mismo—. Lo intentaré.

Gélidas gotas de lluvia chorreaban por entre el manto de Pelaje Manchado, y se sacudió irritada, esponjando el pelaje. A su lado, el dorado pelo de Leonado tenía marcas de oscuros rastros de lluvia, mientras Escarcha Erizada agachaba la cabeza para evitar que le entrara agua en los ojos. Había estado lloviendo todo el día, y las pesadas nubes grises no mostraban ninguna señal de que el cielo fuese a despejarse. «*Aun así* —la atigrada manchada pensó—, *salir a patrullar las fronteras es mejor que estar en el campamento ahora mismo*». El día anterior, Estrella Zarzosa había anunciado que él y Esquiruela, como los dirigentes del Clan, serían los primeros en elegir del montón de carne fresca, incluso antes que los veteranos y las reinas, y todos se erizaron como si tuvieran abrojos en el manto.

El código guerrero decía que los veteranos, las reinas y los cachorros debían comer primero. Darle a los veteranos las primeras presas era la manera que tenía el Clan de honrar a los guerreros que habían pasado sus vidas sirviendo a sus Clanes, mientras que asegurarse de que las reinas lactantes comieran bien era una forma de preservar el futuro del Clan. Era una de las reglas más importantes del código guerrero. «*¿Por qué Estrella Zarzosa cambiaría las cosas de repente?*», se preguntó Pelaje Manchado, abriéndose paso entre pasto largo y húmedo. El código *también* decía que la palabra del líder del Clan era el código, por lo que cualquier cosa que Estrella Zarzosa dijera tenía que ser correcto. Pero nunca antes había

insistido en que debía recibir un trato especial. Esquiruela se había mostrado sorprendida e incómoda ante su anuncio, pero lo había aceptado.

«*¿Acaso esto cambiará la opinión de Leonado respecto a Estrella Zarzosa?*», se cuestionó. Su padre caminaba a su lado, saboreando el aire. No parecía estar pensando en nada más que fronteras y presas, pero el día anterior había estado enojado. Había discutido con Estrella Zarzosa. Se le apretó el pecho por la ansiedad: si hasta Leonado creía que Estrella Zarzosa estaba haciendo algo mal, debía ser cierto.

—Vamos a patrullar primero la frontera del Clan del Cielo —Escarcha Erizada sugirió—. Está más resguardado bajo los árboles.

«*Al menos Escarcha Erizada no ha perdido todo su sentido común*», pensó Pelaje Manchado. La guerrera más joven miraba a Estrella Zarzosa con ojos venerables y parecía tomar su palabra como la voluntad del Clan Estelar, pero era sensata cuando estaban de patrulla.

Torrentes de agua goteaban estables por entre las copas de los árboles por encima suyo.

—Tiene razón —Pelaje Manchado maulló—. Podría dejar de llover. Entonces podríamos revisar la frontera del Clan del Viento sin empaparnos.

Leonado ojeó las pesadas nubes y resopló.

—Vamos a empaparnos de todos modos —maulló—. Será mejor que comprobemos la línea olorosa antes de que sea completamente arrastrada por la lluvia.

Se dirigió hacia el páramo y, con un suspiro, Pelaje Manchado lo siguió, con Escarcha Erizada pisándole la cola. La fuerza total de la lluvia le golpeó el lomo cuando salió de debajo de los árboles, pero al menos no estaba helada.

—Es bueno ver lluvia en lugar de nieve —le maulló a Leonado.

Leonado negó con la cabeza, de sus orejas salieron volando gotas de lluvia.

—Creo que prefiero la nieve.

—Al menos hay calor en el aire —Pelaje Manchado le recordó, apresurándose a través del pasto.

—No mucho —replicó Leonado—. Pero las presas están regresando, lo que vale un poco de lluvia.

—Gracias al Clan Estelar. —Pelaje Manchado recordó el constante y bajo dolor de hambre que había sentido durante toda la estación sin hojas.

Leonado levantó la mirada al cielo, entrecerrando los ojos.

—Estás desperdiciando el aliento. Ya ni siquiera sabemos si están escuchando.

—¡Por supuesto que lo están! —maulló ella, horrorizada. Puede que los Clanes no hubiesen sido capaces de oír al Clan Estelar mientras la Laguna Lunar estaba congelada, pero tenía que creer que el Clan Estelar había estado velando por ellos todo el tiempo. Habían traído de regreso a Estrella Zarzosa cuando parecían haber perdido toda esperanza, ¿no? De seguro no pasaría mucho tiempo antes de que hablaran con los curanderos como siempre lo habían hecho. De todos modos—: El deshielo ya se ha establecido adecuadamente. No hay razón por la que no puedan.

Leonado encorvó los hombros.

—Puede que tarden en llegar a nosotros de nuevo.

El manto de Pelaje Manchado se erizó de ansiedad. Eso no podía ser cierto, ¿o sí?

—Tal vez están esperando a que sigamos el código guerrero correctamente —la voz de Escarcha Erizada irrumpió desde detrás de ellos.

Pelaje Manchado se giró para fruncirle el ceño. ¿Qué insinuaba?

—Siempre hemos seguido el código guerrero —la voz de Leonado fue fría—. Al menos, algunos de nosotros lo hemos hecho.

Leonado y Escarcha Erizada se miraron el uno al otro por un momento largo. Aliviada, Pelaje Manchado captó un olor familiar.

—Puedo oler conejo —maulló, rompiendo la tensión.

Leonado levantó la cabeza, olfateando el aire.

—Yo también. —Se miraron entre sí, y luego vieron a través de la extensión de brezos entre ellos y la frontera del Clan del Viento.

«*¡Allí!*». Un conejo gris, todavía delgado por el hambre de la estación sin hojas, mordisqueaba pasto entre dos arbustos. Pelaje Manchado se agachó, y entonces avanzó sigilosamente, manteniéndose baja. Por el rabillo del ojo, pudo ver a su padre haciendo lo mismo. Estaban lo suficientemente cerca como para ver los movimientos rápidos en los costados del conejo mientras respiraba y la contracción de sus orejas cuando repentinamente captó su olor y huyó. Pelaje Manchado y Leonado se lanzaron tras él.

Pelaje Manchado resbaló en los brezos húmedos mientras brincaba tras el conejo, luego recobró el equilibrio y corrió más rápido, con la nariz llena de su aroma tentador. Hubo un destello de vientre blanco cuando la presa se levantó sobre sus patas traseras y luego viró frenéticamente en otra dirección. Zigzagueando entre los arbustos tras él, mientras su padre

saltaba delante de ella, la lluvia le daba en la cara y sentía las patas más ligeras de lo que las había sentido en días.

Por fin, el conejo quedó atrapado entre los dos y, con un salto, Leonado lo derribó. Maullando un rápido agradecimiento al Clan Estelar, levantó al conejo y lo arrastró de regreso hacia Escarcha Erizada.

—Buena caza —Pelaje Manchado ronroneó, y Leonado inclinó la cabeza.

Escarcha Erizada corrió para encontrarse con ellos a medio camino, con expresión aterrorizada.

—¡Atraparon eso en territorio del Clan del Viento! —aulló, tan pronto como estuvieron lo bastante cerca para poder escucharla.

El corazón de Pelaje Manchado se hundió, y miró a su alrededor. No era cierto, ¿o sí? Pero allí estaba, la línea de aulagas que marcaba esta parte de la frontera del Clan del Viento, a tan solo unas pocas colas de distancia. Definitivamente la habían cruzado en su cacería.

Leonado dejó caer el conejo.

—No pudimos evitarlo —maulló, culpable.

Pelaje Manchado asintió. No lo habían hecho a propósito. Solo habían estado siguiendo a su presa. Su presa del *Clan del Trueno*.

—Solo estaba en territorio del Clan del Viento porque nosotros lo perseguimos hacia allí.

Miró hacia atrás, hacia el páramo. Deseaba que el arroyo que separaba parte de los territorios del Clan del Viento y del Clan del Trueno fluyera allí también: no podrían haber pasado por alto esa frontera.

Leonado y Escarcha Erizada seguían discutiendo.

—El Clan Estelar lo sabrá —la guerrera maulló desesperada.

—El Clan Estelar nunca se enojaría con un guerrero por alimentar a su Clan —Leonado decidió con firmeza, y tocó el conejo—. Esto será una buena comida para Látigo Gris, Nimbo Blanco y Centella.

Mientras el estómago le daba vueltas por la ansiedad, Pelaje Manchado caminó tras Leonado. Mientras marcaba su lado de la frontera, se preguntó si Leonado tenía razón. Seguramente el Clan Estelar no los castigaría por un accidente bien intencionado…

—Si Estrella de Lebrón viene aquí y nos acusa de invadir su territorio, ¿es *eso* lo que le van a decir? ¿Que no lo habrían hecho si mantuviera sus

fronteras mejor marcadas? —Estrella Zarzosa estaba furioso. El pelaje a lo largo de su manto se levantó mientras les gruñía.

Leonado ladró en respuesta, señalando que a veces las fronteras se cruzaban accidentalmente. Detrás de Estrella Zarzosa, Pelaje Manchado podía ver a Escarcha Erizada, moviendo las patas incómodamente.

«*Claro que Escarcha Erizada se lo dijo*», pensó Pelaje Manchado. Leonado y ella se lo habrían dicho a su líder ellos mismos, si hubiese sido el viejo Estrella Zarzosa: tranquilo y pensativo. Este nuevo Estrella Zarzosa era impredecible. No era de *fiar*. Ante la idea, una preocupación se enroscó en su interior. Si no podían confiar en su líder, ¿en quién podían confiar?

—Sabes que el Clan Estelar ha estado en silencio estas últimas lunas —Estrella Zarzosa siseó—. Se supone que debemos seguir el código guerrero para que vuelvan. ¿Qué crees que pensarán de que los guerreros crucen fronteras sin permiso? ¿Crees que volverán si ni siquiera podemos obedecer una regla tan simple?

—El Clan Estelar no va a abandonarnos solo porque crucé la frontera del Clan del Viento —Leonado gruñó.

Mientras discutían, Pelaje Manchado sintió que su ansiedad se transformaba en ira. ¿Qué derecho tenía Estrella Zarzosa a decidir qué haría enojar al Clan Estelar? Estaba tratando a Leonado como si el gato más joven fuera una especie de proscrito, cuando tan solo unos días atrás, ¡Leonado lo había estado defendiendo! Apretó el hombro contra el de su padre.

—Rompiste el código a pesar de que les he dicho que hay que seguirlo —ladró el líder, con la cara a apenas un bigote de distancia de la de Leonado.

Pelaje Manchado no pudo contenerse más. Se había callado la boca cuando Estrella Zarzosa le rugía al resto del Clan, pero no iba a permitir que le hablara a su padre de esa forma.

—Todos los gatos aquí han roto el código en algún momento. —Miró con rabia a Estrella Zarzosa—. Algunos de nosotros peor que otros.

Los ojos ámbar del atigrado oscuro ahora estaban en ella, con tanta furia que Pelaje Manchado sintió la necesidad de agachar la cabeza y retroceder, pero endureció los hombros y le devolvió la mirada con audacia.

—¿Qué se supone que significa eso? —Estrella Zarzosa preguntó, flexionando sus largas garras.

—Me refiero a que Esquiruela una vez mintió a todos, fingiendo que los hijos de su hermana, los hijos de su hermana la *curandera*, eran suyos. Mintió a propósito y mintió durante lunas. Si puedes pasar eso por alto, entonces puedes pasar por alto que hayamos cruzado una frontera sin darnos cuenta.

Pelaje Manchado oyó a Esquiruela inhalar bruscamente y sintió a Leonado (quién *era* uno de esos hijos) tensarse a su lado, pero mantuvo los ojos fijos en los de Estrella Zarzosa. Ella sabía que no era justo para ellos que se mencionaran estas dolorosas partes de su pasado, pero Estrella Zarzosa tenía que darse cuenta de que estaba siendo un hipócrita. ¿Por qué él debía elegir quién tenía permitido romper el código?

El Clan Estelar había perdonado a Hojarasca Acuática y Esquiruela. La gata rojiza le había dicho al Clan del Trueno que cuando ella y Hojarasca Acuática habían resultado heridas en un desprendimiento de rocas y rondaban entre la vida y la muerte, el Clan Estelar había debatido sobre las cosas que ambas habían hecho y decidieron que las hermanas pertenecían en el Clan Estelar, a pesar de las maneras en que habían roto el código. Pelaje Manchado no podía imaginarse al Clan Estelar dándole la espalda a buenos guerreros, por más que hubiesen roto el código tan gravemente. ¿Cómo es que cruzar una frontera por accidente podía compararse con eso?

Por un latido, Pelaje Manchado creyó que Estrella Zarzosa iba a abalanzarse contra ella. Pero entonces retrocedió, alisando el manto.

—No te metas con Esquiruela —maulló—. Como lugarteniente, ha servido a su Clan sin esperar nada a cambio. Yo soy el líder del Clan y decido quién merece un castigo. A menos que pienses que el hecho de que el Clan Estelar te conceda nueve vidas no significa nada.

«*Tiene razón*». El Clan Estelar había aprobado a Estrella Zarzosa como su líder. Pelaje Manchado bajó la mirada. Hubo un momento de silencio. Podía sentir las miradas del Clan entero en ella. «*¿Todos están molestos conmigo?*». Seguro que algunos de sus compañeros de Clan debían de estar tan frustrados con Estrella Zarzosa como ella.

—Durante el próximo cuarto de luna —comenzó Estrella Zarzosa—, nadie puede hablarle a Pelaje Manchado.

La atigrada gris y blanca levantó la cabeza de golpe y miró fijamente a su líder. Nunca había oído que se usara el *habla* como castigo. ¿Se suponía que cazara, durmiera y comiera junto a los demás guerreros, junto a su propia familia, en silencio total?

Pero Estrella Zarzosa ya no la estaba mirando a ella. Ahora miraba a Leonado.

—*Tú* estás desterrado del campamento durante un cuarto de luna.

Los ojos de Pelaje Manchado se abrieron en grande. «*¿Desterrado? Leonado es un guerrero muy leal. ¿Cómo puede Estrella Zarzosa echarlo?*».

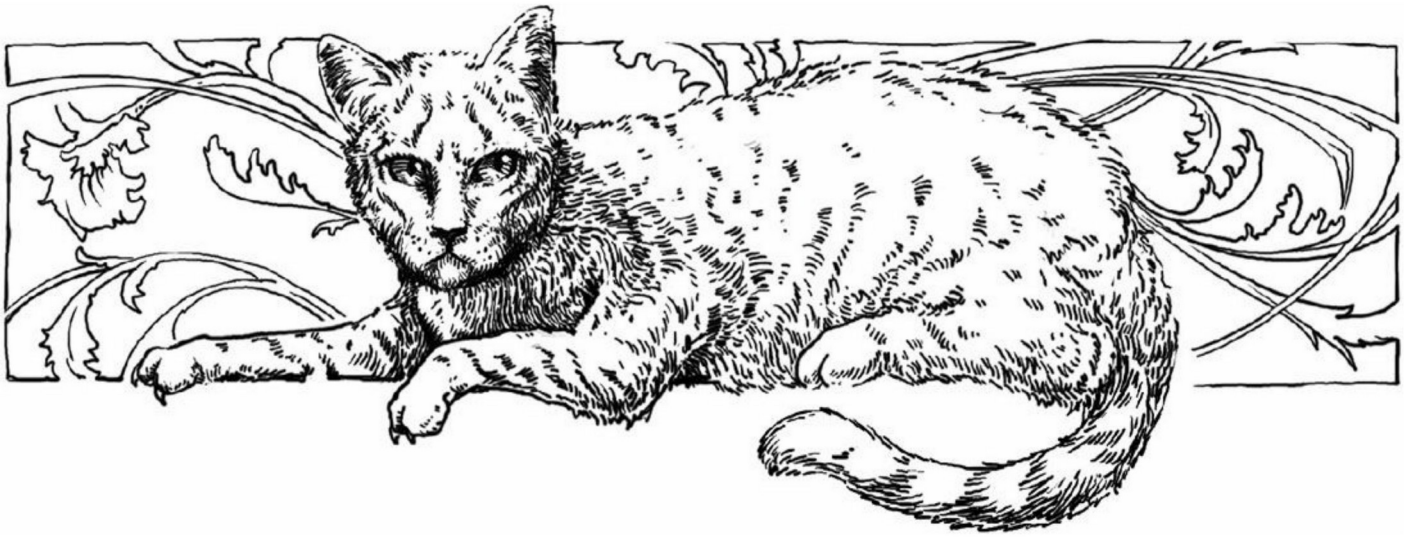
—No es correcto —Tallo de Hojas susurró.

Las sombras se alargaban a lo largo del campamento mientras el sol se hundía tras los árboles. Nadie le había hablado a Pelaje Manchado desde que Estrella Zarzosa había declarado los castigos, desde que Leonado había erguido los hombros y salido del campamento, aunque Carbonera la miraba con tristeza y Escarcha Erizada seguía encontrándose con su mirada en lo que parecía ser una agonía de culpabilidad. Incluso ahora que el campamento oscurecía, ella y Tallo de Hojas permanecían con las miradas apartadas del otro y las caras cuidadosamente inexpresivas, para que nadie se diera cuenta de que estaban hablando.

—Lo sé —Pelaje Manchado murmuró en respuesta—. Estos castigos, echar gatos y no permitir que nadie me hable, es como si tuvieran el propósito de separarnos. —Su interior se agitó de resentimiento cuando pensó en la cara atónita de su padre—. Estrella Zarzosa es el padre de Leonado en todo lo que importa. ¿Por qué lo trataría así?

—Desde que obtuvo su nueva vida —masculló Tallo de Hojas, en voz aun más baja—, ha habido algo mal con Estrella Zarzosa.

—Sí. —Admitirlo se sentía tan liberador como si hubiera zafado de unas zarzas. Barrió el suelo embarrado con la cola—. No podemos ser los únicos que piensen esto. Algo tiene que cambiar.



CAPÍTULO 7

—¡Espérenme! —Pelaje Manchado aulló, feliz de oír su propia voz.

Había pasado el cuarto de luna de su castigo rodeada de silencio (sin hablar, sin que le hablaran) hasta el punto en el que le preocupaba haberse olvidado de cómo hablar. Desde que su castigo había terminado el día anterior, había hecho más ruido de lo usual, solo para escucharse a sí misma. Leonado aún no había regresado de su exilio, pero estaba segura de que volvería pronto, y estaba impaciente por ver a su padre otra vez.

Colmillo Quebrado y Bigotes de Mosca se giraron hacia ella desde la entrada del campamento, con miradas cálidas.

—Vamos, entonces —la llamó su hermana—. Vamos a ver si podemos encontrar algunos ratones en donde aquel gran roble.

Pelaje Manchado siguió a sus hermanos a través del túnel de espinas. Una vez fuera, Bigotes de Mosca le golpeó alegremente el hombro con el suyo propio.

—Me alegra que podamos hablar contigo otra vez —ronroneó.

Colmillo Quebrado asintió.

—Ahora todo puede volver a la normalidad.

A Pelaje Manchado se le puso rígida la columna. Ella y Tallo de Hojas habían decidido que hablarían con otros gatos sobre lo extraño que se estaba comportando Estrella Zarzosa, ¿y quién mejor para empezar que sus propios hermanos de camada? Ahora que tenía una oportunidad, el manto se le erizó de incomodidad.

—De hecho —comenzó—, quería hablar con ustedes dos de eso.

Bigotes de Mosca miraba hacia la maleza, su cola temblaba.

—¿Hablar de qué? —preguntó distraída—. Creo que hay un par de musarañas allí abajo.

—De que las cosas vuelvan a la normalidad —Pelaje Manchado maulló. Su voz sonaba dudosa ante sus propios oídos, por lo que tragó, y entonces habló con más firmeza—. Realmente no creen que la forma en que Estrella Zarzosa ha estado actuando es *normal*, ¿o sí?

Bigotes de Mosca, sobresaltada, perdió interés en la maleza. Ella y Colmillo Quebrado intercambiaron una mirada.

—¿De qué hablas? —Colmillo Quebrado cuestionó, cauteloso.

—De lo que ha estado haciendo —maulló Pelaje Manchado—. Se la pasa enojado todo el tiempo. Está obsesionado con el código, pero va y se asegura de que él coma primero, no deja a Esquiruela hacer sus tareas de lugarteniente, y actúa como si fuera nuestra culpa que el Clan Estelar no le haya estado hablando a los curanderos. Tallo de Hojas y yo creemos que si suficientes gatos le hacen frente, verá que necesita cambiar… —Su voz se desvaneció.

Colmillo Quebrado y Bigotes de Mosca la miraban con horror.

—Estrella Zarzosa es el líder del Clan —argumentó su hermano—. El Clan Estelar le dio nueve vidas.

Bigotes de Mosca negó con la cabeza.

—Si nos ponemos en contra de Estrella Zarzosa, puede que el Clan Estelar no vuelva *jamás*.

¿Era eso lo que sentían todos sus compañeros de Clan?

—¿Así que seguirían a Estrella Zarzosa sin importar lo que hiciera?

—Es nuestro líder —Colmillo Quebrado repitió, con mirada firme. Su pelaje se estaba esponjando como si estuviera listo para pelear—. Soy un guerrero leal, y tú también deberías serlo.

—*Soy* leal —maulló Pelaje Manchado, dolida—. Pero ser leal no significa seguir a un solo gato. Significa trabajar todos juntos para mejorar al Clan. Incluso si para eso hace falta hacerle frente a Estrella Zarzosa.

Bigotes de Mosca estaba frunciendo el ceño.

—No lo hagas, Pelaje Manchado —le suplicó—. Suena como si estuvieras intentando rebelarte contra nuestro líder. Esa es una buena manera de herirte. De herir a otros.

—No estoy intentando… —ella comenzó, indignada, pero Bigotes de Mosca la interrumpió.

—¿No recuerdas lo que siempre hemos oído respecto a Cola Oscura y el Clan de la Sombra? Los aprendices y guerreros más jóvenes no querían

escuchar a Estrella de Serbal. No querían seguir el código. Y fue fácil para un proscrito tomar el control. Porque parte del Clan no era leal.

—No es que no quiera seguir el código —objetó Pelaje Manchado—. Sino que creo que lo que Estrella Zarzosa ha estado haciendo últimamente va en *contra* del código.

—No estoy de acuerdo —Bigotes de Mosca maulló, agitando su cola atigrada de un lado a otro—. Y serías una cerebro de ratón si actuaras en contra de Estrella Zarzosa. Ya has visto cómo está castigando a los gatos que rompen el código. ¿Cómo crees que trataría a una gata que intentara poner a su propio Clan en su contra?

Colmillo Quebrado entrecerró los ojos.

—¿Estás segura de que esto no es únicamente porque te castigó? —le preguntó.

Bigotes de Mosca ladeó la cabeza a un lado, y los dos hermanos de Pelaje Manchado esperaban por una respuesta.

—Claro que no —maulló ella. Su voz sonó malhumorada, y más débil de lo que le habría gustado. ¿Por qué no la escuchaban?

Claramente incrédulos, sus hermanos intercambiaron otra mirada, y luego Colmillo Quebrado agitó su cola dorada y se giró.

—Olvídalo, Pelaje Manchado —maulló—. Hagamos carrera hasta el roble.

—¡No pueden alcanzarme! —Bigotes de Mosca, evidentemente contenta por el cambio de tema, salió corriendo sin esperar a que ellos estuvieran listos.

—¡No es justo! —Colmillo Quebrado se lanzó tras ella.

«*Es inútil*», pensó Pelaje Manchado, siguiéndolos. Sus hermanos no iban a ver, o por lo menos reconocer, las cosas perturbadoras que Estrella Zarzosa había estado diciendo. «*Pero quizá sea porque el comportamiento de Estrella Zarzosa no los ha afectado a* ellos *aún*».

Quizá alguien que ya hubiera experimentado un castigo severo estaría más dispuesta a escucharla.

Pelaje Manchado y Tallo de Hojas encontraron a Oreja de Clavelina al borde del campamento.

—¿Podemos hablar contigo? —Pelaje Manchado preguntó con tranquilidad, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie más podía oírlos.

Nimbo Blanco y Centella estaban compartiendo lenguas cerca de la guarida de los veteranos, y Látigo Gris charlaba con ellos, mientras que Zarpa de Pinzón y Zarpa Flameante estaban ocupados sacando musgo viejo de la guarida para cambiar los lechos de los veteranos. Canción de Frondas acababa de agarrar un gorrión del montón de carne fresca. Todo se veía normal, pero un aire subyugado flotaba por encima de todo el campamento. «*Es culpa de Estrella Zarzosa* —Pelaje Manchado pensó—. *Todos tienen miedo de poner una zarpa mal*».

Oreja de Clavelina ciertamente parecía asustada. Sus claros ojos ámbar se movieron entre Pelaje Manchado y Tallo de Hojas, y luego miró nerviosa por encima de su hombro.

—¿De qué quieren hablar? —preguntó al fin.

—De Estrella Zarzosa, y lo que está mal en el Clan del Trueno —le dijo la atigrada gris y blanca.

Ella y Tallo de Hojas le susurraron sus inquietudes a la guerrera más joven, vigilando que nadie se acercara lo suficiente como para escucharlos.

—¿Estás de acuerdo en que Estrella Zarzosa cambió? —preguntó Tallo de Hojas—. ¿Y que deberíamos de trabajar juntos para que el Clan del Trueno vuelva a ser como antes?

Oreja de Clavelina agachó la cabeza.

—Estrella Zarzosa está actuando raro —coincidió. Pero entonces levantó la barbilla y sus ojos se entrecerraron con sospecha—. ¿Están tratando de hacerme decir algo malo de Estrella Zarzosa para poder ir a decírselo?

—¡Claro que no! —Pelaje Manchado maulló, impactada.

Entonces miró hacia donde Oreja de Clavelina estaba viendo. Escarcha Erizada los estaba observando desde el otro lado del campamento, con sus ojos azul verdosos bien abiertos.

A Pelaje Manchado se le erizó el pelo a lo largo del manto. No era de extrañar que los pensamientos de Oreja de Clavelina se hubieran dirigido inmediatamente a la traición. Todos sabían que Escarcha Erizada estaba reportando los errores de sus compañeros de Clan a Estrella Zarzosa. Oreja de Clavelina era la hermana de Escarcha Erizada, pero ni siquiera ella estaba a salvo. Desde que la guerrera gris claro le había dicho a Estrella Zarzosa que Leonado y Pelaje Manchado habían cruzado la frontera, su líder la había estado convocando a su guarida todo el tiempo, sin duda alguna para cuestionarla sobre quiénes no estaban siguiendo el código. Todos sabían que le diría a Estrella Zarzosa todo lo que él le preguntara. No podían confiar en Escarcha Erizada.

Aunque Pelaje Manchado tampoco podía odiarla. Escarcha Erizada era la misma gata entusiasta que había sido de aprendiza, desesperada por servir a su Clan y ser la mejor guerrera que podía ser. Pelaje Manchado sabía exactamente lo que sentía. Solo que no consideraba que seguir a Estrella Zarzosa fuese la mejor manera de servir al Clan del Trueno en este momento. Sintió frío ante la idea. No era *correcto*. Necesitaban un líder en el que pudieran confiar.

—Bueno —Oreja de Clavelina murmuró, temblando—. Creo que hay algo mal con lo que Estrella Zarzosa está haciendo. Pero no hay nada que *nosotros* podamos hacer al respecto.

—Sí lo hay —maulló Pelaje Manchado automáticamente. «*¿Pero qué, exactamente?*».

Miró a Tallo de Hojas y él asintió.

—Lo descubriremos.

—Tenemos que ser cuidadosos —la gata gris y blanca explicó—. No podemos simplemente ir y preguntarle a todos qué opinan de Estrella Zarzosa. Pero muchos de nosotros no están de acuerdo con la forma en que maneja todo ahora.

Ramaje de Ramitas y Aleta Saltarina estaban acurrucados juntos, hombro a hombro, con Tallo de Hojas sentado a su lado, escaneando la maleza para asegurarse de que su discusión se mantuviera en privado. Estaban en la orilla del lago, y no había otros gatos a la vista. La estación de la hoja nueva ya se había asentado por completo: Una brisa templada que venía del agua le alborotaba el pelaje a los cuatro gatos del Clan del Trueno, y el aire estaba lleno con el aroma de plantas en crecimiento y presas saludables. «*Si no fuera por Estrella Zarzosa* —Pelaje Manchado pensó—, *quizá podríamos disfrutarlo*».

Ramaje de Ramitas parecía miserable.

—Sé que cambié de Clan varias veces —maulló—. ¿Pero en serio eso es romper el código? Nunca fui desleal.

Pelaje Manchado ronroneó con simpatía. Luego de que el Clan del Cielo llegara al lago, Ramaje de Ramitas y su hermana, Violeta Brillante, habían descubierto que sus padres eran gatos del Clan del Cielo y que su padre y otros parientes aún formaban parte de dicho Clan. Era entendible que ambas gatas hubiesen decidido unirse al Clan del Cielo: nunca antes habían conocido a sus familiares. Pero Ramaje de Ramitas había regresado

al Clan del Trueno, y trajo a Aleta Saltarina con ella, porque se había dado cuenta de que ese era su verdadero hogar. Su compromiso con su Clan era más fuerte que nunca. Lo había elegido por encima de su familia.

«*¿Cómo podría el Clan Estelar no entender eso?* —se preguntó Pelaje Manchado—. *Deben de entenderlo*».

—Los del Clan Estelar son gatos igual que nosotros —maulló ella—. Son gatos de Clan que han muerto. No pueden culparte por necesitar pasar tiempo con tu familia: en especial cuando al final elegiste a tu Clan.

—¡Pero me nombraron una traidora al código! —Ramaje de Ramitas lloró.

Visión de Sombra, el curandero del Clan de la Sombra que había salvado a Estrella Zarzosa, había recibido una visión: la primera comunicación con el Clan Estelar en un largo tiempo. En dicha visión, el Clan Estelar le había dado nombres de gatos que habían roto el código guerrero, de los que había que encargarse o, según profetizaron, los Clanes sufrirían.

—Toda la lista de traidores al código me parece extraña —Tallo de Hojas reflexionó—. Es decir, nombraron a Leonado y Glayo porque sus *padres* fueron traidores al código. ¿En serio el Clan Estelar cree que rompieron el código por nacer?

—Crea lo que crea el Clan Estelar, *Estrella Zarzosa* se está tomando la lista muy en serio —maulló Aleta Saltarina, apoyando su corta cola de manera reconfortante en el lomo de su pareja—. Ya oyeron lo que les hizo jurar. Si Ramaje de Ramitas (si cualquiera de ellos) rompe el código, los va a exiliar definitivamente.

Pelaje Manchado pensó en la expresión engreída de Estrella Zarzosa mientras obligaba a los tres gatos a hacer el juramento.

—Estaba muy feliz de hacerlo. Los otros líderes se molestaron ante la idea de que el Clan Estelar quería que castigaran a sus traidores al código. Pero parece que Estrella Zarzosa no puede esperar a exiliar gatos.

Tallo de Hojas asintió.

—Recuerden cómo ya echó a Leonado del campamento por un cuarto de luna. Tú también cruzaste la frontera, pero solo te castigó con silencio. Y también castigó a Manto de Chispas por ir a buscar a Leonado.

Pelaje Manchado se estremeció. Cuando Leonado aún no regresaba pasados dos días del final de sus castigos, Manto de Chispas había ido a buscarle. Cuando Estrella Zarzosa se enteró, la había castigado enviándola a la guarida de Dos Patas abandonada a buscar nébeda. Había vuelto herida.

—Ni siquiera le importó que fuera atacada por perros. Es su propia hija. —Negó con la cabeza—. Nunca fue así hasta ahora.

Aleta Saltarina arrastró sus delgadas patas rojizas por el suelo.

—Yo ni siquiera nací en este Clan. ¿Y si Estrella Zarzosa me quiere exiliar a mí después? No quiero volver al Clan del Cielo. Ahora soy un gato del Clan del Trueno.

Ramaje de Ramitas se veía más triste que nunca.

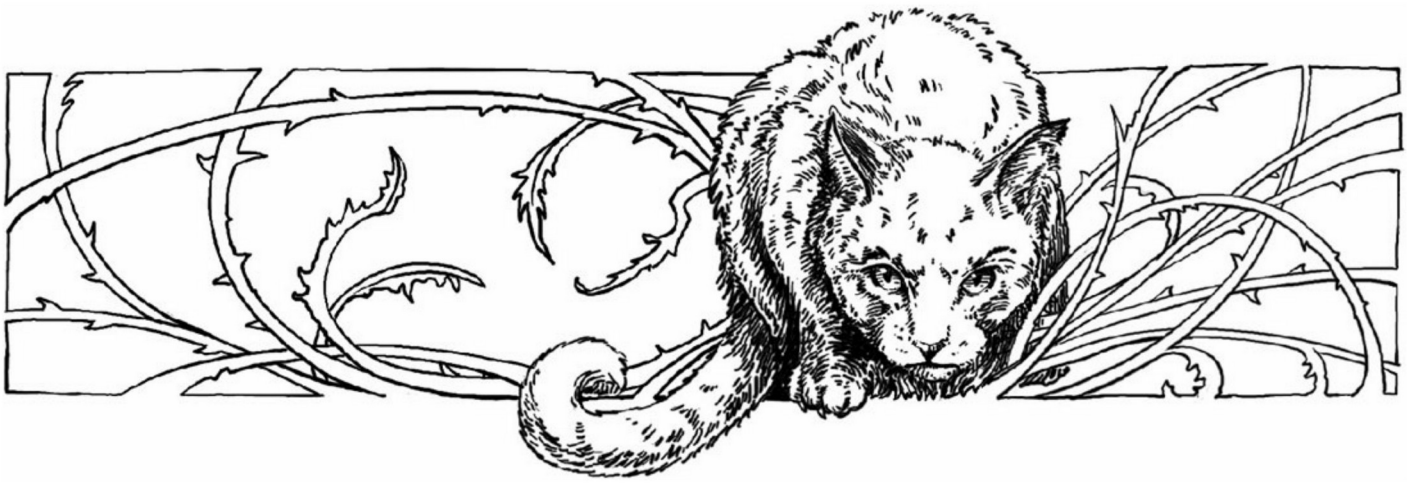
—No creo que Estrella de Hojas siquiera me permita volver. El Clan Estelar no nombró a ningún traidor al código en su Clan, y estoy segura de que prefiere que así se queden las cosas.

—Aunque a mí sí me permitiera volver, no iría al Clan del Cielo sin ti —Aleta Saltarina le dijo, apretando el hombro contra el de ella.

Pelaje Manchado movió la cola, interrumpiendo mientras ambos se acurrucaban más entre sí.

—El punto es que últimamente Estrella Zarzosa ha estado empeorando. Va a castigar a quienquiera que no sea perfecto, traidor al código o no. Y los otros líderes lo escuchan cuando dice que habla en nombre del Clan Estelar, por lo que pronto será igual en todos los Clanes. El Clan del Trueno se está desmoronando. Si permitimos que siga así, no importará en qué Clan hayan nacido, porque ya no habrá más un Clan del Trueno.

—Ciertamente no el Clan del Trueno en el que creemos —añadió Tallo de Hojas—. Vamos a reunirnos con gatos de otros Clanes que también ven lo que está pasando. Tenemos que hacer un plan. —Fijó una mirada seria en Aleta Saltarina y Ramaje de Ramitas—. ¿Están con nosotros?



CAPÍTULO 8

«*No me esperaba que vinieran tantos gatos*», pensó Pelaje Manchado. Ella y Tallo de Hojas habían estado hablando en privado con varios gatos desde hacía unos días, eligiendo a los que parecían más preocupados sobre cómo estaban yendo las cosas en los Clanes. Los habían invitado a una reunión secreta a la medianoche en la zona de ocio de los Dos Patas. Pero la mayoría de los gatos con los que habían hablado, incluyendo a los que se opusieron cuando Estrella Zarzosa delató a los traidores al código, habían parecido sorprendidos y desconfiados. Ella y Tallo de Hojas no habían estado seguros de que cualquiera de ellos, especialmente los gatos de otros Clanes, quisiera venir.

Ahora, mientras la luna flotaba muy por encima, se acurrucaron todos juntos en una pequeña hondonada rodeada de arbustos. Se les habían unido gatos de cada Clan: sus propios compañeros, Aleta Saltarina y Ramaje de Ramitas; Mechón Moteado y Nube de Estornudos del Clan del Río; Ventolero, Nube de Humo y Patas Leves del Clan del Viento; Patas de Trébol, Manto de Espiral y Fuego Ardiente del Clan de la Sombra; y Zarpa de Raíz, Pelaje de Pecas y Corazón Floreciente del Clan del Cielo. Árbol del Clan del Cielo también había venido, aunque no lo habían invitado: su hijo, Zarpa de Raíz, debía de haberlo traído. Pelaje Manchado no habría pensado que a Árbol le interesaría, así que ni siquiera se molestó en hablar con él. El extraño exsolitario siempre parecía tener una zarpa fuera de los Clanes. Pero su pareja e hijos eran parte del Clan del Cielo, después de todo; supuso que tenía sentido que le importaba.

Cuando los gatos se instalaron en un círculo, pudo sentir que todas las miradas estaban en ella y Tallo de Hojas. Los gatos parecían cautelosos,

crispando las colas. Pelaje Manchado nunca antes había visto tantos gatos de diferentes Clanes fuera de una Asamblea. El estómago le dio un vuelco. «*¿Nos escucharán? No estarían aquí si no creyeran que algo anda mal*».

Tallo de Hojas se aclaró la garganta, pareciendo un poco ansioso.

—Gracias por venir —comenzó—. Sé que ha sido difícil escaparse de sus Clanes. Pero creo que es muy importante que estemos aquí.

Ventolero lo miró con ojos ámbar desafiantes.

—¿De verdad creen que podemos detener lo que le está sucediendo a los Clanes?

Manto de Espiral hundió las garras en el suelo.

—Nada le *estaría* sucediendo a los Clanes si no fuera por Estrella Zarzosa.

—Es él quien quiere hacer un ejemplo castigando a los traidores al código —coincidió Nube de Estornudos, crispando la punta de la cola.

Pelaje de Pecas se movió intranquila.

—Parece que tiene al Clan Estelar de su lado.

Un frío se disparó a través de Pelaje Manchado. ¿Cómo podía ser eso cierto? El Clan Estelar en el que ella creía no los castigaría con tanta dureza. Sus ancestros no eran halcones esperando para abalanzarse sobre los gatos vivos; eran sus familiares.

Pelaje de Pecas y Tallo de Hojas estaban discutiendo la visión más reciente de Visión de Sombra, otra advertencia respecto a los traidores al código, pero un sonido repentino distrajo a Pelaje Manchado. Un crujido de ramitas provino desde un arbusto cercano, y se tensó, aguzando las orejas. Pero no había ojos brillantes en la oscuridad, y el sonido no se repitió. Saboreando el aire, solo pudo percibir los agudos aromas de los gatos de los otros Clanes a su alrededor. «*Probablemente solo fue el viento*».

Se volvió nuevamente hacia la discusión justo cuando Zarpa de Raíz maullaba inseguro:

—Tal vez el Clan Estelar no quiere que los traidores al código sufran tanto como lo quiere Estrella Zarzosa. Tal vez solo quieren que reconozcan que han roto el código.

Pelaje Manchado pensó en su padre.

—No todos los traidores al código saben lo que hicieron mal.

Hubo una ola de voces enojadas cuando los gatos comenzaron a discutir, algunos indignados, otros angustiados. Nadie podía ponerse de acuerdo en cómo debían ser castigados los traidores al código, o siquiera si eso era lo que el Clan Estelar realmente quería. Pelaje Manchado frunció

el ceño ante el ruido. Todos habían comenzado hablando en voces bajas, pero mientras más se molestaban, olvidaban que se suponía que esto fuese una reunión *secreta*. Tallo de Hojas le apoyó la cola a lo largo del lomo pero se mantuvo concentrado, sus verdes ojos pasaban de un hablante a otro. Finalmente, intervino:

—Bueno, si Estrella Zarzosa no estuviera aullando sobre castigo todo el tiempo, los Clanes podrían encontrar una mejor manera de lidiar con los traidores al código

Los ojos de Patas de Trébol se entrecerraron:

—¿Qué sugieres?

Tallo de Hojas levantó la cabeza.

—Estrella Zarzosa está intentando que actuemos como la Hermandad de Cola Oscura. Quiere que nos volvamos unos contra otros. Pero los guerreros no son crueles. Nunca lo han sido. Estrella Zarzosa debe tener abejas en el cerebro. Tenemos que deshacernos de él antes de que arruine a los Clanes para siempre.

Hubo un momento de silencio. Pelaje Manchado apretó las orejas contra su cabeza. Incluso ahora, era impactante pensar en deshacerse de su líder. Pero allí era a donde se dirigían desde el inicio, ¿no? Se le atoró la respiración en la garganta. Le era imposible imaginarse al Clan del Trueno sin Estrella Zarzosa. ¿Pero en qué se convertiría el Clan del Trueno si él se quedaba?

Los demás gatos del Clan del Trueno parecían pensar lo mismo. Mientras Tallo de Hojas y los gatos de los otros Clanes discutían sobre si echar a Estrella Zarzosa siquiera era posible, ella, Ramaje de Ramitas y Aleta Saltarina se miraron entre sí miserablemente.

Finalmente, Aleta Saltarina maulló en voz baja y temblante:

—El antiguo Estrella Zarzosa nunca habría actuado así. Ojalá se recomponga y vuelva a la normalidad.

Ese era el corazón del problema. «*¿Es posible que vuelva a ser el de antes?*».

Zarpa de Raíz medio se levantó y sugirió, con una extraña urgencia:

—Tal vez no pueda volver a la normalidad. Tal vez algo sucedió mientras estaba muerto.

Pelaje Manchado lo miró, confundida.

—¿Crees que el Clan Estelar le dijo algo mientras estaba muerto?

Zarpa de Raíz estaba temblando. Miró fijamente a su padre, con ojos suplicantes, y Árbol se adelantó.

—Algo pasó mientras estaba muerto, pero no creo que tuviera nada que ver con el Clan Estelar. El gato que ha vuelto no es Estrella Zarzosa.

«*¿Eh?*». Pelaje Manchado miró a los gatos en el círculo a su alrededor, pero sus caras parecían tan confundidas como ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tallo de Hojas.

Árbol levantó la barbilla como si se estuviera preparando para una pelea.

—No puede ser Estrella Zarzosa. Porque he visto el fantasma de Estrella Zarzosa en el bosque. He hablado con él.

—¿Viste su fantasma? —Tallo de Hojas preguntó, atónito.

—¿*Hablaste* con él? —añadió Pelaje Manchado.

Su mente daba vueltas. No tenía sentido alguno. Estrella Zarzosa no era ningún fantasma; era cálido, sólido y estaba ocupado castigando a los traidores al código, o a quienquiera que le desagradara. Todos sabían que Árbol era peculiar. Era mejor no tomarse tan en serio lo que les decía. Pero Estrella Zarzosa *había* cambiado…

Pelaje de Pecas, una de los curanderos del Clan del Cielo, comenzó a discutir, y Árbol se giró lentamente hacia ella.

—El Estrella Zarzosa que ha vuelto no es el Estrella Zarzosa *verdadero*. Alguien está usando su cuerpo para dañar a los Clanes. El verdadero Estrella Zarzosa es un fantasma. Puede ver lo que está pasando, pero no puede contactar con el Clan Estelar. Soy el único con el que puede hablar.

Una conmoción y tristeza atravesaron a Pelaje Manchado ante la idea. Si era cierto, qué *horrible*. Recordó la soledad del cuarto de luna en el que nadie tenía permitido hablarle. Aunque habían sido capaces de verla, sabían que estaba allí. ¿Qué podía ser peor que caminar por el campamento de tu Clan sin ser visto ni oído? Si lo que Árbol les decía era cierto, Estrella Zarzosa no solo había estado sufriendo esa espantosa soledad y separación de su Clan; sino que también tenía que presenciar un intruso en su propio cuerpo, un enemigo usando *su* voz para castigar y hostigar a sus compañeros de Clan. A un extraño acercarse a su pareja. Sus ojos se encontraron con los de Tallo de Hojas, y vio en ellos el reflejo de su propio horror.

Los otros gatos estaban discutiendo sobre Visión de Sombra, y si era posible que él estuviese tras el robo del cuerpo de Estrella Zarzosa. «Sí *que insistió en poner a Estrella Zarzosa en la nieve* —pensó la atigrada gris y blanca—. *Ahí es cuando murió, así que ahí debió ser cuando el otro gato robó su cuerpo*». Pero era difícil conciliar la pura maldad de un plan como

ese con la tímida inocencia que brillaba tan claramente en el joven curandero del Clan de la Sombra.

La mayoría de los otros también parecían pensar eso, en especial los gatos del Clan de la Sombra que mejor lo conocían.

—No creo que Visión de Sombra sea capaz de hacer algo deshonesto —Patas de Trébol maulló, frunciendo el ceño—, pero podría haber cometido un error.

Mientras Pelaje de Pecas le respondía, otro leve crujido provino desde el otro lado de la hondonada, y Pelaje Manchado levantó la cabeza de golpe. Pero nuevamente no vio nada.

—De acuerdo. Averiguaremos más sobre las visiones de Visión de Sombra antes de decidir qué hacer a continuación —Tallo de Hojas anunció, poniéndose de pie—. Será mejor que volvamos a nuestros Clanes antes de que alguien se dé cuenta de que no estamos.

Pelaje Manchado se levantó y, lado a lado con Tallo de Hojas y los demás, comenzaron a cruzar la hondonada. Por primera vez en un tiempo, se sentía esperanzada. La idea de que Estrella Zarzosa no era realmente Estrella Zarzosa era horripilante, pero al menos ahora sabían qué era lo que estaba mal. Habían otros gatos que trabajarían con ellos para arreglar todo: no estaban solos luchando contra su líder.

Los arbustos crujieron una vez más, y de repente Pelaje Manchado captó unos grandes ojos azul verdosos acechando desde la oscuridad. ¡Escarcha Erizada!

—¡Corran! —Ramaje de Ramitas gritó—. ¡Es la espía de Estrella Zarzosa! ¡Salgan de aquí! ¡Nos reportará!

Pelaje Manchado se dio la vuelta en un instante y dobló las patas traseras, lista para saltar y alejarse. Le latía el corazón. Si Escarcha Erizada reportaba esta reunión a Estrella Zarzosa, todo se acabaría. «*Me van a exiliar*».

Pero Escarcha Erizada aulló desesperada detrás de ellos.

—¡No los reportaré! Vine aquí para…

Pelaje Manchado se detuvo, volviéndose hacia ella. Escarcha Erizada levantó el hocico.

—Vine aquí para unírmeles —declaró.

A su lado, los otros gatos se movieron incómodos. ¿Estaba mintiendo? Escarcha Erizada siempre había sido muy leal a Estrella Zarzosa. Ella le había informado de las violaciones al código, con la idea de que eso fortalecería al Clan y sería mejor para todos, tal vez, pero siempre había informado. ¿Podría realmente haber cambiado de opinión?

Tallo de Hojas la cuestionó, con los ojos entrecerrados, y Escarcha Erizada afirmó que solo había oído lo último de la reunión.

—Sé que Estrella Zarzosa no es realmente Estrella Zarzosa —dijo—. Quieren deshacerse de él.

Pelaje Manchado acható las orejas. «*¿Es esto un truco?*». Pero a su lado, los ojos de Tallo de Hojas estaban fijos en los de Escarcha Erizada. Su mirada era suplicante, como si estuviera desesperada porque él la entendiera.

De repente, Pelaje Manchado se sintió ajena. ¿Escarcha Erizada aún tenía sentimientos por Tallo de Hojas?

—¿Cómo te enteraste de esta reunión? —preguntó bruscamente.

Escarcha Erizada se apartó de Tallo de Hojas y dirigió la misma mirada desesperada a Pelaje Manchado.

—Te oí hablar de ella con Tallo de Hojas —le dijo.

—¿Así que estabas espiando otra vez? —espetó la atigrada manchada, y luego se sintió culpable, y después molesta consigo misma por sentirse culpable. Escarcha Erizada podría parecer sincera, pero la había delatado a ella y a otros compañeros de Clan ante Estrella Zarzosa. «*¡Nadie me habló por un cuarto de luna!*».

Los ojos de Escarcha Erizada se agrandaron aún más mientras intentaba explicar que no había estado espiándolos; simplemente los había oído por casualidad. Y había tenido que acudir a la reunión, porque sabía que Estrella Zarzosa había cambiado.

A Zarpa de Raíz siempre le había caído bien Escarcha Erizada. Él habló.

—Vamos a preguntarle a Visión de Sombra sobre sus visiones —le dijo—. Podría darnos una pista sobre quién es el impostor.

Pelaje Manchado nunca había visto a Escarcha Erizada tan triste.

—¿Y entonces qué? Tenemos que desenmascarar a Estrella Zarzosa. Es la única manera de estar a salvo. Necesitamos el apoyo de gatos más poderosos.

Pelaje de Pecas se erizó, pareciendo indignada ante la idea de que alguien pudiera ser más poderoso que un curandero, pero Escarcha Erizada prosiguió.

—Hay una gata en el Clan del Trueno que ya sospecha que Estrella Zarzosa no es Estrella Zarzosa. Si podemos convencerla de que se una a nosotros, podríamos deshacernos del impostor sin luchar.

«*¿Una gata poderosa del Clan del Trueno que ya sospecha?*». Pelaje Manchado trató de imaginarse quién podría ser. «*¿Carbonera? ¿Charca de Hiedra?*».

—¿De quién estás hablando?

Escarcha Erizada levantó la barbilla desafiante, como si esperara que no le creyeran.

—Esquiruela.

Se explicó, respaldada por Zarpa de Raíz y Árbol. El Estrella Zarzosa verdadero había enviado un mensaje a Esquiruela a través de Árbol. Esquiruela ya había estado segura de que *algo* estaba mal con su pareja, y los gatos del Clan del Cielo la habían convencido de la verdad.

Esquiruela iba a necesitar el apoyo de sus compañeros de Clan: todos estaban de acuerdo en eso.

—Y no podemos arriesgarnos a que Estrella Zarzosa termine herido —Pelaje Manchado añadió—. El fantasma de Estrella Zarzosa querrá recuperar su cuerpo.

La mirada de Escarcha Erizada era más desesperada que nunca.

—Tenemos que hacer algo. El impostor intentó matar a Manto de Chispas.

Escarcha Erizada había investigado la guarida de Dos Patas abandonada luego de que Manto de Chispas hubiera sido atacada. Alguien había estado atrayendo perros con carne fresca desde hacía días. Mientras la guerrera gris claro explicaba que creía que Estrella Zarzosa había enviado a Manto de Chispas a una trampa que él había tendido, Pelaje Manchado sintió como si un búho la tuviera entre las garras, apretándole tanto los costados que se le entrecortaba la respiración. «*Su propia hija… No hija de él. Hija de Esquiruela. Ella tendrá que actuar*».

Pelaje Manchado sintió que su pecho se llenaba de esperanza. Si Esquiruela, la pareja de Estrella Zarzosa, la lugarteniente del Clan del Trueno, estaba de su lado, entonces las cosas podrían salir bien después de todo.

Una luna más tarde, las cosas estaban peor que nunca.

—Quizá Estrella de Tigre tiene razón —Tallo de Hojas susurró, tejiendo un zarzal a través de un agujero en la pared de la guarida de los guerreros—. Quizá matar a Estrella Zarzosa sea la única manera.

—¡Shh! —siseó Pelaje Manchado, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie podía escucharlos—. ¡No podemos hablar de esto aquí!

«*Realmente no quiero hablarlo en absoluto*».

Esquiruela estaba en el exilio, escondida en el campamento abandonado del Clan del Cielo en territorio del Clan de la Sombra junto con Leonado, Glayo y Ramaje de Ramitas, además de Corvino Plumoso, el lugarteniente del Clan del Viento, y Ala de Mariposa, la curandera del Clan del Río. A pesar de los esfuerzos de Esquiruela por convencer a los otros líderes, Estrella de Tigre era el único líder dispuesto a pelear con quienquiera que estuviera pretendiendo ser Estrella Zarzosa: Estrella de Hojas, la líder del Clan del Cielo, creía que Estrella Zarzosa hacía mal en castigar a los traidores al código, pero no estaba dispuesta a arriesgar a su Clan oponiéndose abiertamente a él. Y Estrella Vaharina y Estrella de Lebrón, líderes del Clan del Río y Clan del Viento respectivamente, estaban del lado de Estrella Zarzosa. Ese era el motivo por el que habían exiliado a Ala de Mariposa y Corvino Plumoso como traidores al código.

Estrella de Tigre creía que el Estrella Zarzosa falso había asesinado a Visión de Sombra, aunque el líder del Clan del Trueno afirmaba que había huido. El joven curandero llevaba varios días desaparecido. A Pelaje Manchado no le costaba creer que podría estar muerto.

«*Pero asesinar a un líder…*». Estaba mal. Estaba mal matar a quien sea, ¿no?

—¿Crees que los otros tienen razón? —le murmuró a Tallo de Hojas, tejiendo otra ramita en la pared—. Si el cuerpo de Estrella Zarzosa muere, ¿tendrá oportunidad de recuperarlo de quienquiera que se lo haya robado?

Tallo de Hojas negó con la cabeza, desesperanzado.

—No tenemos forma de saberlo.

Pelaje Manchado miró el campamento a su alrededor. Zarpa Flameante estaba quitando una garrapata del costado de Nimbo Blanco, con las orejas achatadas de disgusto. Corazón de Aliso y su nuevo «aprendiz», Garra Volteada, estaban clasificando hierbas afuera de la guarida de curandería. Carbonera, con la cola baja, mordisqueaba con tristeza un gorrión: había tenido poco apetito desde que Leonado había sido exiliado.

Le parecía que nadie estaba feliz. Pero el Clan estaba entero.

—Si actuamos en contra de Estrella Zarzosa, así sea atacándolo o intentando echarlo —murmuró, con más suavidad que nunca—, ¿el Clan del Trueno no se desgarrará?

Antes de que Tallo de Hojas pudiera contestar, Escarcha Erizada se deslizó a través del túnel de espinas hacia el campamento. Tenía las orejas chatas y crispaba la cola nerviosamente.

—¿Estás bien, Escarcha Erizada? —preguntó Carbonera, poniéndose de pie.

Escarcha Erizada simplemente se le quedó mirando, aparentemente demasiado perturbada como para hablar.

—¿No estaba fuera con Estrella Zarzosa? —Tallo de Hojas susurró.

Estrella Zarzosa había estado buscando a Esquiruela durante el último cuarto de luna, con desesperación en aumento: podría haberla exiliado, pero evidentemente había estado esperando que volviera, pidiendo ser perdonada. Esta vez, se había llevado con él a Escarcha Erizada.

Detrás de la guerrera gris claro, Estrella Zarzosa salió lentamente del túnel, arrastrando la cola por el suelo detrás suyo. Pelaje Manchado lo miró fijamente. Sus ojos estaban apagados y su pelaje sucio y despeinado. Nunca antes lo había visto así.

—¿Estrella Zarzosa? —Carbonera preguntó, vacilante.

El musculoso gato caminó hasta el centro del claro.

—Esquiruela está muerta —anunció rotundamente—. Un monstruo la mató en un Sendero Atronador en el Poblado de los Dos Patas. —Como si las palabras le hubieran costado lo último de su fuerza, se desplomó en el suelo y comenzó a lloriquear.

Exclamaciones de impacto y dolor se alzaron a todo su alrededor.

—¡Nunca debería haber sido expulsada! —Espinardo gruñó.

Pelaje Manchado miró fijamente a Tallo de Hojas, con los ojos bien abiertos de horror.

—¿Cómo puede Esquiruela estar muerta? —preguntó, entumecida.

—No lo está —susurró Escarcha Erizada. Había conseguido acercarse a ellos, desapercibida en el alboroto. Parecía exhausta—. Fingir su muerte era la única manera de que dejara de buscarla.

Pelaje Manchado frunció el ceño, y luego asintió.

—Si hubiera seguido buscándola, podría haber encontrado el campamento de los exiliados —se dio cuenta—. Estábamos todos en peligro.

Era un plan inteligente. Este Estrella Zarzosa falso, quienquiera que fuera en realidad, era su enemigo. Y el hecho de que Escarcha Erizada lo engañara de tal forma demostraba que estaba con ellos.

En el centro del campamento, Estrella Zarzosa hundió las garras en la tierra y gimoteó. Pelaje Manchado sintió como si un gran peso le hubiera

caído en el lomo. No podía evitar sentir pena por él. No podía imaginarse nada peor que creer que Tallo de Hojas estuviese muerto. Quienquiera que fuera este gato en el cuerpo de Estrella Zarzosa, su dolor era real.

Unos días más tarde, los rebeldes se encontraron otra vez y se enteraron de que Visión de Sombra había sido encontrado (vivo, pero terriblemente herido) por el Clan del Cielo, y estaba siendo tratado por sus curanderos. «*Una* buena *noticia por fin*», pensó Pelaje Manchado. Pero todos seguían preocupados.

—En el mejor de los casos, Estrella Zarzosa mintió cuando dijo que Visión de Sombra huyó —Árbol les dijo—. Y en el peor, él estuvo involucrado en el ataque.

Los gatos discutieron sobre si una cosa así era posible. ¿Estrella Zarzosa podría llegar a atacar a otro gato, en especial a un curandero? ¿O lo haría quienquiera que estuviese dentro de él?

—Lo haría —la voz de Tallo de Hojas fue baja, dirigida únicamente a los gatos más cercanos a él, y Pelaje Manchado asintió.

El impostor *odiaba* a los gatos del Clan del Trueno, estaba segura de ello.

El aullido de Corvino Plumoso se alzó por encima de las discusiones de los demás.

—Las cosas han llegado demasiado lejos. —La voz del exlugarteniente del Clan del Viento estaba llena de certeza—. No me gusta, pero está claro lo que tenemos que hacer: matar a Estrella Zarzosa.

Pelaje Manchado se sintió enferma. «*¿En serio vamos a hacer esto?*».

Estalló un estruendo: maullidos de horror y maullidos de acuerdo. Al fin, Esquiruela suplicó que tenían que esperar.

—Al menos hasta que sepamos con seguridad lo que le pasó a Visión de Sombra. Seguramente podemos esperar hasta que recobre la conciencia y descubramos lo que sabe. Hay demasiadas preguntas sin respuesta como para que actuemos ahora.

A Pelaje Manchado se le hundió el corazón aun más. Esquiruela podría estar pidiendo tiempo, pero pudo ver en la mirada desesperada de la gata rojiza que jamás iba a acceder a matar al cuerpo de Estrella Zarzosa, sin importar quién estuviera en él.

Y, mientras tanto, el impostor estaba desgarrando a los Clanes. Más y más gatos estaban siendo exiliados. Había intentado matar a Manto de

Chispas. Había intentado matar a Visión de Sombra. ¿Por cuánto tiempo más podrían sobrevivir los Clanes?

Tallo de Hojas habló:

—Tienes razón, Esquiruela. —Pelaje Manchado lo miró. Su pareja no estaba mirando a nadie, sino que se miraba sus propias patas, y le temblaba un poco la voz. «*Está mintiendo*», se dio cuenta—. Deberíamos esperar hasta que Visión de Sombra se despierte antes de hacer algo.

Estrella de Tigre estuvo de acuerdo, exigiendo a los gatos que habían abogado con más fiereza por la muerte de Estrella Zarzosa la promesa de que esperarían.

Tallo de Hojas evitó las miradas de todos por el resto de la reunión, pero mientras salían del campamento de los exiliados, se detuvo.

—¿Qué pasa? —Pelaje Manchado le preguntó.

—No creo que tengamos tiempo para esperar, ¿y tú? —Tallo de Hojas le dijo. Su mirada estaba nublada de preocupación—. Las cosas están empeorando cada vez más.

—Entonces, ¿por qué estuviste de acuerdo con Esquiruela? —le preguntó ella.

Tallo de Hojas negó con la cabeza.

—Nunca va a acceder a matar al cuerpo de Estrella Zarzosa. No puede soportar la idea de perder el último vínculo con su pareja, por más que ya se haya ido. Incluso podría advertirle. No puede ser una decisión oficial porque los demás se lo van a decir.

Pelaje Manchado vio que Estrella de Tigre se apresuraba a irse junto con los gatos del Clan del Cielo, para visitar a Visión de Sombra en su guarida de curandería, sin duda alguna. Esquiruela y Corvino Plumoso seguían discutiendo en el claro del campamento de los exiliados.

Tallo de Hojas tenía razón; no podían recurrir a ninguno de estos gatos mayores.

—Entonces necesitamos hacer nuestro propio plan.

Unos días después, ya estaban listos. Caminaban lado a lado a través del bosque, mientras sus mantos se rozaban. Pelaje Manchado se inclinó aun más hacia Tallo de Hojas, reconfortada por su aroma. «*No puedo evitar tener miedo*». Sentía como si algo grande le diera vueltas en el pecho, dificultándole respirar. Si ella y Tallo de Hojas dirigían un ataque

contra Estrella Zarzosa, eso podría salvar al Clan del Trueno. Pero, ¿y si fallaban? «*Pase lo que pase, todo va a cambiar*».

Llegando a la frontera, se detuvieron. Pelaje Manchado tragó. Una vez que cruzaran de regreso al territorio del Clan del Trueno, el plan se sentiría mucho más real.

Tallo de Hojas se inclinó hacia ella y entrelazó la cola con la suya. Pelaje Manchado se volvió para mirarlo a los ojos.

—¿Crees que el Clan Estelar volverá? —preguntó él—. ¿Si matamos a Estrella Zarzosa y protegemos a nuestro Clan?

—No lo sé —Pelaje Manchado respondió.

¿Llegar al Clan Estelar siquiera seguía siendo su objetivo? Ella solo quería que el Clan del Trueno se uniera nuevamente, como había sido cuando ella era una aprendiza.

—Siempre he intentado ser una buena guerrera —le dijo a Tallo de Hojas, y él asintió, con los ojos oscuros de simpatía.

Pelaje Manchado recordó cuando sus padres la habían animado a ser un ejemplo para los demás de cómo debería ser un compañero de Clan. «*¿Qué clase de buena compañera de Clan ataca a su líder?*».

«No es *mi líder. Esta es la forma en la que una guerrera leal salva a su Clan*». Las vueltas en su pecho se calmaron, y se sintió fría por la determinación.

—Sé que esta es la única manera. No me gusta, pero creo que la muerte de Estrella Zarzosa será lo mejor para el Clan del Trueno.

El gato blanco y naranja apretó la mejilla contra la de ella.

—Será peligroso.

Pelaje Manchado cerró los ojos e inhaló su aroma.

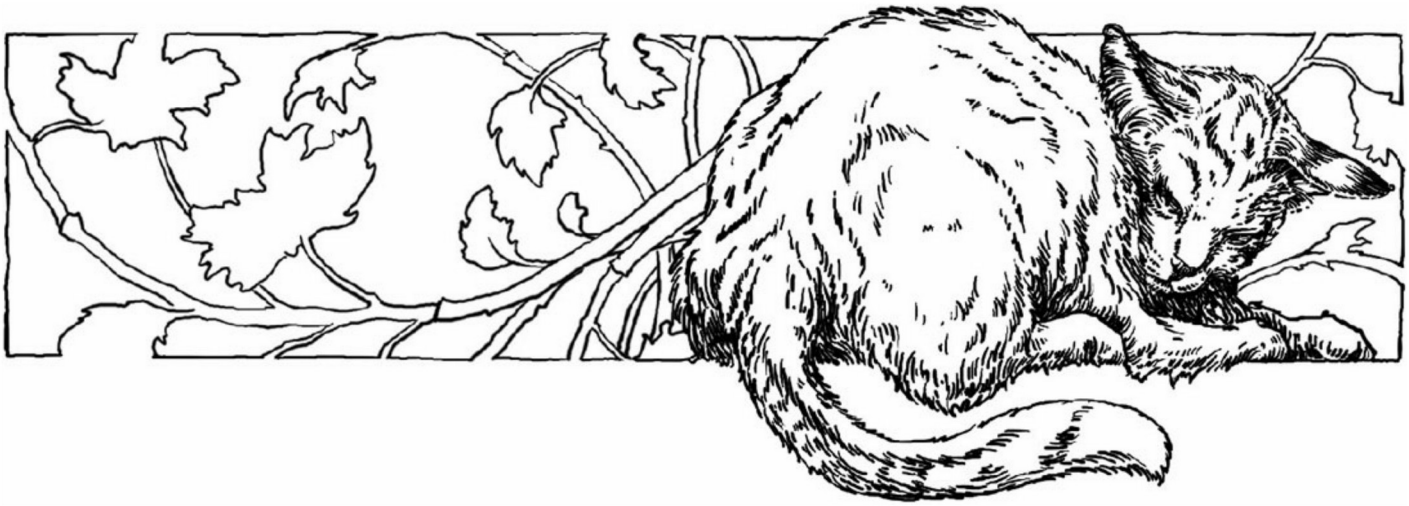
—Mañana, todo cambiará.

Más tarde esa noche, se acurrucaron en un lecho, con las cabezas apoyadas en el costado del otro, respirando juntos.

—El Clan Estelar volverá —susurró Pelaje Manchado. «*Por favor, Clan Estelar, si todavía nos están viendo, vuelvan*».

Tallo de Hojas se apretó aun más contra ella, su pelaje estaba cálido y suave, su aroma dulce.

—Todo va a estar bien —murmuró—. Mañana.



CAPÍTULO 9

—De acuerdo. —Pelaje Manchado miró a los gatos agrupados a su alrededor—. ¿Todos tienen claro el plan?

Una fina llovizna caía, enfriándola hasta los huesos, y sintió un escalofrío. «*No es solo por el frío* —se dio cuenta—. *Tengo miedo de lo que tenemos que hacer*».

Los cuatro gatos a su lado le devolvieron la mirada con expresiones sombrías y decididas. Sabía que sentían lo mismo que ella.

Patas de Piña la miró con firmeza.

—Vas a convencer a Estrella Zarzosa de que salga del campamento contigo y Tallo de Hojas. Cuando lo alejen lo suficiente, nosotros —el gato del Clan de la Sombra frunció el ceño— lo atacamos.

Mechón Moteado y Cicatriz de Azor se miraron intranquilamente entre sí, y luego asintieron, sus miradas se endurecieron.

—A Estrella Vaharina no le va a gustar si se entera —maulló Mechón Moteado—. Pero aunque nunca pueda volver al Clan del Río, esto es lo correcto.

Pelaje Manchado se encontró con los ojos de Tallo de Hojas, viendo en su mirada el reflejo de sus propios pensamientos: Si el Clan del Trueno se enteraba de que ellos estaban detrás de la muerte de Estrella Zarzosa, los expulsarían. Conspirar para matar a su propio líder de Clan no era solo romper, sino *destrozar* el código guerrero. Por un momento, se sintió terriblemente triste. Estrella Zarzosa había sido muy amable, un líder tan sabio. Recordó lo atento que había escuchado cuando habían ido a hablar con él sobre el castigo de Zarpa de Clavelina, con sus ojos ámbar tan

claros y pensativos. Nunca se podría haber imaginado que algún día atacaría al gato con dichos ojos. «*Valdrá la pena* —pensó—. *Algún día, sabrán que estábamos trabajando para proteger al Clan*».

Avanzaron juntos por entre el familiar bosque, y cada paso le hacía doler el corazón a Pelaje Manchado: el gentil golpeteo de la ligera lluvia que atravesaba las hojas de abedul y roble, el mohoso aroma de los bosques y el subyacente olor a presa, la suavidad del musgo y pasto nuevo bajo sus patas: todo esto formaba el territorio del *Clan del Trueno*, tan familiar para ella como su propio pelo.

Rozó con la cola el costado de Tallo de Hojas.

—Si tenemos éxito —murmuró—, ¿vamos a perder todo esto? ¿Nuestro hogar?

Tallo de Hojas negó con la cabeza.

—No —contestó, con la voz fuerte—. Algún día, los Clanes van a entender por qué tuvimos que hacer esto. Entonces podremos volver a casa. Criaremos cachorros en el Clan del Trueno.

Algo en el pecho de Pelaje Manchado se calentó al imaginarse aquello: cachorros con el fogoso pelaje de Tallo de Hojas y ojos azules como los de ella, jugando en el claro del campamento, rodeados y protegidos por el Clan del Trueno. Podía verlo muy claramente. «*Por eso tenemos que hacer esto. Por nuestra familia, y por la familia de nuestra familia. Para que los Clanes estén a salvo*».

Mientras se acercaban al campamento del Clan del Trueno, Tallo de Hojas se detuvo.

—¿Dónde deberíamos decirles que se escondan? —le preguntó a Pelaje Manchado.

La atigrada gris y blanca se puso a pensar en qué tan lejos del campamento podrían atraer a Estrella Zarzosa.

—Tendremos que decirle que encontramos señales de que los exiliados andan por aquí —sugirió—. Y querremos asegurarnos de no cruzarnos con ninguna patrulla, así que no puede ser cerca de la frontera. ¿Cerca de la orilla del lago, quizá? Podrían esconderse bajo los arbustos hasta que nos acerquemos.

—¡Shh! —Patas de Piña irguió las orejas—. ¿Oyen eso?

Los gatos se congelaron y escucharon.

—Quiero saber qué piensas, Escarcha Erizada —una voz maulló en la distancia—. Tengo mis dudas sobre Bayo.

Los ojos de Pelaje Manchado se agrandaron.

—¡Es Estrella Zarzosa! —jadeó en voz baja.

Esto lo cambiaba todo. Nadie tenía que esconderse, o encontrar una manera de atraer a Estrella Zarzosa fuera del campamento. Podían actuar *ahora*.

—Esperen aquí —susurró ella.

En silencio, se agachó y se deslizó hacia adelante, manteniéndose con el viento de frente respecto a dónde debía de estar Estrella Zarzosa. «*¿Cuántos gatos hay con él?*». Esto podría hacer el plan o más fácil o imposible. Mirando por entre la maleza, vio al musculoso gato cerniéndose sobre Escarcha Erizada, con los hombros encorvados y los dientes al descubierto.

—Seguramente toda esa lealtad debe ser fingida —ladró él—, ¿no lo crees?

Una ola de repulsión baño a Pelaje Manchado al verlo así. ¿Cómo podía haber creído que este gato con corazón de zorro y mirada despectiva era realmente Estrella Zarzosa? Era un insulto al verdadero líder del Clan del Trueno.

Le hizo señas a los otros con la cola. Nunca tendrían una mejor oportunidad que esta, Estrella Zarzosa lejos del campamento con nadie más que Escarcha Erizada a su lado.

—Ahora —les dijo—. Tenemos que ser fuertes. Por todos nuestros Clanes. —Entrecerró los ojos y extendió las garras. Ya no había vuelta atrás.

—Bueno —Escarcha Erizada estaba diciendo—, realmente no sé…

Se interrumpió con un sobresalto horrorizado cuando sus ojos se encontraron con los de Pelaje Manchado. Alertado, el Estrella Zarzosa falso se giró. Solo le tomó un latido darse cuenta de que lo iban a atacar. Con un ladrido de rabia, saltó hacia ellos.

—¡Ahora! —gritó Pelaje Manchado, y se encontró con él a medio salto.

Rasguñó al impostor, pero una patada con sus poderosas piernas traseras la hizo tambalearse hacia atrás, y aterrizó con fuerza en el suelo. Los otros estaban a todo su alrededor, arañándolo y agarrándolo, y se esforzó por ponerse de pie nuevamente para lanzarse contra él una vez más.

Mechón Moteado golpeó la garganta de Estrella Zarzosa, con las garras desenvainadas para matarlo, pero el gato mayor le bloqueó la pata, y le asestó un zarpazo que hizo al guerrero del Clan del Río tropezar.

—¡Escarcha Erizada —Estrella Zarzosa chilló—, trae ayuda! ¡Debe haber una patrulla cerca!

«*¿Luchará de nuestro lado?*». Pelaje Manchado sabía que Escarcha Erizada estaba de acuerdo con los rebeldes, pero había estado del lado de Esquiruela cuando la gata rojiza había argumentado en contra de asesinar al impostor. Pelaje Manchado no se atrevió a apartar la mirada del Estrella Zarzosa falso, buscando un espacio abierto por donde volver a atacar, pero aguzó las orejas, esperando la respuesta de Escarcha Erizada. Hubo un momento de duda, y luego el golpeteo de las patas de la guerrera gris claro, alejándose.

Habría ayudado tener otro conjunto de garras de su lado, pero Pelaje Manchado no tenía tiempo de pensar en ello. Al menos Escarcha Erizada no estaba peleando contra ellos. Tallo de Hojas había saltado al lomo de Estrella Zarzosa y se aferraba a él mientras el macizo líder se sacudía. Mechón Moteado y Patas de Piña hostigaban al líder del Clan del Trueno a cada lado mientras Cicatriz de Azor le rasguñaba los cuartos traseros. Con rapidez, Pelaje Manchado lanzó un arañazo a los ojos de Estrella Zarzosa, pero el impostor lo esquivó, de modo que simplemente le dejó un raspón en la nariz en su lugar. La sangre le recorría el hocico.

Estrella Zarzosa se lanzó violentamente hacia un lado, casi quitándose a Tallo de Hojas de encima, y lanzó un zarpazo enorme sobre el pecho de Mechón Moteado. Un montón de sangre roja y brillante atravesó el pelaje gris y blanco del guerrero del Clan del Río, y sus ojos se nublaron. Su boca se abrió en un lamento sordo mientras tropezaba y caía de rodillas.

Con gritos de horror, los demás intensificaron sus ataques. La visión de Pelaje Manchado estaba llena de pelo y garras mientras arañaba y mordía. Estrella Zarzosa ahora estaba intentando alejarse de ellos, pero no tenía a dónde ir. Los rebeldes lo rodeaban.

«*Esto es por todo lo que has hecho* —pensó Pelaje Manchado, su mente zumbaba con una alegría sedienta de sangre, y volvió a rasguñarle la cara—. *Devuélveme a mi líder*».

Hubo un aullido furioso, y un pelaje carey pasó a toda velocidad a su lado, derribando a Patas de Piña. «*Hoja Sombría*», Pelaje Manchado se dio cuenta, y se le hundió el corazón. La patrulla que Estrella Zarzosa había estado esperando los había encontrado.

Pelaje Manchado ladró y saltó contra Estrella Zarzosa nuevamente, pero unas garras la tiraban hacia atrás, derribándola, y mientras se levantaba, sus patas traseras arañaron el vientre de otro gato: «*Pelaje de Caracola*», comprendió, el hermano de Tallo de Hojas. La tenía inmovilizada, con sus ojos verdes (del mismo tono que los de Tallo de

Hojas) llameantes de furia, cuando de repente vaciló y su mirada se fijó en otra cosa.

Pelaje Manchado se escurrió de debajo de él, consiguiendo ponerse de pie justo a tiempo para ver a Estrella Zarzosa atacar. Tallo de Hojas estaba en el suelo, y las garras del impostor brillaron cuando las clavó en la garganta de Tallo de Hojas. A su lado, Pelaje de Caracola jadeó.

«*Levántate*». Tallo de Hojas se agitó, la roja sangre le empapaba el pelo. Soltó un extraño maullido jadeante, y luego se quedó quieto. «*¡Levántate!*», volvió a pensar Pelaje Manchado.

Se dio cuenta de que Patas de Piña también había caído, mientras ella corría hacia Estrella Zarzosa. Hoja Sombría y Cicatriz de Azor estaban enzarzados, aullando mientras luchaban. Estrella Zarzosa se giró para encontrarse con Pelaje Manchado. Pudo ver gotas de sangre («*Sangre de Tallo de Hojas*») esparcidas por su pata delantera. Saltó hacia su garganta, y sus dientes se encontraron a través del pelaje del gato, pero él la empujó hacia atrás.

Ladrando, más guerreros salieron de la maleza. Bayo, Raya de Acedera, Nariz de Rocío y Colmillo Quebrado, con Escarcha Erizada a la cabeza. Los ojos de Pelaje Manchado se abrieron con horror. «*Perdimos. Escarcha Erizada nos traicionó*».

—¡Se acabó! —aulló Cicatriz de Azor, corriendo hacia ella. Le brotaba sangre del hombro, pero seguía de pie—. ¡Vámonos!

Pelaje Manchado se alejó de los otros gatos, de Estrella Zarzosa. Habían tres formas inmóviles en el suelo. Mechón Moteado. Patas de Piña. *Tallo de Hojas*. No podía respirar.

Cicatriz de Azor se abalanzó sobre ella, empujándola hacia atrás.

—No podemos ayudarlos —maulló—. Pelaje Manchado, tenemos que *irnos*.

Tenía razón. Era demasiado tarde para hacer algo por los demás. Por *Tallo de Hojas*. Pelaje Manchado exhaló un largo y tembloroso suspiro, se dio la vuelta y, lado a lado con Cicatriz de Azor, comenzó a correr.

Capítulo 10

«*Fallamos. No puedo volver al Clan del Trueno*».

«*No puedo volver al Clan del Trueno, y Tallo de Hojas está muerto*».

Pelaje Manchado se quedó mirándose las patas, inexpresiva, ignorando las voces a su alrededor en el campamento de los exiliados. Todavía podía imaginarse esos cachorros con el pelo de Tallo de Hojas y ojos de un color igual al suyo propio, a salvo y felices en el Clan del Trueno. «*Ahora eso nunca pasará*».

Tomó una larga y temblorosa bocanada de aire, y apretó con fuerza los ojos. En su mente, veía la sangre en el pasto, veía las garras de Estrella Zarzosa bajar hacia la garganta de Tallo de Hojas.

—Les dije que *esperaran* —la furiosa voz de Estrella de Tigre atravesó su aturdimiento—. No era el momento, ahora Estrella Zarzosa será más precavido que nunca. Y hemos perdido nuestros ojos en el campamento del Clan del Trueno.

—Escarcha Erizada está allí —argumentó Ramaje de Ramitas.

A Pelaje Manchado se le secó la boca y su voz sonó agotada incluso ante sus propios oídos.

—Escarcha Erizada corrió a buscar ayuda —les dijo—. Defendió a Estrella Zarzosa.

—No estoy seguro de que podamos seguir confiando en ella —estuvo de acuerdo Cicatriz de Azor—. No peleó contra nosotros, pero tampoco peleó *por* nosotros.

—*Yo* le pedí que protegiera a Estrella Zarzosa —Esquiruela intervino en la discusión—. Escarcha Erizada me hizo una promesa, y solo estaba intentando cumplirla. Es una guerrera leal.

Leonado siseó, frustrado.

—Yo también amo a Estrella Zarzosa. Él me crío. El Estrella Zarzosa *verdadero*. Pero se ha ido, y estás protegiendo al gato que lo mató.

Esquiruela no se inmutó.

—Aún creo que podemos traerlo de vuelta —maulló—. No voy a renunciar a él.

—Renuncies a él o no, este ataque solo ha vuelto las cosas aun más difíciles —siseó Glayo.

Esquiruela suspiró.

—No puedo culpar a Pelaje Manchado, Cicatriz de Azor y los demás por su valentía —maulló—. Hicieron lo que creían correcto. Ahora todo lo que podemos hacer es asegurarnos de que Tallo de Hojas, Mechón Moteado y Patas de Piña no hayan muerto en vano.

Pelaje Manchado se encogió. «*Nada podría valer perder a Tallo de Hojas*».

Más tarde ese mismo día, Pelaje Manchado estaba enroscada al borde del campamento de los exiliados, sola, con los ojos entrecerrados contra la luz del sol poniente. El frío del atardecer se esparcía por ella, pero no tenía energía para moverse.

Unos suaves pasos se le aproximaron, y Esquiruela habló:

—¿Puedo sentarme contigo?

Pelaje Manchado se encogió de hombros, y la exlugarteniente del Clan del Trueno se sentó a su lado, rozando el costado de la atigrada gris y blanca. Estaba cálida y sólida.

Pelaje Manchado apoyó la cabeza en sus propias patas. Se sentía vacía, despojada de todo su horror y tristeza, sin nada más que cansancio.

—Gracias —murmuró al fin—. Por lo que dijiste. Sé que no querías para nada que atacáramos a Estrella Zarzosa. Si hubiera escuchado, quizá Tallo de Hojas aún estaría vivo. —La culpa la bañó, y cerró los ojos por un momento.

—Sigo sin querer atacarlo —maulló Esquiruela—. Vamos a hallar alguna manera de salvar al Estrella Zarzosa *verdadero*. Pero sé que estabas peleando por el Clan del Trueno. El propio Estrella Zarzosa lo apreciaría. —Bajó la barbilla hasta sus patas, y Pelaje Manchado se movió para encontrarse con sus ojos. La mirada de Esquiruela era clara y gentil—. Fuiste muy valiente —le dijo a Pelaje Manchado—. Tallo de Hojas y los demás también.

Un dolor apuñaló a Pelaje Manchado.

—Tallo de Hojas está *muerto* —maulló—. No sé qué hacer ahora.

La gata rojiza rozó el lomo de la atigrada con la cola.

—Sé que es difícil, pero te volverás más fuerte cada día. Eres una gata joven con una larga vida por delante.

Pelaje Manchado frunció el ceño («*Una larga vida sin Tallo de Hojas*»), y Esquiruela apretó el hombro contra el de ella.

—Que es lo que Tallo de Hojas habría querido —continuó—. Que tengas una vida larga y feliz. Y que sigas luchando. Recuperaremos al Clan del Trueno algún día, y lo convertiremos en lo que un Clan debería ser.

Pelaje Manchado soltó un medio ronroneo de risa entrecortada.

—¿Con un impostor de líder? —preguntó—. ¿Y si el Estrella Zarzosa verdadero nunca vuelve?

Se dio cuenta de que Esquiruela también estaba llorando a su pareja, por más que siguiera teniendo esperanza. A Pelaje Manchado le parecía que Estrella Zarzosa probablemente se había ido para siempre.

La voz de Esquiruela fue estable:

—No lo sé. Pero el Clan del Trueno es más importante que un solo gato. Pase lo que pase, voy a pelear por él.

Pelaje Manchado tragó con fuerza. Eso era todo lo que ella y Tallo de Hojas siempre habían querido: ser los mejores guerreros que podían ser, y proteger a su Clan. Algún día llegarían al Clan Estelar otra vez, y tal vez Tallo de Hojas podría ver cómo habían ayudado. Su muerte significaría algo. Habían luchado por el futuro, lado a lado.

Esos cachorros que Tallo de Hojas y ella habían planeado, tropezando felizmente por el campamento del Clan del Trueno, con mantos del color de las llamas brillando al sol, nunca nacerían. Pero nacerían *otros* cachorros. Cachorros que merecían la seguridad del amable Clan en el que Pelaje Manchado había crecido.

Fuera lo que fuera de Pelaje Manchado, el futuro del Clan del Trueno seguía importando. Un nuevo tipo de fuerza comenzó a fluir en ella, y levantó la cabeza. «*Seguiré intentando ser la mejor compañera de Clan que pueda*».

Ella y Tallo de Hojas habían planeado el futuro juntos, pero el futuro de los Clanes nunca había sido solo sobre ellos. Pelaje Manchado seguía viva, y tenía algo por lo que vivir, algo que intentar proteger.

—Algún día —repitió las palabras de Esquiruela, mientras algo dentro de ella se calentaba—, algún día, recuperaremos nuestro Clan.

Libro original: "Warriors: A Warrior's Spirit" *por* ***Erin Hunter***
Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducciones: ***Pichu06***, ***Woofzie***, ***Hawkstar*** *y* ***Gonzalo Firestar*** *del* ***Clan Nocturno***.
Edición de portada: ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio